



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES.
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

“La muerte de *Chicomexochitl*. Experiencias de apoyo mutuo y modernización en el ejido de Tepetzintla, Ver., 1974-1995”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

P R E S E N T A :

ÚRSULA MARES FIGUERAS

Director: Dr. Alberto del Castillo Troncoso

Ciudad de México

Julio de 2020.

*Esta Investigación fue realizada gracias al apoyo del
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología*



Ciudad de México, a julio de 2020

ASUNTO: AUTORIZACIÓN DE DIFUSIÓN

**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
PRESENTE**

ÚRSULA MARES FIGUERAS, en mi calidad de alumno del programa **MAESTRÍA EN HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA** del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, por mi propio derecho y bajo protesta de decir verdad, manifiesto expresamente que soy el autor único y primigenio, así como legítimo titular exclusivo de todos los derechos morales y patrimoniales de la obra intitulada **“LA MUERTE DE CHICOMEXOCHITL, EXPERIENCIAS DE APOYO MUTUO Y MODERNIZACIÓN EN EL EJIDO DE TEPETZINTLA, VER., 1974-1995”** así como, de forma meramente enunciativa, más no limitativa, toda clase de material, información, gráficas, mapas, dibujos, ilustraciones, esquemas, diseños, fotografías y/o imágenes, etc., contenidas y que forman parte de la misma en el formato publicado y entregado a Ustedes, la cual fue elaborada como trabajo de investigación en calidad de tesis para obtener el grado de **MAESTRA EN HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA** con lo que se acredita haber concluido los estudios en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

En virtud de lo anterior, confirmo la plena autorización al Instituto Mora, sin limitación de vigencia alguna y restricción alguna, para que la obra, junto con todos y cada uno de los elementos que la conforman y complementan, tal y como es entregada permanezcan y se encuentren disponibles en y a través de la Biblioteca, para su conservación, preservación, difusión, préstamo público y/o puesta a disposición para consulta, tanto en formato físico o a través de los medios dispuestos por la Institución sin restricción alguna.

Queda claro que la presente autorización se otorga cuyo principal propósito es contribuir a la difusión del conocimiento sin fines de lucro alguno y bajo ninguna condición.

Desde ahora deslindo al Instituto de cualquier reclamación que pudiera surgir por cualquier tercero que viera afectados sus derechos de índole civil y/o específicamente de propiedad intelectual y, de ser necesario y/o a solicitud de Ustedes, me obligo a comparecer para ratificar el contenido del presente documento ante cualquier autoridad local o federal, administrativa o judicial, incluso fedatario público si así fuese necesario y/o solicitado por Ustedes para que surta plenos efectos, manifestando que para el otorgamiento del presente consentimiento no ha habido error, dolo, perjuicio, lesión, violencia o mala fe, siendo mi voluntad libre y espontánea y que deja sin efectos todo documento suscrito con anterioridad.

Protesto lo necesario,

Úrsula Mares Figueras

*A los campesinos ejidatarios de Tepetzintla,
a su lucha por la tierra y el maíz criollo.*

Instituto

Mora

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo lo construí a lo largo de dos años, en diferentes etapas y con la ayuda de muchas personas sin las cuales no hubiese sido posible llevar a cabo este proyecto. Fue escrito en la ciudad de México, en el municipio de Tepetzintla, en Veracruz, y en una vereda en las montañas del suroeste antioqueño, en Colombia.

Necesidad humana fundamental es aquella de abrigarse bajo un techo en el cual vivir. Sin el cobijo de José y Laura en momentos difíciles yo no tendría un lugar donde habitar. A ellos va mi más profundo agradecimiento ya desde años atrás. Son personas hermosas de gran corazón y tienen un espacio muy especial en el mío.

Quien siempre me ha abierto las puertas de su hogar en Tepetzintla y me ha tendido sus manos ha sido la familia Santiago Vera. A todos ellos les agradezco la cordialidad y la ayuda que me han brindado desde hace ya cinco años.

El grupo cultural Huitzitzilin de Tepetzintla también ha formado parte de este proceso al haber respaldado este proyecto. Va un agradecimiento especial al colibrí.

Una de las personas más importantes de mi vida y por quien siento gratitud infinita es Antonia Vera. Mujer admirable con un sentido de solidaridad arraigado en su ser. Su apoyo en el desarrollo de este proyecto fue incondicional y con su sonrisa iluminó el corazón de esta tesis –y el mío– desde que apenas era una semilla. Sin ella este trabajo no hubiese sido posible.

También a Marce, amiga a quien estimo mucho y con quien he compartido gratos momentos y muchas risas en cada estancia en Tepetzintla. A ella *tlazkamati miak*.

Caminante eterno de pensamiento sublime, lector empedernido, cantor de sueños y viajero de galaxias es Lalo. Le agradezco por alentarme y acompañarme en este proceso desde el inicio. Él sembró la inquietud a partir

de la cual se desarrolló este trabajo. Amigo entrañable a quien admiro y con quien estoy siempre agradecida por sus palabras y su compañía.

Por supuesto, la base de este trabajo son los ejidatarios de Tepetzintla y los habitantes del municipio, quienes compartieron los relatos sobre sus experiencias y tejieron sus memorias para desentrañar los tiempos y procesos históricos del ejido. Para ellos es este trabajo que se construyó con todo el respeto y cariño.

Suerte la mía la de haber compartido dos años con hermosas personas como lo fueron mis compañeros de esta nuestra generación de la Maestría en Historia Moderna y Contemporánea del Instituto Mora. Entre todos construimos una relación de reciprocidad y apoyo mutuo. Nos brindamos cobijo y soporte en momentos de zozobra. Construimos una amistad que, estoy segura, perdurará en el tiempo. Los llevo en mi corazón con mucho afecto y cariño.

A César, ser humano extraordinario que se cruzó en mi camino desde hace dos años y que ahora es un amigo entrañable que llevo en el corazón. En este proceso me escuchó y me abrazó cuando más lo necesité. Estuvo ahí, junto a mí, siempre, en cada lágrima y cada sonrisa. Para él todo mi afecto. De igual manera quiero agradecer a Daniela por escucharme y acompañarme, tanto en los momentos malos como en los buenos.

La cordialidad antioqueña se encarna en tres personas que me abrieron las puertas de su casa y me brindaron su amistad. Le agradezco a Juanda, a la Negra y a Mary por el tiempo compartido y por las atenciones que me dieron.

Concluir esta tesis no hubiese sido posible sin alguien que llegó a mi vida de forma inesperada y que se ha convertido en una de las personas más importantes que habita en mi corazón, quien lo llena de calor y alegría. Mi gratitud y amor para Mauricio, quien hizo todo lo posible para que yo viviera en las mejores condiciones en Colombia y así pudiese redactar el último capítulo de este trabajo. Al procurar hacerme sentir como en casa él mismo se convirtió en mi hogar. A su familia también, sin lugar a dudas, porque me

ofreció su ayuda en tiempos en los que se necesita más solidaridad. Particularmente a Gloria, Luis y Laura.

Compañero inseparable de los últimos momentos de escritura en tierras antioqueñas fue Ojo loco. También va mi agradecimiento a ese ser gatuno que me brindó su calorcito y que permaneció a mi lado en el sillón verde de Nicanor.

Agradezco también a Violeta, quien desde la lejanía me ayudó en todo lo que pudo y en lo que estuvo en sus manos. Sin ella me hubiera perdido en el sinuoso camino de la edición de la tesis. Aprecio sobremanera su apoyo en el último tramo del proceso. Su mano amiga me salvó en muchas ocasiones mientras la pandemia me mantuvo en Colombia.

Siempre atenta al proyecto y al proceso en todas sus etapas, Yuyu fue apoyo importante. Las pláticas en Tepetzintla, Jalapa y la ciudad de México brindaron elementos significativos a este trabajo, sobre todo en torno a la ritualidad agrícola y a la figura de *Chicomexochitl*. Gran amiga y excelente historiadora.

Por supuesto, ha sido un privilegio haber podido trabajar con el Dr. Alberto del Castillo, director de este trabajo. Siempre con una gran comprensión y afabilidad en su trato. Gracias a sus lecturas atentas, guía y consejos pudimos llevar este proyecto a buen puerto. Por su parte, las miradas de la Dra. Graciela De Garay y del Dr. Gerardo Necochea fueron fundamentales. Estoy muy agradecida con los tres por sus lecturas y observaciones para enriquecer este trabajo.

Durante el periodo escolar y el proceso de elaboración de esta investigación fue importante el apoyo tanto de la coordinación del programa de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, como del Departamento de Servicios Escolares y del Instituto Mora. Mis agradecimientos por todas las atenciones y por el sostén institucional.

Institución importante para el desarrollo de la ciencia en México, este proyecto fue posible gracias al apoyo del Conacyt sin el cual no se hubiera podido realizar.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPITULO I. Modernización agrícola ejidal desde el Estado, 1974-1994.....	17
a. Modernización ejidal: coordenadas de análisis	18
b. De la colectivización a la liberación del ejido	22
c. El Estado y el campesino ejidatario	30
CAPITULO II. Ejido de Tepetzintla: formación, subsistencia y prácticas comunitarias, 1935-1964.....	38
a. El cacicazgo de Tepetzintla (1938-1964).....	41
b. Lucha agrarista y formación del ejido de Tepetzintla.....	66
c. Ejido colectivo: costos, trabajo y subsistencia	77
d. Prácticas comunitarias ejidales: rituales agrícolas, ganar mano y faenas	86
CAPITULO III. Experiencias ejidales de apoyo mutuo y modernización: de la reciprocidad al individualismo, 1974-1995	100
a. Transformaciones en el ejido, 1974-1995.....	106
b. Generaciones ejidales y el eterno retorno	119
c. Experiencias de apoyo mutuo y de modernización.....	134
d. La muerte de <i>Chicomexochitl</i> : el maíz como eje del apoyo mutuo ejidal	172
CONCLUSIONES	193
BIBLIOGRAFÍA	199

ÍNDICE DE TABLAS

Capítulo II

Tabla 1. Costos y precios de maíz y frijol en 1931 en Tepetzintla.....	79
Tabla 2. Costo de producción por hectárea y precio en 1931 en Tepetzintla.....	80
Tabla 3. Cultivos del ejido de Tepetzintla en 1966.....	82
Tabla 4. Costo de la vida por familia de Tepetzintla en 1968.....	84
Tabla 5. Costo de cultivo por hectárea en Tepetzintla en 1968.....	85

Capítulo III

Tabla 1. Tiempos históricos de Tepetzintla.....	123
---	-----

Instituto
Mora

ÍNDICE DE IMÁGENES

Capítulo II

Imagen 1. Tarjeta de identificación de Basilio R. Miguel.....	60
Imagen 2. Basilio R. Miguel en reunión con líderes campesinos.....	62

Capítulo III.

Imagen 1. Representación en papel de <i>Chicomexochitl</i>	176
--	-----

Instituto
Mora

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

Capítulo I

Fotografía 1. Cosecha de frijol en el ejido de Tepetzintla.....2

Capítulo II

Fotografía. 1. Cortejo fúnebre que acompaña el féretro de Basilio R. Miguel.....42

Fotografía 2. Primer aniversario luctuoso de Basilio R. Miguel.....43

Fotografía 3. Retrato de Basilio R. Miguel.....52

Fotografía 4. Miembros de la CROC con campesinos.....54

Fotografía 5. Basilio R. Miguel junto a su casa de enjarre y zacate colorado.....55

Fotografía 6. Toma de protesta presidencial.....56

Fotografía 7. Ignacio de la Cruz.....59

Fotografía 8. Desfile en septiembre por las calles de Tepetzintla.....95

Fotografía 9. Desfile de 16 de septiembre en las calles de Tepetzintla.....96

Capítulo III

Fotografía 1. Uso de máquinas para cortar hierbas y pasto en el ejido.....118

Fotografía 2. Escuela primaria Los Chirriones en Tepetzintla.....124

Fotografía 3. Exterior de la escuela primaria Los Chirriones.....125

Fotografía 4. Felipe Hernández López sosteniendo su azadón y espeque.....144

Fotografía 5. Espeque o sembrador que usan los campesinos ejidatarios.....145

Fotografía 6. Ejidatario Eduardo Francisco.....146

Fotografía 7. Parcelas con monte dentro del ejido de Tepetzintla.....151

Fotografía 8. Parcelas con monte dentro del ejido de Tepetzintla.....152

Fotografía 9. Parcela con monte dentro del ejido de Tepetzintla.....	152
Fotografía 10. Parcela con maizal dentro del ejido de Tepetzintla.....	153
Fotografía 11. Ejidatario Gregorio Hermelindo en su parcela.....	153
Fotografía 12. Parcela ejidal con pastizal.....	160
Fotografía 13. Machete como herramienta de trabajo agrícola.....	166
Fotografía 14. Doña María en el <i>Elotlamanalistli</i> de la cabecera municipal de Tepetzintla.....	179



ÍNDICE DE MAPAS

Capítulo II

Mapa 1. Tierras ejidales acaparadas por Basilio R. Miguel.....	63
Mapa 2. Terreno dotado en 1934 para el ejido de Tepetzintla.....	76
Mapa 3. Terrenos de la primera y segunda ampliación del ejido de Tepetzintla.....	83

Capítulo III

Mapa 1. Terreno total del ejido de Tepetzintla.....	113
Mapa 2. Parcela ejidal de la secundaria agropecuaria de Tepetzintla.....	115

Instituto
Mora

INTRODUCCIÓN

Zygmunt Bauman señalaba que la historia de la modernidad se puede contar de más de un modo. Una forma de relatar la de los campesinos ejidatarios y la modernización puede ser a través de sus manos (metáfora de reciprocidad campesina). Esas manos que con el machete y el azadón limpian la tierra y hacen agujeros para sembrar. Manos que sostienen y arrojan las semillas. Manos que cosechan el maíz y desgranar la mazorca. Manos que eligen las semillas y que sahúman para bendecir. Manos campesinas que se ayudan entre sí en cada cultivo de maíz. Manos que también entregan lo cosechado para su venta o a la familia para el autoconsumo. Lo he escrito en tiempo presente, pero debí haberlo hecho en pretérito. Escribí *lo que ha sido* y no *lo que es*.¹

Este es un acercamiento a las experiencias y expectativas de un grupo de campesinos ejidatarios del municipio de Tepetzintla,² en la Huasteca veracruzana,³ en torno a una forma de apoyo mutuo denominada “ganar mano” (considerada aquí como una forma de relación social de producción recíproca). Práctica que realizaban únicamente con el cultivo del maíz y que se abandonó a partir del proceso de modernización ejidal local. Esta transformación se ubica desde mediados de la década del setenta hasta la mitad del noventa.

¹ Categorías de análisis histórico propuestas por Walter Benjamin.

² Municipio ubicado a las faldas de la Sierra de Otontepec, al norte del estado de Veracruz, en la región conocida como Huasteca veracruzana.

³ La Huasteca veracruzana se divide en alta y baja, a su vez esta última se conforma por una zona costera y otra montañosa. Está compuesta de los municipios de Huayacocotla, Ixmiquilpan, Zontecomatlán, Texcatepec, Zacualpan, Benito Juárez, Tlachichilco, Ixcatepec, Chicontepec, Ixhuatlán de Madero, Chontla, Tepetzintla, Temapache, Castillo de Teayo, Citlaltépetl, Tancoco, Cerro Azul, Tuxpan. Anteriormente en este territorio habitaban los teenek, nahuas, otomíes, totonacos, pames, tepehuas y chichimecas. Pero en la actualidad, las dos lenguas que más se hablan son el teenek (también llamado huasteco) y el náhuatl. El primero se puede encontrar en los municipios ubicados detrás de la sierra de Otontepec, como Chontla, Tancoco y Tantoyuca (mezclado con el náhuatl). El segundo, principalmente en la región montañosa del suroeste de la Huasteca baja, como Ixhuatlán, Huayacocotla, Benito Juárez, Chicontepec y algunas comunidades de Tepetzintla.

FOTOGRAFÍA 1. COSECHA DE FRIJOL EN EL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, febrero 2020. Parcela del ejidatario Gregorio Hermelindo en el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla. Las manos que cosechan frijol son de su esposa Reina. Son de los pocos campesinos que continúan en el ejido y que siguen sembrado maíz y frijol. Esta imagen es representativa para mi pues es de las pocas fotografías en las que se retrata a una mujer en Tepetzintla (esta fue *ex profeso* para el trabajo que aquí se presenta). La segunda y tercera fotografías son de profesoras, la última es de una mujer en un ritual agrícola. Como veremos a lo largo de este trabajo, son los hombres quienes se encuentran en los espacios públicos de acción política y dentro del ejido. Por eso, al visitar la parcela de estos ejidatarios, fue una grata sorpresa encontrar a doña Reina y no pude dejar pasar la oportunidad de retratar sus manos. Esto nos muestra que si bien en la mayoría de relatos orales en torno al ejido y en las imágenes fotográficas han sido relegadas, las mujeres también han formado parte del proceso histórico ejidal. Su papel en la práctica del apoyo mutuo, como esposas de los ejidatarios, era preparar los alimentos para compartirlos con quienes habían “ganado mano”. Esto lo veremos en el relato oral del ejidatario Felipe Hernández, en el tercer capítulo, cuando describe el proceso de bendición de la semilla de maíz y la forma en la que las mujeres se integraban a la práctica de “ganar mano”. Finalmente, esta fotografía representa la resistencia que los pocos campesinos ejidatarios viven hoy en día por seguir haciendo milpa y cómo, en algunos casos, sigue siendo una labor familiar.

Koselleck decía que el historiador emplea categorías científicas que no necesariamente se encuentran en las fuentes.⁴ Él propuso dos conceptos que se vinculan con las condiciones de posibilidad en la historia: espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Sin embargo, ambos se salen de las fronteras conceptuales y pueden acercar al historiador a la vida individual y a la vida social, particularmente si se atraviesan por la fuente oral. Ya lo señalaba Martha Cahuich, no son solo herramientas científicas de análisis sino que también son procesos “lentos de vida” que rebasan la oralidad.⁵ Sin la expectativa y sin la experiencia la historia no es posible. Es, precisamente, lo que hace que la sociedad construya sus acciones, tome decisiones y con ello forje sus procesos históricos.

Aquí se entiende que ambos son parte de procesos que los sujetos han vivido y que se recuerdan desde un presente. Su análisis desde la historia oral y el relato permite conocer cómo los sujetos sociales –e históricos- (en este caso los campesinos ejidatarios de Tepetzintla) construyeron su porvenir, cuáles eran sus esperanzas y cómo actuaron en consecuencia. Además, cómo conforme el contexto cambiaba y con ello las condiciones de posibilidad, sus expectativas se iban disolviendo o materializando a través de lo vivido. De la experiencia (lo que se ha vivido) también generan aprendizajes los sujetos, que al hacerlos conscientes forman parte de sus decisiones. Estos aprendizajes son reflexionados cuando se construye el relato oral porque es una revisión de lo que ha sucedido.

En el caso del grupo de campesinos ejidatarios entrevistados, sus relatos fungieron como medio para revisar lo vivido y, para el caso de la última generación, para dialogar con las experiencias de sus padres y abuelos. En los relatos orales de la generación que corresponde a la etapa analizada (1974-1995), la memoria de sus experiencias en torno al apoyo mutuo y al proceso de transformación hacia la modernización, se vislumbra un halo de nostalgia, de remembranza de tiempos vividos que ya se fueron y

⁴ Koselleck, *Futuro pasado*, 1993, p. 334

⁵ Cahuich, “Horizonte expectativa”, 2013, p. 34

que no volverán. Para ellos todo cambió y pareciera que ya no pertenecen a ese tiempo desde donde emiten su relato. Según su sentir, la generación posterior a ellos (tercera generación ejidal), perdió los valores de antaño y nada se puede hacer. Ya Julián Marías señalaba que existe una vinculación del hombre a un tiempo determinado.

El hombre viejo dice <<mi tiempo>> refiriéndose a otro anterior a aquel en que vive y habla, que, por lo visto, a pesar de ello, no considera <<suyo>>. ¿A qué porción del pasado se siente adscrito? ¿Con qué porción o zona de su vida coincide? Al llamar el anciano <<mi tiempo>> a otro que no es éste, parece dar a entender que vive en él como desterrado o enajenado. ¿No será que están hechas nuestras vidas, como de una sutil sustancia, de un tiempo determinado?⁶

Esto difiere con los relatos orales de los miembros entrevistados de la tercera generación, quienes construyeron un diálogo con las experiencias de sus padres y abuelos, las cuales asumen como aprendizajes heredados del “gremio campesino”. A partir de esos aprendizajes del pasado (experiencias con historicidad), que trajo consigo el proceso de modernización, y su condición actual, definen nuevos horizontes (expectativas) y las formas de caminar hacia ellos.

El proceso de modernización agrícola está vinculado a la “reorganización dentro de grupos o sociedades dedicados al esfuerzo de incrementar el dominio sobre el medio ambiente físico recurriendo a nuevos instrumentos y métodos”.⁷ En el marco del ejido de la cabecera municipal de Tepetzinlta, éste es entendido como un proceso histórico que atravesó niveles económicos, políticos, sociales, culturales e ideológicos y se caracterizó por la búsqueda de nuevas formas de producción económica agrícola (en términos de utilidad y explotación), por la transformación de relaciones sociales (comunitario - individual), por la ruptura con el gobierno municipal y el reposicionamiento ideológico, por la transformación de las prácticas culturales al interior del ejido (sagrado - productivo).

⁶ Marías, “Método generaciones”, 1949, p. 16

⁷ Hewitt, *Modernización*, 1982, p.11

Se entiende como *ejido*⁸ a un territorio que es propiedad social normativizada por el Estado e inmovilizada jurídicamente (hasta 1992). Con una existencia marginal dentro de las políticas agrarias gubernamentales desde mediados de la década del setenta, pero primordial en la vida social y económica de los ejidatarios locales. Como institución gestionada y promovida por el Estado, tiene tres niveles de organización ejidal: institucional (Asamblea general, Comisariado ejidal, Consejo de Vigilancia), productiva (superficie territorial, propiedad ejidal) y social (comunitaria o individual). Si bien las dos primeras son parte integral del ejido, el tipo de organización que importa en esta investigación es la social; es decir, las relaciones sociales de producción del maíz entre los ejidatarios.

Se considera como *ejidatarios* al grupo de personas que tienen derecho a una porción de tierra ejidal, a partir de un certificado de derechos agrarios, y que están sujetos a un marco legal y administrativo bajo el un Código Agrario y sus reglamentos. En Tepetzintla los “tipos” de ejidatarios se atomizaron a partir de la década del setenta con el cambio de uso de suelo, el conjunto de campesinos se redujo considerablemente en las décadas siguientes. El grupo de estudio de esta investigación es el de los campesinos ejidatarios; aquellos que usaban el terreno ejidal para sembrar y que en el setenta diversificaron sus cultivos pero siguieron considerándose a sí mismos como campesinos.

El ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla ha experimentado una serie de transformaciones a lo largo de su proceso histórico. Desde 1935 con la dotación del terreno ejidal a la cabecera municipal, hasta 1964, vivió una etapa de cacicazgo que limitó la producción agrícola de los campesinos ejidatarios. Con el asesinato del cacique a mediados de la década del sesenta, se desplegaron posibilidades productivas para los ejidatarios y se

⁸ Salomon Eckstein clasifica a los ejidos en tres grupos, de acuerdo con la complejidad de su organización: a) el ejido como poblado cuyos derechos a la tierra han sido reconocidos y ejecutados; en el sentido estricto de la palabra, el vocablo ejido se refiere a la tierra así concedida; b) la Sociedad Local de Crédito Ejidal; c) la Sociedad Colectiva Ejidal. Eckstein, *Ejido colectivo*, 1978, p. 102. El de la cabecera municipal de Tepetzintla forma parte del primer grupo

reajustaron las relaciones de poder entre ellos. Así, surgieron nuevos cacicazgos dentro del ejido, aunque con otras características.

El ejido era propiedad colectiva, no existía una división parcelaria, por lo que cada ejidatario hacía uso del terreno que mejor le acomodara y con la extensión que pudiera sembrar. Aunque a finales de la década del sesenta, ya sin el control político, social y económico del cacique, algunos campesinos ejidatarios quisieron aumentar su producción o cambiar de cultivos las condiciones aún no eran las propicias. Fue una década después, al finalizar con el acaparamiento de tierras a partir de la división parcelaria de 1974, cuando inició el proceso de distribución, a título individual, del terreno ejidal. Se procuró entregar 5 hectáreas a cada uno de los 164 ejidatarios. Sin embargo, la división no fue exacta y algunos quedaron con menos terreno.

En la década del setenta, con el ejido en manos de los campesinos ejidatarios, inició el proceso de “modernización” a nivel local,⁹ el cual no implicó, en general, cambios tecnológicos para la mejora del trabajo ni de la producción,¹⁰ sino el abandono paulatino de prácticas consideradas como tradicionales y la experimentación de formas “modernas” en las relaciones sociales, basadas en el trabajo asalariado y el individualismo,¹¹ así como cambios en el uso de suelo y en los cultivos. No fue, ciertamente, un proceso homogéneo, pues siguieron coexistiendo prácticas consideradas tradicionales, como la bendición de la semilla, mientras que las relaciones sociales productivas, los usos de suelo y el mismo contexto del ejido se modificaban.

⁹ Argumento que, mientras el ejido estuvo administrado por el cacique, que fungió como una limitante, los campesinos que lo integraban no podían tener aspiraciones de progreso. Por lo tanto, a la muerte de Basilio R. Miguel, los ejidatarios accedieron a nuevas posibilidades económicas. Victoria Lerner aborda las relaciones entre campesinos y cacique como *relaciones microsociales de poder* que están caracterizadas por un vínculo de dominación-sujeción. También ella propone estudiar el poder que radica en la propia sociedad, en este caso en los campesinos, por tanto, sería un poder desde abajo. Si bien en Tepetzintla este sector no tuvo poder político durante el cacicazgo, sí construyó alternativas de organización comunitaria y es justo ahí en donde pienso que radica su poder. Ver Lerner, *Génesis cacicazgo*, 1989, p. 13

¹⁰ Hasta el noventa con el uso de herbicidas y fertilizantes químicos regados con bombas.

¹¹ Jiménez, *Modernidad*, 2007, p. 2; Touraine, *Crítica*, 2000, p. 11

En 1974 se iniciaron las labores de parcelación ejidal y se construyó la secundaria agropecuaria, dos acontecimientos que marcaron el inicio de transformaciones sociales, económicas, políticas, culturales e ideológicas dentro del ejido. Con las parcelas divididas en terrenos a título personal se abrió la posibilidad de adquirir una propiedad privada individual y un patrimonio.

Los campesinos ejidatarios que contaban con recursos económicos cambiaron el uso de suelo a la ganadería y redujeron el cultivo de milpa para introducir a mayor escala platanos, cítricos o pasto para el ganado. Esto generó divisiones socioeconómicas internas y jerarquización entre los ejidatarios ganaderos, los cultivadores de cítricos y los que únicamente pudieron seguir haciendo milpa.

En este marco, el proceso de modernización del municipio y los cambios en el mercado regional de la segunda mitad del setenta y de la década del ochenta, fueron factores que provocaron la precarización económica de la mayoría de campesinos ejidatarios que no contaban con los recursos para ajustarse o inscribirse a los nuevos mercados. A lo largo de la década del ochenta e inicios del noventa, algunos de esos campesinos ejidatarios se vieron obligados a vender sus parcelas, rentarlas o abandonarlas y vender su fuerza de trabajo por un salario para poder subsistir. De hecho, algunos de ellos trabajaron como peones de los mismos ejidatarios ganaderos o de otros ejidatarios con recursos. Sus expectativas, lejos del progreso que lograron materializar otros ejidatarios, se redujeron a lograr subsistir en un contexto de precarización económica.

Es posible decir que el proceso de modernización ejidal del setenta se dio en gran medida por las acciones (guiadas por las expectativas) y posibilidades de un grupo de ejidatarios que cambiaron su quehacer en busca de un mayor desarrollo económico (asumido como “progreso”). Mientras algunos campesinos ejidatarios lograron adaptarse al hacer cultivos mixtos, a partir de los dictados del mercado regional, otros sufrieron las consecuencias de los embates de la modernización y abandonaron el

campo. Este proceso hizo que en el ejido se redujera la existencia de campesinos ejidatarios. Por ello mismo, también, la relación social de producción que practicaban en torno al maíz fue adaptada por la segunda generación de campesinos ejidatarios y abandonada en el transcurso de la década del ochenta. De hecho, el mismo cultivo de la semilla fue disminuyendo a tal grado que para mediados del noventa eran ya pocos quienes la sembraban y era a pequeña escala.

Población de origen nahua, los primeros ejidatarios tepetzintecos (considerados para efectos de este trabajo como la primera generación) de la cabecera municipal mantenían una relación sagrada con la tierra y el maíz. *Chicomexochitl*, una de las deidades del panteón nahua, se desplegaba en los terrenos ejidales para proteger y bendecir las semillas del maíz y para proporcionar buenos frutos. Era el maíz semilla de gran importancia en la vida de los pueblos nahuas de la Huasteca veracruzana. Por ello se tejía una serie de rituales en torno él que seguía el ciclo agrícola de siembra, cuidado, cosecha y almacenaje. El maíz fue divinizado por ser generador de vida y se le rendía ofrendas que se articularon a procesos ceremoniales.

Si el apoyo mutuo únicamente se practicaba en la siembra del maíz no es causal, éste formaba parte de un sistema de reciprocidad en distintas prácticas sociales y religiosas de la Huasteca veracruzana. El “ganar mano” era tan solo un elemento del sistema de ritualidad agrícola de la primera generación de campesinos ejidatarios de Tepetzintla, quienes bendecían la semilla, pedían permiso a la tierra y rezaban por los buenos frutos. Además, brindaban ofrendas al maíz; “ganar mano” era una de ellas.

Los hijos de los primeros campesinos ejidatarios (segunda generación ejidal) modificaron el sentido sagrado del apoyo mutuo a partir de las circunstancias, experiencias y expectativas que construyeron en el tiempo histórico que les tocó vivir. En muchos casos siguieron practicando el “ganar mano” por su carácter práctico. Ante los embates económicos de la década del ochenta, el apoyo mutuo para sembrar el maíz fue la solución para ayudarse y poder sobrevivir. Sin embargo, fue un sector de esa misma

generación la que redujo la siembra del maíz para cultivar cítricos y platanos a mayor escala porque resultaban más rentables que la gramínea.

La reciprocidad se redujo a tal grado que a mediados del noventa era ya una práctica nula. Aunado a esto, los pocos campesinos ejidatarios que aún persistían dentro del ejido empezaron a usar insumos químicos y bombas para los herbicidas que hacían más eficiente el trabajo. Esto provocó la individualización de la producción pues ya no se requería ni a trabajadores ni ayuda alguna.

La relación social de producción en torno al maíz cambió también por la incorporación de nuevos ejidatarios que no eran campesinos, sino maestros o personas que ejercían otros oficios, y compraron las parcelas de aquellos que ya no pudieron sostenerla. Miembros de ese nuevo grupo de ejidatarios reprodujeron relaciones sociales de trabajo jerarquizadas y mediadas por el dinero, en las que el ejidatario que era dueño de la parcela pagaba a trabajadores para que sembraran maíz u otros cultivos. Como los decía Bauman, a partir del progreso triunfante de la modernización “la práctica de la producción y el consumo humanos se ha visto mediada por el dinero y el mercado”.¹²

Así, la modernización, vista aquí como la modernidad hecha acto, no implica la mera sucesión de acontecimientos; es difusión de los productos de la actividad racional, científica, tecnológica, administrativa.¹³ Es una apertura al progreso, a la libertad, a la creación de una sociedad nueva basada en el conocimiento racional, que relega las creencias religiosas a la vida privada y destruye al mundo sagrado (con la pretendida idea de liberar a la sociedad de su dominio). En términos ideales, “abundancia, libertad y felicidad avanzan juntas porque son producidas por la aplicación de la razón a todos los aspectos de la existencia humana”.¹⁴ En este orden de ideas, se concibe que una sociedad moderna debe estar protegida de creencias religiosas; las

¹² Bauman, *Vidas desperdiciadas*, 2003, p. 17

¹³ Touraine, *Crítica modernidad*, 2000, p. 17

¹⁴ *Ibíd.*, p. 37

leyes deben de evitar el nepotismo, el clientelismo y la corrupción; la administración no pueden ser instrumentos de un poder personal.¹⁵ En tercer capítulo veremos cómo la tercera generación de ejidatarios, que ya nació moderna, abandera estas ideas y valores “no tradicionales”.

En algunos casos, la expectativa de progreso de los campesinos ejidatarios no siempre correspondió con su experiencia. La modernidad, antes de unir, divide, asevera Touraine. Está asociada a la liberación de los individuos que proclaman su derecho a satisfacer sus necesidades, a defender sus ideas y preferencias, lejos del control político y cultural.¹⁶ Pero la realidad social y económica moderna está muy lejos de tal liberación. La vida económica y social que fue imaginada por aquellos campesinos ejidatarios que buscaban el progreso, en realidad se manifestó como una vida llena de relaciones de poder y precarización económica a partir de la libre producción y la búsqueda por el provecho individual.

Es así que el objeto de estudio de esta investigación es la relación social de producción recíproca que practicaban los campesinos ejidatarios en la siembra del maíz, así como su proceso de abandono en el marco de los procesos de modernización. El objetivo es conocer las experiencias de los campesinos ejidatarios en torno al apoyo mutuo; así como las expectativas de progreso que construyeron a partir de la apertura de nuevos horizontes de posibilidad. Interesa saber cómo y porqué este grupo social que forma parte de una institución ejidal, administrada y gestionada por el Estado, se organizó en colectivo para ayudarse entre sí y cómo cambiaron las condiciones de posibilidad por las cuales se abandonó esa práctica. Cuál era la función social del apoyo mutuo; cómo y porqué cambió en un tiempo histórico determinado, y cuáles fueron las experiencias que derivaron en relaciones sociales de producción jerarquizadas y en la individualización del trabajo.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 17

¹⁶ *Ibíd.*, p. 38

El progreso (o más bien la procuración de tal) como expectativa de la modernización y como una visión (o visiones) particular e histórica de desarrollo de lo social, política y económicamente deseable en un futuro, ha dejado tras su paso “ruinas”, al decir de Benjamin, si no “deshechos”, diría Bauman. Desde los albores de la modernidad, “cada generación sucesiva ha dejado sus naufragos abandonados en el vacío social: las «víctimas colaterales» del progreso”.¹⁷ Pero el espacio de crisis, como el del ejido en México (acaso víctima del progreso, relegado económicamente, fracturado socialmente, dominado políticamente), es también espacio de posibilidades. La zona liminal, es decir el margen, puede ser sitio privilegiado.

Para Walter Benjamin cada generación tiene el potencial y la posibilidad de rescatarse a sí misma, a partir de una “débil fuerza mesiánica”.¹⁸ Volver la mirada al pasado de -y desde- los campesinos ejidatarios no supondría contemplar las ruinas de la tragedia que ha dejado la modernización agrícola a su paso sino entablar un diálogo con él para extraer la posibilidad de una emancipación actual.

Vista de este modo, esta aproximación histórica al ejido de Tepetzintla y a la relación social de producción de maíz dentro del proceso de modernización, se propone a partir de dos posibilidades que no son excluyentes entre sí sino complementarias. La primera, recopilar algunas de las experiencias (lo vivido y lo aprendido) y las expectativas (como horizontes de posibilidad) de la segunda y tercera generación de campesinos ejidatarios. La segunda, propiciar diálogos entre la última generación (que no experimentó el apoyo mutuo) desde *el ahora con lo que ha sido*. No como un “nexo lineal ni cronológico, sino un nexo constituido mediante la elaboración y el descubrimiento de afinidades y correspondencias entre experiencias vitales”.¹⁹

A partir del diálogo con otras experiencias vitales se verá que el ejidatario campesino esboza su capacidad para recuperar la reciprocidad,

¹⁷ Bauman, *Vidas desperdiciadas*, 2003, p. 28

¹⁸ Benjamin, *Concepto historia*, 2012, p. 178

¹⁹ Molano, *Walter Benjamin*, 2012, p. 171

relación social-comunitaria que se desarrolla lejos de la dominación estatal. En el proceso modernizador del campo (que ha individualizado, separado y fragmentado), entablar diálogos con las experiencias de otros ejidatarios (*lo que ha sido*), vividas en otros tiempos históricos, le ha brindado una oportunidad de reinventarse y de repensar el apoyo mutuo como una posibilidad presente.

Este trabajo se divide en tres capítulos en los que se desarrolla el tema y problemáticas planteadas. La relación que estableció el Estado con los ejidatarios y las políticas gubernamentales agrícolas se abordan en el primero de ellos, “Modernización agrícola ejidal desde el Estado”. Con éste podremos conocer cuál es el marco nacional en el que se desarrollan los cambios en el ejido de Tepetzintla y cómo afectaron y se entretajeron en los procesos de modernización locales. En este capítulo se revisan los sexenios desde Luis Echeverría hasta Carlos Salinas y sus políticas agrícolas de modernización en torno al ejido, la cuales conllevaron la precarización económica de los campesinos.

Para comprender el proceso de transformación de la relación social de producción en torno al maíz resultó necesario revisar el periodo de 1935 a 1964. En primer lugar, para conocer los antecedentes de la formación del ejido y las luchas de los campesinos de Tepetzintla por la tierra. Pero principalmente para analizar las condiciones que posibilitaron la práctica del apoyo mutuo y de los rituales agrícolas. Aquí se argumenta que uno de los factores primordiales fue el cacicazgo, fenómeno en el que se construyeron relaciones de poder y dominación al interior de la institución ejidal. Al limitar la producción de otros cultivos, todos los campesinos mantuvieron la siembra de maíz.²⁰

Es por ello que en el segundo capítulo, “Ejido de Tepetzintla. Formación, subsistencia y prácticas comunitarias, 1935-1964”, se analiza en

²⁰ Aunque es necesario agregar que no fue el único factor. El mercado regional permitía que los campesinos ejidatarios pudieran vender su producción de maíz a compradores de Tampico y otros lugares. Asimismo, la vida no era tan costosa como cuando llegó la luz y el agua.

el primer apartado las formas de control que ejerció Basilio R. Miguel, cacique local, sobre el ejido y la cabecera municipal. En este capítulo se trabajó con distintas versiones de las fuentes orales para analizar los relatos que se han construido en torno al cacicazgo desde diferentes puntos de enunciación. También se recurrió a las fuentes fotográficas, en su mayoría de archivos personales de habitantes de la cabecera municipal, que arrojaron información sobre distintos aspectos tanto de ese periodo como del cacicazgo y los espacios sociales de poder en los que se desarrolló.

La mayoría de fotografías recolectadas en torno a la figura del cacique provenían de una sola fuente: su última esposa. Guardadas en una bolsa de plástico de manera dispersa y entremezcladas con otras fotografías, dan cuenta de distintas etapas de la vida de Basilio R. Miguel. Son imágenes diversas que se produjeron para objetivos distintos, como se verá en el transcurso de ese apartado. Algunas fechas no se anotaron en los documentos fotográficos y se recurrió a las fuentes orales; así como a cotejar otras fotografías de la época para datarlas. Esos documentos también han permitido una discusión entre los relatos orales y las imágenes construidas y proyectadas del cacique.

Aunado a los temas ya mencionados, en este segunda capítulo se abordan, a grandes rasgos, distintas prácticas comunitarias que realizaban los ejidatarios, tanto al interior del ejido como en la cabecera municipal de Tepetzintla. Este capítulo, además, sirve para explicar el contexto histórico en el que se desarrolló la primera generación de ejidatarios y explicar por qué sus expectativas estaban ligadas al pasado. De modo tal que fue la base a partir de la cual, en el siguiente capítulo, se pudieron contrastar las tres generaciones para establecer las rupturas y continuidades que cada una tuvo con la antecesora.

El advenimiento de la modernidad y su adscripción –o adaptación- a ella generó una serie de transformaciones en el pensamiento y acciones de los campesinos ejidatarios, principalmente por la búsqueda del desarrollo económico (que aquí llamaremos “progreso”). Esto impactó en la relación

social de producción y modificó las experiencias de estos actores sociales. El apoyo mutuo, considerado como “tradicional”, fue resignificado a partir de las nuevas necesidades de los ejidatarios de la segunda generación, brindándole características “modernas”. No obstante, con el paso del tiempo otras formas de relaciones sociales de producción ganaron terreno dentro del ejido, mientras la práctica del apoyo mutuo fue decayendo. Este último capítulo, “Experiencias ejidales de apoyo mutuo y modernización: de la reciprocidad al individualismo, 1974-1995”, da cuenta de las experiencias del trabajo en colectivo y de las experiencias del trabajo individual, producto de la expectativa de progreso y del proceso de modernización.

Para realizar el análisis de las experiencias entre campesinos ejidatarios se recurrió a la división de etapas históricas del ejido y su correspondencia con tres generaciones. La de los primeros ejidatarios, aquellos que recibieron la dotación del terreno ejidal y vivieron el cacicazgo, desde 1935 a 1964, denominada aquí como la generación “tradicional”. La segunda generación, de 1974 a 1995, quienes, a partir de sus expectativas de progreso y la apertura de dicha posibilidad, iniciaron el proceso de modernización del ejido y de las relaciones sociales de producción jerarquizadas. A este grupo se le ha llamado en este trabajo la generación de “transición” a la modernidad. La última generación, de 1995 a la actualidad, es la que nació moderna, bajo el signo de la razón y los valores de la democracia y la igualdad.

El criterio de la división tanto temporal como generacional se basa en la idea de que si bien existen vidas individuales también existe la vida histórica; es decir, tiempos históricos que distinguen cada época de otras, por sus características y porque en esos lapsos se desarrollan formas de vida diferentes a otras. Es así que cada generación establecida aquí vivió en un tiempo histórico determinado y tanto sus experiencias como sus expectativas están ligadas a ese espacio temporal. Al considerar esto fue posible ver que en ciertas etapas históricas cada generación de los ejidatarios desarrolló características generales similares. Empero, una de las limitaciones de este

trabajo es que no se pudo ahondar en las diferencias de cada generación, por lo que se muestran de manera homogénea para, más bien, establecer las diferencias entre las tres generaciones y puntualizar los elementos de continuidad, ruptura, adaptación y resignificación.

Además de la división por etapas y generaciones, al revisar las características de cada una y construir los diálogos entre la tercera generación y las experiencias en torno al apoyo mutuo, fue posible vislumbrar la forma (si es que tal cosa existe) del tiempo histórico de los ejidatarios. Si bien el progreso se concibe bajo una idea la linealidad, en la que el ser humano se va perfeccionando conforme transcurre el tiempo, es posible decir que en el de los campesinos ejidatarios existe un ciclo que supone el retorno de la moderna tercera generación a la tierra y al maíz. Por ello se plantea que existe un tiempo cíclico ejidal, lo que Giambattista Vico concibió como “el eterno retorno” desde la filosofía de la historia, como se verá en el último capítulo.

Este trabajo no sólo analiza el proceso histórico de abandono de una práctica de apoyo mutuo entre campesinos ejidatarios. A partir de las experiencias y expectativas (como procesos) que atraviesan los relatos orales, es posible conocer cómo esos campesinos forjaron sus propios horizontes y actuaron en consecuencia. Cómo ellos mismos, a partir de sus decisiones, construyeron su devenir y se construyeron como sujetos históricos.

A partir de la construcción de entrevistas de historia oral, los campesinos ejidatarios de la tercera generación elaboraron diálogos con las experiencias de sus padres y abuelos (que les fueron relatadas directamente por ellos mismos), en torno a la reciprocidad, y sus propias experiencias sociales ejidales fragmentadas. Así, esta investigación muestra el actuar de los tiempos históricos ejidales en los que la tercera generación, al dialogar con las experiencias de sus padres y abuelos, establece un vínculo con *lo que fue* y elige retornar a las prácticas de apoyo mutuo (su referente histórico de otro tipo de relaciones sociales de producción fuera del individualismo

laboral del ejido que ellos viven), bajo su propio marco de posibilidades, de creencias y valores, y así lograr preservar históricamente el “ser campesino”



I

MODERNIZACIÓN AGRÍCOLA EJIDAL DESDE EL ESTADO 1974-1994

Las ideas de modernización que se han gestado desde el Estado mexicano en torno a los terrenos ejidales han sido, en general, la de hacerlos productivos para abastecer a las diferentes regiones del país. Durante el periodo del “milagro mexicano” (1946-1970) los ejidos contaban con las condiciones para producir los granos básicos, como son el maíz, frijol y trigo, a partir de unidades de producción domésticas; es decir, desde la propia familia campesina. Eso significaba que los costos de producción se reducían considerablemente, a diferencia de las producciones industriales que hubieran incrementado los costos y por ende elevado los precios al consumidor.

A partir de la década del setenta la crisis en el campo se hizo más evidente y las políticas agrícolas nacionales se abocaron a buscar soluciones que sacaran a los ejidos del letargo productivo, para hacerlos más eficientes y producir a mayor escala, desde la visión del gobierno. Así, el minifundio empezó a ser un problema y se hicieron esfuerzos sistemáticos desde el Estado para que los ejidos se unificaran, como lo propuso Echeverría, o tecnificaran y modernizaran, como los propusieron los presidentes de los sexenios siguientes hasta Salinas. Sin embargo, como lo señala Warman, los ejidos no se adscribían a los modelos de eficiencia capitalista ni podían producir a gran escala como las empresas agroindustriales.¹

En este capítulo se revisarán las políticas agrícolas,² que se implementaron desde el sexenio de Luis Echeverría (1970-1976) hasta el de Carlos Salinas (1988-1994), cuyo objetivo era modernizar a los ejidos para

¹ Warman, “Frente a crisis”, 1978, p. 681

² Las políticas agrarias hacen referencia al reparto de tierras, a diferencia de las políticas agrícolas, que con un conjunto de medidas gubernamentales dirigidas hacia la producción “en su sentido de concentración de recursos para atender la demanda del mercado”. *Ibíd.*, p. 681

volverlos productivos. Veremos cómo, a pesar de los esfuerzos, los proyectos naufragaron y provocaron la precarización económica de los campesinos. Lo que se expone en este capítulo no es nada nuevo pero sirve como marco nacional para entretrejerlo con el proceso de modernización local del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla.

a. Modernización ejidal: coordenadas de análisis

Es ya lugar común decir que el ejido es producto de la revolución y con ello de la reforma agraria, pero ¿el ejido cumplió las exigencias de los sectores campesinos que solicitaban restitución o dotación de tierras? El lema “la tierra es de quien la trabaja” es de suyo reveladora. Los sectores campesinos que solicitaban tierra aspiraban apropiarse de ella para hacerla producir para beneficio propio y de sus familias. Exigencia de un sector social que el Estado tuvo que escuchar y petición a la que tuvo que responder (en su momento) con fines de pacificación social, porque ese mismo Estado los necesitaba para consolidarse. Después ya no, después fueron un estorbo. La tierra fue entregada a los campesinos, pero bajo términos estatales específicos. Concebido como espacio de producción agrícola y de subsistencia por los mismos campesinos; espacio estratégico concebido por el Estado. El ejido se convirtió en espacio de control político y social. El ejidatario se inscribe en un orden establecido y sólo es reconocido políticamente por vías institucionales estatales. Y así, en ese nuevo orden, el mediador entre ejidatarios y Estado es la Confederación Nacional Campesina (CNC), órgano al servicio más de los intereses del gobierno en turno que de los propios campesinos.

¿Qué opciones tenía el campesino? O aceptaba las reglas del juego u ofrecía sus manos al servicio de otros en fábricas o como jornalero. Pero, ¿cuáles eran las expectativas del ejidatario? ¿por qué pedía tierra si se tenía que organizar como dictaba el Estado y si sólo recibiría un cierto número de hectáreas y se debía sujetar a un marco legal agrario? No importaba, ya tenía tierra, podía sembrar y vivir de sus cultivos, o al menos esa era su

expectativa. Las manos del ejidatario se pusieron a la orden de esa esperanza, de esos sus horizontes de posibilidad. Pero en algunos casos sus experiencias fueron muy otras.

Si el ejido fue creado como espacio de producción para bienestar social y económico (control, más bien) del campesino sin tierra, ya desde el poscardenismo fue concebido si no como obstáculo, sí como elemento marginal dentro del desarrollo económico nacional. Las políticas agrarias estatales en torno al ejido han pasado de la dotación para subsistencia, a la integración en los mercados regionales, la cooperativización para la producción de cultivos comerciales (como algodón, café, caña), al abandono (bajo el eufemismo neoliberal de “liberación”). Las presiones modernizadoras para lograr el desarrollo agrario nacional (y económico en general) llevaron a implementar políticas de libre mercado que iniciaron desde la década del ochenta y tuvieron su clímax en las reformas agrarias neoliberales de 1992.

El ejido se creó supeditado al orden institucional estatal. No fue territorio de conquista del campesino sino del Estado que tuvo control sobre ambos (el ejido y el campesino). Proyecto del gobierno carrancista pero asumido como necesidad política y social posrevolucionaria, tuvo su mayor auge con el cardenismo (política posteriormente adoptada por Echeverría). Eligió usar al campesino ejidatario como aliado y base social en la construcción del Estado posrevolucionario y, décadas después, buscó integrarlo bajo políticas de producción capitalista a la economía nacional para posteriormente marginarlo del proyecto de desarrollo nacional.

La iniciativa neoliberal de inicios de la década del noventa era la culminación de los proyectos modernizadores en el agro. Detrás del reconocimiento a través de la legalización de prácticas que se suscitaban desde tiempo atrás en los ejidos, como la venta o arrendamiento de las parcelas, permeó la idea de otorgarle “libertad a los ejidatarios”, uno de los valores característicos (no el único) de la modernidad. El ejido fue entonces liberado del control y tutela estatal. Libre, quedó a su suerte.

La discusión que suscitó la modificación al artículo 27 constitucional, como parte de las políticas neoliberales salinistas, giraba en torno a la tenencia de la tierra ejidal y si su privatización sería la solución a los problemas que acarreaba la política de libre mercado. Sin embargo, como lo señala Jesús Morett, el ejido era ya una forma de propiedad privada con limitaciones. Se reiteró ese tipo de tenencia de la tierra cuando inició la parcelación ejidal y la entrega de los certificados parcelarios en la década del setenta.

Dentro de una propuesta para “modernizar” al ejido en el marco del neoliberalismo, Morett pone de relieve que la discusión debía establecerse en buscar “los mecanismos de transformación del sistema ejidal para efectivamente impulsar su desarrollo y elevar los niveles de justicia y de bienestar para sus miembros”.³ Señala que no era suficiente una política dirigida al campo sino “una reorientación de la política económica que coloque al agro como un sector estratégico y, por lo tanto, lo proteja”.⁴

Si para Bauman una compañera inseparable de la modernidad, y consecuencia inevitable de la modernización, es la producción de <<residuos humanos>> o seres humanos residuales, también se puede asegurar que la “modernización agrícola” conllevó relegar al ejido. Al ser espacio indeseable para el desarrollo económico capitalista, pasó a ser “agricultura residual”. Se tornó en un espacio diferenciado entre la agricultura moderna (tecnificada, industrializada y productiva) y la agricultura de subsistencia local (tradicional, obsoleta y no competitiva).

Pese a la búsqueda de la modernización del agro (desde el Estado), concebida como un proceso gradual de tecnificación y comercialización,⁵ para inicios de la década del noventa dos terceras partes de las divisas obtenidas del petróleo se invertían en la compra de alimentos en el extranjero; aun cuando a finales de los setenta el mismo Estado fomentó programas en torno a la soberanía alimentaria. No es posible, decía Morett

³ Morett, *Alternativas modernización*, 1992, p. IX

⁴ *Ibíd.*, p. X

⁵ Cadena, “Modernización teoría”, 1993, p. 23

con malestar al iniciar el gobierno salinista, “que México inicie vigorosamente una nueva fase de su desarrollo económico con un sector agropecuario en crisis que constituye un lastre para el despegue económico”.⁶

Pero mientras que el proceso de modernización agrícola nacional ha marginado a los ejidos, el campesino ejidatario también ha querido ser moderno. Aunque su experiencia de modernidad ha sido otra, a pequeña escala, local. El ejidatario también ha tenido expectativas de progreso desde su propio punto de enunciación y con su propio horizonte de posibilidades. El ejidatario también ha querido y elegido producir cultivos redituables que le brinden estabilidad económica y bienestar social. Algunos sectores de ejidatarios también han sido partícipes de la modernización y han querido subir a esa vorágine por decisión propia o porque las condiciones de existencia lo han demandado. Sin embargo, no todos los ejidatarios han tenido la posibilidad de lograrlo y con ello se ha acentuado la jerarquización al interior de los ejidos, las condiciones socioeconómicas diferenciadas, el acaparamiento de tierras, las relaciones de producción jerarquizadas y las fracturas sociales internas.

Nada nuevo. La jerarquización ya existía, así como las condiciones socioeconómicas diferenciadas, el acaparamiento de tierras y las fracturas sociales (al igual que las relaciones de poder). Al observar únicamente las “bondades” de la ayuda mutua, de la reciprocidad y la organización comunitaria interna, se corre el riesgo de dejar de lado tensiones y conflictos que suponen ese tipo de relaciones de trabajo. Desde sus visiones locales, los campesinos ejidatarios han sabido generar sus propios procesos de modernización, con sus propios conflictos y sus propias ruinas (llámese valores de antaño, tradiciones, tipos de organización, en fin).

Eso significa que la modernización ejidal ha sido un mecanismo de conciliación con los procesos regionales y el nacional, en gran medida como parte estratégica para la supervivencia (porque también existe competencia al interior del ejido). Ejemplo de ello lo podemos ver hoy en día. El ejido

⁶ Morett, *Alternativas modernización*, 1992, p.1

permanece, aún ahora, porque los ejidatarios se reinventan. El ejidatario es portador de una capacidad transformadora para hacer frente a los procesos de modernización que fragmentan y marginan en aras del progreso, a través de su propia inmersión en ésta para renovarse. Ese camino de construcción de su propia modernidad también ha producido ruinas y deshechos que han sido necesarios para resistir y permanecer. También para liberarse de las ataduras de una modernización que no es la suya.

b. De la colectivización a la liberación del ejido

En su discurso de toma de posesión, Luis Echeverría anunció que no descansaría un solo día del sexenio “en la tarea de promover el mejoramiento de los campesinos y del medio rural”.⁷ Al iniciar su mandato se enfrentaba a una crisis agrícola y económica, producto de un modelo de crecimiento de las décadas anteriores “que había favorecido a la industria frente a la agricultura, a las ciudades frente al campo, donde en 1970 vivían 20 millones de habitantes –casi 45% de la población- en condiciones muy inferiores a las del medio urbano”.⁸ Mientras la vida moderna había beneficiado a la creciente clase media urbana y rural, los campesinos ejidatarios, jornaleros o pequeños propietarios fueron relegados de las políticas desarrollistas. El campesino, otrora base social del México posrevolucionario, había sido sacrificado en la búsqueda del progreso.

El conjunto de medidas e instrumentos canalizados desde el Estado para generar un desarrollo económico nacional del campo se abocó precisamente a “modernizar” el trabajo agrario para hacerlo productivo. En algunos casos se apostó por la propiedad privada y la industrialización en detrimento de los campesinos ejidatarios, quienes también buscaban apoyo para su producción. Maquinaria, semillas e infraestructura fueron a parar a manos de empresarios, quienes terminaron siendo los beneficiarios de la inversión pública.

⁷ Discurso de toma de posesión, en *Excélsior*, 1970.

⁸ Loaeza, “Modernización autoritaria”, 2010, p. 404

Teniendo en cuenta las limitaciones que afrontaban los ejidatarios, el desamparo por parte de las instituciones gubernamentales y estatales y el fomento del caciquismo desde las mismas instituciones, parece poco probable que los ejidos se constituyeran como un modelo económico viable dentro del sistema capitalista con el que irremediablemente debía de articularse.⁹

La decadencia del campo inició en los sesenta con la disminución de los apoyos al sector campesino y con la baja de precios a nivel internacional. A partir de 1965 la producción agrícola cambió y se inclinó hacia la ganadería intensiva en detrimento de la agricultura. Muchos de los cultivos y tierras se abocaron a satisfacer esa otra rama, en términos de pastoreo y cultivo de forraje. La crisis agrícola que ya se había vislumbrando comenzó a intensificarse en la administración de Díaz Ordaz.

Aun con las pretensiones de dotar de tierras a los campesinos e industrializar el campo, la agricultura nacional se polarizó. De modo que, por un lado, estaban los campesinos (propietarios y ejidatarios) que producían de forma tradicional para subsistencia y, por otro, los pocos productores de la industria agrícola comercial. Con la poca productividad de alimentos básicos, el Estado tuvo que aumentar la importación de cultivos, decisión que afectó la economía nacional y en particular la agrícola.

En 1968 la reforma agraria tomó un viraje hacia la búsqueda de una alta productividad de las tierras entregadas por el Estado en forma de ejidos como “pilares del desarrollo económico del país”. A partir ese momento, los esfuerzos tanto de las administraciones priistas como de la CNC se dirigieron sistemáticamente a la industrialización y tecnificación de los ejidos para que la tierra entregada a los campesinos se convirtiera en la base de una economía agraria que fuera uno de los pilares del desarrollo económico del país.¹⁰

Para inicios de la década del setenta, la industrialización que tanto habían cobijado los proyectos del desarrollo estabilizador mermó la situación

⁹ Cárcar, “Reformas agrarias”, 2013, p. 6

¹⁰ González y Lomelí, *Partido revolución*, 2000, p. 386

de los ejidos y de los pequeños propietarios a tal grado que una parte del campesinado se había proletarizado. Al verse forzado a vender su mano de obra; otra parte quedó marginada. Ante esta situación, Echeverría elaboró una política agraria cuyo objetivo principal fue “integrar al campesino al proceso general de crecimiento económico y social que llevaba el país, tratando con ello de evitar mayores niveles críticos”.¹¹ En tono agrarista - y “populista”, según los empresarios-, contempló como acciones principales hacia el campo la dotación de tierras, resolver el problema de la propiedad agrícola e incentivar la organización cooperativista en los ejidos. Según Julio Moguel y Pilar López, estas prácticas eran parte de una nueva estrategia de modernización del espacio agrícola, fundamentada en la elevación de la productividad y la regularización de la tenencia de la tierra.¹²

El reparto agrario se había dado por concluido en el sexenio anterior; no así las solicitudes campesinas por tierras. Con tonos de cardenismo, Echeverría incluyó en su programa de gobierno la dotación de tierras, lo que propició la emergencia de voces conservadoras que encararon las medidas gubernamentales en cuestión agraria. Se han repartido más de 80 millones de tierras, argüía Gómez Villanueva, legislador panista, “y todavía se habla de repartir tierras como si los recursos de México fueran ilimitados, [...] ¿cuáles tierras? ¿los terrenos nacionales que aún quedan?”.¹³

Otro eje de acción principal para hacer frente al problema agrario fue la regularización de la tenencia de la tierra, en la cual se expidieron títulos de derechos agrarios, se confirmaron bienes comunales y se concedieron certificados de inafectabilidad agrícola y ganadera. En 1970, “casi la mitad de los ejidatarios del país carecían de certificados de derechos agrarios, lo que creaba serios problemas en el terreno de la organización campesina y, en particular, en el de la obtención y manejo de créditos”.¹⁴

¹¹ Barraza, *Reforma agraria*, 1987, p. 92

¹² Moguel y López, “Política agraria”, 1990, p. 322

¹³ Martínez, *Evolución legislativa*, 1975, p. 198.

¹⁴ Moguel y López, “Política agraria”, 1990, p.326

La reorganización productiva fue otra propuesta del sexenio a partir de la colectivización ejidal. En 1974, Echeverría asumía que el ejido colectivo respondía “al moderno concepto de empresa que exige nuestro tiempo y fortalece la práctica de la democracia política y económica [...]”. El futuro del país se encuentra en las formas colectivas de producción”.¹⁵ La propuesta no se dirigía únicamente a la organización productiva sino también a fomentar cultivos competitivos y a la industrialización de otros productos dentro del campo. La idea del gobierno de Echeverría era que distintos ejidos se unieran para producir de forma colectiva y competitiva. Con ello podrían insertarse a la economía capitalista que los había relegado. Es decir, intentó agrupar tierras y productores para formar “latifundios colectivos con mentalidad capitalista moderna”.¹⁶

Además de conminar a la colectivización ejidal para la producción agraria, el gobierno echeverrista invirtió para el fomento agropecuario un 20%, el doble de la inversión hecha por sus antecesores. El gasto estatal se destinó a la rehabilitación de obra de riego, asistencia a proyectos ganaderos y agrícolas, infraestructura rural como escuelas agropecuarias, campos deportivos y centros de salud, desmonte para construir ejidos, promoción a la organización, tecnificación y mecanización en el campo, subsidios, precios de garantía a los productos del campesino ejidatario y del minifundista, así como el aumento al crédito oficial.¹⁷ No obstante “gran parte de este presupuesto fue a parar a una gran burocracia que creció sin límites, y otra parte fue mal usada”.¹⁸

Para establecer un marco legal que protegiera la reorganización productiva y la colectivización expidió la Nueva Ley Federal de Reforma Agraria. Se le dio tanta importancia al trabajo colectivo porque se le concebía como “la única vía posible de modernización y desarrollo del sector, sin necesidad de romper los pactos sociales y políticos fundados desde el

¹⁵ Cuarto informe de gobierno, en *Excélsior*, 1974.

¹⁶ Barraza, *Reforma agraria*, 1987, p. 94

¹⁷ *Ibíd.*, p. 97

¹⁸ *Ibíd.*, p. 96

cardenismo (en este caso, el representado por la alianza Estado-campesinos)".¹⁹ A cinco años de su gobierno, Echeverría insistía en que el problema agrario de fondo era la organización productiva de los campesinos. El esfuerzo aislado de los campesinos, decía, "encarece los costos, dificulta el acceso a la moderna tecnología, mediatiza el apoyo de los servicios de extensión y asistencia agrícola y propicia intermediación voraz".²⁰ Ante sus ojos el ejido era ineficiente, por ello durante su mandato se preocupó por modernizarlo y volver al ejidatario un empresario moderno y productivo que pudiera insertar a la economía competitiva.²¹

Esta interpretación echeverrista muestra que lejos de concebir una modernización liberal en la que el individuo es el sujeto preponderante, impulsó un proceso de modernización basado en la cooperación entre ejidatarios. Las luchas agrarias, decía en su quinto informe, "han sido invariablemente colectivas [...] Por ello, en la conciencia campesina está siempre presente el germen de la solidaridad, la voluntad de cooperación y el esfuerzo conjunto para alcanzar metas propuestas".²² Sin embargo, mientras abogaba por el trabajo colectivo y la ayuda entre campesinos, otorgó certificados de derechos parcelarios. Acción que se sumó al proceso de individualización del trabajo, como veremos en el caso del ejido de Tepetzintla.

El plan de colectivizar los ejidos fue criticado por su implementación muchas veces improvisada o su formación sólo en el papel, por ello considerado como un fracaso. Ya desde su experimentación en el cardenismo había tenido severas críticas, al decir de Warman, por su "ineficiencia" y por su implicación "subversiva".²³ En los setenta, bajo el régimen echeverrista, se reivindicó la colectivización ejidal al pensarse como

¹⁹ Moguel y López, "Política agraria", 1990, p.331

²⁰ Quinto informe de gobierno, en *Excélsior*, 1975.

²¹ "En septiembre de 1975, el balance gubernamental sobre la colectivización hablaba de 3 400 ejidos en proceso de reorganización, y de 1000 más que iniciaban sus actividades en la misma línea. Un año después se conformaba de la existencia de 8 130 ejidos comprometidos con la batalla colectivista, aunque se reconocía que sólo 884 en plena fase de consolidación", Moguel y López, "Política agraria", 1990, p. 336

²² Quinto informe de gobierno, en *Excélsior*, 1975.

²³ Warman, "Colectivización campo", 1977, pp. 47

solución a los problemas agrícolas. Su carácter colectivo radicaba no sólo en el trabajo unido entre varios ejidatarios sino también en los trabajos en torno a la producción agrícola como el almacenamiento, las compras y las ventas necesarias. Lo colectivo se definió entonces “como la ausencia de parcelación para la explotación indivisa de la tierra, cuando las condiciones lo hicieran preferible y recomendable”.²⁴ Ese plan, sin un programa coherente, desarrolló dos modelos importantes; en Nayarit, la Unión Ejidal Bahía de Banderas; y en Tabasco, el Plan Chontalpa. Con la puesta en práctica de la colectivización, los campesinos manifestaron que “no era sólo un problema de técnica y de capacidades organizativas, sino de *relaciones sociales*. De tal manera, en torno a los proceso de colectivización se trabaron una serie de complejas y difíciles luchas sociales y políticas”.²⁵

Así entonces, la política agraria asistencial echeverrista se basó en “impulsar el cooperativismo paraestatal y el colectivismo ejidal, controlado y administrado por el Estado, [lo que] fomentó el monopolio estatal con tonos populistas”.²⁶ Modificó el modelo económico del desarrollo estabilizador para implementar otro en el cual el Estado tuviera participación en la inversión a través de un modelo de desarrollo compartido en el que “se fortalecería a las empresas bajo su propiedad o con una fuerte participación”.²⁷ Bajo este modelo se “adquirieron empresas y se crearon otras, sobre todo empresas de servicios que apoyarían la inversión del campo”.²⁸ Pero fueron medidas paliativas que no lograron grandes transformaciones. Pese a estos esfuerzos, la crisis en el sector agrario era tal que no sólo no erradicó el problema del campo sino que se profundizó.

Para mediados de los setenta, con el gobierno de López Portillo (1976-1982) y su acercamiento con la burguesía empresarial, el abandono del campo se hizo inminente y el reparto de tierras inició su descenso. Ya en 1977, la Coparmex se posicionaba frente a la reforma agraria, manifestando

²⁴ *Ibíd.*, p. 44

²⁵ Moguel y López, “Política agraria”, 1990, p. 338

²⁶ Barraza, *Reforma agraria*, 1987, p. 108

²⁷ Hayashi, “Modelo desarrollo”, 2015, p. 1

²⁸ *Ibíd.*

que era un rotundo fracaso y atentaba contra la existencia del propio país.²⁹ La Ley de Fomento Agropecuario (LFA), implementada en este gobierno, fue diseñada para aumentar la penetración de capital privado en el campo. Su aspecto más importante consistió en la creación de “unidades de producción” redefinidas: se respalda a los ejidos para que se asocien con los pequeños propietarios o con otros ejidos a fin de solicitar créditos a bajo interés y otras ayudas estatales.³⁰ Con esto se daba por concluida la reforma agraria. El presidente “estaba convencido de que ya quedaba muy poca tierra por repartir, por lo que había que avanzar en la tecnificación del campo y en la organización de las unidades agrarias, buscando aumentar la productividad de la mano de obra rural”.³¹

En 1977 tenía la idea de formar sindicatos de trabajadores del campo para que se organizaran. A la par “quiso fomentar la asociación de ejidatarios y pequeños productores en unidades de producción más grandes que pudieran obtener economías de escala y mejorar condiciones de comercialización para sus productos”.³² La apuesta lopezportillista acabar con el rezago agrario y “dedicar esfuerzos a regularizar, depurar y redotar la tierra ya repartida, a quienes directamente van a hacerla producir”.³³ Sin embargo, la política económica nacional se sustentó en la extracción de petróleo y los esfuerzos se dirigieron al desarrollo de ese sector. Con ello, la crisis se profundizó y aumentó la importación de granos. Durante su administración el petróleo fue la base de la economía y del poder de México. La mayoría de sus esfuerzos se dirigieron al desarrollo de ese sector para demostrar que México no dependía totalmente de Estados Unidos, país de donde importaba la mayor parte de los granos.

Con el fin de desarrollar una autonomía alimentaria frente a la hegemonía de Estados Unidos, López Portillo estableció el Sistema Alimentario Mexicano (SAM), que representaba un intento por establecer “un

²⁹ Moguel y López, “Política agraria”, 1990, p. 350

³⁰ Wessman, “Campeños capitalistas”, 1982, p. 70

³¹ González y Lomelí, *Partido revolución*, 2000, p. 475

³² *Ibíd.*, p. 476

³³ Segundo informe de gobierno, en *Excélsior*, 1977

sistema alimenticio nacional a fin de asegurar la autosuficiencia de alimento en los años 1980”.³⁴ El sistema se basaba en la producción de maíz, frijol y trigo, a partir de subsidios y precios de garantía, con el propósito de “compartir riesgos” entre el Estado y el campesinado.³⁵ Esta política reorientaba la producción y consumo de productos básicos, “en detrimento de los artículos de exportación, que han constituido la espina dorsal de la moderna agricultura capitalista en México”.³⁶

A partir de la administración de Miguel De la Madrid, entre 1982 y 1988, se produjeron cambios a la Ley Federal de la Reforma Agraria, así como a la Ley de Fomento Agropecuario que había impulsado López Portillo, lo que perjudicó a los ejidatarios y campesinos pequeños propietarios al beneficiar a las grandes industrias capitalistas. Es precisamente en este sexenio cuando la crisis económica en torno al campo se hizo más evidente y ésta se recrudecería con la administración de Salinas (1988-1994).

En 1990 el gobierno salinista inició el Programa Integral de Modernización del Campo que procuró fomentar las exportaciones y aumentar la competitividad a partir de la apertura comercial de la producción agrícola. Asimismo se creó el programa de apoyo PROCAMPO para entregar subsidios a productores que se insertaran en la práctica moderna agrícola y para diversificar las producciones de los cultivos. Con esto, el gobierno salinista propuso una Reforma agraria de corte neoliberal en la que suponía que la liberalización de la tierra mejoraría las condiciones de campesinado más pobre y permitiría el acceso a créditos.³⁷ Frente a esa apertura de un Estado que abandonó el tutelaje, los campesinos ejidatarios y los pequeños productores fueron relegados, de forma tal que no pudieron ingresar a la competencia que se abrió a raíz del Tratado de Libre Comercio (TLC).

Las políticas agrarias implementadas por el Estado priista durante el desarrollo estabilizador llevaron a la inminente crisis del campo y a la fractura

³⁴ Wessman, “Campesinos capitalistas”, 1982, p. 69

³⁵ *Ibíd.*, p. 70

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ Cárcar, “Reformas agrarias”, 2013, p. 20

de los ejidos, “las propuestas oficiales se han dirigido de modo casi exclusivo a grupos con capacidad productiva de rango comercial, que resultan inaplicables para la masa ejidal y comunal poseedora de poca tierra y de baja calidad”.³⁸ Los planes gubernamentales en torno al campo estuvieron encauzados hacia la producción moderna de cultivos comerciales que fueran base del desarrollo nacional a través de medios industrializados, tecnificados y capitalistas en donde los campesinos que producían de forma tradicional y para su subsistencia no tuvieron cabida.

c. El Estado y el campesino ejidatario

La Confederación Nacional Campesina (en adelante CNC) ha fungido como el intermediario entre las políticas agrarias del Estado priista y las necesidades de los ejidatarios organizados, entre otros sectores campesinos, en las Ligas de Comunidades Agrarias y a su vez administradas en los diferentes niveles de los comités. Ha sido un recurso de poder al servicio del Estado para instituir una única vía de comunicación a través de la cual los campesinos tuvieron que ceñirse para expresar sus necesidades.

A través de la organización corporativista el Estado incidió en la sociedad “fracturando la identidad del conjunto de las clases populares en su condición de subordinados y abriendo canales diferenciados para la expresión de intereses específicos”.³⁹ Para ejercer un control eficaz sobre la sociedad campesina, el Estado la desarticuló políticamente en diferentes tipos de campesinos y estableció una relación diferenciada con cada uno de los sectores del campesinado.

El Estado reconoció al campesino como sujeto político mediante un sistema corporativo que lo dividió. La sociedad campesina como referente de identidad, dice Hardy, “se ve políticamente diluida en una presencia campesina económicamente diferenciada según su pertenencia a ejidos,

³⁸ Knochenhauer, “Modernización agro”, 1990, p. 832

³⁹ Hardy, *Estado campesinos*, 1984, p. 18

comunidades, sociedades locales de crédito, uniones de comercialización, sindicatos locales, comités agrarios de solicitantes de tierra”.⁴⁰

Si la relación entre el Estado y los campesinos desde la posrevolución hasta el cardenismo, aunque controlada, fue bilateral dada la necesidad de bases sociales que respaldaran la construcción de un Estado fuerte y centralizado, a partir del periodo alemanista el campesino –no así la burguesía agrícola- ya no fue indispensable para el proyecto de desarrollo y modernización nacional.

Las políticas estatales en torno al campo han tenido relaciones contradictorias con sus modelos económicos ya que tienden hacia un sistema capitalista. La práctica estatal “refuerza en su discurso y accionar una percepción desarticulada de la estrategia económica en el campo, retomada por la CNC”.⁴¹ Mientras la política agraria procura hacer frente a un contingente de campesinos sin tierra que reclaman su derecho a ella, la política agrícola tiende a otorgarle apoyo a una agricultura industrializada, productiva y competitiva, en detrimento de la agricultura campesina.

Para la década del setenta se mostró ya un desgaste del modelo económico y de la retórica estatal. La atomización de los campesinos en distintos sectores ayudó durante décadas a ejercer control sobre sus demandas y movilizaciones, pero con la crisis en el campo que ya se dejaba entrever ese control dejó de ser eficiente. Tanto el discurso como los modelos económicos del Estado priista estaban agotados, así también “la CNC como instrumento de mediación eficaz ante las necesidades campesinas y frente a la requerida estabilidad política en el campo”.⁴²

A finales de los años sesenta, y el fin del modelo económico estabilizador, la política en torno al campo, y particularmente hacia los ejidos, se dirigió hacia la producción eficiente a través de la tecnificación. Con ello los ejidos que se habían repartido podrían salir de la producción a baja escala y de subsistencia para integrarse a una economía que fuera la base

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *Ibíd.*, p. 19

⁴² *Ibíd.*, p. 24

del desarrollo nacional. Por supuesto, la CNC como órgano institucional del Estado respaldó las medidas gubernamentales. Ya desde finales de los sesenta, dentro de la misma CNC, se construía un discurso en torno a la Reforma agraria y “el inminente agotamiento del reparto agrario y la necesidad de elevar la productividad de las labores del campo como única alternativa viable para el sector”.⁴³

Para lograr erradicar los males que aquejaban a los ejidos, según la visión del gobierno, Echeverría propuso la colectivización de las parcelas ejidales y fomentar la producción de cultivos que se pudieran insertar en los mercados nacionales e internacionales. A su parecer, en los sistemas colectivos de producción se encontraba el futuro del desarrollo económico del país. La política de economía compartida echeverrista se abocó a otorgar un porcentaje más amplio que sus antecesores del gasto público al campo. Sin embargo, la retórica estatal cambió de la alianza entre Estado y campesinos hacia un discurso en el que, ante las dádivas estatales, los campesinos tenían la obligación de mejorar su situación.

En el XI Congreso Nacional de la CNC, el 26 de agosto de 1971, el secretario general Manuel Sánchez Vite aseguró que con la Ley de la Reforma Agraria echeverrista, aprobada a inicios de ese año, se entraba a una segunda etapa del proceso agrario nacional que “facilitaría la conversión del campo en el factor más dinámico del desarrollo nacional.”⁴⁴ Como una forma de apoyo y celebración a las medidas implementadas por Echeverría, el secretario responsabilizó al campesinado mexicano del desarrollo agrícola del país. Según su argumento, si el presidente les otorgaba los medios organizativos, técnicos, financieros, comerciales, educativos y jurídicos, los campesinos tenían todo lo que se requería para una producción moderna a gran escala. Con esto, “sería factible la diversificación de los cultivos, el fortalecimiento del mercado interno, el incremento de las exportaciones y la sustitución de importaciones de materias primas de origen agrícola.”⁴⁵ A

⁴³ González y Lomelí, *Partido revolución*, 2000, p. 386

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 411

⁴⁵ *Ibíd.*

través de este discurso el secretario dejó ver que la CNC brindaba el total apoyo a la política agraria de Echeverría.

En el siguiente sexenio, durante el XIV Congreso Nacional Ordinario de la CNC celebrado el 27 y 28 de agosto de 1980, en defensa de su Ley de Fomento Agropecuario, López Portillo señaló que uno de los problemas del campo era la producción y la eficiencia para poder alimentar al país, del mismo modo para obtener material primas y tener una mayor exportación.⁴⁶ Dicha ley proponía integrar “unidades de producción entre pequeños propietarios, ejidatarios y comuneros, reconociendo la necesidad de crear unidades de producción rentables, vigiladas por el Estado”.⁴⁷ Aun cuando la ley se recibió con recelo por parte del sector campesino, se sabe que por lo menos los líderes de las organizaciones siguieron apoyando al presidente durante su gobierno.

En su sexenio, López Portillo se enfrentó a una severa crisis agrícola, a tal grado que para 1980 se importaron 12 millones de toneladas de granos.⁴⁸ Esto formaba parte de las problemáticas que enfrentaban los ejidos para producir y suministrar productos agrícolas baratos, pues el trabajo se basaba en la fuerza laboral familiar, a diferencia de la producción industrializada que hubiera elevado los costos. Ya Luiselli señalaba que en 1970 los ejidos aportaban el 43% de la producción agropecuaria a nivel nacional.⁴⁹ Empero, en la década de 1980 los campesinos ya habían diversificado sus labores y empezaban a abandonar sus parcelas, ya fuera por la erosión de las tierras, por las desigualdades económicas o porque no se pudieron integrar a los mercados regionales. Otros, orientaron su producción a cultivos más redituables fuera del maíz y el frijol. Esto hizo que a nivel nacional la producción agropecuaria entrara en crisis. Las medidas tomadas por Echeverría ya nada pudieron hacer al respecto. Así, en la segunda mitad de la década del setenta el problema de raíz no estaba resuelto.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 476

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 477

⁴⁸ Paré, *Política agropecuaria*, 1982, p. 52

⁴⁹ Luiselli y Mariscal, “Crisis agrícola”, 1981, pp. 56 y 439

Para recuperar la autosuficiencia alimentaria de México con respecto a Estados Unidos, López Portillo cerró la fase de dotaciones de tierras ejidales. Aseguraba que el problema no radicaba en la tenencia de la tierra sino en su productividad. Para él los ejidos eran minifundios ineficientes. El fin de reparto agrario no solo tenía que ver con la improductividad de las tierras ejidales sino por la afectación que se haría de las tierras de la burguesía agrícola, la cual había ya mostrado su poder de organización con Echeverría.⁵⁰ Ante eso decidió ejercer mayor control del Estado en las tierras ejidales que consideraba más productivas y de mejor calidad. Asimismo, en su gobierno, hubo una reestructuración de las organizaciones campesinas oficiales y represión a las propuestas alternativas de grupos campesinos independientes.

En este sexenio se extendió la proletarización del campo, considerado así al grupo de campesinos ejidatarios pobres, campesinos sin tierra y campesinos asalariados, principalmente. Este sector fue marginado de las políticas agrarias de modernización del gobierno. Ante esta problemática Luisa Paré se pregunta si este era un sector que se oponía a la modernización y se avocaban al conservadurismo o si, más bien, era el “eslabón más débil y golpeado” como expresión de la política económica de López Portillo.⁵¹

Precisamente el caso de los campesinos ejidatarios de Tepetzintla en la década de 1980 muestra cómo el sector se atomizó. Mientras unos lograron modificar los usos de la tierra y los cultivos en busca de progreso, otros no pudieron formar parte de la “modernización” ejidal y tuvieron que abandonar sus parcelas o vender su fuerza de trabajo.

La relación más estrecha que construyó el gobierno lopezportillista con los campesinos ejidatarios fue con los que contaban con tierras de riego. Se reasignaron los recursos públicos para otorgarle la misma tarea que venían realizando desde antes: producir granos. La idea de estas políticas de

⁵⁰ Un ejemplo fue la insubordinación de los latifundistas de noroeste y la formación de la Asociación Nacional de Agricultores, fuera partido oficial.

⁵¹ Paré, *Política agropecuaria*, 1982, p.

producción agrícola era limitar la importación de Estados Unidos y volver a producir los alimentos básicos en territorio nacional. Se concedieron subsidios para los insumos y para el consumo; sin embargo, no fue un proyecto homogéneo, los ejidos de temporal quedaron al margen y la brecha de la desigualdad se amplió.

Durante su sexenio López Portillo quiso darle “soluciones modernas” a los problemas del agro, “valoraba enormemente las bondades de las grandes propiedades al tiempo que criticaba firmemente los defectos del minifundismo”.⁵² En su segundo informe de gobierno señalaba que el enemigo del campesino, ejidatario, comunero y pequeño propietario, no eran los usurpadores sino los terrenos de poca extensión que no eran productivos. Una de las estrategias políticas se dirigió a legalizar la renta de parcelas ejidales, lo que propició el acaparamiento de las tierras y la proletarización de los campesinos ejidales. La Ley de Planeación y Fomento Agropecuario de 1979 ponía disposición “de los empresario agrícolas las tierras que los campesinos habían podido todavía retener para ellos mismos y que dedicaban a la producción básica”.⁵³

Para 1982 la situación económica nacional era de carácter grave, la moneda se había devaluado y la deuda pública creció. Al llegar a la presidencia, Miguel de la Madrid sentía que en cualquier momento podía estallar una insurrección social. Los empresarios y clases medias no estaban de acuerdo con la nacionalización de la Banca. Además hubo una caída en los ingresos de la población general. Esto generó un ambiente de inconformidad que hizo que tomara decisiones como el uso del autoritarismo presidencial que, según lo señala Collado, erosionó las bases populares de sostenían al régimen. Aunado a esto, el gobierno se hizo acompañar de una nueva generación de políticos “familiarizados con el pensamiento económico clásico, que buscaba la disminución máxima de la participación del Estado

⁵² Moguel y López, *Política agraria*, p. 359

⁵³ *Ibíd.*, p. 363

en la economía, la confianza en la autorregulación del mercado y la apertura sin trabas al libre flujo de bienes, servicios y capitales en el ámbito global.⁵⁴

Esto implicó un cambio en el plan económico y en la política agrícola con enfoque “moderno” para asegurar el bienestar de la población campesina, según su primer informe de gobierno. El sector agropecuario, indicaba De la Madrid, “presenta serios rezagos en relación con otros segmentos de nuestra economía. Tiene bajos índices de productividad: su producción ha sido insuficiente para el crecimiento de la demanda y nos ha obligado a fuertes importaciones. El bajo nivel de ingreso de los campesinos es la causa principal de la desigualdad social”.⁵⁵ Para este presidente, al igual que su antecesor, el minifundio seguía siendo el problema, ya fuera en forma de ejidos o en propiedad privada. Por lo tanto, fomentó las unidades de desarrollo rural para la reorganización productiva. En su segundo informe de gobierno anunciaba la promoción de la asociación de “poseedores individuales” para elevar la productividad en el campo.⁵⁶

Carlos Salinas se enfrentó a la misma situación que la del sexenio de Miguel de la Madrid con la caída de la producción de los granos básicos: maíz, frijol, arroz y trigo.

La caída de los niveles de producción afecta 17 cultivos, que representan el 80% de la producción agrícola. Así lo indica el programa Integral de Modernización en el Campo 1990-1994, señala que los precios relativos agropecuarios se encuentran desalineados y se enfrentan aún campo internacional adverso.⁵⁷

Su objetivo fue enfrentar el estancamiento agrícola e incrementar la productividad a través de reformas que no necesariamente se determinaban por las necesidades del sector campesino. En el marco salinista, el campo se dividió en tres sectores con políticas diferenciadas: el campo industrializado, el campo de subsistencia y el abandonado o improductivo. Esto se conoce

⁵⁴ Collado, “Autoritarismo”, 2011, p. 152

⁵⁵ De la Madrid, “Primer informe”, << <http://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-16.pdf>>> [Consulta: 10 de junio de 2020]

⁵⁶ De la Madrid, “Segundo informe”, << <http://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-16.pdf>>>. [Consulta: 10 de junio de 2020]

⁵⁷ *El Financiero*, 7 de junio de 1990.

como estructura agraria trimodal en la que el gobierno renunció a regular y gestionar la propiedad de la tierra, así como a la función social de la tierra para abastecer de alimento a la población. Además, Salinas preparó el terreno para la apertura comercial ligada al Tratado de Libre Comercio y retiró al Estado de la regulación económica, esto profundizó la precarización del sector campesino ejidal.

Las relaciones entre el Estado y los ejidos han sido cambiantes, pero en general se ha ceñido a la regulación, control y marginación (particularmente los ejidos de temporal) del proceso de modernización agrícola nacional. En muchos casos, el campesino ejidatario ha sido incorporado a la maquinaria del sistema de producción capitalista agrícola como mano de obra, o expulsado del ejido por no generar bienes que se insertaran a los mercados o que pudieran ser administrados por la nación.

Ahora bien, el impacto que las políticas modernizadoras agrícolas tuvieron en el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla lo veremos con mayor detalle en el tercer capítulo, al revisar las experiencias de los campesinos ejidatarios en el proceso de modernización del ejido.

Instituto

Mora

II

EJIDO DE TEPETZINTLA

FORMACIÓN, SUBSISTENCIA Y PRÁCTICAS COMUNITARIAS

1935-1964

Para abordar la historia del ejido de Tepetzintla en el marco del setenta al noventa es necesario volver la mirada hacia las décadas previas. Particularmente en el periodo conocido localmente como “el cacicazgo”, que comprende desde 1938 hasta 1964. Si bien fueron varios los factores, tanto locales como externos, los que se entretajeron en el proceso de lo que podríamos llamar “modernización” del sistema de trabajo, de las relaciones sociales, de los usos de suelo y de las formas de producción en el ejido, fue el periodo mencionado el que tuvo un peso considerable en el desarrollo histórico de los años setenta.

El objetivo de este capítulo es mostrar que el cacicazgo permitió que se desarrollaran prácticas comunitarias de apoyo mutuo y que se preservaran tradiciones rituales en el ejido. Esto a partir de la relación de dominación ejercida por el cacique de Tepetzintla hacia los ejidatarios en materia agrícola, y hacia la población en general en materia política y educativa. Se analizará el periodo del cacicazgo y sus características, pues es el marco temporal, social, político y económico en el que se pudo practicar la reciprocidad y los rituales agrícolas al interior del ejido.

Para lograr lo anterior se abordarán tres puntos importantes. En primer lugar, la formación del ejido; en segundo, la productividad y costos del ejido durante su etapa en común; finalmente, las prácticas comunitarias ejidales que se desarrollaron durante el cacicazgo. Con ello se dará cuenta de las construcciones de la memoria que desde los relatos orales se han hecho del cacique y el cacicazgo, las cuales se confrontan con otras fuentes documentales y fotográficas. Veremos que existen matices en el ejercicio de poder caciquil y que eso mismo generó espacios de comunidad y reciprocidad entre los campesinos ejidatarios.

Desde su nombramiento en 1938 como presidente del Comité Regional Campesino hasta su asesinato en 1964, Basilio R. Miguel (el cacique de Tepetzintla según los habitantes del municipio) ejerció un poder arbitrario en el que mantuvo al pueblo, urbana, política y educativamente, rezagado. En el ejido también tuvo influencia, acaparó tierras y, a base de amenazas, propició que los ejidatarios estuvieran en un mismo nivel socioeconómico pues no les permitía sembrar cultivos comerciales a gran escala. Es por ello que la mayoría de los campesinos ejidatarios conservaron la milpa en espacios de 1 a 3 hectáreas, en tanto que los acaparadores de tierra usaban extensiones mayores para ganado y pastoreo.

Más que estudiar la formación del cacicazgo, en el primer apartado se propone abordar y delinear las características de ese fenómeno desde los recuerdos que se construyen y se emiten en diferentes puntos de enunciación. Esto a través de actores sociales que representan espacios sociales y políticos específicos: ejidatarios, directivos del comisariado ejidal, ex ejidatarios, ex presidentes municipales, hijos de los integrantes de la CROM (ahora CROC), propietarios privados, jornaleros y profesores. Asimismo, se hizo un cruce de los testimonios con fotografías de archivos personales de habitantes de Tepetzintla. Imágenes que dan cuenta tanto de las características físicas de Basilio R. Miguel, como su relación con la política municipal y estatal. La construcción de su propia figura como símbolo de poder en algunos casos, o de líder de los campesinos en otro, como lo veremos en las fotografías de su sepelio y la multitud de persona que le acompañan –y le lloran, como en el caso de las mujeres- en su cortejo fúnebre.

En el marco del proceso histórico del ejido es revelador conocer cómo se formó el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla, tema del segundo apartado. En una región como la Huasteca veracruzana en la que se desarrolló la economía petrolera y los condueñazgos, resulta importante saber que no todos los campesinos de la zona quisieron dotación de tierra. La lucha agrarista no tuvo injerencia en la vida de todos los campesinos,

quienes preferían construir relaciones con las compañías petroleras al obtener mayores ganancias. Indicativo de la relación que mantenían con la tierra, particularmente los de la franja costera. No así los de la montaña, quienes desarrollaron mayor apego y plasmaron su cosmovisión en ella, a través de rituales agrícolas y creencias en torno al maíz.

En el segundo apartado, “Lucha agrarista y formación del ejido de Tepetzintla”, se abordan las condiciones de trabajo y los cultivos que sembraban los campesinos de Tepetzintla antes del ejido. También los problemas que pasaron para organizarse y lograr ser sujetos de dotación. Las luchas con la compañía petrolera para obtener las tierras designadas, propiedad de la Doheny Brige y Compañía. Y particularmente la concepción que actualmente tienen los ejidatarios de la lucha de sus abuelos por la tierra y el significado del propio ejido. Espacio de disputa por el poder y por la subsistencia; pero también de posibilidades y esperanzas.

Desde la dotación de las tierras ejidales en 1934 hasta su división en parcelas individuales en 1974, el ejido de Tepetzintla ha sido considerado por los ejidatarios como “colectivo”. Esto no hacía referencia a la forma de explotación de la tierra sino al tipo de propiedad que tenían. El ejido en su totalidad pertenecía al pueblo, aun cuando su aprovechamiento se hiciera por ejidatario. El terreno colectivo, sin certificados de propiedad individual, fungió también como un cohesionador al interior del ejido pero también fue detonador de tensiones por el acaparamiento.

Durante su modalidad colectiva se desplegó sobre la tierra la cosmovisión en torno al maíz y a los entes que cuidaban la tierra y los cultivos. El ejido colectivo propició la ayuda mutua para sembrar y otras prácticas comunitarias que se disolvieron con el proceso de parcelación y cambio de cultivos, posterior al cacicazgo, como se verá en el siguiente capítulo.

El tercer apartado, “Ejido colectivo: costos y subsistencia”, es un acercamiento a la producción y aprovechamiento dentro del territorio ejidal. A partir de las fuentes de archivo se puede conocer qué producían los

campesinos antes de la dotación, así como sus costos, qué cultivos empezaron a sembrar ya en las tierras ejidales, la productividad y los costos. A través de esos datos es posible vislumbrar algunos cambios. Si durante las primeras décadas de vida del ejido se sembraba prácticamente puro maíz y frijol, para la segunda mitad de la década del sesenta se introdujo la siembra del plátano, caña, árboles frutales, cítricos e inició la explotación de maderas finas, aunque el maíz seguía predominando. Esto da indicios del proceso paulatino de cambio del uso de suelo y de cultivos en el ejido.

Aunque actualmente la mayoría de la población de las comunidades de Tepetzintla es mestiza y bilingüe, era de origen nahua de la región de la Sierra de Otontepec de la Huasteca veracruzana. Los nahuas tienen una cosmovisión particular que hace que mantengan una relación de respeto hacia la tierra, el agua, los montes y el maíz. En el último apartado del capítulo, “Prácticas comunitarias ejidales: rituales agrícolas, ganar mano y faenas”, se desdoblan las prácticas rituales agrícolas que llevaban a cabo los primeros campesinos ejidatarios en torno al maíz y su deidad, *Chikomexochitl*, y a las “tepas”, entes que cuidaban la tierra.

Se abordan también otras prácticas comunitarias entre ejidatarios como la de “ganar mano”, un tipo de ayuda mutua entre ellos para sembrar el maíz y que se dejó de practicar paulatinamente a partir de la parcelación del ejido y el cambio de la milpa por cultivos redituables o por ganado. Existieron también otras formas de organización ejidal que se vinculaban con el pueblo, como las faenas para limpiar caminos o la participación en desfiles en ciertas fechas. Este apartado muestra las formas en las que se organizaban los ejidatarios tanto al interior como al exterior del ejido.

a. El cacicazgo de Tepetzintla (1938-1964)

El 2 de mayo de 1964 asesinaron a Basilio R. Miguel.¹ El suceso ocurrió al interior de su oficina, ubicada junto a su casa de enjarre y techo de zacate

¹ Las versiones orales que existen del asesinato varían entre si fueron dos hombres vestidos de campesinos quienes, pretendiendo ir a arreglar algún asunto de sus parcelas, acudieron

colorado, en la calle que da entrada al pueblo de Tepetzintla. Algunos habitantes recuerdan que ese día se escucharon varias detonaciones, aun cuando estaban lejos de aquella casa. Después de escuchar los disparos llegó el rumor al pueblo: ¡han matado al cacique!²

FOTOGRAFÍA 1. CORTEJO FÚNEBRE QUE ACOMPAÑA EL FÉRETRO DE BASILIO R. MIGUEL



Fuente: Archivo personal de Tomás Cristóbal, 3 de mayo de 1964. El féretro queda fuera de cuadro, pero en esta fotografía resulta interesante la multitud de personas que acompaña al cortejo fúnebre, particularmente cuando los testimonios orales relatan la existencia de una cultura del miedo impuesta por Basilio R. Miguel. Cobra especial relevancia la presencia de mujeres, quienes no se encuentran en la imagen 2, y los presidentes estatal y municipal, además de una multitud de campesinos.

a la oficina de Basilio R. Miguel y aprovechando que estaba distraído leyendo el documento que le llevaban le dispararon y huyeron en el acto. En otra versión se relata que fue un hombre vestido de negro el que acudió a la oficina y lo mató con una pistola. En su versión escrita, José Luis Cruz, su sobrino, asegura que las hijas pequeñas y Celerina González, la última esposa de Basilio R. Miguel, estaban en la casa y presenciaron el asesinato. Esta versión ha sido negada por ella al asegurar que para ese momento ambos estaban separados y ni siquiera vivían en la misma casa.

² Ciertamente es una construcción *a posteriori* en los recuerdos de los habitantes pues en ese momento no se le decía cacique a Basilio R. Miguel. Era, en realidad, “el hombre que manda” o “el hombre del poder”. En la versión escrita, José Luis Cruz asegura que fue doña Juanita Reyes, nana de los hijos de don Basilio, quien salió gritando “¡Mataron a don Basilio, mataron a don Basilio!”

FOTOGRAFÍA 2. PRIMER ANIVERSARIO LUCTUOSO DE BASILIO R. MIGUEL



Fuente: Archivo personal de Leonardo Domínguez, mayo 1965. A un año de su muerte, un grupo reducido de personas le rindió homenaje a Basilio R. Miguel, se presume que son campesinos y otras personas a quienes ayudó.

En la actualidad, los múltiples relatos orales que los tepetzintecos hacen de su pasado se refieren a este actor social como “el cacique del pueblo” o “el hombre que tenía el poder”, y caracterizan al periodo en el que lo ejerció como un “cacicazgo”. La historiografía se ha acercado a este fenómeno, tanto en la Huasteca como en otras regiones, y ha identificado algunas características comunes, particularmente en los cacicazgos que se desarrollaron durante la Revolución.³

Luisa Paré asegura que el concepto de “caciquismo” es similar entre el hecho concebido por la conciencia popular y la categoría de análisis

³ La definición de cacique que la historiografía de la Huasteca veracruzana retoma es la de Paul Friedrich: “líder político local y regional autocrático, cuyo mandato se caracteriza por la informalidad, un notorio individualismo y una constante arbitrariedad, ya que se apoya de un núcleo de familias y dependientes marcados por las amenazas constantes de violencia. El cacique es un intermediario político que establece un vínculo, que se une a los campesinos de los pueblos con las leyes, la política, el gobierno del estado y la nación. En Serna, *Manuel Peláez*, 2008, p. 90

científico.⁴ No obstante, es necesario volver la mirada hacia las construcciones locales de conceptos y categorías que usan para acercarse a su pasado y para hacer sus propias reconstrucciones y explicaciones históricas, cargadas de contradicciones, conflictos, rupturas y continuidades.

Además de iniciar en la posrevolución (específicamente en el cardenismo), el cacicazgo de Tepetzintla comprende particularidades locales. Éstas se pueden delinear a partir de distintos relatos elaborados por los sectores sociales de la población que habitan este municipio a través de sus memorias orales. Las que, de hecho, se contradicen en respuesta a sus intereses sociopolíticos actuales y que están inscritos en procesos históricos locales de construcción social de las memorias.⁵

En este sentido, las memorias en torno a la figura del “cacique” y al periodo del “cacicazgo” de Tepetzintla devienen en lo que Elizabeth Jelin ha dado en llamar “memorias en conflicto”.

Es imposible encontrar una memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado compartidas por una sociedad. Lo que hay es una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, una oposición entre distintas memorias rivales, cada una de ellas incorporando sus propios olvidos. Hay contradicciones, tensiones, silencios, conflictos, huecos, disyunciones, así como lugares de encuentro y aun “integración”. La realidad social es contradictoria, llena de tensiones y conflictos. La memoria no es la excepción.⁶

⁴ Paré, “Caciquismo”, 1976, p. 36

⁵ En su diálogo con el pasado del ejido, los miembros del comisariado ejidal actual sugieren que es necesario distinguir tres momentos fundamentales: en primer lugar, el cacicazgo de Basilio R. Miguel; en segundo término, los “cacicazgos” que se generaron posteriormente con la concentración del poder en unas pocas manos, en las mesas directivas del ejido; finalmente, la gestión del comisariado ejidal actual. El objetivo de esta división es mostrar una diferencia entre el despotismo -y el uso de poder para intereses individuales- y el ejercicio de un poder “para servir”, en beneficio del colectivo. Existen relatos orales de campesinos y jornaleros que construyen sus relatos a partir de la necesidad presente de engrandecer su posición y otorgarse a sí mismos un poder simbólico frente al poder caciquil que los puso en desventaja por su condición de vulnerabilidad. Otros relatos son contruidos desde la posición de víctima (directa o indirecta) que recurre a la memoria (como su referente de “verdad”) para hacer justicia social (particularmente los relatos relacionados con las organizaciones de oposición). También está quien desea reivindicar el pasado para posicionarse en la política dentro del municipio. Así entonces, los puntos de enunciación son variados y dependen de las experiencias e intereses presentes de los entrevistados. De ahí que construyan y signifiquen el pasado a partir de sus necesidades sociales y políticas.

⁶ Jelin, “Memorias conflicto”, 2000, págs. 6-13.

El asesinato de Basilio R. Miguel fue un parte aguas en el proceso histórico de Tepetzintla⁷ y en el proceso mismo del ejido.⁸ Ningún habitante que hable del pasado del pueblo deja de recordar la etapa del “cacicazgo” como un referente importante en la historia local. La mayoría la evoca como una época de represión, estancamiento y poder centralizado. De hecho, las personas entrevistadas marcan una diferencia sustancial entre esas décadas y los procesos de “modernización” y “democracia” que se desarrollaron después de su muerte.⁹

Nada se sabía en ese momento del motivo del asesinato de Basilio R. Miguel. Suposiciones hubo muchas, rumores también. Miembros de su círculo cercano asumieron que fueron los integrantes de la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC)¹⁰ de Tepetzintla quienes lo habían mandado a matar. Algunos testimonios aseguran que sus guardias secuestraron a muchos de ellos y los llevaron al río de Alazán, cerca de

⁷ Esta división temporal se hace a partir de la significación del pasado que hacen las personas entrevistadas para esta investigación y que también han señalado de manera puntual los ejidatarios que en la actualidad forman parte de la mesa directiva del Comisariado ejidal. Entrevista a Comisariado ejidal, realizada por Úrsula Mares Figueras, 14 de julio de 2019, Tepetzintla Veracruz.

⁸ Los ejidatarios que presiden el Comisariado ejidal aseguran que el ejercicio del poder del cacique incidía en otros campos fuera del ejido. Sin embargo, su mismo testimonio y el de otros ejidatarios permiten generar la hipótesis de que Basilio R. Miguel no sólo tenía control sobre las elecciones de los integrantes de las mesas directivas del Comisariado ejidal y del Comité Regional Campesino, sino que ejerció cierto control, no total pero sí considerable, hacia la producción de cultivos en el ejido para que los campesinos no produjeran cantidades grandes de excedentes que pudieran mejorar su posición socioeconómica. Aunado a esto, acaparó porciones grandes de terrenos ejidales para su ganado, mientras que a los campesinos se les permitía sembrar en no más de 2 hectáreas, que además no estaban parceladas, lo que permitió la distribución de tierras de manera arbitraria, tanto de los Comisariados ejidales como del propio Basilio R. Miguel.

⁹ El ex presidente municipal Venancio Hernández (1976-1979) asegura que a él “lo eligió el pueblo” por medio de votación, a diferencia de los presidentes municipales que gobernaron durante la época del cacicazgo, pues eran impuestos por Basilio R. Miguel. Entrevista a Venancio Hernández y Santa Ordóñez, realizada por Úrsula Mares Figueras, 15 de septiembre de 2018, Tepetzintla, Veracruz.

¹⁰ La CROC se fundó en Tepetzintla en el año de 1954 gracias a la organización que promovió el comerciante Venancio de la Cruz. Esta confederación de sindicatos se conformó por organizaciones de diferentes oficios: terrestres, albañiles, carpinteros, peluqueros y taxistas. Años después, con el desconocimiento de Silverio R. Alvarado, líder a nivel nacional del sindicato de la CROC, se adhirió a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y lo mismo hicieron los miembros del sindicato de trabajadores de Tepetzintla.

Potrero, para torturarlos y que revelaran quién había matado a Basilio R. Miguel.¹¹

Años después del suceso se supo que fue el gobernador de Veracruz, Fernando López Arias quien, a manera de apoyo a Cerro Azul para que se independizara y fuera municipio libre,¹² lo sacó del juego. De hecho, el gobernador estatal visitó Tepetzintla en abril de 1964 y en medio de la multitud pronunció un discurso en el que aseguró que ya no eran tiempos de caciques y que se desharía de todos los que quedaban en la Huasteca.

Yo me acuerdo, ya cuando andaba en quinto año, ahí enfrente vino Fernando López Arias, el gobernador, y lo fueron a traer [...]. El mero cacique lo traía con una maestra que era la mera mera política [...]. Lo presentaron y nosotros como alumnos estábamos escuchando. Ya dijo él: “vino el gobernador, vino a ver qué hace falta”, como si de veras [...], “va a hablar el señor gobernador con ustedes y para el pueblo”. Y ya empezó a hablar el gobernador. Lo primero que dijo: “pus sí, aquí está todo mal”, pero dice, “lo que más les quiero informar” [...], casi la mitad estaba ahí, [...] todo estaba lleno. Y dijo el gobernador: “lo único que me falta, quitar todos los caciques. Me queda Tamiahua, Tepetzintla, Tantoyuca, Tempoal.” Lo mencionó, como a los quince días lo vinieron a matar.¹³

La persecución a los líderes y miembros de la CROC se debió a que Basilio R. Miguel estuvo en desacuerdo con la formación de otras organizaciones en las que él no tuviera el control y que no respondieran a sus propios intereses. Por eso hay habitantes de Tepetzintla que aseguran que durante su mandato mandó a matar a varios líderes y personas que veía como oposición y como amenaza a su poder y sus privilegios.

Él no quería que progresara el pueblo [...] Entonces se reunieron, hicieron un sindicato, CROC se llamó. Y el difunto Venancio, por allá

¹¹ Información brindada de forma personal por distintas personas que prefieren el anonimato.

¹² En la década del veinte, Juan Felipe, Cerro Azul, tenía el pozo petrolero más productivo de toda la región, señala Serna, aunque en ese momento las extracciones las hacía la Huasteca Petroleum Co. En Serna, *Manuel Peláez*, 2008, p. 72. Hasta 1964 Cerro Azul formaba parte del municipio de Tepetzintla y era una fuente ingreso considerable por el petróleo. “En aquellos tiempos cuando no se había dividido el pueblo [Tepetzintla] con Cerro Azul, Cerro Azul metía dinero a la tesorería, veinte mil pesos mensuales, en aquel tiempo eran como doscientos mil pesos. Es lo que a nosotros nos platicó uno de Cerro Azul [...]” Entrevista a Juan Pérez, 15 de julio de 2019.

¹³ Entrevista a Juan Pérez, realizada por Úrsula Mares Figueras, 15 de julio de 2019, Tepetzintla, Veracruz. También hace referencia a este hecho José Gerardo, entrevista realizada por Úrsula Mares Figueras, 30 de julio de 2019, Tepetzintla, Veracruz.

abajo, él era el mero dirigente, don Chenchó Vera [...]. Yo acompañaba a mi papá a las juntas de noche, que no se enterara el cacique porque los iba a venadiar, o sea, los mataba.¹⁴

Si bien la fundación del sindicato de trabajadores de la CROC se formó como una forma de oposición al cacicazgo, también lo hizo para lograr mejoras en el pueblo y el bienestar de los trabajadores; particularmente los terrestres (cargadores).

En aquél tiempo había mucha cosecha de maíz, bastante, tan es así que aquí cargaban camiones por toneladas cada miércoles. Todas las gentes de las comunidades venían a entregar el maíz a un señor, don Fausto Virgen, él compraba todo el maíz que se producía en la zona y necesitaban estibadores, es decir cargadores, [...] se dedicaban a cargar todo el maíz que compraba el señor, cargaban los camiones que lo llevaban posiblemente a Tampico, tons para que tuvieran una buena remuneración, por eso es que se organizaron el sindicato de estibadores de la CROC de Tepetzintla.¹⁵

Era Tepetzintla a inicios de los sesentas un pequeño pueblo con una presidencia municipal de madera, un kiosco, un parque, una galera con techo de lámina, una escuela primaria también de madera, una pequeña iglesia, calles de tierra y lodo, pocas casas de ladrillo y un puñado de casas de enjarre y madera, alrededor del pequeño núcleo urbano era monte. Basilio R. Miguel “no quería ni la luz ni las escuelas que se hagan [...] no quería ni que hubiera sexto año ni nada de eso [de primaria había] hasta el quinto año.”¹⁶ Los niños que querían seguir estudiando debían caminar hasta la primaria de Cerro Azul, comunidad en crecimiento por la extracción del petróleo desde las primeras décadas del siglo XX.¹⁷

Luz había sólo en el centro, se mantenía con una planta para prender apenas unos cuantos focos. En la casas de los alrededores se alumbraban

¹⁴ Juan Pérez, “entrevista citada”.

¹⁵ Entrevista a Braulio de la Cruz, realizada por Úrsula Mares Figueras, 27 de septiembre de 2018, Tepetzintla, Veracruz.

¹⁶ Juan Pérez, “entrevista citada”.

¹⁷ Serna señala que entre 1908 y 1921 se descubrieron pozos petroleros en la Huasteca veracruzana, bautizada como la Faja de Oro. A partir de 1910 hubo un auge petrolero que produjo cambios socioeconómicos en la zona como resultado de la modernización e industrialización. Serna, *Manuel Peláez*, 2008, p. 14 La Huasteca Petroleum Company invirtió en los pozos de Cerro Azul y formó parte del condueñazgo de Juan Felipe.

con candil, quinquel y lámparas de gas o velas. El agua se conseguía en distintos pozos, se vaciaba en latas u oyules y se acarreaba hasta las casas en mulas. Para lavar la ropa o bañarse los habitantes debían acudir a los ríos cercanos. “Estaba el pueblo muy atrasadísimo”, “estaba bien amolado”, “era un rancho”, aseguran algunos habitantes, “[el cacique] no dejaba que se fuera pa’riba el pueblo [...]. Querían poner las escuelas, él no quería. Querían poner la luz, él no quería. Querían poner el agua, él: “no, así está bien.”¹⁸ Después de su muerte, “ya se vino el agua, se vino la escuela, se vino la luz, ¡úta!, bendito Dios, todo cambió de volada. Es lo que estaba estorbando.”¹⁹

Resulta interesante contrastar estos relatos con aquellos en los que se asegura que precisamente fue Basilio R. Miguel quien, en la década de los cincuenta, gestionó que la carretera pasara por Tepetzintla.

Él fue el que solicitó, según, la carretera nacional. Nos cuentan nuestros abuelos que esta carretera iba a pasar por Tamatopo, por Álamo, pero como era el caciquismo, él fue a Xalapa y le dieron la preferencia que pasara aquí la carretera. Así se maneja. Y sí quiero creerlo porque en ese tiempo el caciquismo predominaba bastante.²⁰

Además, en 1955 llegó a Tepetzintla una Misión cultural que tenía como objetivo enseñar diferentes oficios a los pobladores. Con los cursos que brindaron aprendieron carpintería, albañilería, panadería, entre otras labores. Aquí muchas personas sabían hacer esas cosas pero “había que ir modernizando, pues.”²¹ A partir de los conocimientos adquiridos, el trabajo se diversificó y los campesinos pudieron acceder a otras fuentes de empleo o dejar a un lado el trabajo de la tierra por completo para dedicarse al oficio aprendido que, además, les generaba mayores ingresos. Es a partir de entonces cuando la arquitectura urbana inició un proceso de cambio en el material de construcción de las casas del enjarre al ladrillo.

¹⁸ Juan Pérez, “entrevista citada”.

¹⁹ Juan Pérez, “entrevista citada”.

²⁰ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

²¹ Juan Pérez, “entrevista citada”.

Aunado a esto, en 1961 iniciaron los trabajos para introducir el agua potable al centro de Tepetzintla, organizados por los habitantes del pueblo y con apoyo del gobierno federal. Trabajaron en conjunto a través de faenas para hacer las labores de trazo, nivelación e introducción de una tubería de asbesto y la construcción de un tanque en el centro para que los habitantes pudieran acceder al agua con mayor facilidad. El agua potable llegaba desde la sierra de Otontepec, allá está la toma que alimentaba al pueblo y en algunas esquinas había llaves, según lo relata Evencio Cruz. Ya fue hasta la presidencia del Ing. Carlos Gerardo Marcial, en el periodo de 1979-1982, que se metió la tubería PVC a cada casa.²²

Ahora bien, las circunstancias históricas en las que Basilio R. Miguel había adquirido el poder en la década de los veinte, y que permitieron que se construyera en el cacique de Tepetzintla, dejaron de ser las mismas tres décadas después. Cuando fue nombrado líder moral del municipio la población era analfabeta y la mayoría de los habitantes sólo hablaban la lengua náhuatl. Mi papá me comentó, relata Venancio Hernández,

sí aquí la gente lo buscaban a don Basilio, dice, porque [...] la gente no podía hablar el español, mexicano, y por eso acudían con ese señor [...] Por eso mucha gente campesina lo buscaba [...] Porque era gente muy pobre, pues. A veces no tenía ni tierras a donde trabajar. Entonces veían a ese señor. Van por grupos y solicitan que los ayude a solicitar las tierras ante el gobierno.²³

Pero ya en la década de los cincuenta las condiciones y el contexto habían cambiado. Las personas acudían a la escuela y había mucho descontento por la forma en la que Basilio R. Miguel llevaba las riendas políticas del pueblo, la represión que ejercía hacia la población y el estancamiento que no permitía el progreso. Es por ello que un sector de la población se pudo organizar políticamente para adscribirse a un sindicato y mejorar las condiciones laborales de distintos trabajadores, principalmente los terrestres y los albañiles.

²² Entrevista a Evencio Cruz Malerva, realizada por Úrsula Mares Figueras, 19 de julio de 2019, Tepetzintla, Veracruz.

²³ Venancio Hernández Cruz y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

Durante la Revolución Mexicana fue secretario del Coronel S. Cristóbal, líder militar de Tepetzintla, su trabajo era inventariar las armas, llevar las cuentas y anotar los acuerdos. También apoyó a los campesinos que se acercaron a él porque sabía leer y escribir. Posteriormente se hizo cargo de la administración municipal hasta el asesinato del Coronel Cristóbal en 1919. Un año después los campesinos lo nombraron líder moral y obtuvo la custodia administrativa municipal a través de la cual erigió un poder político, económico y social que lo configuró como “cacique”. La visión que permea al interior del municipio es que contaba con cualidades de líder porque “era el más listo ¿no? podríamos decir. Porque para ser líder se necesita, tener influencias con gente de afuera. Como le vieron a él que tenía amistades en Jalapa, en México y en otros lugares, pues a él fue al que lo eligieron.”²⁴

Basilio R. Miguel construyó y ejerció el poder en un primer momento gracias a la Liga de Comunidades Agrarias y al apoyo campesino y, posteriormente, a través del Comité Regional Campesino (1938).²⁵ Estas organizaciones posrevolucionarias eran estructuras políticas de mediación que pretendían defender al campesino y tuvieron su origen “en la consolidación del partido oficial realizada por Calles y en la institucionalización de la participación popular y campesina en el Estado, asegurada por Cárdenas”.²⁶ Es precisamente con éste último con quien surge “una posibilidad de desarrollo acelerado del capitalismo compatible con una amplia participación de las masas populares”.²⁷

No obstante, a partir de 1940 hubo un retroceso de la reforma agraria y la participación que hasta entonces ejercía el campesinado “tiende a desintegrarse, individualizarse, a favor de una persona o grupo de personas que son los principales agentes de la penetración capitalista en el seno de la

²⁴ Venancio Hernández y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

²⁵ El Comité Regional Campesino se fundó en 1938, estuvo integrado por los municipios colindantes de la Sierra de Otontepec: Amatlán, Tancoco, Tantima, Santa María Ixcatepec, Chinampa de Gorostiza, Tantoyuca y Tepetzintla. El centro administrativo era este último.

²⁶ Bartra, “Campesinado”, 1976, p. 27

²⁷ Paré, “Caciquismo”, 1976, p. 35

comunidad.”²⁸ Esto conllevó la “centralización del poder político y la eliminación de la participación popular en la vida política.”²⁹ Al interior del municipio de Tepetzintla la organización agraria³⁰ se convirtió en uno de los espacios sociopolíticos para adquirir, desarrollar y ejercer un tipo de poder particular, considerado localmente como “caciquil”, que presentó características particulares como su adaptación a las dinámicas sociales, económicas y políticas durante tres décadas, hasta que ya no se pudo sostener.

Basilio R. Miguel fue elegido como representante del sector campesino en la Liga de Comunidades Agrarias (1923), fungió como presidente municipal en dos ocasiones (1926-1927 / 1932-1933), y posteriormente fue líder del Comité Regional Campesino desde 1938. Si bien ya tenía cierto poder dentro del municipio, fue hasta su nombramiento como líder del Comité Regional Campesino cuando expandió e inició la construcción de redes sociales y políticas en la región, en Xalapa y en la Ciudad de México.

Instituto

Mora

²⁸ *Ibid.*, p. 36

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Entendida como la organización institucionalizada con procesos burocratizados en torno al ejido, y las relaciones políticas y administrativas que conllevó, tanto al interior de Tepetzintla como en la región.

FOTOGRAFÍA 3. RETRATO DE BASILIO R. MIGUEL



Fuente: Archivo personal de Celerina Badillo, s/f. Este es uno de los pocos materiales fotográficos que tiene la última esposa de Basilio R. Miguel en su posesión. Al ser una fotografía ovalada y por la vestimenta que porta, es posible que fuese para un documento oficial. Esta muestra el contraste entre sus diferentes vestimentas, por ejemplo cuando montaba a caballo o cuando salía a la ciudad de Jalapa o la ciudad de México. Por ser una figura pública reconocida y por manejarse en ámbitos políticos fuera del pueblo, su porte debía mostrar una diferencia entre la vida en campo y los espacios ciudadanos.

A partir de ese año y hasta su muerte, Basilio R. Miguel se relacionó con el sector campesino de Tepetzintla, y de otros municipios, a través de un intercambio de favores que lo llevaron a construir alianzas. En este sentido, Roger Bartra explica que el cacicazgo es también una estructura política de mediación,

en la que el cacique consigue el poder mediante el apoyo que logra de la comunidad a la que representa; pero el poder que le otorga la comunidad es ejercido de acuerdo a intereses ajenos a ésta. Ahora bien, con el tiempo este sistema se anquilosa: el cacique ha sabido convertir su poder en riqueza y ejerce de manera despótica y arbitraria su dominio.³¹

³¹ Bartra, "Campesinado", 1976, p. 29

Mientras construía relaciones de confianza e intermediación expandió sus relaciones políticas y sociales (a nivel local, regional y estatal), y al contar con el apoyo de los campesinos permitió que se tejieran las condiciones que posibilitaron un ejercicio arbitrario del poder, muestra de la inestabilidad política e institucional del momento. Precisamente una de las características que lo podrían considerar como “cacique”, desde la visión de los tepetzintecos, es su uso de amenazas y represión³² como estrategia de control a distintos sectores de la población³³ sin que hubiese oposición alguna hasta la década del cincuenta, con la organización de otros gremios dentro de la CROC.

³² En varios testimonios se relata el miedo que la población sentía ante el cacique. “Todos le tenían miedo porque era el más poderoso. Por eso la gente no reclamaba, porque los amenazaba el señor. Tenía sus guaruras que los mandaba que mataran a la gente porque, por ejemplo, el coronel estaba a su mandato porque le decía “vas a matar a fulano”. Las personas que no se dejaban son los que mataban, porque se reclamaban.” Entrevista a Ignacio de la Cruz, realizada por Úrsula Mares Figueras, 28 de septiembre de 2018, Tepetzintla, Veracruz. También relatan que en los árboles aparecían cuerpos colgados y los habitantes asumían que era el cacique quien los mandaba a colgar. Eso funcionó como parte del aparato de control que desarrolló Basilio R. Miguel. Aunque, por supuesto, es necesario matizar esta situación. La población vulnerable era la que tenía miedo de este hombre, quien usaba el poder según sus intereses económicos, políticos y sociales, pero no todos los sectores tenían una relación de dominación-sujeción. Había comerciantes que no sentían ese miedo del que hablan algunos campesinos. También hubo campesinos que le tenían estima por haberlos ayudado. Cuenta de ello lo pueden dar las fotografías del día de su entierro en el que se ve un cantidad considerable de personas que acompañaron su féretro en el cortejo fúnebre (ver fotografía 1) y en su primer aniversario luctuoso (ver fotografía 2).

³³ Además del control ejercido sobre el sector campesino, existen testimonios que refieren al uso de amenazas contra maestros que exigían mejoras en el pueblo. En estos relatos también se hace alusión al uso de poder sobre las mujeres. Fueran casadas o solteras, si él quería, las solicitaba para mantener relaciones sexuales sin que las familias pudiesen oponerse. “Y uno tenía que obedecer, mandarle a tu hija para que se fuera a quedar con el cacique, ¡oye, eso ya no va! ¡eso ya no va! ¡Fíjate nada más! Después de que tienes la batuta, abusas”. Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

FOTOGRAFÍA 4. MIEMBROS DE LA CROC CON CAMPESINOS



Fuente: Archivo personal de Antonia Vera, ca. 1960. En la imagen se encuentra Crescencio Vera, uno de los miembros fundadores de la CROC (sexto de derecha a izquierda), organizándose con algunos campesinos que no formaban parte del ejido. Este grupo era parte de la oposición al cacicazgo de Basilio R. Miguel.

Los habitantes lo recuerdan como un hombre que no salía de su casa más que para cuidar sus terrenos y a su ganado. Siempre recorría los pastizales montado a caballo, con pistolas y sombrero. Un ejemplo de ello es el recuerdo del ejidatario Juan Pérez, que relata: “Yo salí de la escuela y fui a buscar leña por allá, como a esta hora. Que me encuentro un señor que llevaba un caballo, ¡pero caballo!, dos carabinas así y una atravesada, dos pistolas y una chamarra que le colgaba de acá y un sombrero así como mariachi.”³⁴

³⁴ Juan Pérez, “entrevista citada”.

FOTOGRAFÍA 5.

BASILIO R. MIGUEL JUNTO A SU CASA DE ENJARRE Y ZACATE COLORADO



Fuente: archivo personal de Celerina González Badillo, ca. 1960. No parece ser una fotografía casual sino a petición explícita. En aquél entonces había un fotógrafo profesional en Tepetzintla a quien pudo haberle solicitado la fotografía. En contra picada, realza su figura de hombre de poder sobre su caballo, en su territorio, pues está afuera de su casa y atrás de ésta se puede ver su oficina, espacio en el que fue asesinado. Esto nos puede brindar elementos de cómo se concebía a sí mismo y qué imagen quería transmitir.

Otro de los campos importantes en los que ejercía influencia era en la política local; pues elegía a los presidentes a partir de sus intereses. Cuando nombraba a un presidente, “esa persona tenía que ser presidente municipal [...], él los ponía”.³⁵ Desde la visión del presidente del Comisariado ejidal actual, “él era un dictador, él ponía y quitaba a la hora que él quería porque era el caciquismo”.³⁶

³⁵ Venancio Hernández Cruz y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

³⁶ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

FOTOGRAFÍA 6. TOMA DE PROTESTA PRESIDENCIAL



Fuente: archivo personal de Antonia Vera Baltazar, 1942. De izquierda a derecha, en la primera fila, el sexto hombre es Basilio R. Miguel, en la toma de protesta del presidente municipal Fernando H. Cristóbal, lo que da cuenta de su presencia en los asuntos políticos del municipio. Además, muestra una forma de ritual de poder en el que se forma el gabinete en primera fila y atrás está “el pueblo” que respalda al Ayuntamiento. Basilio R. Miguel pareciera estar en la zona entre ambas líneas, ni adentro del gabinete pero tampoco mezclado con los campesinos. Espacio simbólico en el que transita entre la política y el mundo campesino.

En relación al campo, ayudó a los campesinos con asuntos de dotación de tierras y problemas de linderos, “aconsejó que de esta forma se va a resolver esto y esto; o si se trataba de algo grave, que le están quitando las tierras a otro municipio, se iba a Xalapa”.³⁷ También se apropió de tierras de campesinos que no podían hacer ningún reclamo, muchas veces porque ellos hablaban náhuatl o por otras situaciones de vulnerabilidad en las que podía emplear amenazas.³⁸ Él arreglaba todo aquí, recuerda Ignacio de la Cruz,

³⁷ Venancio Hernández Cruz y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

³⁸ “Si tenía yo un terreno de este tamaño, me decía el cacique “te lo compro”, “no, no lo vendo”, cuando ya volteabas a ver ya lo tenía alambrado y no digas nada porque te mandaba a matar.” Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

si usted tiene un terreno y quiere arreglar, vas con él y entonces él va, dice que va hasta Xalapa. Entonces llevaba los papeles y allá decía: “como no apareció tu nombre, entonces yo lo arreglé”, a nombre de él. Entonces ya llegaba aquí y “¿qué, don Basilio, arregló?, sí los arreglé pero para mí, a mi nombre, ya no es de usted, ese terreno es para mí.”³⁹

La Sra. Francisca Güemes relata que su padre, Rafael Güemes, uno de los primeros músicos de Tepetzintla y quien organizaba los bailes en la galera del pueblo junto con su hermano, era dueño de un terreno de aproximadamente veinte hectáreas donde sembraba frijol, maíz, chiles, tomates, camotes, cebollas y, en tono de incredulidad, recuerda que llegó a tener hasta piñas; era terreno fértil con pastos y abundante agua. Por eso, afirma ella, fue perseguido por Basilio R. Miguel.

Era propietario y por eso le tuvieron coraje, el cacique no lo podía ver porque la tierra [...] era propia y tenía agua y tenía pasto. [Al cacique] le gustaba el terreno, tenía agua, estaba bien empastado y vendía pastos en aquel entonces, [por eso] varias veces mandó a matarlo. Nosotros vivíamos hasta allá abajo y tenía un guardaespaldas el cacique [...] y le dijo [a mi papá] “cuídate, yo he recibido mucho dinero y me están reclamando que por qué no puedo quitarte” [...]. Nosotros íbamos con él a la milpa, a veces en burros, [pero] no por trabajar sino para cuidarlo.⁴⁰

Al adquirir grandes porciones de terrenos tuvo acceso a recursos naturales como el agua, pastizales, madera y tierra. En sus potreros, “ahí no quería que corten pasto, que corten leña seca, [...] andaba ahí a caballo y traía una pistolota grande [...] La persona que lo veía cortando leña o pasto les echaba cuello.”⁴¹ Ignacio de la Cruz (ver fotografía 7) relata que un día regresaba a Tepetzintla de cortar pasto en un rancho llamado Campechana y tomó el camino por los terrenos de Basilio R. Miguel.

Entonces yo venía así, caminando, y que lo encuentro. Entonces me atajó, traía pasto, pero ese pasto lo corté donde trabajaba [...]. Y lo encontré y entonces me dijo: “Ah, ya te caí”, “ah, le digo, ¿qué?”. Y se atraviesa el caballo, no me dejó pasar. “¿Y de qué me caíste?”. “Usted

³⁹ Ignacio de la Cruz, “entrevista citada”

⁴⁰ Entrevista a Francisca Güemes, realizada por Úrsula Mares Figueras, 3 de noviembre de 2018, Tepetzintla, Veracruz.

⁴¹ Ignacio de la Cruz, “entrevista citada”.

siempre anda robando pasto”, “¿yo?, dijistes que me caíste cuando mero estoy cortando, pero orita no porque ya lo traigo, en la bestia ya traigo el pasto”, “No, dice, a mí no me hables más, ¡bájalo ese pasto! ¡déjalo!”, “¡no lo bajo!”, “¿ah, no?”, “pues no”, “¿y quién eres tú que no lo vas a bajar?”, “Íra, le digo, si eres muy valiente usted se baja y a ver cómo nos va”, “ah, dice, te pones, eres tonto y no me obedeces. Los demás sí obedecen y dejan el pasto”, “ah, pero yo no lo dejo. Pero ya te digo que si de veras tienes valor, descargue”. Y no lo bajé el pasto, no lo bajé de la bestia. Entonces dice: “ah, te reconozco, dice, nadie ha hecho eso conmigo”, dice. “Pues para que veas, yo soy tonto y todo, pero no me dejo”. Y no lo dejé. “¡Vete!”. Ya me dijo que me vaya. Pero así me hizo, me amenazó.⁴²



⁴² Ignacio de la Cruz, “entrevista citada”. Este relato es interesante por la connotación simbólica que tiene la confrontación de un jornalero, en posición de vulnerabilidad, a la figura de poder. Es importante mencionar que el señor Ignacio de la Cruz fue una de las personas a las que Basilio R. Miguel le quitó las tierras que su padre le había heredado y, ante la impotencia y resentimiento, cabe la posibilidad de que el relato del encuentro con el cacique sea un espacio de construcción y adquisición de poder simbólico que en el plano material no podía tener.

FOTOGRAFÍA 7. IGNACIO DE LA CRUZ



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, febrero 2020. Esta fotografía la tomé afuera de su casa, dos años después de haber realizado la entrevista. Me interesaba retratarlo para incorporarlo dentro del cuerpo de este trabajo y darle un rostro al relato oral que había brindado. Don Ignacio de la Cruz ya casi no puede sostenerse en pie, por eso lo retraté sentado y de cuerpo completo. Traté de que sus manos se centraran de tal modo que fueran el primer plano de la imagen, por lo que aquí representan las manos del campesino.

Además de ser propietario de una gran cantidad de terrenos, Basilio R. Miguel formaba parte del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla. Como podemos ver en el rubro de profesión de su tarjeta de identificación elaborada en 1942 (imagen 8), se asumía como “agricultor ejidatario”. Dato por demás alejado de la realidad pues usaba los terrenos ejidales para la ganadería. Era el líder general del Comité Regional Campesino y también fungió como secretario. En una situación de elección simulada se votaba por

los miembros directivos del Comisariado ejidal que estaban en alianza con el cacique.

Él nombraba a los comisariados antes, pues por eso quería mangonear [...] él ponía a los presidentes municipales, se iba a Xalapa y ya traía la planilla quienes son, ya venía formada, “ya, él es”, ya le aplaudían y eso era. Por eso era cacique. Ese era el cacicazgo.⁴³

IMAGEN 1. TARJETA DE IDENTIFICACIÓN DE BASILIO R. MIGUEL

TARJETA DE IDENTIFICACION # 481

CLASE A EDAD 43

Nombre Basilio Miguel Rojas.

Estado civil Casado.

Profesión u oficio Agricultor Ejidatario.

Lugar de su trabajo Tepetzintla, Ver.

Domicilio Casa # 45 Calle Morlos.

2o. _____

3o. _____

Lugar y fecha Tepetzintla, Ver. Diciembre 7 de 1942.

Presidente Municipal (o Delegado). [Signature]

Firma del interesado. [Signature]

Méx. ab. [Signature]

HUELLA PULGAR DERECHO

APTO PARA LA INSTRUCCION? Si

Fuente: archivo personal de Celerina Badillo, 1942. Esta tarjeta es posiblemente una cartilla del servicio militar municipal y brinda información interesante. Por ejemplo, al ver la fotografía y la edad que se menciona, se puede cotejar con otras fotografías de él que no han sido datadas para hacer un aproximado de los años. Como ya se dijo con anterioridad, en la tarjeta se señala que su profesión u oficio es el de “agricultor ejidatario”, información que ciertamente se vincula con su construcción como “campesino” dentro del ejido para seguir perteneciendo a él y obtener los beneficios del terreno ejidal. En 1942 las leyes establecían que los terrenos del ejido estaban destinados para que los campesinos de Tepetzintla cultivaran, nunca para ganadería, que era en realidad para lo que él los usaba. Esto quiere decir que, frente a las instituciones gubernamentales se presentaba como campesino, mientras acaparaba tierras del ejido para ganadería, como se puede ver en el mapa 1.

A nivel estatal era reconocido por la Confederación Nacional Campesina como “líder campesino” y como miembro activo de la Liga de

⁴³ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

Comunidades Agrarias. Para lograr tal reconocimiento debió respaldar a los gobiernos federales priistas en turno y a los gobiernos estatales. Como podemos constatar en la imagen 2, Basilio R. Miguel aparece en una fotografía junto con otros llamados “líderes campesinos”, todos ellos miembros activos de la Liga de Comunidades Agrarias, que se reunieron para reafirmar su apoyo al candidato a gobernador de Veracruz por el PRI para el periodo 1950-1956.

En su libro, *La lucha agraria en Veracruz*, editado por la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos, Vladimir Acosta Díaz recuerda a Basilio R. Miguel como un “compañero del agrarismo”, así como luchador y defensor de los campesinos.

Junto con Higinio Melgoza, Basilio R. Miguel aprendió a defender con dignidad, con decoro y con honestidad acrisolada a campesinos organizados, por eso curiosamente en cada aniversario de la muerte del compañero José Guadalupe Osorio Cruz cada año en su tierra natal “Ahuimol”, invariablemente se hace memoria de los dos leales ayudantes que se iniciaron tomando en cuenta su gran pasión por defender a la clase campesina indígena del norte de Veracruz, siendo ellos: Higinio Melgoza, en la región de Santa María Ixcatepec; y Basilio R. Miguel, en la región de Tepetzintla. Lamentablemente, los tres murieron asesinados por las balas de personas que se prestaron a la maniobra de los enemigos de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz.⁴⁴

Precisamente estos actores sociales fortalecían sus redes institucionales mientras que reafirmaban su apoyo a los gobiernos establecidos para conservar el control y poder al interior de sus regiones de acción. De ese modo se seguían alimentando las relaciones clientelares entre “líderes campesinos” regionales y gobierno estatal.

⁴⁴ Acosta, *Lucha agraria*, 1989, p. 221

IMAGEN 2. BASILIO R. MIGUEL EN REUNIÓN CON LÍDERES CAMPESINOS



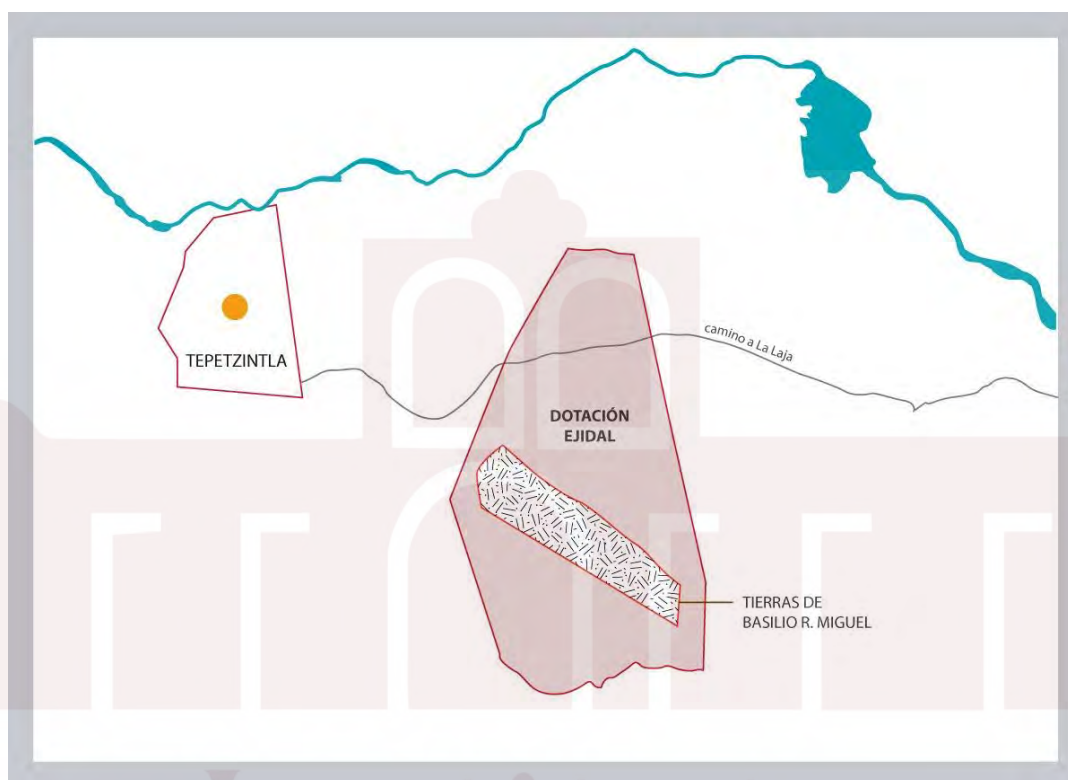
Fuente: Vladimir Acosta, *La lucha agraria en Veracruz*, p. 129, 14 de marzo de 1950. De izquierdo a derecha el primero es Basilio R. Miguel en una reunión en Jalapa entre líderes campesinos para apoyar la candidatura a gobernador de Veracruz. Esta imagen resulta relevante tanto por su contenido como por el soporte en el que se encuentra. Desde una publicación de la Liga de Comunidades Agrarias se emite un discurso propagandístico en el que se ve a los “líderes campesinos” apoyando una candidatura. Este deja ver que su poder como cacique tenía soporte institucional y que era parte de un engranaje político que lo validaba.

Junto con otros campesinos promovió la dotación de tierras ejidales al municipio de Tepetzintla, las cuales fueron otorgadas en 1934. Al no haber separación entre parcelas, pudo hacer uso de más de 40 hectáreas, como se ve en el mapa 1.⁴⁵ Para algunos ejidatarios, Basilio R. Miguel también era considerado “cacique” porque acaparaba tierras, no pagaba ni daba faena y no se presentaba en las reuniones, únicamente estaba al pendiente de su ganado y sus terrenos ejidales. Esa es la forma de cacique, asevera el Consejo de vigilancia actual del ejido, “ellos nomás andan en sus tierras,

⁴⁵ Cálculo aproximado que hacen distintos ejidatarios entrevistados. Incluso hay algunos que aseguran que “había agarrado más de cuarenta hectáreas”. Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

andan por allá, pero ellos de aquí de la junta no querían saber nada, ni de faenas.”⁴⁶

MAPA 1. TIERRAS EJIDALES ACAPARADAS POR BASILIO R. MIGUEL



Fuente: elaboración propia. En el mapa se muestra el terreno de la dotación ejidal de 1934 y las tierras que Basilio R. Miguel acaparó. La ubicación está basada en el trabajo que se realizó sobre el mapa ejidal del archivo del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla con los miembros del comisariado ejidal actual.

Antes de la década del setenta las tierras ejidales estaban en común; es decir, eran colectivas y no estaban parceladas, esta situación promovía malos manejos en la distribución de hectáreas por ejidatario. Aunado a esto, Basilio R. Miguel construyó alianzas con las distintas directivas del Comisariado ejidal para obtener un trato preferencial en la distribución de tierras. Pese al descontento de los ejidatarios nada podían hacer, “no dijeron nada porque tenían miedo, ‘me va a matar’. El ejido era para los pobres no para él, pero era un aprovechado.”⁴⁷

⁴⁶ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁴⁷ José Gerardo, “entrevista citada”.

La relación que mantenía con los campesinos ejidatarios era dual. Por una parte, acudía a Jalapa para arreglar los asuntos del ejido y al mismo tiempo fortalecía su figura de líder campesino. Por otra parte, al argumentar su derecho de fundador acaparó tierras ejidales para su ganado y no permitió que los ejidatarios sembraran cultivos comerciales que pudiesen mejorar su condición económica. La mayoría sembraba maíz y frijol, además de camotes, chiles y tomate, entre otros cultivos menores. Otros empezaron a introducir caña de azúcar para hacer panela y plátano, cultivo comercial y redituable que se vendía principalmente en Tampico.

Juan Pérez, actual ejidatario, relata la experiencia de su papá dentro del ejido al cultivar plátano:

Mi papá fue campesino, él sembraba plátano, eran como cinco los que trabajaban el plátano. Lo iban a vender a Tampico, pero en esos tiempos llovía mucho, cortaba el plátano mi papá y lo dejaba al borde de la carretera y venía el camión, porque aquí en Moralillo no podía pasar, porque [...] se llenaba de agua y el plátano se quedaba amontonado, entonces se echaba a perder, entonces le decía a la gente "lleva plátano".⁴⁸

Según la versión de este ejidatario, Basilio R. Miguel conminaba a los campesinos a que disminuyeran su producción o dejaran esos cultivos cuando veía que generaban mayores ingresos.

Aparentaba ser bueno [con los campesinos] pero andaba viendo quién tiene milpa grande, o sea no quería que progresara nadie, namás él [...] y si sabía algo que tú dijistes, te mataba. Así era, era peligroso. [...] Y mi papá ya lo dejó [el ejido], ya no quiso, dijo "si voy para allá, me van a matar".⁴⁹

Una de las razones por las que su padre abandonó el ejido pudo haber sido porque el cultivo de plátano le dejó de resultar redituable y el oficio que aprendió, a partir de las enseñanzas de la misión cultural, le brindaba otras posibilidades laborales.

Mi papá quería superar, ya no quería ser campesino porque ya ve que el plátano se le echaba a perder. ¡Cuánto pagaba para acarrearlo, para cortarlo, para llevarlo a Tampico! Él tenía milpa pero en esos tiempos el

⁴⁸ Juan Pérez, "entrevista citada".

⁴⁹ Juan Pérez, "entrevista citada".

plátano era más vendido que el maíz. Por eso estaba ahí. Él tenía maíz pero le iba más al plátano porque le dejaba más.⁵⁰

Es posible que después de analizar las formas en las que Basilio R. Miguel ejercía el poder en distintos ámbitos de la vida en Tepetzintla, ejerciera cierto control dentro del mismo ejido, no sólo a nivel político sino socioeconómico. Si fuera así, la dinámica de dominación caciquil dentro del ejido pudo propiciar que la producción de la milpa fuera prácticamente el único sustento en el grueso de ejidatarios y que las condiciones socioeconómicas fueran homogéneas.

La siembra de la milpa, cuya base es el maíz, tenía la misma dinámica social de trabajo colectivo entre familias y ejidatarios. Entre los campesinos de Tepetzintla, propietarios y de tenencia ejidal, existía una práctica de trabajo conocido como “ganar mano” o “dar mano”, ésta consistía en ayudarse para limpiar los terrenos y sembrar el maíz. En los procesos de producción ejidal se desplegaban las relaciones de parentesco, compadrazgo o colaboración entre colindantes. Así podían sembrar sin necesidad del uso de maquinaria ni generar un gasto económico que implicaría el pago por jornal. La limpieza de la tierra y la siembra se realizaba entre cuatro y cinco ejidatarios, quienes se ponían de acuerdo para trabajar según sus calendarios de siembra.

Dentro del ejido existía una marcada jerarquización en las condiciones socioeconómicas que se delineaban entre los que tenían más de diez hectáreas y los ejidatarios que apenas podían acceder a media o hasta dos hectáreas. El uso de la tierra también era diferenciado. Los acaparadores de tierras tenían ganado y usaban mayores extensiones para el pastoreo, mientras que los campesinos usaban sus parcelas para sembrar cultivos para subsistencia o cultivos comerciales a baja escala. En algunos casos producían excedentes que vendían en la plaza o a los compradores foráneos.

⁵⁰ Juan Pérez, “entrevista citada”.

Durante el cacicazgo los campesinos ejidatarios tenían expectativas de progreso y mejora económica, como el caso de los que intentaron cultivar plátano y caña de azúcar para hacer panela, o quienes solicitaban la parcelación para sembrar café, árboles frutales y hacer potreros para ganado.⁵¹ Pero si la dominación caciquil regulaba indirectamente los cultivos, entonces también lo hizo con las expectativas de los campesinos que quisieron cambiar la milpa, que dejó de ser redituable (y mantenía a los campesinos en un mismo nivel socioeconómico), para usar sus parcelas ejidales en la producción de cultivos que mejoraran sus condiciones o para la introducción de ganado. Las experiencias campesinas en el ejido durante el ejercicio de poder de Basilio R. Miguel se alejaron de sus expectativas de mejora socioeconómica, pero al mismo tiempo esto permitió que se conservaran tradiciones rituales y prácticas sociales de ayuda mutua como la de “ganar mano”.

b. Lucha agrarista y formación del ejido de Tepetzintla

Una de las demandas que enarboló la Revolución Mexicana fue el reparto de la tierra entre los campesinos. La Constitución de 1917 procuró hacer frente y dar solución a la lucha por la tierra al elaborar una reforma agraria que atendiera las solicitudes y los problemas de la tenencia de la tierra. Para llevar a cabo ese propósito en Veracruz se originó un movimiento social dirigido por el coronel Adalberto Tejeda. Originario de Chicontepec y con tintes ideológicos marxistas, “creía que la superioridad del socialismo sobre todos los sistemas filosóficos, residía en su defensa de los intereses de la colectividad, antes que en vagas libertades personales y egoístas”.⁵² Pensaba que era necesario respetar los intereses de la clase trabajadora y

⁵¹ Carta al delegado del Departamento agrario de Tuxpan: “Los legítimos ejidatarios del ejido comunal, Urbano Félix Rosales y María Rosales, solicitan el parcelamiento ejidal para sembrar café, árboles frutales, hacer potreros para animales domésticos, caballos, burros y ganado.” Archivo General del Estado de Veracruz (en adelante AGEV), Fondo: Comisión Agraria Mixta, Expediente número: 1033, Municipio: Tepetzintla, Foja 286, 18 de septiembre de 1958.

⁵² Maldonado, *Tejeda a Cárdenas*, 1992, p. 104

por ello impulsó el movimiento social agrario que logró consolidarse durante 14 años, hasta la llegada de Cárdenas.

Entre 1917 y 1928 emergieron distintos partidos políticos que se asumían como “nacionales”; entre ellos estaba el Partido Nacional Agrario (PNA), fundado en 1920, al cual pertenecía Tejeda. Desde su puesto como gobernador de Veracruz, él pudo apoyar a las organizaciones campesinas agraristas que se unificaron en torno a la Liga Nacional Campesina (LNC), de la cual se desprendió la Liga de Comunidades Agrarias, que se fundó en 1923 y era controlada por el lugarteniente de Tejeda, Úrsulo Galván.⁵³

A partir del asesinato de Obregón, México inició un proceso que desembocó en la época de las instituciones.⁵⁴ Calles conformó el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, mediante el cual se buscaba no sólo institucionalizar la política sino también unificar a todas las organizaciones en una sola, para que el Estado mexicano tuviera margen de acción y lograra tener un control eficaz sobre ellas. Con el fin de llegar a tal objetivo en Veracruz, el Partido de la Revolución tuvo que combatir al movimiento agrarista que estaba dividido entre la Liga de Comunidades Agrarias (que formaba parte de la Liga Nacional Campesina) y el Partido Nacional Agrarista (PNA), que se oponían al surgimiento del nuevo partido. No sería sino hasta el gobierno de Lázaro Cárdenas cuando, con la fundación de la CNC en 1935, se articularon todas las organizaciones campesinas que se gestionaron desde el Estado, no sin antes haberlas debilitado para lograr su unificación política.

Hay estudios que aseveran que el agrarismo tejedista tuvo mayor fuerza en el centro de Veracruz. Sin embargo, la lucha campesina por el reparto de tierras también llegó a la zona norte del estado. Serafín Maldonado, al hacer referencia a la reunión fundacional de la Liga de Comunidades Agrarias, asegura que asistieron 128 delegados, todos ellos de la región centro.⁵⁵ Mientras que José Luis Cruz señala que los líderes de

⁵³ González y Lomelí, *Partido revolución*, 2000, p. 40

⁵⁴ Falcón, *Agrarismo Veracruz*, 1977, p. 7

⁵⁵ Maldonado, *Tejeda a Cárdenas*, 1992, p. 115



Tempoal, Chicontepec, Huayacocotla, Santa María Ixcatepec y el líder moral de Tepetzintla, Basilio R. Miguel, todo ellos de la Huasteca veracruzana, también fueron invitados al Teatro Lerdo en Xalapa, el 23 de marzo de 1923, para formar parte de la directiva estatal, llamada Plana Mayor.⁵⁶ Por su parte, en la transcripción del acta constitutiva de la Liga de Comunidades Agrarias que hizo Vladimir Acosta,⁵⁷ no se menciona a ninguno de los líderes de los municipios que afirma el José Luis Cruz. De hecho, fueron sólo 11 de los 18 ex-cantones que componían el Estado de Veracruz: Papantla, Chicontepec, Misantla, Jalacingo, Jalapa, Coatepec, Huatusco, Veracruz, Córdoba, Orizaba y Los Tuxtlas. Los ex-cantones que faltaron a la reunión fueron: Ozuluama, Tantoyuca, Tuxpan, Zongolica, Cosamaloapan, Acayucan y Minatitlán.⁵⁸ Dentro de esta reunión, los líderes del movimiento agrarista, informaron a los líderes qué era el agrarismo –o la interpretación que hacían de la teórica política del movimiento- y las directrices para la lucha campesina.

El movimiento de la Liga ponía énfasis en el reparto de la tierra a través del ejido, pues pensaban que era la única solución para resolver el problema agrario. Y ya que se debía llevar a cabo una transformación de fondo sobre la estructura económica nacional y modificar la organización social del trabajo, no era concebible que el reparto fuera a través de la pequeña propiedad. Ellos asumían que el ejido colectivo y el nuevo orden social para la producción agraria derrocarían tarde o temprano a la propiedad privada. Esa era su apuesta.

Si bien el movimiento agrarista tuvo mayor fuerza en el centro de Veracruz, también tuvo una expansión hacia el norte del estado, precisamente hacia la Huasteca. Dentro de este territorio existían haciendas, ranchos y condueñazgos que se encontraban en el marco de lo que se dado en llamar *La Faja de oro*, por ser un área altamente productiva en torno a la explotación petrolera por parte de compañías estadounidenses. En su

⁵⁶ Cruz, *Abuelos contaron*, 2017, p. 83

⁵⁷ Acosta, *Lucha agraria*, 1989, pp. 25-30

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 23

mayoría, el petróleo provenía de la zona costera en donde habitaban blancos, mestizos, indios, extranjeros y mulatos.

Ya desde las Leyes de Reforma, y subsecuentemente el régimen porfirista, algunas comunidades indígenas de Veracruz habían sido despojadas de sus tierras comunales y fueron divididas en lotes que se transfirieron a propiedades privadas. Esto ocasionó que los campesinos se vieran en una situación de desventaja que trató de revertirse con la reforma agraria. En 1853, en Tepetzintla no habían condueñazgos pero sí haciendas (Moralillo, en la cabecera, y Juan Felipe, en Cerro Azul) y ranchos (Piedra Labrada, Huilotitla, San José, Copaltitla, El Humo, Tecomate, Espinal, La Loma, Jamatla). Y dentro de los asentamientos indios se cultivaba café, vainilla y algodón, además de la extracción de chicle y maderas de zapote.⁵⁹ Para 1921 existían dos ranchos, 16 rancherías y 2 haciendas en dicho municipio. Posteriormente en 1931 se tiene referencia de una hacienda en Moyutla con un pozo petrolero.

El movimiento de los agraristas tuvo poca injerencia dentro de la Huasteca veracruzana y encontró trabas al enfrentarse a la resistencia popular del movimiento. Esto logró generar cierta inestabilidad en algunas zonas, particularmente en donde había conflictos severos en relación con la propiedad de la tierra, ejemplo de ello fue Chicontepec, uno de los pocos municipios que solicitaron restitución de tierras. Otra petición fue de una comunidad de Tuxpan que había formado un condueñazgo. También sobresalen las solicitudes de distintos poblados del municipio de Temapache.⁶⁰

Una de las aseveraciones historiográficas que se ha manejado en torno a la reforma agraria es que los pueblos fueron despojados de sus tierras comunales, por ello solicitaron la restitución o la dotación de tierras. Existe un caso particular de la Huasteca veracruzana que muestra que no siempre fue así y que, de hecho, algunas comunidades y campesinos tenían buena

⁵⁹ Serna, *Manuel Peláez*, 2008, p. 84-85

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 315

relación con las compañías petroleras y con las haciendas. El caso paradigmático es el del pueblo indio de Guasimal, de Temapache, al que los agraristas habían falsificado una solicitud de tierras y los pobladores tuvieron que exponer que no querían tierras pues los vínculos que tenían con El Águila Co. les otorgaba muchas ventajas.⁶¹ Así, prefirieron vivir en condiciones de arrendamiento en lugar de considerar la alternativa de ser ejidatarios que les proporcionaba el movimiento agrarista. Esto deja entrever el panorama complejo que se vivió en el marco de la aplicación de la reforma agraria en la Huasteca veracruzana.

Uno de los problemas agrarios de la región resultó del desempleo que dejó la decadencia de las compañías petroleras. Los trabajadores inmigrantes que se quedaron a vivir en las áreas de extracción tuvieron que volcarse hacia el trabajo agrario; el problema es que no tenían tierras para laborar, y debido al mismo proceso de desplazamiento hacia esta región, la población tuvo un crecimiento importante. Se crearon nuevos asentamientos o aumentó la población dentro de pequeños pueblos, estos fueron algunos de los candidatos idóneos para la dotación de tierras. Un ejemplo es el caso de Álamo, pueblo que se fundó en el contexto laboral de la extracción petrolera en 1910, precisamente dentro de un campo petrolero en donde llegaron a habitar chinos, españoles, libaneses y sirios.⁶²

En general, fueron pocas las peticiones de restitución de tierras en la huasteca veracruzana. Hubo lugares en donde los campesinos no habían tenido tierras y algunos de ellos solicitaron donaciones. Asimismo, según las afirmaciones de Serna, a la mayoría de las comunidades indígenas no se les habían quitado las tierras comunales, salvo algunas excepciones. Por ende, las peticiones de restitución y de dotación o donación no provenían de las comunidades indígenas.

En el caso de la cabecera municipal de Tepetzintla fueron los campesinos que rentaban las tierras de la Hacienda de Juan Felipe quienes

⁶¹ *Ibíd.*, p. 327

⁶² *Ibíd.*, p. 319

solicitaron la dotación de ejido desde 1929, como lo vemos en la carta dirigida al gobernador del estado de Veracruz:

Que careciendo de las tierras necesarias en donde poder trabajar para vivir de su cultivo y garantizar nuestra independencia económica y haciendo uso del derecho que a los pueblos de estas condiciones conceden los artículos 3/o de la Ley de 6 de enero de 1915 el 13 de la Ley que reforma la de dotaciones de tierras y aguas de 23 de abril de 1927 y demás disposiciones agrarias.⁶³

Al ser el espacio que usaban para cultivar, en el documento sugerían que el terreno de la Hacienda de Juan Felipe, propiedad de Francisco Galván quien residía en la gerencia de la compañía “Huasteca Petroleum Company” en Tampico, podía ser dotado como ejido.⁶⁴ Sin embargo, el proceso de dotación duró varios años por distintos inconvenientes.

Una vez que solicitaron la dotación los campesinos procedieron a organizar el Comité Particular Ejecutivo (C.P.E.) y en votación nombraron a Nicolás Francisco como presidente, Santiago N. Cristóbal como secretario y Francisco Hernández como vocal. Aun así, la Comisión Local Agraria les declaró que “carecían de personalidad jurídica” para formular la solicitud. En la carta dirigida a los representantes del C.P.E., a Basilio R. Miguel como representante del Partido Agrarista en Tepetzintla y al presidente municipal, se replicaba que los campesinos de este municipio no eran sujetos de dotación

[...] de acuerdo con la Ley de 6 de enero de 1915 y demás disposiciones relativas, sólo son sujetos de dotación los pueblos, congregaciones, rancherías, etc. etc. y en manera alguna las agrupaciones que tengan sólo carácter de defensa profesional o

⁶³ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 1.

⁶⁴ En este primer documento de solicitud de dotación de tierras ejidales dirigido al gobierno estatal firmaron: Nicolás Francisco, Francisco Hernández, Mauro H. Cristóbal, Miguel Francisco, Antonio Morales, Antonio Cristóbal, Francisco Cruz, Inocente R. Martínez, Genaro Francisco, Leopoldo Morales, N. De la Cruz, Omar Gabino, Julio de la Cruz, Melesio Cruz, Miguel Hernández, Miguel Carlos Canuto, Enrique Martínez, Agustín de la Cruz, Antonio Jiménez, Eusebio de la Cruz, Galdino Núñez, Miguel Antonio, José Morales, Pablo de la Cruz A., Pablo de la Cruz B., Jesús González, Isidro de la Cruz, Aurelio de la Cruz, Amancio Hernández, Emilio Méndez, Onofre Morales, Ramos Morales, José G. Méndez, Fidencio Reyes, Ignacio Ordóñez, Domino Pánfilo, Antonio González A., Antonio González B., José Hernández, Santiago Reyes, Domingo Santiago, Manuel González, Avelino Hernández, Valerio Hernández.

intereses políticos, corresponde a los vecinos de aquéllas ejercer las acciones correspondientes que señala la Ley. En consecuencia, no puede esta Comisión Local Agraria darle curso a la solicitud que hacen para el poblado de Tepetzintla, por carecer de personalidad para formularla.⁶⁵

El problema que se había desatado era que el presidente municipal de Tepetzintla no hizo entrega de los nombramientos de los integrantes del C.P.E. por considerarlos como “delahuertistas”. En una carta dirigida al gobernador del estado de Veracruz los campesinos ya organizados en Comité explicaron la situación:

Los subscriptos, originarios y vecinos de este pueblo., mayores de edad, en pleno ejercicio de sus derechos, en su totalidad son pobres y humildes trabajadores y que en su mayoría carecen de instrucción, pues son unos cuantos los que medianamente saben firmar. [...] en el cual hizo del conocimiento del disenso diáfano que mostró el C. Presidente Municipal de este lugar que fungía en aquella fecha, que por el hecho de no estar en concordancia con las doctrinas de la noble casa que profesamos se negó a tomarles la protesta de Ley respectiva y por ende negarles sus nombramientos a los CC. Nicolás Francisco, Santiago N. Cristóbal y Francisco Hernández, quienes fueron nombrados para integrar la directiva del Comité Particular Ejecutivo Agrario de este pueblo, habiéndolos conceptuado Delahuertistas [...]⁶⁶

Con la recomendación de la Comisión Local Agraria se decidió volver a someter a votación a la directiva del Comité de la cabecera municipal de Tepetzintla. Lo interesante de este hecho es que la votación se hizo en la casa de Basilio R. Miguel, por lo que cabría preguntarse si él, en alianza con el presidente municipal, incidió en la reorganización para una nueva votación a partir de sus propios intereses. En otra carta al gobierno estatal los campesinos informaron de la nueva votación y la nueva directiva del Comité.

En el pueblo de Tepetzintla, Cabecera Municipio de su nombre, ex – cantón de Túpam, Estado de Veracruz, a las quince horas del día dos de enero de mil novecientos treinta, los abajo firmantes, vecinos de dicho lugar, hacemos constar que previa citación que nos fue hecha, reunidos en la casa particular del señor Basilio R. Miguel a la hora y día

⁶⁵ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 11.

⁶⁶ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 30.

señalados, procedimos a la elección de miembros que deberán integrar la mesa directiva del Comité Particular ejecutivo Agrario, habiendo resultado electas las siguientes personas: Presidente propietario: Luis Galván; Presidente suplente: Santiago de la Cruz; Vocal propietario: Agustín Morales; Vocal suplente: Miguel Francisco; Mauro Cristóbal, secretario del Comité P.E.⁶⁷

Al atender la petición de tierras ejidales y ya con personalidad jurídica de los campesinos organizados, la Comisión Local Agraria envió en 1931 a un ingeniero a Tepetzintla para llevar a cabo un estudio para la dotación de ejido. En el informe entregado por el ingeniero Rodolfo Lezama, encargado de hacer el estudio y el reporte, manifestó que en ese año existían 431 habitantes en la cabecera municipal. Además, describió los terrenos con los que se pretendía dotar al poblado como de “primera calidad” y de temporal, con un régimen de lluvia de mayo a septiembre y pequeñas lloviznas en el resto del año, un clima cálido, pero con inviernos fríos y el territorio constituido por “lomas y cerro de baja altura fáciles para organizar una buena agricultura ya que la fertilidad de sus tierras se presta para ello. La vegetación espontánea (sic) está formada por árboles de encino, cedro, chijol, olivo, sangregado, guásima, chaca, copal, ojite, laurel, etc. Frutales: naranjos, limón, aguacate, mango, etc. En las acahualeras se encuentra picapica, escobilla, zacate, etc”.⁶⁸

Los plantíos que ya existían en las tierras que se solicitaban, que eran cultivados por los mismos campesinos de Tepetzintla, eran principalmente maíz y frijol. El ingeniero Lezama aseguró que debido a la precariedad económica de los campesinos y a la dificultad de transportes, pues el flete caballar costaba \$1.00 y el jornal en el campo se pagaba en \$1.00, el frijol se sembraba en pequeña escala y para uso exclusivo de la casa. El cultivo que estaba más generalizado, informó, era el maíz. También sembraban caña de

⁶⁷ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 3.

⁶⁸ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 44.

azúcar, chile, camotes, calabaza, jitomate y yuca.⁶⁹ Pese al alto costo del transporte, los productos se vendían en los mercados de Cerro Azul, Zacamixtle, Naranjos, Tuxpan y en la cabecera municipal de Tepetzintla.

Una de las sugerencias del ingeniero fue que la tierra que se dotara a los campesinos de Tepetzintla se usara para la caña de azúcar. Según su visión era un cultivo que podía dar “buenos rendimientos intensificándolo y siguiendo los sistemas modernos [...] así como el jitomate por presentarse las tierras y el clima de la localidad.”⁷⁰ Esta propuesta de “modernización” del sistema de cultivo, antes siquiera de la dotación ejidal, la volvió a mencionar más adelante de su reporte al analizar las herramientas con las que los campesinos trabajaban.

Los vecinos usan en sus cultivos machetes, hachas y azadones, pues hasta la fecha no han hecho uso de arados ni de ningún otro implemento agrícola moderno teniendo ya en perspectiva el Comité agrario del lugar, empezar a implantar los sistemas modernos de cultivo así como hacer uso de maquinaria agrícola moderna, como arados, rastras, etc., pues aquí las siembras las ejecutan después de efectuar la quema con estacas y la única labor que le dan al cultivo es una limpia que la ejecutan con machetes.⁷¹

Si en realidad el Comité de Tepetzintla tenía los planes de usar maquinaria, no se sabe. Desde la dotación de tierras hasta la actualidad no se ha hecho uso de “sistemas modernos” para cultivar, aunque sí hubo cambios en los tipos de cultivo del maíz y frijol a la explotación de cítricos y a la ganadería.

Una vez realizado el estudio para la dotación del ejido surgió otro problema en relación a las tierras con las que se pretendía hacer la dotación. El predio que sería afectado era parte del condueñazgo de Juan Felipe, un predio “indiviso en el cual la mayor parte pertenece a la Cía. Huasteca Petroleum Co. y el resto a personas que viven en la Hacienda de Juan

⁶⁹ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 45

⁷⁰ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 45.

⁷¹ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 45.

Felipe, encontrándose registrado en el Padrón de fincas rústicas a nombre de Francisco Galván.⁷² La Doheny Brige y Compañía y Creen y Compañía era copropietarios de la hacienda de Juan Felipe y argumentaron que era un predio inafectable “por ser destinado a la explotación petrolera.”⁷³ La compañía usó todos los recursos legales para no permitir el deslinde de tierras a favor de los campesinos de Tepetzintla. Aun así la resolución presidencial fue definitiva pero dejó “a salvo los derechos de exploración y explotación que legalmente representen las compañías petroleras.”⁷⁴

En 1932 se asignó a 94 vecinos con derecho a dotación de tierras ejidales, que fueron tomadas del predio de la hacienda de Juan Felipe, para entregarles 564 hectáreas (ver mapa 2). Sin embargo, fue el 20 de enero de 1934 cuando se llevó a cabo el acto de posesión provisional de las tierras entregadas al poblado de Tepetzintla. Y hasta el 21 de diciembre de 1935 cuando se llevó a efecto la resolución presidencial de dotación de tierras ejidales. Con ello los nuevos ejidatarios quedaron obligados a “conservar, restaurar y propagar los bosques y arbolados que contengan dichos terrenos, establecer y conservar en buen estado de tránsito los caminos vecinales y sujetarse a las disposiciones que sobre administración ejidal y organización económica y agrícola dicte el Gobierno Federal”.⁷⁵ En 1936 el ejido de Tepetzintla quedó adscrito al Partido Nacional Revolucionario a través de la Confederación Nacional Campesina y la Liga de comunidades agrarias y sindicatos campesinos del estado de Veracruz.

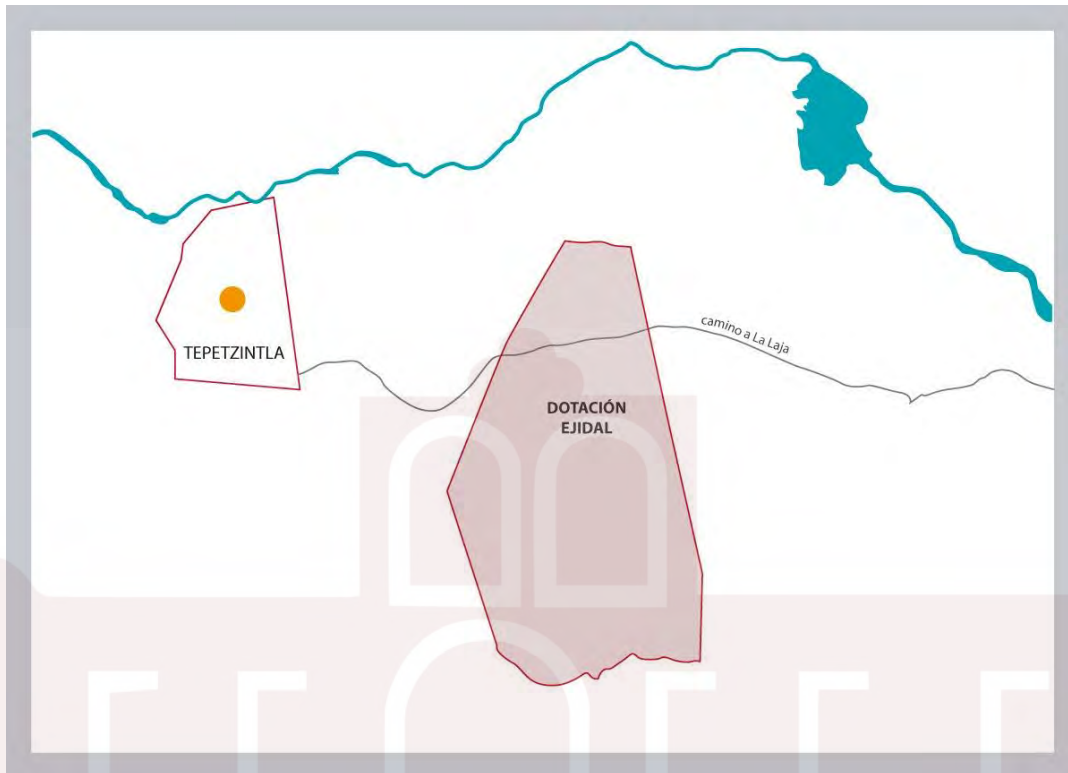
⁷² AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 45.

⁷³ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 103.

⁷⁴ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 109.

⁷⁵ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 224-225.

MAPA 2. TERRENO DOTADO EN 1934 PARA EL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: elaboración propia. En este mapa se puede ver la ubicación del terreno ejidal que fue dotado al pueblo de Tepetzintla en 1934. Está basado en distintos mapas cotejados en el AGEV, en el Archivo General Agrario de Veracruz (AGA) y en los mapas del archivo ejidal de Tepetzintla.

El ejido de Tepetzintla se integró a la convocatoria para formar comités regionales en el norte de Veracruz. Se formaron nueve comités de entre los que figuró el de este municipio. La fecha de creación es imprecisa pero existen documentos de la Liga de Comunidades Agrarias en los que se registra a Basilio R. Miguel como secretario general del Comité regional campesino de Tepetzintla en 1943.⁷⁶ Cada documento de la CNC y de la Liga de Comunidades Agrarias se firmaba con la leyenda “Reiterándonos como siempre por la causa del campesino organizado”.

Esa causa se quedó en el papel al ser acaparadas las tierras por personas que se alejaron de los intereses de los campesinos organizados. “Las tierras que tenemos dotadas -dicen los directivos actuales del

⁷⁶ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 276.

Comisariado ejidal de Tepetzintla- eran para la gente pobre marginada”.⁷⁷ Esto mismo lo sostienen otros ejidatarios en la actualidad, quienes aseguran que el ejido era para los pobres, no para los ricos que aprovecharon la situación para tener tierras. La misma solicitud de dotación lo indica, los campesinos de la cabecera municipal eran pobres, carecían de instrucción y necesitaban tierras “donde poder trabajar para vivir de su cultivo y garantizar su independencia económica”.⁷⁸ Los ejidatarios actuales perciben la lucha por las tierras como un proceso en el que no sólo tuvieron que pagarle al Estado sino que tuvieron que ceder terrenos al cacique que acaparó y utilizó el ejido para su ganado. El ejido fue entonces terreno de poder para unos cuantos y de subsistencia para la mayoría de los ejidatarios; pero también espacio de promesas y de esperanzas.

c. Ejido colectivo: costos, trabajo y subsistencia

En 1925 se debatió en el Congreso la ley del Patrimonio Familiar Ejidal, aprobada a finales de ese año, en la que se establecía la forma de propiedad de las tierras ejidales. Eckstein explica que la propiedad y el tipo de explotación no son iguales. El ejido era propiedad colectiva, pues pertenecía al pueblo, pero el trabajo de los ejidatarios dentro de él podía ser individual o en común. El título de propiedad del ejido “se otorgaba al poblado y la distribución de la tierra entre los campesinos era responsabilidad del comité local, el cual podía cambiar la localización de las mismas cuando mejor le pareciera”.⁷⁹

La ley patrimonial objetaba la producción de forma colectiva al argumentar que la explotación comunal sacrificaba los intereses individuales, con ello se perdería el interés del ejidatario. Aunado a esto, el sistema dentro del cual los comités locales administraban el ejido, “originó una gran corrupción entre los líderes locales (por ejemplo: al entregar las mejores

⁷⁷ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁷⁸ AGEV, fondo Comisión Agraria Mixta, expediente número 1033, municipio de Tepetzintla, asunto dotación de tierras, fecha de solicitud 12 de septiembre de 1929, 313 fojas, foja 1.

⁷⁹ Eckstein, *Ejido colectivo*, 1978, p. 53

parcelas a familiares y amigos) y se volvió arma de presión política contra los campesinos, los cuales estaban temerosos de que les privaran del derecho a su parcela si eran ‘malagradecidos’ con los políticos locales”.⁸⁰ Sin embargo, la ley del Patrimonio Familiar Ejidal no obligaba a parcelar el ejido, esto llevó a que los manejos arbitrarios dentro de los comités locales continuaran como prácticas comunes.

Las tierras ejidales pueden ser cultivadas de forma colectiva, individual o según acuerden en asamblea los miembros del ejido. En el caso de los ejidos colectivos, son sociedades ejidales de producción cooperativa; es decir, los ejidatarios se organizan para trabajar la tierra en colectivo y las ganancias se reparten equitativamente, aun cuando las parcelas estén a título individual.

Los ejidatarios actuales de Tepetzintla hacen referencia a una etapa del ejido como “colectivo” o “común”, que vio su fin en 1974 cuando inició el proceso de parcelación; pese a que éste no se enmarcara en las formas de producción colectiva establecidas por la ley. De hecho, en un documento emitido por la Comisión Local Agraria al Comisariado ejidal de Tepetzintla en 1943, a razón de una petición de ampliación del ejido, se señalaba que “el poblado no fue dotado con terrenos para usos colectivos”.⁸¹

El motivo por el cual actualmente lo conciben así es que, desde la dotación ejidal hasta mediados de los setentas, el terreno no estaba parcelado y el comité local elegía la porción de terreno en la que sembraría cada ejidatario. Además, aún no tenían certificados que los avalaran como “genuinos” ejidatarios –según su decir- y con derecho al usufructo del terreno ejidal. A diferencia de lo que define Eckstein como “ejido colectivo”, que radica en la producción en cooperación, la colectividad que asumían los ejidatarios de Tepetzintla no radicaba en el tipo de explotación del terreno sino en la forma de propiedad.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 52

⁸¹ AGEV, fondo: Comisión Agraria mixta, Expediente número 2722, municipio Tepetzintla, asunto: ampliación de ejidos, fecha de solicitud: 25 de marzo de 1936, 263 fojas, foja no. 62

Para ellos mismos era un espacio de todos los campesinos que contaban con derecho a formar parte del ejido, según lo estipulado por las leyes agrarias; espacio común en el que los ejidatarios se organizaban para repartir las porciones de terreno por medio de la Asamblea. No había divisiones, por tanto, era un espacio compartido en colectivo. No por ello exento de tensiones, pero sí lleno de reciprocidad y tradiciones rituales, como veremos en el siguiente apartado. El terreno así concebido y trabajado fungió entonces como cohesionador social en algunos aspectos, pero también generó conflictos por el reparto arbitrario y desigual de terrenos a cargo del Comisariado ejidal en turno.

En 1931 había 431 habitantes en la cabecera municipal de Tepetzintla, la mayoría campesinos. No obstante, tan solo 94 vecinos tuvieron derecho a dotación ejidal; es decir, únicamente el 21.8% de la población total del centro. El resto de campesinos eran propietarios, jornaleros o arrendatarios. Algunos combinaron sus actividades en el campo con la arriería y otros oficios.

Al hacer el estudio de la población campesina tepetzinteca para la dotación del ejido, el ingeniero encargado calculó los costos de producción del maíz y del frijol (ver tabla 1). Según sus cuentas, todo el proceso de producción de maíz le costaba a cada campesino \$86.80, más el pago de la renta anual de la tierra. El costo por producir frijol era de \$122, es decir mucho más caro, por ello su producción era menor.

TABLA 1. COSTOS Y PRECIOS DE MAÍZ Y FRIJOL EN 1931 EN TEPETZINTLA.

Cultivo	Costo de producción	Producto	Precio por unidad	Renta anual de tierra
Maíz	\$86.80	30 fanegas	\$3.00	\$91.80
Frijol	\$122.00	15 fanegas	\$12.00	\$127.00

Fuente: AGEV. Fondo: Comisión Agraria Mixta, expediente no. 1033, foja 44.

En la siguiente tabla vemos el costo de producción de maíz y frijol por hectárea desglosado por las actividades propias de cada cultivo, así como el precio para venta de cada uno, antes de la dotación ejidal.

TABLA 2. COSTO DE PRODUCCIÓN POR HECTÁREA Y PRECIO EN 1931 EN TEPETZINTLA.

	Maíz	Frijol
Desmonte	\$24.00	\$24.00
Quema	\$1.00	\$1.00
Semilla	\$1.80	\$12.00
Siembra	\$8.00	\$20.00
Escarda		\$20.00
Cercado de madera	\$10.00	\$10.00
Limpia de milpa	\$10.00	
Cosecha	\$20.00	\$25.00
Acarreo	\$12.00	\$10.00
Producto 30 fanegas a \$3.00 c/u	\$90.00	
Producto 15 fanegas a \$12.00 c/u		\$180.00

Fuente: AGEV. Fondo: Comisión Agraria Mixta, expediente no. 1033, foja 45.

A partir de los datos arrojados por los documentos que entregó el ingeniero que realizó el estudio para la dotación ejidal, es difícil saber la ganancia real que tenían los campesinos. Particularmente porque no especifica si el costo de la producción es anual o por temporada (mayo-junio y diciembre-enero), tampoco lo menciona para las fanegas cosechadas; solo sabemos que eran 30 las fanegas que se podían producir de maíz y 15 de frijol por hectárea. Para comercializar lo producido, los campesinos vendían en la plaza de Tepetzintla o salían a los mercados de Cerro Azul, Zacamixtle, Naranjos o Tuxpan. En caso de no contar con burro o caballo, debían rentar los necesarios por \$1.00 cada uno. Además de los costos y precios de los cultivos, este ingeniero menciona que “la cantidad de dinero que necesita

una familia compuesta de cinco miembros para atender anualmente sus necesidades puede calcularse en \$640.00”.⁸²

Con la dotación de tierras ejidales se consideró que la situación de los campesinos podía mejorar. Y aunque ya no debían pagar altos costos de renta sí lo hicieron por concepto de finca rústica al Estado. También disminuyó el gasto de producción pues con la nueva organización ejidal pudieron ayudarse entre ellos para cultivar y cosechar, esto redujo el uso de jornaleros.

Ya para 1938 habitaban 476 personas en la cabecera municipal de Tepetzintla, según el Censo general agropecuario.⁸³ Las casas eran de zacate, otate y barro hechas por los propios habitantes. En el ejido ya se sembraba maíz y frijol, así como naranja y papaya a pequeña escala, además de otros cultivos menores. En un estudio para la ampliación del ejido se describió al posible terreno a dotar como accidentado y propio para la cría de ganado. También se señala que en el pueblo había 138 cabezas de ganado mayor, pero en el censo no se especifica a quiénes pertenecían.

Al considerar la demanda de tierra para trabajar por parte de los campesinos, se solicitó hacer una primera ampliación de tierras ejidales. De la lista de solicitantes únicamente 38 pudieron tener derecho de ampliación y se incorporaron a los ya 94 existentes. Por lo tanto, con la entrega de los nuevos terrenos, 228 Hs. que pertenecían a la Doheny Bridge y Cía., al ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla, sumaron 132 ejidatarios en total (ver mapa 3).

El 3 de febrero de 1967 se levantó el segundo censo agropecuario en Tepetzintla con motivo de la solicitud de una segunda ampliación ejidal (ver mapa 3). En éste se registró una baja demográfica con tan solo 380 habitantes y 79 jefes de hogar, probablemente por la migración que hubo hacia los alrededores y a la Ciudad de México, entre otros lugares. Tepetzintla contaba con 96 habitantes menos que en 1938; es decir, en 29

⁸² AGEV. Fondo: Comisión Agraria Mixta, expediente no. 1033, foja 44.

⁸³ AGEV. Fondo: Comisión Agraria Mixta, expediente no. 2722, municipio Tepetzintla, asunto: ampliación de ejido, fecha de solicitud: marzo 25 de 1936, foja 22.

años la población había disminuido un 20.1%, principalmente por la migración que se dio del campo a la ciudad por falta de trabajo.

Después de la misión cultural que llegó a Tepetzintla en la década de los cincuenta, los habitantes habían aprendido oficios que diversificaron el mundo laboral local. Sin embargo, albañiles y carpinteros principalmente, no tuvieron suficiente trabajo en el municipio y buscaron otras oportunidades laborales en otras ciudades. Según el censo de 1967, las casas de la cabecera municipal eran de madera, pero en realidad los materiales de construcción se habían ampliado. Ya no sólo eran de enjarre o de madera sino que, con la albañilería, se pudieron construir casas de ladrillo y techo de lámina; sin embargo, no representaba un trabajo permanente.

Antes de llevar a cabo la segunda ampliación, se inició una investigación de aprovechamiento del ejido en noviembre de 1966 para comprobar si las tierras eran cultivadas por completo. En la siguiente tabla vemos los plantíos que había en el ejido en un total de 792 hectáreas.

TABLA 3. CULTIVOS DEL EJIDO DE TEPETZINTLA EN 1966

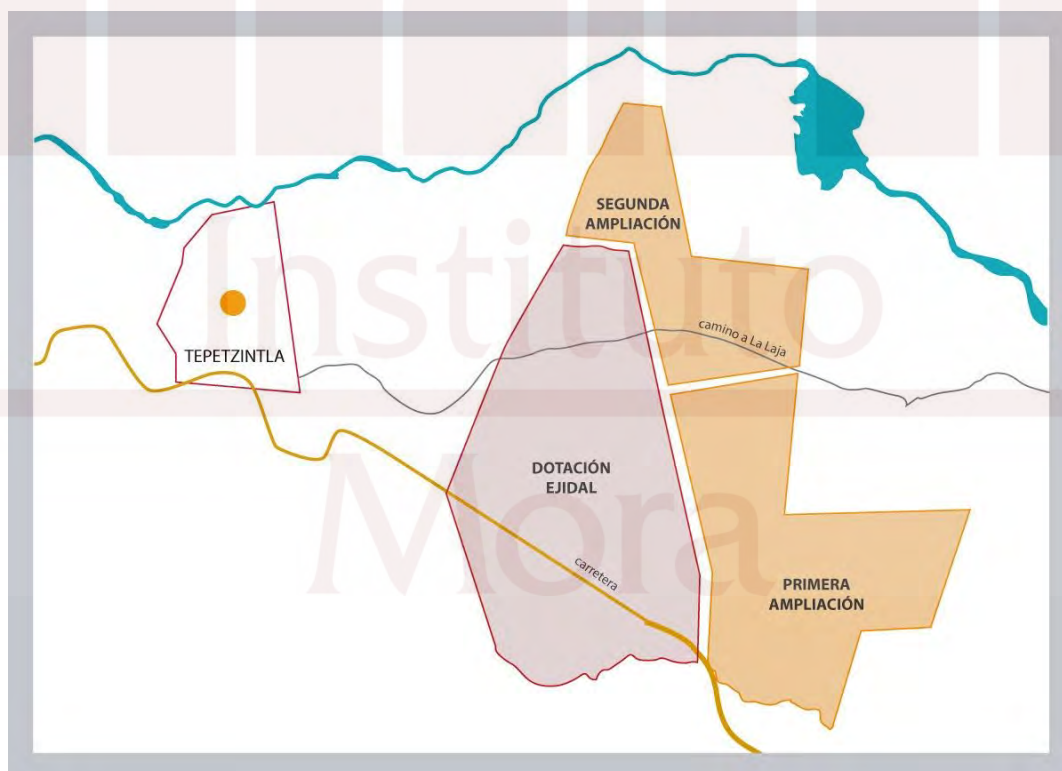
Cultivo	Hectáreas
Maíz	500 hs.
Plátano	110 hs
Caña	90 hs.
Chile	30 hs.
Frijol	10 hs.
Camote	8 hs.
Aguacate	5 hs.
Limón	1 hs.
Madera fina	38 hs.

Fuente: AGA, expediente no. 42/1255, serie documental: Procede, poblado: Tepetzintla, asunto: Documentación de trámite R.A.N., foja: 32

La Comisión Local Agraria realizó otro estudio en 1968 en el marco de la ampliación de tierras ejidales. El terreno que pedían los solicitantes era un

agostadero cercano al río Buena Vista, el cual ya no pertenecía a Juan Felipe sino al sr. Francisco Antonio (ver mapa 3). El ingeniero encargado del estudio señaló en su reporte que los ejidatarios cultivaban principalmente maíz y frijol. También que seguían usando machete, hacha y azadón como útiles de labranza, “sin ningún implemento motorizado”.⁸⁴ Esta información se puede contrastar con la tabla anterior al ver que la producción de frijol era muy baja (tan solo 10 hectáreas), lo que predominaba era el maíz, el plátano y las maderas. De hecho, algunos habitantes de la cabecera de Tepetzintla recuerdan que fue a mediados de los sesentas cuando inició la deforestación, tanto en la Sierra de Otontepec como en los alrededores de la cabecera, por la alta demanda de muebles y venta clandestina de madera.

MAPA 3. TERRENOS DE LA PRIMERA Y SEGUNDA AMPLIACIÓN DEL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: elaboración propia. En este mapa se pueden ver los terrenos ejidales que se sumaron a la dotación de 1934 a partir de las peticiones de ampliación del ejido para que los

⁸⁴ AGA, expediente no. 42/1255, serie documental: Procede, poblado: Tepetzintla, asunto: Documentación de trámite R.A.N., foja: 65

campesinos que habían quedado fuera pudieran integrarse y tener un terreno en el cual trabajar.

En el mismo estudio para la ampliación ejidal se volvió a realizar el cálculo del costo de la vida por familia en Tepetzintla. Y, aunque no señala qué tipo de familia consumía los productos marcados ni la temporalidad de consumo, da cuenta de una lista de necesidades y costos que nos pueden brindar una idea de general de los alimentos y el uso de otros productos, como el petróleo para prender las lámparas.

TABLA 4. COSTO DE LA VIDA POR FAMILIA DE TEPETZINTLA EN 1968

Producto	Cantidad	Costo
Maíz	30 kg	\$27
Arroz	1 kg	\$3.50
Carne	2 kg	\$32
Manteca	1 kg	\$12
Frijol	6 kg	\$15
Pan		\$4.50
Condimentos		\$3
Cigarros, cerillos y petróleo		\$5

Fuente: AGA, expediente no. 42/1255, serie documental: Procede, poblado: Tepetzintla, asunto: Documentación de trámite R.A.N.

En relación con el ejido, en el estudio también se incluyó un nuevo cálculo del costo que implicaba cultivar cada hectárea (tabla 5). Sin embargo, no se aclara qué tipo de cultivo es el que conlleva un gasto total de \$738. Aun así, podemos observar un incremento en los costos de cada rubro sin saber cuántas fanegas se cosechaban por temporada en el año de 1968.

TABLA 5. COSTO DE CULTIVO POR HECTÁREA EN TEPETZINTLA EN 1968

Actividad	Costo
Desmonte	\$360
Semilla	\$18
Siembra / Peones (4) \$15 c/u	\$60
Limpia y escarda	\$150
Pizca y acarreo	\$150
Gasto total por hectárea	\$738

Fuente: AGA, expediente no. 42/1255, serie documental: Procede, poblado: Tepetzintla, asunto: Documentación de trámite R.A.N.

Ahora bien, las ampliaciones se otorgaban al comprobarse que los campesinos solicitantes no contaban con la tierra necesaria para satisfacer sus necesidades. Después de hacer la investigación, se concluyó que los campesinos ejidatarios estaban cumpliendo con el artículo 97 del código agrario en vigor y con lo dispuesto en el decreto presidencial del 23 de junio de 1948. En concordancia con ello, el primero de octubre de 1968 se entregó una lista de 34 personas con derecho a la 2ª ampliación de ejido,⁸⁵ a partir del censo que se levantó. El deslinde de 26 hectáreas se realizó el 2 de febrero de 1971 por mandato presidencial.

Resulta interesante observar que en ninguna de los censos agropecuarios que se llevaron a cabo dentro del ejido de Tepetzintla se mencionara la situación del acaparamiento de tierras o del uso de tierras para ganado. Por lo tanto, o fueron investigaciones sesgadas para lograr tanto la primera como la segunda ampliación; o el acaparamiento de tierras por parte de Basilio R. Miguel fue un proceso paulatino que se consolidó después de la investigación de 1938. En el estudio realizado para conceder

⁸⁵ Las personas que tuvieron derecho a integrarse al ejido fueron: Juan Cerecedo, Carlos Cerecedo, Reyes de la Cruz, Héctor González, Marcelo de la Cruz, Francisco Alberto de la Cruz, Tomás Pascual M., Germán Ordóñez C., Gustavo Reyes C., Vicente Reyes C., Ambrocio de la Cruz, Félix Cruz Cruz, Cliceria Canuto, Joel González Matías, Rosendo Cuervo, Crescencio Morales, Felipe Méndez C., Cornelio Hernández, Santos Mateo Torres, Adolfo de la Cruz, José Hernández Morales, Juan Antonio Hernández, Moisés Hernández, Lorenzo Batista, Juan Martínez Morales, Pedro González S., Inocencio de la Cruz P., Fortino de la Cruz P., Alberto Santiago, Jacinto Santiago, Sebastián Hernández, Félix Hernández, Genaro Hernández, Aurelio Valdés.

la primera ampliación, nada se dice del uso que se le daba a las tierras ejidales para ganado ni de las grandes extensiones en manos de unos cuantos. Tema por demás abordado en los relatos de los distintos ejidatarios entrevistados al tratar el tema del cacicazgo y su alianza con los comisariados ejidales, así como el uso para pastoreo que le daba a su amplia porción de ejido.

Durante el segundo estudio realizado, cuatro años después del asesinato de Basilio R. Miguel, el terreno ejidal aún no estaba dividido en parcelas equitativas y existían malos manejos, por lo tanto continuaba el acaparamiento de tierras. Aunado a esto, después de 1964, los campesinos que pudieron tener un mayor poder adquisitivo, disminuyeron sus cultivos de maíz para introducir cultivos redituables como platanares o usar su terreno para el pastoreo. Pese a todo lo anterior, no se menciona que en el ejido de Tepetzintla hubiese otro uso de suelo, además de los cultivos ya mencionados en las tablas anteriores.

d. Prácticas comunitarias ejidales: rituales agrícolas, ganar mano y faenas

En Tepetzintla habitaba, en su mayoría, población nahua que mantenía una relación con la tierra, permeada por su cosmovisión agrícola, que abarcaba procesos rituales y relatos míticos en torno al maíz. Así como el agua, la tierra y los montes tenían una deidad que los protegía, *Chicomexochitl* cuidaba los cultivos de maíz y su función era ayudar a los campesinos para obtener las mejores cosechas. Existen distintos rituales agrícolas nahuas en la huasteca veracruzana. En los municipios que rodean la sierra de Otontepec se practican tres: la petición de lluvias, la ofrenda al maíz tierno y la ofrenda a la semilla y permiso a la tierra para sembrar.

Los campesinos propietarios y los campesinos ejidatarios tepeztintecos realizaban principalmente este último, llamado *xinachtlacualtilztlí*. Fue una

práctica regular mientras se mantuvo el ejido colectivo y se hacía milpa,⁸⁶ además de otros factores, como un sistema de creencias basado en tradiciones y prácticas religiosas, que permitieron su continuidad. A partir de la parcelación y la diversificación de los usos de suelo en el terreno ejidal, los rituales dejaron de practicarse. Lo mismo sucedió con las creencias en torno al dios del maíz, los dueños del monte y la patrona del agua, no sólo por el abandono del cultivo de la milpa sino también por la apertura de la secundaria agropecuaria en la década de los setenta en la cabecera municipal de Tepetzintla. Actualmente son apenas algunos ejidatarios mayores quienes aún practican la ofrenda a las semillas y la ofrenda a la tierra antes de sembrar su maíz; algunos por fe, otros por conservar las prácticas de sus padres, pero ya ninguno hace petición a *Chicomexochitl* sino a sus santos y a Dios.

El ritual consistía en desgranar el maíz y elegir las semillas más grandes para la siguiente siembra. Los granos seleccionados se introducían en una jícara u otro recipiente y en medio de éste se colocaba una vela. El campesino lo dejaba en el altar de su casa, lo incensaba, decía alguna oración de petición y, algunas personas, ofrendaban las semillas toda la noche previa a la siembra. Un ejemplo de esta práctica la relata Everardo Morales, secretario del comisariado ejidal actual.

Yo lo viví con mamá, [...] por ejemplo la ofrenda, [...] yo me acuerdo, decía: “ve por el maíz”. Sacaba el maíz, zampaba el maíz, pero antes de zamparlo agarraba una canasta, le ponía su servilleta, ponía maíz ahí, le ponía sus velas, le ponía su chorrito de aguardiente, su gordita, ¿sí? Traía el copal, lo incensaba, “señor te ofrezco estas semillas, vamos a producirlas, vamos a meterlas a la tierra, para que produzcan y que está sea bendición para nuestros hijos”. Yo me acuerdo porque siempre hablaba mamá en náhuatl, eh, no hablaba en español, pero yo así lo entendía, ¿sí? Y, este, daba gracias, ponía la ofrenda, el pan y todo por ese rato. Terminaba la ofrenda, metía el maíz al agua. Y ya guardaba las velas, las ponía ahí o hasta que se acabaran. Al otro día, porque ya se iba a ir a sembrar, ¿verdad?, y ya. Regresando de allá, estaba la comida o si no allá en la milpa. Poco a poquito se va

⁸⁶ Como ya vimos en el apartado anterior, el ejido considerado “colectivo” se mantuvo desde la dotación, en 1935, hasta 1974, cuando se dividió el terreno ejidal en parcelas.

perdiendo eso. Pero realmente mi mamá sí daba gracias y lo ofrendaba antes de sembrarlo.⁸⁷

Gregorio Hermelindo, actual ejidatario, es uno de los pocos campesinos que todavía practica la ofrenda de las semillas. Cuando voy a sembrar, relata, “mis semillas las pongo ahí en el altar. Y le pongo una veladora. Y ya me voy pa’la milpa a sembrar”. También recuerda que, antes de sembrar, su papá le agregaba galletas y un poco de alquitrán a las semillas. Las primeras como ofrenda para la tierra, el segundo para que los animales no se las comieran.

Él [su papá] le ponía galletas en las semillas, pero antes casi no se curaba la semilla y ora sí le echamos polvo para que no coman las hormigas [...] ajá, DDT o Foley. [...] Dice [si papá] que antes el jabalí o los mapaches lo rascaban donde habían sembrado el maíz, se lo comían. [...] Había un líquido, es como chapo, pero le llamaban alquitrán, entonces ese le echábamos al maíz. Queda bien negro la mano, bien negro. Me dice que con eso le respetaba tantito el animal, no lo comía. Se perdió eso y de ahí se empezó a usar el DDT. [...] por ahí del cincuenta y ocho.⁸⁸

Juan Pérez también narra ese ritual como parte de las tradiciones que su abuelo y su padre le transmitieron y aún continúa practicando.

Yo también uso esa tradición de mi papá. [...] Mira, mi papá dice “voy a sembrar”, ya sacó la semilla, seleccionó la semilla que va a usar para sembrar. Y ya lo pone en el altar. Lo echaba en una cubeta. Entonces en aquel tiempo había cubetas viejas, del dieciocho, de lámina. “¿cuántos cuartillos va a hacer?”, no pues que va a sembrar una hectárea, cuatro cuartillos. Cuatro cuartillos no entraban, entonces compraba una tina y le echaba el agua y ahí lo metía el maíz, lo remojaba. Como a esta hora lo remojaba, como a las cinco de la mañana ya lo estaba sacando. Ya lo pone en los costales de ixtle. Pero él ya tiene su flor, su cigarro, su aguardiente y si no hay cigarro, tabaco. Le echaba ahí sus flores, galletita [...] así, lo desmoronaba [adentro del costal], el tabaco, el aguardiente. [...] dice que para que haiga y para que salga, ora sí que en abundancia y sabroso salga el elote. El aguardiente es para que le dé realce, que no haiga plaga, que los mate, según así decía mi papá que le dijo su papá, porque yo ya no conocí mi abuelito. Entonces, eso era la tradición. Y ora yo también así le hago cuando voy a sembrar. Remojo el maíz y al otro día ya lo saco a las

⁸⁷ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁸⁸ Entrevista a Gregorio Hermelindo de la Cruz, realizada por Úrsula Mares, cabecera municipal de Tepetzintla, 28 de julio de 2019.

cinco. Y como en el costal, le hecho cuatro cuartillos también, y lo dejo escurriendo, pero ya le puse la galleta, ya le puse el aguardiente, el tabaco, [...] la flor que encuentre, porque es una tradición, pero tiene que ir así.⁸⁹

Otra ofrenda importante que se realizaba como parte de los rituales agrícolas era “darle de comer a la tierra” el mismo día que se llevaba a cabo la siembra. Una vez que se había ofrendado la semilla, el campesino al que le tocaba sembrar llegaba a su terreno y, relata Juan Pérez, los campesinos que le iban a ayudar preguntaban si ya estaba “curada” la semilla. “Primero Dios que se dé el mateado, que se dé la milpa”, pedían entre ellos. Para ofrendar a la tierra, se colocaban distintos alimentos en ella después de haber sembrado, ya fueran tamales, piques, bocoles, atole, pollo, entre otros. Se ofrendaba caña y se pronunciaban unas palabras de petición para que la tierra ayudara a que se dieran buenas y abundantes cosechas. “Se tiene que poner el pollo”, dice Juan Pérez, para que las tepas estén bien. Explica que las tepas, según la tradición y lo que dicen los ancianos, son “las de la tierra, las que mandan ahí. Y hay que hacer esto para que la tepas estén a gusto, que no te hechicen, dicen, que cuiden todo ahí. Entonces, para que estén a gusto, hay que dar de comer. Yo cuando siembro les llevo pollo, hago tamales, les llevo una cervecita, refresco, [...] en el suelo, es que es en la tierra. Por eso es darle de comer a la tierra”.⁹⁰ Por su parte, Fermín Longinos, presidente del comisariado ejidal, recuerda cómo hacían el ritual sus padres.

[...] se daban la mano, yo iba a llamar al señor que le iba a ayudar a mi papá a sembrar que vengan a almorzar, a desayunar. [...] Y de ahí, este, llegaban en la tarde, como dice pues Everardo, y ya mi mamá mataba una, dos, tres gallinas del patio. Les hacía una comidita, para las personas que fueron a apoyarlo a mi papá. Y es bonito. Es bonito, porque sin la ofrenda a Dios no se dan las cosas, desgraciadamente que nosotros ya no lo aplicamos. Eso no se puede decir que es una historia, eso es un hecho, ¿verdad?, ¿por qué?, porque Dios existe, no ha pasado de la historia. Los que hemos cambiado somos nosotros. Si nosotros lleváramos esa práctica a pecho, a fondo, existe como cuando nuestros abuelos, ¿sí? Nosotros hemos cambiado ese, esos sistemas, y ¿por qué los hemos cambiado?, yo lo quiero ver así, de esta forma.

⁸⁹ Juan Pérez, “entrevista citada”.

⁹⁰ Juan Pérez, “entrevista citada”.

Uno porque habemos los que ya no sembramos, entonces ahí se nos ha ido olvidando. [...] Y déjeme decirle que ahí se pierden esas historias, esas costumbres, porque si él tiene un hijo ya no le enseñó, y ya, ahí se acabó todo como se dice. Pero si él siguiera sembrando, a lo mejor su hijo fuera viendo su hijo el ejemplo, entonces para mí, es bonito. Hoy en día quiere echar a andar la mano, Benito me ha dicho, como decía usted hace ratito. ¿Por qué no nos apoyamos unos con otros? Y no pagar peones.⁹¹

Los miembros del comisariado ejidal recuerdan que se ofrendaba comida, se echaba aguardiente a la tierra en forma de bendición y se pedía por el sustento de la familia. Ahora ya no se acostumbra, dice Gumersindo Gabino, consejo de vigilancia del actual comisariado ejidal, “todo está olvidado, pues”. Por su parte, Juan Pérez asegura que antes todos los campesinos hacían los rituales, “hacían tamales, hacían mole, otros hacían atole, todo lo que se puede hacer, pero era en aquellos tiempos, ora todo cambio, ora ve que otros ya se fueron con los evangélicos”.⁹² Este nos da pistas sobre uno de los factores que incidieron en la práctica de los rituales agrícolas, además del cambio generacional: el cambio de religión. Según recuerdos de Juan Pérez, los evangélicos y pentecostales llegaron a finales de la década de los sesenta o inicios de los setentas. Paulatinamente la población se dividió en distintas religiones, lo que influyó en los procesos de cambio de tradiciones y costumbres arraigadas en el catolicismo.

Las generaciones más jóvenes de ejidatarios, campesinos de cincuenta o sesenta años, ya no practican esos rituales porque su sistema de creencias y valores ha cambiado. Son campesinos que tuvieron educación secundaria y conciben a sus padres como “ingenuos”, cuyas creencias se deben respetar, pero no seguir. Nosotros pensamos, dice Everardo Morales, secretario del comisariado ejidal, “que papá y mamá creían esa razón y pues a lo mejor era un poquito de desconocimiento”. Juan Pérez asegura que es una tradición que se fue perdiendo porque los campesinos dejaron de creer, por eso él sigue practicando los rituales y se encomienda a “lo que Dios me

⁹¹ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁹² Juan Pérez, “entrevista citada”.

dé”. A veces hacemos las novenas, relata, es decir nueve rosarios para “encomendarnos a Dios, para que nos dé más en nuestra parcelita. Si no hay fe, no hay nada [...] a veces yo hablo con gente mayor que yo y sí, dicen que hay que tener fe [...], yo todavía soy creyente y nunca me ha ido mal”.⁹³

Al seguir con la idea de una ruptura generacional en el pensamiento, Everardo Morales relata que él no cree en los rituales agrícolas porque es un aprendizaje que le dejaron los ancestros a sus padres, pero él tuvo otra educación y por ello tienen “otra razón”.

[...] yo me acuerdo que, en mi casa, allá, la verdad nunca me gustó, pero sí lo hacían, y si me gustó es porque había carnita de pollo. Es la gran verdad, sí, sí. Realmente porque ellos creían así, su creencia tienes que respetárselas, yo no digo están equivocados, era su creencia, vivían sobre esa razón, era lo suyo ¿sí? Nosotros o somos más tontos o creemos en otra gran razón, porque lo estamos visualizando; ellos no, porque así lo aprendieron de sus ancestros.⁹⁴

Con la pérdida de los rituales agrícolas en torno a las semillas y a la tierra, también hubo un proceso de desgaste de la tierra que se usaba para cultivo a partir del uso de químicos fertilizantes, herbicidas y otros productos para control de plagas, según lo refiere Gregorio Hermelindo, desde finales de la década de los cincuenta. Con la llegada de esos productos a Tepetzintla, los campesinos ejidatarios pudieron limpiar sus terrenos y controlar las plagas con mayor facilidad, sin necesidad de ayuda de otros campesinos. No obstante, esto conllevó a un desgaste de las tierras y a eliminar hierbas comestibles como el mesis (pápalo quelite), el chile, la verdolaga y el cilantro. “Antes nomás sembrábamos y limpiábamos, ya diosito se encarga de que se dé la milpa. Ahorita ya no. Ya no se da igual como antes”, responde Gregorio Hermelindo, quien actualmente forma parte del grupo de ejidatarios Tlalli Yeyetzin, que usa y promueve los productos agrícolas orgánicos. Este ejidatario lamenta que otros compañeros ejidatarios no quieran cambiar los fertilizantes químicos y mata hierbas por orgánicos.

⁹³ Juan Pérez, “entrevista citada”.

⁹⁴ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

Ya se acostumbraron a regar líquido y ya no quieren ganar mano, porque se avanza más con mata hierbas que con machete y azadón. Cuenta mucho tenerles confianza a los santos, son milagrosos. Otros dicen que no, pero sí. Porque yo sembré el año pasado y se vino una sequía, así como orita. [...] Miguelito, le digo, ese pedazo de milpa que estoy haciendo es para tu fiesta. Ahí tú sabes, si no quieres que salga bien tu fiesta, pues ya ni modo, pero si tú quieres, te falta tú que le des una rociada. No vas a creer, como a los ocho días viene un aguacero, ¡ah!, se levantó bonito. [...] Diosito nunca nos ha abandonado.⁹⁵

Además de los rituales agrícolas, existía otra práctica comunitaria dentro del ejido que facilitaba el trabajo de la siembra cada temporada. Entre los ejidatarios se le llamó “dar mano” o “ganar mano”, consistía en apoyarse entre ellos para limpiar los terrenos de cada uno y sembrar sin hacer gastos adicionales, como el pago de jornaleros. Este tipo de organización comunitaria de ayuda mutua no se hacía con otro cultivo más que con el maíz. Juan Pérez recuerda cómo se ayudaban en la época de su papá.

[...] se ayudaban entre ellos. Antes, ha de cuenta que nos juntamos cinco gentes para sembrar, [antes] sí se apoyaban en aquellos tiempos. Ora no, ora tienes que meter peones y no hay [...] ya no quieren trabajar. [...] ora el gobierno los ayuda, ya no quieren trabajar y los hijos ya tienen más manera para trabajar. [...] ya todo eso ya pasó a la historia, ya hay que hacerlo como uno puede.⁹⁶

Los ejidatarios también se organizaban en las asambleas para realizar labores fuera del terreno ejidal, algunas correspondían a la limpia de caminos, otras a mejoras en la infraestructura de pueblo o solamente participando en actividades que organizaba el ayuntamiento municipal, como desfiles los días 20 de noviembre, 1 de mayo, 16 de septiembre, entre otras fechas. Con un halo de nostalgia por el pasado, Venancio Hernández, ex ejidatario y ex presidente municipal, hace una diferencia entre el pasado “que era bonito” y la actualidad, en la que “la gente está muy descompuesta”, según su sentir.

Antes estaban muy organizados los campesinos, bien organizados. Donde los mandaban a llamar ¡órale! Ahí estaban. Tanto el

⁹⁵ Gregorio Hermelindo de la Cruz, “entrevista citada”.

⁹⁶ Juan Pérez, “entrevista citada”.

ayuntamiento como en el ejido. Nomás le decían al comisariado: “Háblale a tu gente porque vamos a hacer una faena” y ahí estaban [...] Ahora ya no. Ahora tiene que costar todo. No, en aquel tiempo si decían: “Hay que limpiar un camino”, un camino que está bien feo, ahí iba la gente y se encargaban. No, antes era muy bonito, bien organizada la gente. [...] Limpiaban el cementerio, arreglaban algunas calles, ahora sí, con pico y pala. Como en una ocasión arreglaron allá la capilla acarreando piedras desde el río en su espalda. [...] Era obediente la gente.⁹⁷

Relata también que los ejidatarios se integraban a los distintos desfiles que organizaba el ayuntamiento municipal y, mientras desfilaban con el banderín del Comité Regional Campesino, cantaban el himno agrarista (ver fotografías 8 y 9). Para Santa Ordóñez, esposa de Venancio Hernández, “era bonito” tanto el himno como interpretarlo en los desfiles. En la entrevista realizada a esta pareja ella cantó un fragmento del himno con orgullo y con nostalgia “por aquéllos tiempos”. A través de una interpretación propia se puede entrever que este canto era un elemento cohesionador de los campesinos ejidatarios. Con él recordaban las luchas revolucionarias por la tierra y el compromiso del ejidatario, como lo podemos leer en la letra del himno.

Marchemos agraristas a los campos,
a sembrar la semilla del progreso,
marchemos siempre unidos sin tropiezo,
laborando por la paz de la nación.

No queremos ya más luchas entre hermanos,
Olvidemos los rencores compañeros,
que se llenen de trigo los graneros,
que surja la ansiada redención.

Voy a empezar a cantarles
La canción del agrarista
Les dirá muchas verdades,
Señores capitalistas...
Es el cantar de los pobres
que en el campo trabajamos,
los que con tantos sudores
nuestras tierras cultivamos.

⁹⁷ Venancio Hernández Cruz y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

Ay... ay... ay...
Luchando por nuestro anhelo,
Murieron muchos hermanos,
Guardemos fiel su recuerdo.

Nuestro lema es el trabajo,
queremos tierras y arados,
pues la patria necesita ver sus campos cultivados.
Cantemos todo unidos,
La más bonita canción
La canción de la esperanza,
De la libertad y de unión...

Ay... ay... ay...
Luchando por nuestro anhelo,
Murieron muchos hermanos,
Guardemos fiel su recuerdo.

Marchemos agraristas a los campos,
A sembrar la semilla del progreso,
Marchemos siempre unidos sin tropiezo,
Laborando por la paz de la nación.

No queremos ya más luchas entre hermanos;
Olvidemos los rencores compañeros
que se llenen de trigo los graneros,
y que surja la ansiada redención.⁹⁸

Al preguntarle a Venancio Hernández porqué los campesinos dejaron de asistir a los desfiles, de cantar el himno agrarista y de hacer faenas, respondió que a los campesinos hay que tratarlos bien.

Porque los campesinos hay que ayudarlos cuando lo necesitan ¿verdad? Porque hay mucha gente pobre que va y pide: “Mire, ayúdeme con tanto porque mi familiar está enfermo”, pero si les niegan ellos también, ya no, cuando los llamen ya ni siquiera se asoman. Todo eso, pues, este, valía mucho, porque tenía valor antes. Todo eso, se acabaron los valores, ya no. Antes, pues era muy bonito porque había muchos jugadores de esos los negritos. Todos participaban en una fiesta. Pero ahora no, ahora no, ya no quieren ¿por qué? porque los han ido marginando, los han ido marginando. El gobierno municipal no

⁹⁸ Himno agrarista, escrito por Lorenzo Barcelata, en Acosta, *Lucha agraria*, 1989, pp. 227-228

les da sus buenas atenciones, los marginan. Ya todos esos valores se acabaron.⁹⁹

FOTOGRAFÍA 8. DESFILE EN SEPTIEMBRE POR LAS CALLES DE TEPETZINTLA



Fuente: archivo personal de Tomás Cristóbal, s/f. Esta fotografía no está datada, por lo que resulta difícil hacer una aproximación. Lo interesante de ella es ver las casas de adobe, antes de que cambiaran a tabiques. También el desfile mismo en el que, un hombre sujeta la bandera nacional, por tratarse del desfile del día de la independencia. Alrededor de él caminan hombres de diferentes edades. Se sabe que a esos desfiles acudían miembros del Ayuntamiento, de escuelas y los mismos ejidatarios. La mayoría de ellos no porta sombrero, salvo algunos que se miran en el plano de atrás. Es difícil saber si eran maestros con sus alumnos, pues hay hombres de edad adulta y jóvenes. Curiosamente, ninguna mujer. En su relato, Santa Ordóñez (esposa del ex presidente municipal Venancio Hernández) menciona que tanto los ejidatarios como sus esposas acudían a los desfiles, por lo que es probable que el grupo retratado aquí no pertenezca a sector ejidal.

⁹⁹ Venancio Hernández Cruz y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

FOTOGRAFÍA 9. DESFILE DE 16 DE SEPTIEMBRE EN LAS CALLES DE TEPETZINTLA



Fuente: archivo personal de Tomás Cristóbal, 1969. En esta fotografía se muestra la antigua iglesia de la cabecera municipal de Tepetzintla. Se observa un desfile concurrido, con una banda musical al inicio, así como una bandera. Esto nos habla de una participación ciudadana importante. Asimismo, se puede apreciar que a finales de la década del sesenta seguía siendo un espacio eminentemente rural. Al igual que en la fotografía anterior, son los hombres quienes predominan en la escena, tanto los niños de la esquina inferior izquierda como quienes forman parte del cuerpo del desfile.

A diferencia de Venancio Hernández y Santa Ordóñez, los integrantes del comisariado ejidal actual, quienes pertenecen a la generación “moderna”, no ven al pasado desde una visión armónica en la que no existe ninguna tensión ni conflicto entre pasado y presente. La idea de que los campesinos se organizaban y tenían buenos valores en el pasado se diluye en el relato de los miembros de la mesa directiva actual del ejido. La organización de los ejidatarios para llevar a cabo las faenas, o para participar en los desfiles, respondía a las amenazas de pagar multas por faltar. No eran situaciones de solidaridad sino de obligación, tanto por las responsabilidades hacia el ejido como por los compromisos con el Ayuntamiento.

Antes, el H. Ayuntamiento trabajaba en acuerdo con la organización campesina que hoy en día ya no tenemos, ya ni nos conocen quien es

el comisariado ejidal, hoy en día ni nos conocen, ¿por qué? porque nunca ha habido apoyo para los campesinos. Cuando venían las fiestas del 24 de junio, que ya pasamos hace un mes, venían aquí y venían, [a preguntar] si no queríamos colaborar con el pueblo. Y “vamos a hacer un corral allá donde va a ser el jaripeo la charreada”. Entonces eso se llamaba faena. Entonces iban a ver al comisariado ejidal si los podía ayudar y el comisariado ejidal “si cómo no”, entonces el comisario ejidal citaba a los compañeros “¿saben que compañeros? va a haber una faena, me vino a ver el presidente”, “¿y qué quiere?”, “no pues que le ayudemos a hacer el corral, los que tengan otate o una maderita y vamos y lo clavamos”. Había ocasiones en que los caminos reales como Tecomate, como es Apachicruz, La Laja, Moralillo, Copaltitla, pedían apoyo aquí en la organización campesina porque eran caminos reales, no como hoy que ya son terracerías, entonces se limpiaban los caminos reales y claro que se necesitaba gente. Hoy en día se nos quedó todavía esa costumbre, porque yo sí le llamo costumbre, todavía limpiamos el camino de La Laja, claro que a nuestra conveniencia porque ahí camina el ejidatario, el cien por ciento por ahí camina el ejidatario. Unos caminamos por la carretera federal otros caminamos por Moralillo, pero somos pocos, entonces esa costumbre nos quedó, pero esa era la comunicación. Pero me platica mi papá, mi abuelito que ya falleció que también eso era porque en ese tiempo predominaba el cacicazgo, entonces ciudadano que no iba a una faena lo encarcelaban. Entonces yo así ya lo entiendo que era obligatorio.¹⁰⁰

De hecho, Fermín Longinos relata, según lo contado por su padre, que la ayuda “voluntaria” que los ejidatarios brindaban al ayuntamiento era, en realidad, obligatoria.

O sea, ya el ayuntamiento lo manejó de otra manera, primero pasaron voluntarios, pero ya después les fueron saliendo los colmillos e incluso, ¡ahí le va!, me platica mi papá que lo que hoy existe la danza folclórica, por ejemplo Los comanches, La malinche, equis cosa, el síndico mandaba a citar el que coordinaba una danza y le decía que para Todos los santos o para el 8 de diciembre, aquí sale fiesta el 8 de diciembre, 24 de junio, van a tener que participar para bailar en el pueblo; claro, que dice mi papá que los apoyaban con el uniforme. Y ya después el que no acudía, a la cárcel.¹⁰¹

Los directivos del comisariado ejidal recuerdan que ellos también participaron en los desfiles, “corríamos, aplaudíamos, todo eso, nos tomaban en cuenta”, revela Fermín Longinos. En ese evento se veía al gremio

¹⁰⁰ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

¹⁰¹ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

campesino organizado, según su decir, pero reclama que “eso era todo, no nos daban ni agua”. Los miembros ejidales de su generación decidieron no volver a participar en los eventos organizados por el ayuntamiento porque, arguyen, nada recibían a cambio. Ellos lo consideraban como un abuso por parte de las autoridades municipales quienes, aprovechándose de la voluntad y organización de los campesinos, los llamaban para apoyar en faenas.

Al reflexionar sobre la situación de sus padres, que sí acudían a los desfiles y faenas, podemos ver que hay un cambio generacional de valores y actitudes. Sus padres tenían un cúmulo de creencias basadas en la “religiosidad”, según Fermín Longinos, mientras que esta nueva generación usa la ley en forma de defensa ante los abusos y desigualdades.

[...] yo siento que, en lo particular, tenían algo como ser agradecidos [sus papás], pero hoy la ley te dice que una cosa es ser agradecido y otro que entiendas si realmente te están apoyando. Esto es recíproco, al menos yo así lo entiendo, como ser humano esto es recíproco. Aquí tiene que haber reciprocidad. Si no te reciben ¿Cómo vas a querer entrar? Legalmente, guíate sobre la ley y te dice “esto pasa”. La gente de antes estaba cerrada y quizá por religiosidad, por creencia decían vamos a guardarle un respeto. Bueno, no decimos que no somos respetuosos, yo respeto esas razones, pero también quiero creer que somos iguales. La igualdad antes que nada y si no, no tengo por qué estar ahí como mis padres lo hicieron, como mis abuelos lo hicieron, porque eran analfabetas y no entendían nada.¹⁰²

Este relato da cuenta de un proceso de cambio en el pensamiento de los campesinos ejidatarios de lo tradicional a un razonamiento lógico-moderno. Los padres y abuelos son considerados como ignorantes en sus prácticas y creencias, organizados, sí, pero con relaciones asimétricas frente a otros ejidatarios que mantenían el poder y frente al ayuntamiento que abusaba de sus valores en torno al apoyo comunitario.

Esta generación de ejidatarios se asume como defensora de las leyes, la razón o, como dijera Everardo Morales, de “otra gran razón” y de la igualdad. Por su parte, Venancio Hernández asegura que los campesinos

¹⁰² Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

ejidatarios están desorganizados y la sociedad está descompuesta porque se han perdido los valores que unían a la comunidad. Fermín Longinos y Everardo Morales refutan esa visión romántica del pasado y son representantes de las luchas individuales e igualitarias dentro del ejido.

Por supuesto, el proceso de cambio es más complejo y está lleno de matices, como lo veremos en el siguiente capítulo, pero ya desde ahora podemos observar elementos importantes para abordar estos cambios de lo podríamos llamar “tradicional” hacia lo “moderno” y de lo “comunitario” a lo “individual”. Categorías de análisis que ahora podrán parecer reduccionistas y simplistas, pero que se irán desglosando y matizando a lo largo del siguiente capítulo, a partir de las propias expectativas y experiencias de los ejidatarios en torno al ejido y a sus condiciones de vida.

Instituto

Mora

III

EXPERIENCIAS EJIDALES DE APOYO MUTUO Y MODERNIZACIÓN: DE LA RECIPROCIDAD AL INDIVIDUALISMO 1974-1995

Mientras que desde su gobierno a todas luces nacionalista Echeverría promovía la organización colectiva entre ejidatarios, el ejido de Tepetzintla inició un proceso de individualización del trabajo en torno al cultivo de maíz, en detrimento de las relaciones sociales de producción recíprocas. Aquí se establece el año de 1974 como punto de partida del proceso de cambio de las prácticas comunitarias, rituales y un sistema de creencias tradicionales hacia prácticas individuales o mediadas por el dinero,¹ racionalización del pensamiento, cambio de valores y transformación de las relaciones sociales.

Son dos los acontecimientos principales que incidieron en dicho proceso. Por un lado, la parcelación del terreno ejidal, junto con la emisión de los certificados de derechos agrarios,² provocó que la tenencia de la tierra ejidal cambiara de comunal a privada. Con ello emergió la posibilidad del patrimonio individual, heredable a un solo miembro de la familia. Por otro lado, la construcción de la secundaria agropecuaria brindó posibilidades educativas a las nuevas generaciones, quienes modificaron los valores de sus padres y abuelos; es decir, la educación los volvió agentes sociales de cambios ideológicos, pensamientos políticos y de valores, los cuales se

¹ La práctica del pago a peones no era nueva, ya los terratenientes de la primera etapa del ejido contrataban trabajadores para que cuidaran de su ganado y realizaran otras labores. Aunado a esto, las fuentes orales muestran que, en la época del cacicazgo, los campesinos ejidatarios que cultivaban plátano requerían de mano de obra para realizar el proceso de siembra, cuidado, cosecha y traslado para su venta. Las relaciones sociales de producción que se diversificaron y, que son objeto de estudio aquí, fueron las que se practicaban con la siembra de maíz, a partir de la reducción de su cultivo, la precarización económica que orilló a los campesinos que no tuvieron los recursos económicos para sostener la milpa y requerían de un ingreso monetario, el abandono del campo, la introducción de maestros y el uso de insumos químicos que hicieron más fácil el trabajo del cuidado de los cultivos.

² Una de las vías de Echeverría para atacar el problema agrario fue la regularización de la tenencia de la tierra, dado que “para 1970 casi la mitad de los ejidatarios del país carecían de certificados de derechos agrarios, lo que creaba serios problemas en el terreno de la organización campesina”. Moguel y López, *Política agraria*, 1990, p. 326

harían latentes en la década del noventa con su ingreso al ejido. Es por ello que se considera aquí el año de 1974 como punto de partida para analizar las experiencias de los campesinos ejidatarios en torno al apoyo mutuo. Es precisamente el periodo en el que inicia el proceso de cambio y adaptación de las relaciones sociales de producción del maíz, así como la diversificación de cultivos y ejidatarios que llevarían al abandono casi total de su cultivo.

Este contexto facilitó que se abriera un nuevo horizonte de posibilidad para los campesinos ejidatarios de la década del setenta que no había sido factible en la época de la primera generación. La búsqueda de la promesa de progreso llevó a cambios de uso de suelo, reducción de cultivos de maíz, incorporación de nuevos cultivos concebidos como redituables. A su vez esto provocó que el campo de acción del ejidatario se diversificara, de tal modo que se generaron “nuevos giros”: el ejidatario ganadero, el ejidatario arrendatario, el ejidatario maestro, el ejidatario mixto, además del ejidatario campesino (que fue reduciendo su número hasta llegar a un bajo porcentaje ya a finales de la década del ochenta e inicios del noventa).³ Con esta mixtura no solo hubo una diversificación laboral sino que se inició un proceso de jerarquización, así como cambios en el sistema de creencias y valores, que incidió en las relaciones sociales de producción que practicaban los campesinos en el ejido durante el proceso de siembra del maíz.

Así pues, el objetivo de este capítulo es analizar las distintas experiencias de los campesinos ejidatarios, a través de fuentes orales, en torno a la práctica de “ganar mano”, una forma de apoyo mutuo que practicaban únicamente en la siembra del maíz; las experiencias de abandono, como consecuencia de los procesos de modernización ejidal y de precarización económica; y las experiencias de individualización del trabajo

³ Desde la dotación, en 1934, hasta la parcelación, en 1974, existió una división marcada entre los ejidatarios que se dedicaban a la ganadería y acapararon varias hectáreas de terreno ejidal, y los campesinos, con menos de 5 hectáreas en el ejido, que cultivaban principalmente maíz. A partir de la diversificación en los usos de suelo se atomizaron los tipos de ejidatarios y en algunos casos las líneas divisorias entre unos y otros se diluyen, particularmente entre quienes ejercen labores mixtas como el cultivo y la ganadería. Para principios de la década de 1990 eran pocos los campesinos (aquellos que cultivaban ellos mismos sus parcelas) que aún perduraban en el ejido.

en los procesos de producción. Se abordan, también, los contrastes entre las expectativas que cada generación construyó de la tierra ejidal y cómo se fueron tejiendo con sus posibilidades de acción.

Con el fin de analizar las experiencias y las expectativas de los campesinos ejidatarios dentro de los procesos históricos ejidales, se realizó una división por generaciones, a saber: tradicional (1934-1964), de transición (1964-1995) y moderna (1995-actualidad). Si bien el marco temporal abarca de 1974 hasta 1995, la propuesta metodológica está basada en los planteamientos de Walter Benjamin en torno a la experiencia y la modernidad. Es así que, más que pesar en una consecución lineal de acontecimientos, se establece un diálogo entre experiencias de la segunda y tercera generación. No a modo de “presente” y “pasado” sino una revisión, desde la última generación, de sus propias experiencias (que inician a finales de la década del setenta, con su ingreso a la secundaria agropecuaria) y de las experiencias de sus padres, en busca de los aprendizajes de éstos y sus expectativas olvidadas.

En los diálogos reflexionados los miembros de la tercera generación contemplan los despojos que la búsqueda de progreso por parte de los ejidatarios ha dejado en el ejido. Se retoman elementos de otras experiencias de vida (de sus padres y abuelos) en torno a las relaciones sociales de ayuda mutua y la ritualidad agrícola, para volver a tejer lazos sociales de reciprocidad en su presente. Con ello, la tercera generación busca recuperar lo que sus padres dejaron en el camino por la modernización, la cual los orilló a abandonar la unión y solidaridad entre ellos.

Dos ejes temáticos y temporales se entretajan para comprender las transformaciones que se desarrollaron dentro de la institución ejidal y entre los ejidatarios desde las fuentes orales, por un lado; y por otro, para establecer diálogos entre experiencias vitales de los ejidatarios y su práctica de ganar mano y el cultivo de maíz. Así entonces, se desarrolla el proceso de cambios y continuidades del ejido; así como las experiencias y expectativas

de la segunda y tercera generaciones, con el fin de construir diálogos desde las necesidades presentes de los ejidatarios.

Si bien la temporalidad que se marca en el capítulo abarca desde la segunda mitad de la década del setenta hasta la mitad del noventa, una de las propuestas metodológicas para realizar el análisis de las experiencias de los campesinos ejidatarios es el dialogo y reflexiones que construyen en la actualidad los campesinos ejidatarios de la tercera generación con las experiencias de sus padres. Como ya se adelantó, esta propuesta se sustenta en los planteamientos de Walter Benjamin en torno a la modernidad y la experiencia.

Rememorar experiencias vitales en el presente no representa ningún significado importante en sí, según Benjamin, sino hasta que se generan diálogos entre *lo que ha sido* y *lo que es*, para reconocer las experiencias y expectativas entre actores sociales y descubrir afinidades de lo que se ha vivido y de lo que la modernidad y la historia lineal ha resuelto que se deje en el olvido. Con ello se genera un compromiso histórico y se busca la solidaridad, desde las memorias, entre generaciones.

En este caso es la memoria de la práctica de la ayuda mutua y del maíz, elementos importantes en las experiencias vitales de otros tiempos históricos, pero que a partir de los diálogos establecidos entre la tercera generación de campesinos ejidatarios y sus padres y abuelos, recuperan *lo que ha sido* para retomarlo en *lo que es*, a partir de sus condiciones y posibilidades de existencia y de acción.

Aquí se propone que el tiempo histórico de cada grupo generacional es cíclico (fuera de la temporalidad lineal) y cada uno retorna a la tierra desde sus propias experiencias y expectativas, pero siempre considerando y dialogando con las experiencias antecesoras y sus posibilidades futuras.⁴ Así, la teoría del tiempo cíclico, basada en los postulados del Giambattista Vico, se ajusta en el estudio de las experiencias ejidales con las teorías de

⁴ En el caso de la tercera generación, ésta ha construido sus expectativas en el ejido a partir de la revisión de las experiencias de sus abuelos y de sus padres, así como de sus propias experiencias, para recuperar los aprendizajes de lo vivido.

las generaciones de Ortega y Gasset, en las cuales existen tres etapas sucesivas, ciclos históricos, y a través de estas se pueden explicar las transformaciones de las sociedades. En este caso se aplica a la vida histórica del ejido con el periodo tradicional (1ª generación), de transición (2ª generación) y moderno (3ª generación), en la que este último retorna al inicio del ciclo, pero sin ser el mismo, sino desde sus propias experiencias y sus campos posibles.

Este último capítulo contiene cuatro apartados que desarrollan los temas y problemas planteados. El primero de ellos, “Transformaciones en el ejido, 1974-1995”, brinda un panorama general de las prácticas, acontecimientos y cambios dentro del ejido que son relevantes para este estudio. A modo de marco contextual, abarca desde la división parcelaria y la instauración de la secundaria agropecuaria, en 1974, hasta la introducción de herbicidas y fertilizantes químicos en 1995; pero también la situación actual en la que se encuentra el ejido y los ejidatarios.

La división de los campesinos ejidatarios en generaciones es una propuesta metodológica que ayuda a revisar las experiencias y expectativas de cada grupo social en su tiempo histórico para marcar las diferencias entre ellas. Es así que el segundo apartado, “Generaciones ejidales y el eterno retorno”, plantea que cada grupo forja su propio horizonte y con ello se generan cambios que modifican sus circunstancias. Ortega y Gasset aseguraba que las vidas individuales están sumergidas en circunstancias de una vivencia colectiva. Es por ello que si tales se modificaban, las vidas en comunidad también cambiaban.

Aquí vemos cuáles fueron los tiempos históricos de la segunda generación (1974-1995) y las diferencias con la generación posterior. Veremos que, a partir de tiempos cíclicos, consta de tres etapas en la que constantemente se retorna al pasado y se proyecta al futuro, pero siempre con la expectativa de la tierra. Así, a modo de “eterno retorno”, los campesinos ejidatarios forjan su vida colectiva a través de ciclos.

El proceso de cómo forjó su horizonte la segunda generación (1974-1995), las circunstancias en las que se desarrolló y las repercusiones que tuvo es uno de los ejes de estudio del tercer apartado, “Experiencias de apoyo mutuo y de modernización”. El segundo eje, como propuesta principal de este apartado, es el análisis de las experiencias de los campesinos ejidatarios de la segunda generación en torno a la práctica de “ganar mano”, como forma de reciprocidad, y las experiencias del trabajo individualizado, de la tercera generación. Es aquí que los miembros de esta última construyen un diálogo entre *lo que ha sido* y *lo que es*. No a modo de “rememoración de un cadáver”, al decir de Benjamin, sino para reconocer la experiencia de la reciprocidad, actualmente en desuso, y trazar sus expectativas presentes para forjar sus propios horizontes (diferentes a los de sus padres), de acuerdo a las posibilidades su vida histórica.

El último apartado, “La muerte de *Chicomexochitl*: el maíz como eje del apoyo mutuo ejidal”, responde a la pregunta del porqué de la importancia del maíz en las relaciones sociales de producción recíprocas entre campesinos ejidatarios. Población de origen nahua, la primera generación construyó una relación sagrada con el maíz que formaba parte de su cosmovisión en torno a la vida agrícola. La semilla, como elemento del mundo humano, contaba con una deidad protectora del panteón nahua, *Chicomexochitl*, dios del maíz, a quien se le debía una serie de rituales agrícolas para pedir por el bien de los cultivos.

Con la apertura de la posibilidad de “progreso” en la segunda generación, así como por otros factores, se desarrollaron transformaciones que llevaron al abandono del cultivo de maíz por parte de la mayoría de campesinos y se practicaron nuevos tipos de relaciones de producción mediadas por el dinero y ya no por el compromiso y la reciprocidad. Sin embargo, pese a la decadencia en el tejido social dentro del ejido de Tepetzintla, los miembros de la tercera generación muestran nuevas posibilidades recuperadas de experiencias de sus antecesores. En ese ciclo

de vida ejidal, el campesino tiene capacidades regenerativas; se transforma, se adapta, permanece y retorna a la tierra y al maíz.

a. Transformaciones en el ejido (1974-1995)

En la segunda mitad de la década del sesenta, a partir de la muerte de Basilio R. Miguel, los ejidatarios con mayores posibilidades económicas implementaron cambios en los terrenos que trabajaban cuando el ejido estaba aún en común. Modificaron los usos de suelo hacia el pastizal o la ganadería e introdujeron otros cultivos a mayor escala que resultaban más redituables que el maíz como los cítricos.

Aunado a esto, la urbanización de la cabecera municipal, la introducción de la carretera desde mediados de los cincuenta, la llegada de la luz y la entubación del agua hicieron que la vida fuera más costosa, por lo que muchos ejidatarios campesinos buscaron diversificar sus labores para generar mayores ingresos o abandonaron completamente el campo. Al no haber suficientes fuentes de empleo otros optaron por salir del municipio y, también, apoyaron a sus hijos para que tuvieran mejores oportunidades educativas. En la década del setenta inició el éxodo no solo de campesinos o de sus hijos sino de muchos habitantes que optaron por salir de Tepetzintla hacia Tuxpan, Jalapa, Puebla, Reynosa o la Ciudad de México.

Algunos de esos hijos regresaron al municipio en la década del noventa y compraron parcelas en el ejido. Cuando se incorporaron a la organización ejidal ya había pasado el proceso de modernización y llegaron cuando el ejido estaba parcelado. Ya se habían modificado las relaciones sociales de producción, había decaído la siembra del maíz y había iniciado el proceso de abandono de las parcelas. Su incorporación al ejido supuso la continuación de rituales como la bendición de la semilla, pero a modo individual y la producción de maíz a pequeña escala y pagando peones. Es decir, eran pocas personas que provenían de espacios sociales ciudadanos y querían retomar prácticas consideradas tradicionales pero a nivel individual. Aun cuando hubiesen querido construir lazos colectivos, el tejido social ejidal ya

se había roto. Por lo tanto, su retorno no significó un cambio sustancial en el proceso social y económico del ejido.

Un ejemplo de lo anterior es el caso del ejidatario Juan Pérez, quien vivió en la ciudad de México desde la década del setenta y regresó en el noventa. Él es de los pocos que actualmente siembra maíz. Además, en su terreno instaló una pequeña presa para sus animales, infraestructura con la que muy pocos cuentan dentro del ejido. Junto con otros ejidatarios formó el grupo Tlally Yeyetzin, dedicado al uso y promoción de los insumos orgánicos para la agricultura, del cual se retiró del grupo para dedicarse exclusivamente a su parcela.

Desde principios de la década de 1970 la población de los municipios asentados en torno a la Sierra de Otontepec inició un proceso de deforestación de los montes y cerros. Se tumbaron árboles de las montañas circundantes para la venta de madera, eso propició la erosión de la tierra y el repliegue de la fauna silvestre hacia las zonas de monte, como las parcelas ejidales que se dejaron de trabajar.

Así entonces, la muerte de Basilio R. Miguel en 1964 supuso un proceso de reconfiguración del poder dentro de la organización ejidal. Una vez disuelto el dominio centralizado que él ejercía pudo haberse dado un proceso de democratización al interior del ejido. Empero, el poder lo concentraron aquellos que habían aprendido los procesos de gestión institucional dentro de la CNC y la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz. En los relatos orales se hacen menciones reiterativas de dos personas: Macario Gonzáles y Tomás Pacheco. Ambos construyeron su poder a través de los puestos dentro del Comisariado ejidal y por tener lazos externos, pero fundamentalmente porque los ejidatarios construyeron un espacio de confianza en torno a ellos del cual los directivos se aprovecharon.

En un primer momento se pudiera pensar que eran personas con un nivel educativo más alto que la mayoría de los campesinos del ejido. Sin embargo, en una entrevista con los miembros del comisariado ejidal actual en la que estaba presente Eduardo Francisco Santiago, ejidatario de 86 años, relataron

que Macario Gonzales y Tomás Pacheco eran campesinos analfabetas. Su virtud, según los miembros del comisariado, era que “sabían hablar”.⁵ Ambos ejercieron un poder arbitrario y tomaron decisiones sin consultar en las Asambleas.⁶ Como ejemplo está la implementación de “los derechos a salvo”, que no está estipulado en la ley agraria, y la solicitud de dinero a cada ejidatario. “Hicieron una forma de un acta donde estaba enlistados quiénes va a ser ejidatarios o van a estar de acuerdo de cooperar para los viajes a Tuxpan a Jalapa”, recuerda Felipe Hernández López.

Y luego de allí y el que no se presentaba la Asamblea, porque cada domingo teníamos una Asamblea. Entonces, en ese domingo nos pedían una cooperación, en ese tiempo, pues mucho dinero, unos diez, veinte pesos, pa’juntar. Cada uno. Para el comisionao se va a Tuxpan o a Jalapa o a ver dónde. Se iba. Porque nosotros lo mandábamos. Nosotros cooperábamos para eso, pa’los viajes que se iban a hacer. Y en el acta que estábamos enlistaos cada domingo se hacía la Asamblea, así, en cualquier casa. Porque no teníamos ni en donde hacer nuestra asambleas. Luego de allí, la lista. Pasan lista, fulano de tal, fulano de tal, fulano de tal. No se presentó. Bueno ya, nomás cooperan los que están. Y ese era los que cooperábamos. Y volvemos a invitar. Son ciento sesenta y cinco ejidatarios, quedaron. Esos son los que le aguantaron en todas las Asambleas.⁷

El ejidatario Eduardo Francisco recuerda que, antes de hacer la primera petición de ampliación del ejido, Macario González sacó de la lista de ejidatarios a su padre, así como a 89 más.⁸ Entonces él quedó fuera como heredero de la parcela de su padre, quien para entonces ya había fallecido.

⁵ Esto resulta interesante pues muestra que los campesinos se asumían como personas que no podían defenderse con su propia palabra ante las autoridades. Su espacio era el ejido y la organización comunitaria. Para poder negociar y gestionar frente a los gobiernos municipal y nacional debían elegir a quien tuviera poder de mediación; según su visión, quienes contaban con ese poder eran los que “sabían hablar”. Para ellos la palabra es la que permite construir un puente entre el mundo de los campesinos ejidatarios y el de las instituciones gubernamentales; es decir, el lenguaje representaba poder.

⁶ Si bien esto provocó conflictos con los sectores afectados dentro de la organización ejidal, también existían otros conflictos entre los ejidatarios, principalmente el que se daba con los linderos.

⁷ Entrevista a Felipe Hernández López, realizada por Úrsula Mares Figueras, 16 de febrero de 2020, Tepetzintla, Veracruz.

⁸ Esto se concibió como un ultraje por parte del sector afectado de los ejidatarios. Aun así los demás siguieron apoyando al director del comisariado ejidal porque suponían que él era quien conocía las normas y le siguieron brindando su confianza. Esto quiere decir que el grupo de ejidatarios estaba dividido políticamente entre quienes apoyaban a la directiva en turno y quienes se sentían agraviados por la situación.

Y no pasaba nada con la gente, apunta Fermín Longinos, presidente del comisariado ejidal actual, “porque él controlaba a la gente”. Ante esa situación, los ejidatarios que se vieron despojados de las parcelas de sus padres decidieron organizarse para hacer la petición de una segunda ampliación en el ejido.⁹ En ese proceso de organización y dotación de las tierras que acaparaba “Chico Antonio” de La Laja, Macario González les pidió una cuota para viajar a Jalapa o a la Ciudad de México y gestionar los papales que los reconocerían como ejidatarios de la ampliación, pero ese trámite demoró mucho tiempo. En relación a esto, el presidente del comisariado ejidal relata:

Eran mañosos los encargados. Yo escuché, yo escuché. Decía, “¿y por qué nomás ponían a don Macario? porque según él [Eduardo Francisco] le tenían confianza. Decía, él [Macario González] sabía hablar. Tonces, este, yo así le entendí que ese señor ya después se volvió mafioso. Quiero entender así, porque ha de decir, “nomás a mí me están poniendo, no hay otro que pongan”. Yo oí que él lo negociaba. A lo mejor no iba a Jalapa sino al bar, a un bar, pues. Porque demoraron mucho tiempo para que les llegó sus documentos. Yo estaba escuchando que dice que se hizo ejidatario en el sesenta. Casi como quince o veinte años, porque cuando llegó los documentos de las parcelas fue en mil novecientos setenta y cuatro, porque ya venía firmado por el licenciado Luis Echeverría Álvarez, que era presidente de la república.¹⁰

Después de Macario González se habla de Tomas Pacheco, quien fue presidente del comisariado ejidal por tres ocasiones en el lapso de tiempo que va de 1975 hasta 1990. Lo que pasa que al señor le fueron agarrando confianza, argumenta Fermín Longinos.

Yo me he dado cuenta aquí. Si tú sabes tantito hablar te proponen a ti, te proponen a ti, te proponen a ti. Porque yo nunca salgo de la mesa directiva, pero yo estoy en la mesa directiva no es para fregar, ¿sí?, sino para hacer lo que sea necesario. Entonces yo observé muchas cosas de don Tomás Pacheco, que en aquellos tiempos no

⁹ Aun cuando este grupo se organizó para pedir una ampliación de tierras ejidales, quienes podían gestionarlas y solicitar los certificados que avalaran a los ejidatarios como tales seguían siendo los miembros directivos del comisariado ejidal, aquellos que “sabían hablar” y, además, los mismos que los habían sacado de la lista. Por lo tanto, quedaron a merced de decisiones arbitrarias de gestiones poco transparentes y al margen de la legalidad al interior de la organización ejidal.

¹⁰ Entrevista a Comisariado ejidal y a Eduardo Francisco, realizada por Úrsula Mares Figueras, 16 de febrero de 2020, Tepetzintla, Veracruz.

había dinero en caja. Hoy tenemos dinero en caja, que es de todo el gremio campesino, y damos un corte de caja. En aquel tiempo, el señor Pacheco, él pedía dinero a los ejidatarios. Él especificaba la cantidad. Depende a dónde va a ir. Va a ir a Jalapa, a México. “La cooperación va a ser de cincuenta pesos. Ahora va a ser de a cien. Ahora va a ser de ciento cincuenta”.¹¹

Cada ejidatario tenía que entregar la cooperación que establecía Tomás Pacheco porque si no los sacaba de la lista de ejidatarios y le entregaba las tierras a sus allegados.

Lo que pasa que él los amenazaba. Estoy escuchando el cuento de Everardo. A mí me gusta aprender, me gusta saber. Estoy escuchando. ¿Sabe por qué a mí me gusta de eso? Porque yo despierto más y me pongo más almeja. Para que no venga otro y me quiera hacer lo mismo. Es como un licenciado, vaya. Taba yo escuchando a Everardo, decía, “en la ley no dice derechos a salvo”, ¿y por qué se hicieron derechos a salvo? Por orden de una alcaldía que estuvo aquí. Algo que le cayó mal. Y eso a mí me molesta porque no manejan la democracia y si el tonto no sabe de la democracia lo aplastan. Entonces es lo que hacía don Tomás Pacheco. Y sí le tenían que dar, todos. Todos parejitos.¹²

Everardo Morales, secretario del comisariado ejidal actual, recuerda que a su papá también le quitaron su parcela entre mil novecientos setenta y ocho u ochenta. Por eso él tampoco pudo heredarla sino que luchó para que le asignaran a él, a sus hermanos y a su mamá un espacio, pero Tomás Pacheco implementó los “derechos a salvo”. Yo escuché, dice el secretario, “oí comentarios que mi papá empezó a dar la cuota que iba a aportar que ya tenía su ejido, ya estaba deslindado con puntos y todo, pero como ya no alcanzó a aportar, y luego era alcohólico, ¿veá? No alcanzó a dar la lana y ya, ‘se lo quitamos’”.¹³

Estos relatos resultan interesantes no solo porque muestran las relaciones de poder que existían entre ejidatarios y miembros de la mesa directiva sino porque son los actuales director y secretario del comisariado ejidal quienes denuncian eso. Distintos miembros de la segunda generación,

¹¹ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

¹² Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

¹³ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

quienes vivieron esa etapa, relatan los mismo hechos pero desde otra postura. Para ellos el que les pidieran cuotas era algo que estaba en el marco de lo “normal”. También pedían que la mesa directiva estuviera presidida por personas que pudieran manejarla; es decir, aquellos que estuvieran capacitados y que “supieran hablar”. No así estos miembros de la tercera generación y actuales directores del comisariado ejidal. Ellos observan una relación de abuso de poder que les indigna. Este hecho les sirve entonces para justificar su posición dentro de la mesa directiva, la cual busca la confianza e igualdad, así como devolverle la dignidad al campesino. Ideas que desarrollaron a partir de sus experiencias, particularmente la de Fermín Longinos, al haber pertenecido al sindicato de su trabajo, en la ciudad de México. Lo importante es que ese discurso no lo construyeron los miembros de la segunda generación. Ante una misma serie de eventos podemos vislumbrar dos posicionamientos distintos en ambas generaciones.

A partir de que la organización del ejido quedó en manos de los campesinos, las mesas directivas del comisariado ejidal debieron hacerse cargo de resolver los problemas que aquejaban al ejido. Los conflictos variaban entre motivos de colindancias y el trámite del certificado de derechos parcelarios, pero no eran los únicos. Venancio Hernández, ex ejidatario y ex presidente municipal, recuerda que existían muchas peleas al interior del ejido.

Porque no tenían maquinaria para trabajar, le pedían al comisariado que haga algo para que les solicite maquinaria para que el gobierno les proporcione eso para trabajar, pues, porque ya no... Hay muchos que se dedicaban a sembrar la naranja o el maíz o el frijol, entonces todo eso lo acordaban para ver de qué forma iban a cultivar la tierra para sembrar. Así era. Un montón de problemas y conflictos ya ni se diga. Se peleaban.¹⁴

A inicios de los setenta el ejido se mantenía repartido de manera desigual. Un grupo que se asumía como “los fundadores”, quienes más bien habían construido alianzas con Basilio R. Miguel, seguían acaparando tierras para su ganado y cultivos. Los ejidatarios aseguran que era la época en la

¹⁴ Venancio Hernández y Santa Ordóñez, “entrevista citada”.

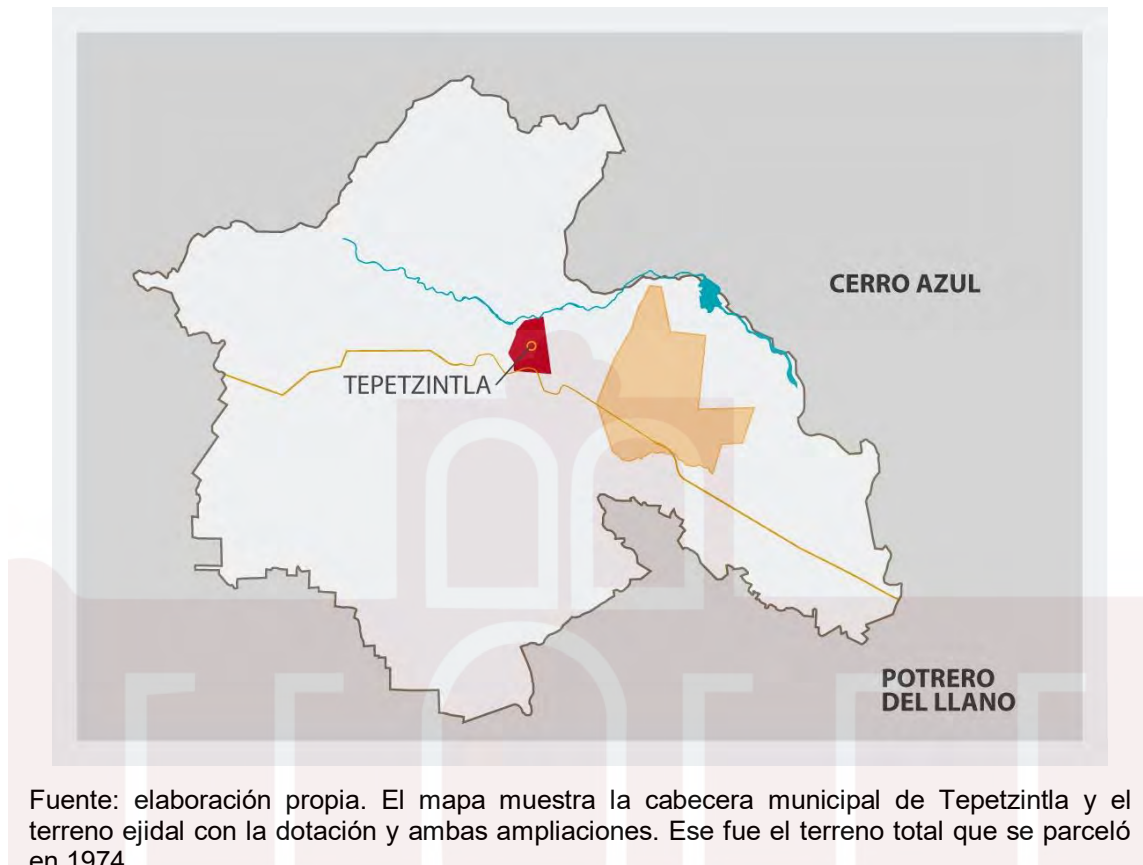
que no estaba “emparcelado” pues el terreno ejidal era comunitario. Juan Pérez, actual ejidatario, explica que las tierras se iban rotando, “hoy haces una milpa aquí, pus el otro año te gustó por acá, donde tú quieras”,¹⁵ pero eran terrenos pequeños, de una a tres hectáreas.

Según los relatos orales, en la época del cacicazgo no podían levantar la voz por miedo a mostrar su inconformidad ante la situación del acaparamiento, pero sí lo hicieron años después de su asesinato. Cada ejidatario está obligado no sólo a pagar por derecho al usufructo del ejido sino que deben entregar una cuota por faenas, todas iguales, sin importar el número de hectáreas. Esta situación se toleró durante los años del cacicazgo, pero existen versiones en las que se asegura que en los primeros años de los setenta los ejidatarios alzaron la voz y se organizaron para que el terreno se repartiera equitativamente y se llevaran a cabo las divisiones.

Según algunas versiones, después de expresar su inconformidad, los ejidatarios consideraron que era momento de repartir el terreno en partes iguales para todos los beneficiarios del ejido. Por lo tanto se llevaron a cabo las gestiones pertinentes para realizar la medición del terreno. En 1974 un ingeniero midió el terreno del ejido de la cabecera de Tepetzintla e hizo la división parcelaria. A cada ejidatario se le entregaron 5 hectáreas. Aunque aseguran que las mediciones fueron imprecisas.

¹⁵ Juan Pérez, “entrevista citada”.

MAPA 1. TERRENO TOTAL DEL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: elaboración propia. El mapa muestra la cabecera municipal de Tepetzintla y el terreno ejidal con la dotación y ambas ampliaciones. Ese fue el terreno total que se parceló en 1974.

En su sexenio, Echeverría impulsó la introducción de la educación agropecuaria como parte de su política agrícola. La secundaria llegó a la cabecera municipal de Tepetzintla en 1974. En ese contexto, existe otra versión del motivo por el cual se hizo la división del ejido en parcelas. El entonces Consejo de vigilancia del Comisariado ejidal, Felipe Hernández López, relata que en ese año del setenta y cuatro llegó a Tepetzintla un profesor de nombre Marcos (no recuerda su apellido) y solicitó un espacio en el ejido de la cabecera municipal para instalar una secundaria agropecuaria.

Aquí me pidieron veinte hectáreas, “pero ¿en dónde lo voy a conseguir? El presidente [municipal] no tiene. Y nosotros tampoco tenemos tierras ejidales, estamos en mancomunados, tamos en común. No le podemos quitar a aquél que tiene más billetes. No le podemos quitar porque ta cerrao sus sesenta hectáreas. Y nosotros, pa´nosotros, ya no tenemos. Que empiezo a llamar a mis compañeros para poder sacar las tierras pa´la escuela, pa´que se quede. Porque sí, te ofrecen billetes, por eso me pongo a pensar que las autoridades,

como el presidente, se mejoran. Ellos compran para ellos, se benefician ellos. Y yo no. No quise eso. Yo lo que quise, una escuela. Tons les digo yo, “bueno, la escuela no se va”, “¿pero qué te pasa?, aquí están los billetes para ti, ya di que no lo quisieron la escuela”. [Decían] los mismos maestros de la escuela [primaria]. Que porque les van a tumbar la chamba a los de la primaria. Entonces, lo que hice yo [...] llamé a mis compañeros, “oye compañero, ¿cuánto tienes de tierras, trabajando las tierras ejidales?”, “pos yo tengo ahí una hectárea”, “¿y ya no quieres más?”, “sí”, dice. “Si te digo, mira, tienes una hectárea, te doy otras tres hectáreas, ¿no quieres?”, “¡ah, cómo no!”, “ah, bueno”. Entonces pon tu nombre aquí, no vayas a decir que yo lo puse. Ponlo usted. Una rayita y firma aquí, donde usted está de acuerdo. No lo voy a hacer yo. Invité a otras gentes. Mandé a llamar otro, mandé a llamar otro. Pos en una tarde se juntaron como cuarenta. Que todos quieren otro pedazo. “No pues que yo tengo un cuartillo de terreno, cuadrito chiquito. Y otro pedazo tengo por allá y otro por allá. Yo lo quisiera tener junto”. Por ahí me la llevé. Cuando me di cuenta, tenía ciento veinte compañeros que están de acuerdo a que quieren tener todo junto las cinco hectáreas. Bueno, todos los que no esté de acuerdo vamos a hacer la reunión [...] Yo les voy a dar a conocer qué es lo que se piensa hacer. Si están de acuerdo a que se emparcele, acá. Y el que no, acá. Les iba dando tiempo. Me quedaba callado. [...] No pues acá tengo los ciento veinte compañeros, los que están de acuerdo que se quede la escuela. [...] Pues ya ni modo, que se haga. [...] ¿Dónde va a quedar? Quién sabe, yo no sé. No sé dónde va a ser la parcela. Se va a emparcelar, se va a cortar. Antes de que se cortara se seleccionó las tierras para hacer los barbechos, para hacer sembradíos, pa’sembrar el maíz o a ver qué se siembra. [...] Ya me lo eché a la bolsa al ingeniero. “Oyes ingeniero, ¿usted es el que va a seleccionar las tierras y dónde va a quedar las tierras onde va a quedar la parcela? ¿cuál es la tierra que es especial para hacer sembradíos?”, “sí”, dice, “¿y por dónde nos vamos a ir a buscar las tierras?”, “nos vamos a ir por este rumbo, por Moralillo”. Ya caminamos como cien metros u otro poquito, “no pues que este no”, “¡vamos a otro lado!”. [...] Ya midió todo, las veinte hectáreas y empezamos a brechar todos los compañeros, los que estuvieron de acuerdo empezaron a tirar brecha. Empezó a medir el ingeniero, el que echó medidas en el lugar donde está la secundaria. Es el mismo que fue a medir la parcela escolar. Tonces ya, se midió pero los que no le gustaron ponen la brecha y tantito va y lo cambian de lugar. Tantito, pa’que vaya chueco. [...] Así sacamos la parcela de la escuela [...] ya todavía hay que iniciar dónde va a quedar la escuela. Porque allá la lo dimos los veinte hectáreas para que ahí quedara la escuela. Porque la secundaria debería de estar en la parcela. Por eso le dimos las veinte hectáreas. Y ahí enfrente pueden ser los sembradíos. Entonces pensando, “si se hace la escuela allá en la parcela muchos muchachos traviesos vienen ya en la tarde jugando y

hay carros. Ya estaba la carretera, hay carros, viene un carro y se empujan, ¿qué tal si se lo empuja aquél y va a dar contra un carro? Mejor no”. Otra vez pensamos, lo íbamos a hacer acá por un lugar que le dicen la salida de Tepetzintla, rumbo a una comunidad de La Laja, por allí [...] pero también pensamos, “también van a ir no nomás los varones ahí, las mujeres también. Y las mujeres los van a venir asustando por el camino”. Entonces estaba acá [en la cabecera] un lugar vacante que lo abandonaron los jugadores. Taba por aquí yerboso. “No pues ahí ya no lo quieren, ya no ocupan para un campo deportivo de beis”. “Pos ahí mismo”. Ahí lo hicimos. Ya empezaron a limpiar, a medir. Ahí se hizo la escuela donde ahorita está. [...] Y así se armó la secundaria.¹⁶

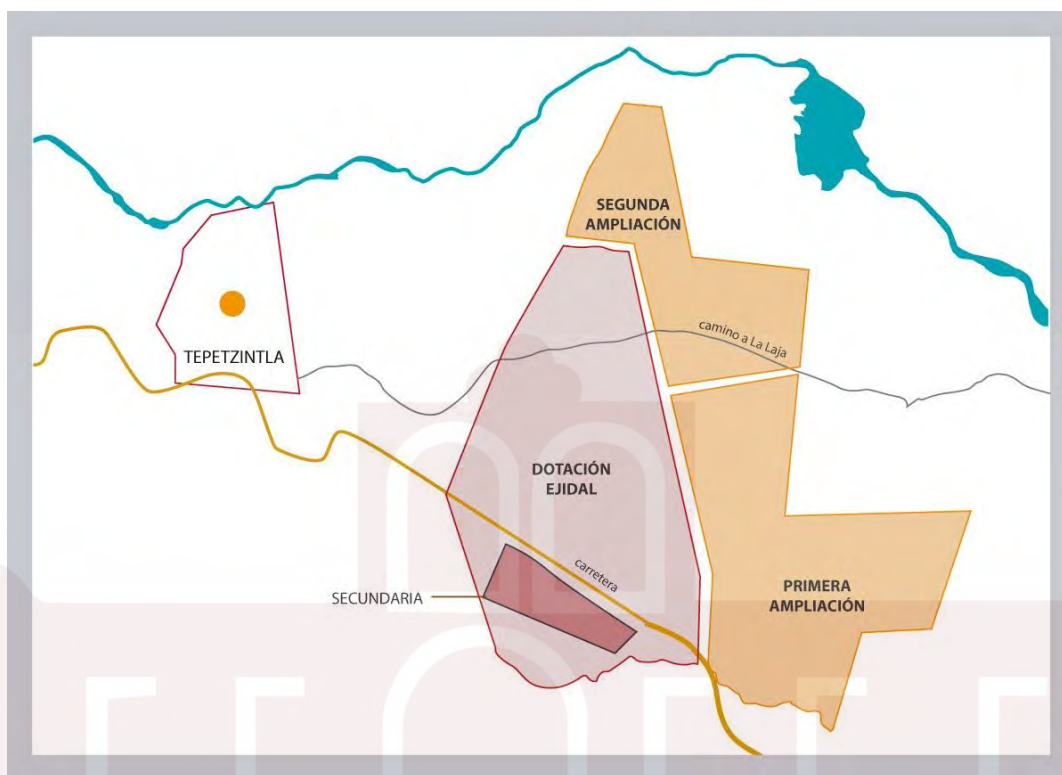
Según su relato, Felipe Hernández llevó a cabo una estrategia para lograr la división equitativa del ejido a través de la gestión de un bien para el municipio tepetzinteco como le fue la escuela secundaria agropecuaria. Esto contradice la versión de otros ejidatarios, quienes aseguran que los ejidatarios ancianos se organizaron para parcelar los terrenos ejidales que estaban en común. Con aquellos relatos pareciera que buscan mostrar el potencial organizativo comunal que en la práctica no pudieron ejercer con la nueva concentración del poder a manos de Tomás Pacheco y Macario González.

Instituto

Mora

¹⁶ Felipe Hernández López, “entrevista citada”.

MAPA 2. PARCELA EJIDAL DE LA SECUNDARIA AGROPECUARIA DE TEPETZINTLA



Fuente: elaboración propia. En este mapa se señala la ubicación de la parcela entregada a la secundaria agropecuaria en 1974 para que pudiera permanecer en la cabecera municipal. La ubicación está basada en lo señalado por los miembros de la mesa directiva del comisariado ejidal.

A partir de la educación secundaria los hijos de los ejidatarios empezaron a cuestionar las prácticas y tradiciones de sus padres y abuelos, también la organización dentro del ejido y la relación de los ejidatarios con el Ayuntamiento. Aunque los ejidatarios entrevistados consideran que la parcelación fue el inicio del proceso de “modernización” del ejido, el papel de la educación secundaria también jugó un papel fundamental. La tercera generación mira al pasado para reflexionar sobre las experiencias de sus padres y sus abuelos. La cuestionan y transforman su propia experiencia. Revisan las experiencias sociales y políticas y ahora asumen nuevas posiciones como ejidatarios frente al Ayuntamiento, así como la misma organización al interior.

En 1995 llegaron a Tepetzintla los herbicidas, fertilizantes y plaguicidas químicos. Con esos productos los campesinos se dieron cuenta que podían

hacer el trabajo mucho más rápido y sin necesidad de peones. Con su uso no solo cambió la relación que tenían con la tierra sino que las mismas relaciones sociales de producción. Se dejó de practicar la ayuda mutua y hasta se dejaron de contratar peones; es decir, hubo un proceso de individualización del trabajo entre los ejidatarios y entre ejidatarios/trabajadores. Con las máquinas y bombas manuales sus manos ya no necesitaban agarrar machete ni azadón. En algunos casos ni siquiera la propia tierra. Hubo, pues, cierto tipo de deslinde de ella. En algún punto de una conversación que sostuve con un hombre que es contratado para sembrar naranja en un parcela del ejido me dijo: “nuestra manos solo tienen que agarrar la bomba para esparcir el fertilizante y gracias a eso ya no tengo tierra en las uñas”. Una frase reveladora que da cuenta de los procesos de cambio que se desarrollaron con la introducción de insumos químicos a inicios de la década de 1990 y que tuvieron un impacto en las relaciones de producción agrícola dentro del ejido

Instituto

Mora

FOTOGRAFÍA 1. USO DE MÁQUINAS PARA CORTAR HIERBAS Y PASTO EN EL EJIDO



Fuente: fotografía tomada por Mario Cruz en enero de 2020. Informe fotográfico del trabajo realizado por los peones al ejidatario propietario de esa parcela. En esta imagen se muestran las máquinas que ahora usan para cortar pasto y deshierbar las parcelas en el ejido y que han sustituido en su mayoría el machete y azadón por ser más rápidas que las propias manos del campesino o trabajador.

En pláticas informales con los ejidatarios aseguran que la gente ya no quiere trabajar el campo, ni los mismos campesinos ni los peones. El esfuerzo es demasiado y la cosecha y la paga muy poca. “Ahorita es muy difícil encontrar peones”, se quejan muchos de los ejidatarios. Porque ya no viven del campo, tienen otros oficios que les generan mayores ingresos. Si antes trabajaban bajo el sol todo el día, ahora buscan otras fuentes de empleo. Pero las cosechas son ahora cada vez más difíciles de producir. En parte porque la lluvia ha disminuido, per también porque la tierra se ha contaminado por los químicos que desde hace 25 años usan los ejidatarios. Ahora son muchas las parcelas que ya no se trabajan.

b. Generaciones ejidales y el eterno retorno

Los relatos orales de los ejidatarios muestran una serie de tensiones entre los que se consideran “más jóvenes” (entre 50 y 60 años) y los considerados “más viejos” (entre 60 y 80 años). Si bien las teorías de las generaciones (particularmente la de Ortega y Gasset) han sido cuestionadas y han provocado distintas reflexiones y controversias en torno a su aplicación en el estudio de los procesos históricos, para el caso de este acercamiento al ejido de Tepetzintla resulta una herramienta metodológica útil para analizar las tensiones, los cambios y sus continuidades. Esto a partir de establecer las especificidades de cada generación de ejidatarios, así como sus expectativas y experiencias (como se verá en el siguiente apartado), para entender las transformaciones en las relaciones sociales dentro del proceso histórico ejidal. Por lo tanto, el uso de las divisiones generacionales sirve como medida de la realidad histórica.¹⁷

Para Dilthey, una generación es “un espacio de tiempo, una noción métrica interna de la vida humana”. Es, además, “una denominación para una relación de contemporaneidad de individuos; aquellos que en cierto modo crecieron juntos, es decir, tuvieron una infancia común, una juventud común, cuyo tiempo de fuerza viril coincidió parcialmente, los designamos como la misma generación”.¹⁸ Cada generación, dice Marco Martín, son generadoras de universos, es por ello que “tienen un permanente anhelo de revisar una y otra vez los supuestos bajo los cuales está cimentado el mundo que han heredado de sus precursores”.¹⁹

Ortega y Gasset propone dos principios para la construcción de la historia. En primer lugar, “el hombre constantemente hace mundo, forja horizonte”; en segundo lugar, “todo cambio del mundo, del horizonte, trae consigo un cambio en la estructura del drama vital”.²⁰ Este ciclo de vida, dice Martín, “está marcado por un tiempo en el que conviven las personas y se

¹⁷ Marías, *Método generaciones*, 1949, p. 9

¹⁸ Martín, “Teoría generaciones”, 2008, p. 101

¹⁹ *Ibíd.*, p. 102

²⁰ *Ibíd.*, p.103

modifican sus circunstancias, cuando las condiciones que hacen posible la vida en comunidad se transforman”.²¹ En términos orteguianos, “cada vida está sumergida en una determinada circunstancia de una vivencia colectiva”.²²

Cuando las personas nacen, señala Martíin, “van absorbiendo las convicciones de su tiempo, es decir, van encontrándose en el mundo vigente”. Sin embargo, afirma que el hombre “esté en un mundo imperante, no es óbice para que no pueda emprender su propia lectura de la realidad, generar a partir de la incorporación de los usos vigentes una nueva creencia, si no fuera así, no existiría el cambio generacional”.²³ Por lo tanto, las nuevas generaciones “buscarán en su tiempo modificar aquello que han heredado para ajustarlo a su propia sensibilidad”.²⁴ Así, “para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido –ideas, valoraciones, instituciones, etc.- por la antecedente; la otra, dejar fluir si propia espontaneidad”.²⁵

El estudio de las generaciones se complica cuando vemos que se entrecruzan entre ellas. Ortega y Gasset aseguraba que en un mismo tiempo coexisten tres generaciones de forma simultánea; los jóvenes, los adultos y los ancianos. Cada uno con su propia visión de su presente, “las cuales conviven alojadas en él, quieran o no, trabadas unas con otras y, por fuerza, al ser diferente, en esencial hostilidad [...] y siendo tres modos de vida tan distintos declara sobradamente el dinámico dramatismo, el conflicto y colisión que constituye el fondo de la materia histórica, de toda convivencia actual”.²⁶ Es probable, señala Martín, que estas tres generaciones, como tres tiempos vitales distintos, “pueden tener escalas de valores y referentes morales similares en cuanto a ciertas tesituras de orden universal, pero discreparán

²¹ Martín, “Teoría generaciones”, 2008, p. 103

²² Ortega, *Galileo*, 1951, p. 35

²³ Martín, “Teoría generaciones”, 2008, p. 104

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Ortega, *Tema nuestro*, 1983, p. 149

²⁶ Ortega, *Galileo*, 1951, p.37

en cuanto a las consideraciones que cada uno guarda del mundo que correspondientemente le ha tocado vivir”.²⁷

Como ya vimos, el hombre está vinculado al tiempo que le ha tocado vivir. En términos individuales cada uno estará condicionado por su proceso de crecimiento, desarrollo y envejecimiento. Lo que Marías llama “las edades humanas”, las cuales asegura también son históricas.

Una cosa es el tiempo que pasa, otra la edad que se tiene. <<El niño y el adolescente se dan cuenta de que vivir es ir haciendo unas cosas tras otras, encaminadas a un término que es <<ser mayor>>; cuando se preguntan a sí mismos <<qué van a ser>>, se sienten proyectados hacia una forma de vida adulta, que se les presenta como dotada de sustantividad y estabilidad. Mientras esto ocurre, la vida se presenta, a la vez, como indefinida e ilimitada: se puede ser muchas cosas, cualesquiera, es decir, <<todas>>; por eso, la vida del hombre o de la mujer muy joven no tiene todavía forma, sino que es pura indeterminación y posibilidad. Pero cuando se va llegando a << ser mayor>>, se cae en la cuenta de que esto no significa instalarse en un presente estable, sino que vivir sigue siendo hacer algo en vista del futuro; como el horizonte visual, el de la vida se aleja a medida que se avanza en ella.”²⁸

Si bien existe una vida individual, es necesario considerar la “vida histórica”. Cuando el hombre empieza a vivir, señala Marías, “encuentra que antes había ya vida humana [...] A esta vida ajena en la que se encuentra inmerso el individuo y que no es la suya, llamamos *vida histórica*”.²⁹ Ahora bien, “los tiempos son históricos porque no son tiempos cualesquiera, mera duración, sino que tienen una determinada cualidad que los distingue; cada época es una forma de vida *entre otras* [...] Lo mismo que una edad significa una cierta altura de la vida, una época no es otra cosa que una cierta altura de los tiempos”.³⁰

La historia no es vida individual sino colectiva, aquella que no pertenece a uno solo sino que ya está construida cuando nace el individuo; es decir, son dos temporalidades y dimensiones distintas. A diferencia de la vida

²⁷ Martín, “Teoría generaciones”, 2008, p. 104

²⁸ Marías, *Método generaciones*, 1949, p. 19

²⁹ *Ibíd.*, p. 20

³⁰ *Ibíd.*

propia que tiene que forjar cada individuo. Es por ello que Marías asegura que el sujeto de la historia no es una persona sino la sociedad, que es, a la vez, un sistema de usos. Así entonces, esta propuesta metodológica nos lleva a preguntar quiénes son esos sujetos de la vida histórica del ejido, cuáles sus edades y en qué unidad de tiempo están.

En 1934, cuando se dotó un terreno ejidal a la cabecera municipal de Tepetzintla se hizo una lista de los campesinos que serían los beneficiarios.³¹ No eran, por supuesto, de edades homogéneas, ni el municipio, ni el ejido, ni los nacientes ejidatarios. En ese punto espacio-temporal en el que convergieron esos tres tiempos Tepetzintla era un territorio rural, montañoso, regido por un cacique, no había escuela, no había luz, los caminos eran de terracería, no existía la carretera, el agua para beber se conseguía en manantiales y las personas se bañaban y lavaban la ropa en los ríos. La mayoría de la población era campesina, analfabeta y hablaba náhuatl, muy pocos el español. También había algunos arrieros y comerciantes ya establecidos en la cabecera. Las casas eran de zacate y enjarre. El grupo de personas que cumplía con los requisitos para formar parte del ejido contaban con la misma edad pero también había hombres más jóvenes. Dos generaciones que inaugurarían el nacimiento del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla. Es decir, en un mismo “presente” coexistían tres tiempos históricos distintos: el del municipio (antiguo), el del ejido (reciente) y el de los campesinos (con vidas individuales pero ahora con una vida colectiva en construcción: “los ejidatarios”).

³¹ Como ya se dijo en el capítulo anterior, a inicios de la década del treinta la cabecera municipal de Tepetzintla era apenas un pequeño pueblo con casas de enjarre dispersas a los alrededores de la presidencia municipal y de la iglesia. Los campesinos que vivían ahí rentaban parte de los terrenos de la hacienda de Juan Felipe que estaba en condueñazgo con la compañía petrolera Doherty Bridge, Green Co. y la Huasteca Petroleum Co. Es por ello que entre ellos se organizaron, liderados por Basilio R. Miguel (quien ya pertenecía a la Liga de Comunidades Agrarias), para solicitar un terreno propio y no pagar rentas a las compañías.

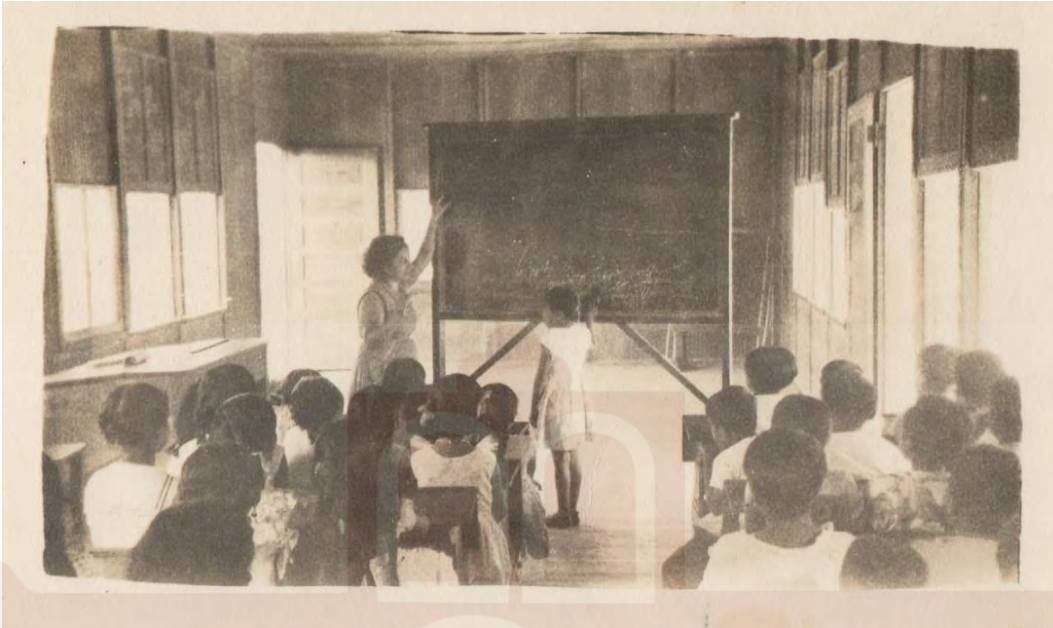
TABLA1. TIEMPOS HISTÓRICOS DE TEPETZINTLA

Municipio de Tepetzintla	Ejido cabecera municipal	Ejidatarios
Cacicazgo 1938-1964	Cacicazgo 1934-1964	1 ^a – 2 ^a generación
Modernización urbana	Reajuste de poder 1964-1974	1 ^a - 2 ^a generación
	Modernización 1974-1995	2 ^a generación
	Deterioro de la tierra 1995-2010	2 ^a - 3 ^a generación
	Concientización y reorganización orgánica 2010-2020	2 ^a , 3 ^a y 4 ^a (en ciernes) generación

Fuente: elaboración propia.

Los tres tiempos se entrecruzaron y se afectaron en mayor o menor medida. A finales de la década de los treinta e inicios de los cuarenta se construyó la primaria Los Chirriones, en la que los alumnos con padres de habla náhuatl debieron aprender a hablar español, también aprendieron a leer en ese mismo idioma. Aquello fue un cambio sustancial en la vida de los campesinos pues serían los hijos de los primerísimos fundadores quienes acudirían a esa escuela. No todos los hijos de los ejidatarios ingresaron a la primaria, por supuesto, pero sí un grupo importante que resultó ser un factor para el cambio de lengua y, por tanto, de estructura de pensamiento. Es así que el tiempo del municipio se entrelazó con el tiempo de los ejidatarios.

FOTOGRAFÍA 2. ESCUELA PRIMARIA LOS CHIRRIONES EN TEPETZINTLA



Fuente: Archivo personal de Leonardo Domínguez, ca. 1950-1960. Esta fotografía muestra el interior de la escuela Ignacio Manuel Altamirano, conocida localmente como “Los Chirrones”. Era llamada así porque el material con el cual se construyó era de madera que “rechinaba” (fue donada por una compañía petrolera americana a cambio de buscar petróleo en los terrenos municipales de Tepetzintla, permiso que fue concedido por Basilio R. Miguel). Leonardo Domínguez, a quien pertenece esta fotografía, es hijo del único fotógrafo profesional que existía en esa época: Leonardo Domínguez Bernardino. El objetivo de esta fotografía, según el propietario, es que su padre quería conservar un recuerdo de la escuela y de su esposa impartiendo clases. El nombre de la profesora es Elda Rossina Soberanis Sánchez. El fotógrafo muestra parte del alumnado, en primer plano, y a la maestra impartiendo la clase, en un segundo plano. Es importante hacer mención que, a diferencia de las demás fotografías recabadas, esta es prácticamente la única en la que se muestra a una mujer y es en un espacio que se vincula a la enseñanza y el aprendizaje. A diferencia de las fotografías del desfile de septiembre, por ejemplo, en las que los hombres predominan en la escena pública, o en la de la toma de protesta presidencial (en la que se encuentra Basilio R. Miguel), en la que la presencia en asuntos políticos, por lo menos en la década de 1940, era de hombres.

Mora

FOTOGRAFÍA 3. EXTERIOR DE LA ESCUELA PRIMARIA LOS CHIRRIONES



Fotografía: Archivo personal de Antonia Vera, s/f. Si bien esta fotografía tampoco está fechada con precisión, es posible hacer un aproximado ya que su dueña, Antonia Vera, asegura que es de su generación, cuando ella estudiaba el primer o segundo año de la primaria en “Los Chirriones”, en la década de 1940. Todos los alumnos provenían tanto de la cabecera como de las comunidades pertenecientes a Tepetzintla. Varios ejidatarios entrevistados que forman parte de la segunda generación estudiaron en esta escuela. De hecho, Santa Ordóñez, esposa del ex ejidatario y ex presidente municipal Venancio Hernández Cruz (ambos entrevistados), recuerda que ella fue compañera de Antonia Vera en la primaria. Es casi imperceptible, pero si se mira con detalle es posible darse cuenta que la mayoría del alumnado son hombres y que únicamente hay una fila de mujeres (la tercera de adelante hacia atrás) y hay otras siete mujeres en la última fila, que son de mayor edad que las anteriores. En medio de ellas pareciera estar la maestra.

Para poder acercarnos al proceso histórico del ejido habrán de hacerse divisiones (ciertamente arbitrarias) en términos generacionales. El ejido nace en la vida adulta de una generación, que nombraremos como la primera generación ejidal, la de “los abuelos”. Ésta creía en los dioses del agua, la tierra y el maíz. Era *Chicomexochitl* divinidad importante en el cúmulo de rituales que se practicaban en torno a la semilla y a la mazorca. Esta generación, también, creía en brujas y nahuales. En entes que cuidaban los cruces de camino. En figuras espectrales que se aparecían en los ríos y

puentes. Los habitantes se curaban con hierbas y frutos del monte. Acudían con rezanderos, curanderas y parteras.

Los relatos orales dejan entrever las transformaciones de la idea del “ser campesino” por parte de los propios ejidatarios a lo largo del proceso histórico del ejido de Tepetzintla. Los primeros campesinos que fueron dotados de las tierras ejidales son concebidos por la 2ª y 3ª generación como gente pobre, marginada, analfabeta, pero trabajadora y luchadora. Eran personas que se levantaban de madrugada, caminaban una o dos horas en camino de terracería seco o en lodazal para llegar a su parcela dentro del ejido. Trabajaban de sol a sol con machete, sembrador y azadón. Tenían arraigo a la tierra y su relación con ella era más próxima pues era su principal fuente de alimento. De ahí adquirirían otros recursos como la leña y el agua. Sembraban maíz para consumir y para vender. Esta generación de campesinos, salvo algunas excepciones, hablaba únicamente el náhuatl. Son considerados por los actuales ejidatarios de la 3ª generación como la de “los abuelos”, los que lucharon por el ejido. De ellos ya ninguno queda con vida. Por lo tanto, los relatos orales construidos en este trabajo forman parte únicamente de la 2ª y 3ª generación de ejidatarios.

La segunda generación, denominada como “los padres”, nació entre la década del treinta y cuarenta. Ellos transmutaron a los dioses y entes de la tierra, el agua y el maíz en santos del panteón católico. Ya no se le rezó a *Chicomexochitl* sino a San Juan Bautista, santo patrono de Tepetzintla, y a Dios. Y en la fiesta del elote tierno, *Elotlamanalistli*, a San Miguel. Pero los cambios no se dieron de tajo sino que ahora eran dos generaciones las que coexistían en un mismo presente. Padres fundadores e hijos convivían en el tiempo y espacio del ejido. A su vez ambas generaciones estaban insertas en el tiempo histórico de Tepetzintla, la época del cacicazgo, que inició en la década de los treinta y finalizó hasta 1964.

Con la llegada de la escuela primaria a la cabecera municipal de Tepetzintla los alumnos aprendieron el español, aunque algunos no abandonaron totalmente el náhuatl. Esta 2ª generación vivió la transición

entre el final del cacicazgo y la urbanización (modernización, le llaman) de la cabecera municipal. Parte de ella, también, fue la que diversificó su quehacer y algunos comenzaron a salir del municipio para establecerse temporalmente en otros estados y ciudades para trabajar. Los que permanecieron dentro de la organización ejidal fueron quienes vivieron la parcelación del terreno del ejido y, con ello, la división de hectáreas para cada ejidatario. Algunos de los que se habían ido regresaron a Tepetzintla, décadas después, y se incorporaron al ejido, como es el caso del actual ejidatario Juan Pérez.

Tons mis hermanos, uno, dos, son maestros, y ellos ya pos ora sí que a través de mi papá le echaron ganas también ellos, les ayudó. Y yo pus ya, pus ora sí que, como el mayor dice, “tú vas a trabajar conmigo hijo”. Y también me gustó el campo. Me fui, te digo, a México y vine y compré. Y ahorita tengo la parcela. Y tengo la milpa y tengo cuatro hectáreas y media de naranjal.³²

La tercera generación se podría considerar como la “democrática”. Aquella que a través de la educación brindada por la secundaria agropecuaria inició un proceso de ruptura con las tradiciones y costumbres de sus padres y abuelos. Precisamente una de sus características principales es la búsqueda de la democracia, justicia e igualdad en el ejido.³³ Con ellos se rompió la relación con el Ayuntamiento, veinte años después de la parcelación, cuando se convirtieron en ejidatarios e ingresaron a la organización. Este grupo de jóvenes tenía la expectativa de aprender a usar maquinaria: tractores, sembradores, discos. Querían conocer cómo tecnificar el campo y cómo trabajar el ganado. Conocimientos que la secundaria les brindó en teoría pero que no pudieron aplicar en la práctica. Aunque sí les proporcionó las herramientas educativas para desarrollar experiencias que ni sus padres ni abuelos vivieron.

³² Juan Pérez, “entrevista citada”.

³³ Las ideas de democracia, justicia, igualdad de la tercera generación surgen de sus propias experiencias en el ámbito laboral fuera de Tepetzintla (como pertenecer a un sindicato) y en otro marco de referencias que no tuvieron sus padres. Mientras tanto, en la secundaria tuvieron acceso a ideas de modernización del campo ligadas a la tecnificación, pero como la escuela no contaba con la infraestructura únicamente les sembró la semilla de la inquietud a partir de conocimientos teóricos, lo cuales no pudieron aplicar en su realidad inmediata porque en el ejido tampoco se contaba con maquinaria.

Ortega y Gasset señala que existen generaciones que sienten homogeneidad con sus antecesoras; es decir, entre lo recibido y lo propio. Pero también están las que no procuran conservar ni acumular, “sino arrumbar y sustituir [...] Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva”.³⁴ Es entonces que se producen tensiones y conflictos entre generaciones, como lo veremos más adelante con la segunda y tercera generación.

A partir de los relatos orales en torno a las experiencias de la 2ª generación dentro del ejido, es posible ver que entre ésta y la generación de los abuelos existía cierta homogeneidad en torno a los valores y prácticas. De hecho, una vez que se volvieron ejidatarios siguieron realizando los rituales agrícolas y mantuvieron el sistema de ayuda mutua para sembrar el maíz. Por ende, no se aprecia ningún conflicto importante que rompiera con las estructuras de la 1ª generación, excepto la lengua náhuatl. No así entre la segunda y la tercera en la que se muestra una clara ruptura entre ideas, acciones y valores. Dentro de la administración ejidal, la convivencia entre miembros de la segunda y tercera generación ha resultado en confrontaciones, como se ve en el siguiente relato de Fermín Longinos (3ª generación), actual presidente del comisariado ejidal y egresado de la secundaria agropecuaria, cuando cuestionó a un miembro del entonces comisariado ejidal de la 2ª generación.

Don Emiliano tiene esa forma de pensar. Él nos quería meter obligatoriamente ir al desfile del H. Ayuntamiento y yo vi aquí que nos sentamos con la propia sogá al cuello, porque dijeron “compañero que no vaya al desfile se le va a contar un día de salario”. Entonces yo que le digo, “compañeros, no es porque yo los lleve por otro lado, [...] ¿por qué vamos a pagar un día de salario de algo que ni nos va ni nos viene? Yo les digo una cosa, ¿tenemos beneficio por el H. Ayuntamiento para que nosotros vayamos a perder nuestro día? ¡No, claro que no! Pero es que nos mandan una invitación, donde a nosotros nos toman en cuenta como gremio campesino. ¡Está bien! Se dan cuenta que aquí existe un gremio campesino. Así también nos deben de tomar en cuenta cuando hay un programa. ¿Qué hace el H. Ayuntamiento cuando llega un

³⁴ Ortega, *Tema nuestro*, 1983, p.149

programa? Ahora lo voy a decir, ahora lo voy a decir. Hace dos años, aquí tenemos un compañero que es síndico, se llama Juan Hermelindo, que es ejidatario. Hace dos años metimos un compañero, “oye, ¿no te han ido a ver?”, le digo “no, ¿por qué?”, “el síndico”, dice, “está dando herbicida para regar la tierra”, “¿a poco sí?”, “pero siempre y cuando uno sea ejidatario, a mí me fue a ver, pero como yo no tengo certificado de mi parcela no me quiso dar. Pero tú eres ejidatario titular”. Y lo más triste, porque es mi vecino, le digo “no, yo no sé nada”. Y dice, “a lo mejor te va a ir a ver”. Nunca me fue a ver. Fíjese nada más. Síndico, del H. Ayuntamiento, compañero del gremio campesino. ¿Sabe a quién le salió la ayuda? Los más allegados. Los que lo respetan. Eso es lo que a mí me molesta. ¡Ah su, nombre!, cómo soy contrario de esas cosas porque no es así, no es así. Entonces yo le digo a don Emiliano, y como la gente de aquí no quiere participar, ¡pos no vamos! ¡no participamos! ¡sí cierto lo que dice Fermín! ¿Te acuerdas cuánto íbamos al desfile? Pero nunca dicen, “señor comisariado, les llegó esto, convoque a una junta, nosotros vamos allá. Señores ejidatarios traemos esto para los ejidatarios”. ¡Jamás! ¿Y nosotros porqué tenemos que ir a cumplir una invitación?³⁵

La tensión entre ambas generaciones es más clara cuando, según el relato de Fermín Longinos, Don Emiliano, el secretario del comisariado ejidal de quien da cuenta, le hace ver que es muy joven para “saber” cómo se debe gestionar la organización de los ejidatarios y su relación con el poder municipal.

Don Emiliano es de las ideas que hay que participar en el desfile del H. Ayuntamiento. Y yo siempre he estado en la mesa directiva al frente y yo le decía al secretario, “no, ¿por qué vamos a participar?”, “porque las tierras nos las ha dado el gobierno, las tierras ejidales. Y tenemos una obligación de ir a participar”. “No, don Emiliano”. “¿Cómo no? ¿tú qué sabes? Eres un chamaco”. “Sí, soy un chamaco, por eso más despierto. Esas tierras no las ha dado el gobierno. Qué bueno fuera orita que están las tierras tuviéramos un programa o algo. ¿Qué te va a dar el gobierno? Esas tierras ustedes las lucharon, dieron vueltas, se sacrificaron, físicamente. Les pidieron cooperación. Esas tierras las han comprado”. Y él dale con la idea. Hasta ahorita.³⁶

Resulta revelador que, según este relato, Don Emiliano alude a la “juventud” de Fermín Longinos como una forma de desconocimiento de cierto

³⁵ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

³⁶ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

orden de ideas y usos que se han transmitido desde el pasado y que quería mantener vigente en ese presente. Significativa también es la respuesta que le da Fermín Longinos al asumir su juventud como una ventaja al “estar más despierto”. Como si las generaciones pasadas hubieran vivido en un letargo al que esta última viniera a sacudir para mostrar otra realidad y otra forma de organizarse y relacionarse, pero también de defenderse. Como lo dice Ortega y Gasset, el tiempo de Fermín Longinos, al igual que el de Everardo Morales (actual secretario del comisariado ejidal y egresado de la secundaria agropecuaria), es el de la juventud, el de no acumular sino derrumbar y sustituir lo pasado: el tiempo de la beligerancia. Ejemplo de ello es la explicación que dan ambos miembros actuales del comisariado ejidal en torno a las faenas que imponía el Ayuntamiento de Tepetzintla a los ejidatarios.

“Comisariado, hay que abrir el camino, se está poniendo feo”. ¿Qué, nosotros nada más caminamos? Y siempre, siempre dándole a los ejidatarios a limpiar el camino a La Laja. No, es que es así, los caminos son federales. ¿A quién le compite? Al municipio. Ya se nos invita a los que caminamos ahí si no queremos colaborar, pero eso ya es otra cosa.³⁷

Sin embargo, no todo en la tercera generación es ruptura. Algunos miembros de ella conciben al ejido como un patrimonio (individual), porque fue herencia de sus padres, o producto de una lucha para ganar una parcela. Aunque actualmente no la trabajan, tiene un valor a futuro pues desean heredársela a algunos de sus hijos. Es decir, no tiene el valor que sus padres y abuelos le daban por ser la única forma de sustento sino que el valor es la herencia, la continuidad y el sentido de pertenencia a la tierra.

Fermín Longinos concibe su parcela como una herencia de su padre y como un patrimonio familiar. Su plan es cederla a su hijo. “Yo le digo a mi hijo”, relata el presidente, “tú vas a trabajar la parcela, tienes que trabajar en la parcela”. Así yo le digo a mi hijo. “Yo sí quisiera que no la vendas, al contrario, la vas a producir. Puedes hacer esto, puedes hacer aquello”. Así

³⁷ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

yo le digo a mi hijo, porque a los hijos hay que decirles, hay que enseñarles, hay que explicarles. Yo si quisiera que mi patrimonio no se desapareciera”.³⁸

Por su parte, el secretario del comisariado ejidal actual, Evencio Morales, únicamente tuvo hijas. Su proyecto es heredarle la parcela, por la cual luchó junto con su madre y hermanos, a una de ellas, a la que vea que se interesa en el campo. Esto rompería con la tradición de heredarla al hijo varón. Desde la dotación de tierras ejidales hasta la actualidad quienes han trabajado las parcelas han sido los hombres. Es necesario establecer la diferencia entre que una mujer se ejidataria porque el esposo finado traspasó el nombre del propietario a su esposa, a ser una mujer ejidataria que trabaje directamente en la parcela, ya sea sembrando, cultivando pasto o con ganado.

La cuestión del patrimonio no es única de la tercera generación pues se inició desde que la primera generación dejó como beneficiarios a las familias. Era, pues, un bien familiar antes de que se parcelara y antes de que las leyes cambiaran. Una vez que se hizo la división parcelaria y cada ejidatario se volvió el dueño de un pedazo de tierra debieron heredarla a una sola persona. Es así que los miembros de la segunda generación que dejaban su parcela debieron elegir a uno de sus hijos como único sucesor. El ejidatario Eduardo Francisco, que forma parte de esa generación, apenas ahora dejará su parcela y se la entregará a su hijo, quien debe comprometerse a cuidarla y producirla. “Yo ya no puedo trabajar”, explica él.

Se lo voy a dejar a mi sucesor que es mi hijo. Ahora este último domingo del mes voy a presentar mi hijo y yo voy a jubilarme. Él se va a encargar de trabajar en la parcela, asistir en las reuniones, cooperaciones. Es lo que he pensado. Y yo le dije, “si te comprometes a trabajar en el ejido, como eres mi sucesor, pues te voy a presentar ante la Asamblea general”.³⁹

Como ya vimos, pese a ser parte de la organización ejidal y contar con un terreno dentro del ejido, para la 3ª generación ya no tiene el mismo vínculo que tenían sus padres y abuelos con la tierra, porque dejó de ser su

³⁸ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

³⁹ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

fuelle principal de ingresos y de alimentos. Además ya no se concibe como un ente vivo y sagrado al cual ofrendarle. Los padres y abuelos de la última generación tenían arraigo a la tierra, al monte y a la milpa. De la tierra comían y vivían caminando a través de las brechas o llevando mulitas. Trabajando con machete y hacha. “Ochenta y cinco años tienen mi papá”, comparte Fermín Longinos, “y todavía va a la parcela y trabaja”. “Y ya la necesidad te obliga a dejar el campo y mejor venirse a trabajar acá”, asegura Everardo Morales, “porque no hay posibilidades económicas. Por eso yo le digo, me gusta trabajar la tierra, me gusta la milpa, me gusta, y más cuando te comes un elote de ahí de la milpa [...]”.⁴⁰

Pareciera entonces que la parcela concebida como patrimonio por la tercera generación se vincula a una búsqueda por la permanencia. El ejidatario entrega el terreno a un sucesor para tener una continuidad genealógica y entrelazar los tiempos individuales con los del ejido y regresar siempre a la tierra. Esto es visible con los miembros de la segunda generación que estudiaron la primaria, salieron por años a realizar otros oficios y retornaron a su pueblo y al ejido. En su horizonte buscaron otras fuentes de trabajo para mejorar su situación económica pero la relación con su pueblo y con la misma tierra no desapareció. Algo similar sucede con la tercera generación, son personas que tuvieron estudios de secundaria; es decir, más avanzados que la antecesora, además de otros oficios. Salieron a trabajar a otras ciudades y vivieron otras experiencias. Sin embargo han regresado a Tepetzintla y al ejido.

Lo anterior sugiere que cada generación tiene un periodo que podríamos llamar de “búsqueda de progreso” y otro que es de “retorno a la tierra”; es decir, como un ciclo de vida que se repite en cada generación pero con sus propias especificidades. Cada generación está compuesta por un grupo de individuos que entrelaza, de alguna u otra forma, sus tiempos, expectativas y experiencias con un colectivo ejidal (en la que coexisten distintas generaciones), que a su vez se entrelaza con el ejido (como

⁴⁰ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

institución y espacio geográfico) y, en un marco más amplio, con el tiempo, territorio y proceso histórico de la cabecera municipal. Este cruce temporal y espacial de cada generación se repite, al igual que sus ciclos de vida. Si bien la búsqueda de mejoría forma parte de su horizonte, este trayecto no es lineal. La noción temporal de ambas generaciones se vincula con el progreso pero no se desprende del pasado y las herencias que se van entregando a cada una. Esto supone un continuo volver, lo que para Giambattista Vico fue “el eterno retorno” y la idea del tiempo cíclico.

La idea de progreso lineal se rige bajo una concepción de perfeccionamiento del hombre en la cual, mientras se avanza en línea recta, se renueva continuamente hacia un horizonte de mejoría. En su momento, Vico negó tal concepción del paso del tiempo y desde la filosofía le seguirían Nietzsche y Schopenhauer con sus distintivas variantes. El filósofo napolitano aseguraba que las sociedades tenían ciclos históricos que constaban de tres etapas sucesivas y con las cuales se podían explicar el origen y decadencia de ellas. La primera era la edad de lo divino, la segunda la edad de lo heroico y por último la edad de la razón. Esta concepción del tiempo cíclico se parece a la vida del fénix en la mitología griega. Cuando el ave llega a la vejez, muere y posteriormente renace de sus propias cenizas.

Es posible encontrar ciertas similitudes entre el planteamiento de Vico y la teoría de las generaciones. Particularmente si revisamos el caso específico del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla. La primera generación de ejidatarios vivía en una etapa en la cual predominaba lo sagrado. A partir de los relatos orales no es posible saber si la segunda generación construyó mitos, como caracteriza el filósofo napolitano a la edad de lo heroico, aunque fue la que inició la búsqueda del “progreso”. En la tercera generación sí es posible percatarse del desarrollo de una “edad de la razón”.

Si bien según su visión es después de la última etapa cuando se regresa al inicio del ciclo, en el caso del ejido cada etapa lleva consigo elementos de la antecesora y continuamente los ejidatarios retornan a los referentes del

pasado del ejido y de las experiencias de sus padres y abuelos. A veces para darles continuidad y otras para cuestionarlos y construir nuevos referentes. Son, entonces, etapas flexibles en las que es difícil encontrar los bordes que las delimitan porque, precisamente, se diluyen con el transcurrir del tiempo. Al volver la mirada al pasado pero también tener vistas hacia el futuro, las etapas generacionales se tornan dinámicas y complejas. Sin embargo, es posible afirmar que, pese a caminar hacia un horizonte (expectativa), siempre se considera *lo que ha sido* (en términos de Benjamin). En un presente permanente conviven pasado y futuro en los pensamientos y acciones de los ejidatarios. El pasado, como la experiencia vivida, y el futuro, como la expectativa. Y en ambas temporalidades los ejidatarios retornan siempre a la tierra.

c. Experiencias de apoyo mutuo y de modernización

Al abordar las experiencias y expectativas de los ejidatarios desde las fuentes orales nos enfrentamos a una serie de problemáticas de orden metodológico. En primer lugar no son únicamente conceptos sino que, como lo ha señalado Martha Cahuich, están “llenos de vida”.⁴¹ Son procesos que se han vivido de manera individual y colectiva dentro del ejido y que rebasan la oralidad. Aquí se entiende “experiencia” como un conjunto de conocimientos o habilidades sobre “algo”, que se adquiere al haber realizado, vivido o sentido ese “algo” en un periodo de la vida individual. Mientras que la “expectativa” es el imaginario de un horizonte futuro, de un “algo” con posibilidades de suceder, un acontecimiento o serie de acontecimientos en la vida social.

La experiencia es entonces algo que se ha vivido y, también, algo a través de lo cual se ha aprendido. Sin embargo, se toma conciencia de la experiencia no en el momento preciso en el que se está llevando a cabo la acción que producirá el o los “conocimientos”, sino cuando ya ha sucedido y se puede reflexionar sobre ello. Es decir, desde un presente se mira hacia un

⁴¹ Cahuich, “Horizontes expectativa”, 2013, p. 34

momento del tiempo que ha pasado en el que sucedió lo vivido. Desde la historia oral únicamente podemos acceder a esa experiencia que ya pasó a través del presente y por medio de la comunicación oral de ésta.

Esto conlleva otra problemática. Dado que la experiencia se vivió en una temporalidad pasada (cercana o no), la construcción del recuerdo y el diálogo que se da entre presente y pasado se puede desarrollar en otro momento histórico diferente a la experiencia adquirida. En el caso del ejido vamos a dividir su proceso temporal en tres etapas: premodernidad, transición y modernidad. Cada etapa corresponde a las divisiones generacionales que abordamos en el apartado anterior. La primera generación corresponde a la premodernidad, la segunda generación a la transición hacia la modernidad y la tercera la generación moderna (que coexiste con la segunda generación). En cada etapa las generaciones vivieron o compartieron diferentes experiencias propias de su contexto histórico.

Ahora bien, según Walter Benjamin, la modernidad transforma la memoria. La rememoración (como una parte de la memoria), “complementa la vivencia. En ella se precipita la creciente auto alienación del hombre, que hace inventario de todo su pasado como capital ya sin valor. La reliquia procede del cadáver, rememoración de la experiencia ya difunta que, eufemísticamente, se llama vivencia”.⁴² Y es que el advenimiento de la modernidad, además, “alteró la cosmovisión de varios actores e impactó en las relaciones sociales”.⁴³

Siguiendo esta premisas, el problema entonces es éste: aunque las experiencias “premodernas” se hayan construido desde la percepción y riqueza sensorial, al recordarse y analizarse en la época moderna la rememoración cambia (o más bien el sentido y valor de ella), porque el objetivo para el que se construye la memoria se ha transformado. Ésta se ha reducido a un cúmulo de información y no solo se olvidan las experiencias

⁴² Benjamin, *Parque central*, 2014, p. 290

⁴³ Cahuich, “Horizontes expectativa”, 2013, p. 34

sino que, para Benjamin, la modernidad ha hecho que haya una pérdida de la propia experiencia. Esta idea se basa en que la modernidad ha limitado la percepción sensorial y la ha subordinado “a las funciones de una conciencia individualista, racionalizada y pragmática”.⁴⁴ Esto quiere decir que no solo hay una decadencia en la construcción de experiencias sino de la memoria misma y del recuerdo.

Benjamin plantea que la forma de experiencia predominante de modernidad es la “vivencia”, que “privilegia el carácter impersonal del dato y de la información [...] difícilmente se pueden arraigar elementos de superación de los límites sujeto / objeto (enajenación/cosificación) ni de diálogo integrativo con las tradiciones y los saberes (pérdida de tradición y crisis de sentido)”.⁴⁵ Es así que en la vivencia, como una forma moderna de experiencia, se empobrece la riqueza y singularidad sensible, privilegiando la individualización y objetivación.

En el caso del ejido, ¿podemos hablar de “experiencias en la modernidad”? Según las divisiones realizadas en generaciones ejidales y siguiendo las propuestas de Benjamin, las dos primeras generaciones de ejidatarios construyeron experiencias de apoyo mutuo, que es el caso que aquí se estudia. Pero la última generación, al ser la que creció en el seno de la modernidad y el proceso de secularización, ¿generó experiencias o más bien vivencias de individualización? Cabría también preguntarse cómo construye la memoria de la experiencia la segunda generación de ejidatarios, que es la del periodo de transición entre lo que denominamos “premodernidad” y la “modernidad”. De igual forma, ¿cómo construye la memoria de la experiencia la generación denominada “moderna”?

Desde la visión de Benjamin, el recuerdo de la experiencia no tiene ningún valor, a menos que se generen diálogos entre *lo que ha sido* y *lo que es*; es decir, entre las experiencias vitales de los actores sociales. Con ello se suprime el espacio temporal entre pasado y presente, y se crea una

⁴⁴ Molano, “Walter Benjamin”, 2014, p.175

⁴⁵ *Ibíd.*, p.176

simultaneidad en la que se pueden explorar las aspiraciones pasadas que fueron olvidadas y que los actores sociales del presente podrían reconocer como expectativas comunes.

En este sentido, la historia es posible no solo por las experiencias sino también por las expectativas, pues trazan el camino dentro del pensamiento –e imaginario- humano y generan las acciones que realizan los actores sociales en busca de esa esperanza. Se actúa, pues, en concordancia con lo que se espera en un futuro posible y en ese caminar hacia el horizonte se construyen las experiencias, que no necesariamente corresponden a lo que se esperaba.

En los relatos orales de los ejidatarios se pueden encontrar distintos niveles de experiencias vitales y expectativas: *lo que fue, lo que se esperaba que fuera, lo que es y lo que se espera que sea*, desde el presente en el que se establece el dialogo entre experiencias *que han sido, son y podrían ser*. Benjamin señala que este dialogo no es temporal, no se trata del “pasado” ni del “presente”, sino de compartir y descubrir afinidades entre experiencias humanas que se han vivido y expectativas olvidadas. En este trabajo se hacen patentes también los distintos conflictos entre las experiencias y expectativas dentro de una misma generación, así como los cruces entre generaciones diferentes, al coexistir en una unidad temporal.

El dialogo entre *lo que ha sido y lo que es* significa “la recuperación, en la actualidad, de horizontes de expectativa, que han sido proyectados a partir de experiencias pasadas [...] la actualidad proyecta y abre horizontes de expectativa que están comprometidos con aquellos que habían sido abiertos ya en el pasado y que, sin embargo, han sido olvidados bajo el peso de la historia lineal”.⁴⁶ Esta idea, según Habermas, busca “la solidaridad entre los nacidos después y los que los han precedido [...] esa solidaridad sólo puede generarse y testimoniarse por la memoria”.⁴⁷

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 172

⁴⁷ *Ibíd.*

Para Benjamin, la posibilidad de este dialogo entre experiencias humanas solo se puede pensar

si cada momento histórico es comprendido como un complejo entramado de aspiraciones, posibilidades y limitaciones que estructuran las formas de experiencia de los actores sociales y quedan expresado en sus comportamientos y producciones materiales e intelectuales. Si bien a cada instante se transforman los horizontes de la experiencia histórica de los actores sociales, es posible pensar la transmisión y actualización de experiencias pasadas como una apropiación de estos “futuros pasados” desde un horizonte histórico diferente. Cada actor social está virtualmente en la capacidad de integrar a su propia experiencia elementos contenidos en experiencias pasadas, pero esta no es una repetición mecánica para Benjamin. Por el contrario, es el resultado de una reflexión que mide la distancia entre el presente y el pasado para luego suprimirla, al constituir un espacio de simultaneidad en el que las aspiraciones se reconocen idénticas.⁴⁸

Es así que este apartado tiene como objetivo aproximarnos a las experiencias y expectativas de los ejidatarios en torno al apoyo mutuo, conocido como “ganar mano”, así como las experiencias y expectativas de modernidad que hicieron que se abandonara esa práctica de reciprocidad dentro del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla. Esto a través de las postulados de Benjamin sobre el dialogo entre *lo que ha sido* y *lo que es* que pudiera existir entre los ejidatarios y sus propias experiencias y las que han vivido otras generaciones. Con esto podremos conocer cuáles han sido los cambios en torno a las experiencias, qué expectativas se olvidaron y qué nuevos horizontes posibles se abrieron. Además, qué elementos de las experiencias y expectativas que *han sido* se han recuperado en el presente de los ejidatarios, cuáles han causado tensiones y cuáles son reflexionados para formar nuevos imaginarios futuros.

Aunado a lo anterior, resulta un ejercicio revelador este de acercarse a las experiencias y expectativas de los ejidatarios pues, como lo plantea Gerardo Necochea, la experiencia es individual y la expectativa es social. Ambas, asegura, “están presentes en los relatos individuales pero ocupan

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 173

distintos planos”⁴⁹ y brindan información acerca de la relación entre individuo y sociedad. Es así que con ese acercamiento podremos conocer algunas experiencias individuales y, a través de los mismos relatos, saber cuáles han sido las expectativas de las generaciones ejidales como colectivo.

Experiencias de apoyo mutuo

En su ensayo sobre el apoyo mutuo, Kropotkin quiso mostrar que existía la necesidad de la solidaridad entre los seres humanos. Postulaba que dentro de algunos grupos existe la construcción sociocultural de la competencia para destacar sobre otros miembros del mismo grupo. También aseguró que la unión y la ayuda al interior de cada comunidad humana los fortalecía. Con ello, podían enfrentarse a los ambientes hostiles del exterior, tanto naturales como humanos.⁵⁰

A lo largo de la historia han existido diversos tipos de experiencias de solidaridad y reciprocidad. Uno de ellos ha sido el mutualismo, desde el siglo XIX en Europa y América Latina, el cual “constituye una forma colectiva de organización social para conseguir, en común, fines que no se pueden lograr individualmente, sino mediante el esfuerzo y los recursos de muchos”.⁵¹ Según Pere Solá, la necesidad de establecer vínculos, redes y mecanismos de ayuda mutua sigue aún vigente en el siglo XXI, particularmente en las sociedades pobres que son víctimas del neoliberalismo voraz que impera en nuestros días.

Aquí se entiende apoyo mutuo como una forma de ayudar al otro y recibir ayuda de ese otro; es decir, es un sistema de reciprocidad con un componente ético. Es un compromiso individual y comunitario que se adquiere con el grupo social que se ha organizado para construir redes de reciprocidad con un objetivo común.

En la Huasteca veracruzana han existido distintas formas de apoyo mutuo que se desarrollaron en espacios sociales diversos. A partir de la

⁴⁹ Necochea, “Introducción”, 2013, p. 12

⁵⁰ Kropotkin, *Apoyo mutuo*, 2018, p. 1

⁵¹ Solá, *Mutualismo*, 2003, p. 177

presente investigación se pudieron rastrear tres: en el nacimiento de un hijo (Chicontepepec), en los rituales de *el costumbre* (Huasteca meridional) y en la siembra del maíz en Tepetzintla. Palemona Baltazar, mujer de 90 años, relata que en Agua fría, Chicontepepec, de donde es originaria, las mujeres se organizaban para ayudar a la que iba a parir. Durante una semana procuraban a la mujer que había dado a luz y a su familia. Le llevaban de comer, tanto a ella como a su esposo. Lavaban su ropa y limpiaban su casa. Una vez que se había recuperado, en forma de agradecimiento, ella y su suegra organizaban una comida para las mujeres que la habían ayudado.⁵² En los rituales de *el costumbre*, en la zona meridional de la Huasteca veracruzana, todavía se practica el *tlapalehuilli*, que es el trabajo en colaboración entre especialistas para llevar a cabo los distintos rituales.⁵³ En Tepetzintla, los campesinos (tanto ejidatarios como propietarios privados) se organizaban para ayudarse a sembrar el maíz, una práctica a la que denominaron “ganar mano”, tema principal de este trabajo.

A partir de los relatos orales, se sabe que la primera generación de ejidatarios practicaba la costumbre de ayudarse entre ellos en ambas temporadas de siembra. La bendición de la semilla iba de la mano con la ayuda mutua pues el único cultivo al que se le rendía culto era al maíz. Entonces el día de la siembra la esposa e hijas del campesino que había pedido mano debían llevar los alimentos al terreno no solo para el ritual de darle de comer a la tierra y la petición de buenas cosechas, sino también para compartirlos con los hombres que se habían comprometido a ganar mano. Esto implicaba construir lazos entre familias y con la comunidad de campesinos.

Esta organización, ciertamente informal y lejos de la institucionalidad ejidal, se desarrolló en un contexto en el que los ejidatarios con menores recursos no podían pagar peones. Ciertamente es que la cosmovisión nahua

⁵² Plática informal con Palemona Baltazar, realizada por Úrsula Mares Figueras, abril de 2019, Tepetzintla, Veracruz.

⁵³ Ver Pérez, *Tepahtianih*, tesis maestría en Estudios mesoamericanos, UNAM, 2020, pp.145-147

estaba más arraigada por la lengua, por las creencias y las costumbres, así como por el compromiso comunitario. Fue, pues, un mecanismo de ayuda laboral y comunitaria desarrollado dentro de un sistema de reciprocidad y de “hacer en colectivo”. A diferencia del uso de peones, relación laboral que está mediada por el dinero; es decir, tiene un valor económico.

Cuando se habla de “ganar mano” puede surgir la pregunta de si en realidad se buscaba el bienestar común o el bienestar individual. El mismo nombre nos lleva a reflexionar sobre ello pues se busca una ganancia, no monetaria pero sí se espera algo a cambio. Por lo tanto, tanto al pedir la mano como al darla, se establecía un compromiso de reciprocidad con un fin común: cosechar maíz. Según Marcel Mauss, “ofrecer una cosa a alguien es ofrecer algo propio”,⁵⁴ en este caso el campesino ejidatario daba su cuerpo, tiempo y experiencia en las labores del campo al servicio de la siembra de un compañero suyo.

Para los campesinos las manos representan un símbolo importante pues son con ellas con las que se agarran las semillas, con las que se sostiene el palo del sembrador y con las que se jala y maniobra el azadón para limpiar el terreno de las malas hierbas. Las manos son su principal herramienta de trabajo. Al ganar mano se ofrendaba el cuerpo y el trabajo a la siembra del maíz. Bendecir la semilla, darle de comer a la tierra, ganar mano y celebrar el elote tierno era el cúmulo de rituales destinados a la siembra, cuidado y cosecha del maíz. Al ofrendar las manos se trascendía el bienestar individual pues se mantenían los lazos sociales y se establecía contacto con la sacralidad de la tierra y el maíz. Así entonces, “ganar mano” era parte de la acción ritual, práctica en la que se entregaban la energía vital, al decir de Good Eshelman.

Así, cumplir con el ciclo ritual y el acto de ofrendar son obligaciones éticas de las personas hacia otros seres poderosos que a la vez son dependientes de la acción humana, pues necesitan recibir la fuerza de la gente a través de las fiestas, las peregrinaciones y las ofrendas para fortalecerse. También esta circulación de bienes, trabajo y fuerza fundamenta la organización social, el grupo doméstico, la

⁵⁴ Mauss, *Sociología antropológica*, 1979, p. 168

formación de las redes de “gente de uno” y las relaciones al servicio del pueblo.⁵⁵

La primera generación de ejidatarios de la cabecera municipal de Tepetzintla, aquellos que lucharon por las tierras a finales de la década del veinte y que las recibieron a mediados de los treinta, realizaban estos rituales bajo la creencia de la sacralidad del maíz. La segunda generación, que creció con la primaria a finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta, se dividió paulatinamente entre quienes dejaron de sembrar maíz y los que continuaron cultivándolo. Algunos de estos últimos, a su vez, fueron los que abandonaron la práctica de “ganar mano”, aun cuando seguían sembrando el maíz. Finalmente, los pocos que se organizaban para ayudarse lo hicieron principalmente con el fin de ahorrar dinero y no contratar peones.

Al visitar a Felipe Hernández López, actual ejidatario de 86 años (que correspondería a la segunda generación), le pregunté si cuando él sembraba maíz bendecía la semilla. Me respondió que sí, pero para hablar del ritual de la bendición inició su explicación aludiendo a que “antes se ayudaban”; es decir, para él “ganar mano” era parte de todo el proceso ritual de siembra del maíz.

Orita todos los jóvenes no saben lo que quiere decir, lo que deben de hacer, pa' que tengan. Antes nosotros éramos creyentes [...] Entonces para hacer un sembradío tumbábamos el monte [...], el más pobrecito una hectárea. Y el que tantito podía, dos hectáreas. Pero nos echábamos la mano. Nos ayudábamos ir a hacer el sembradío en un día. Una hectárea. Dos hectáreas. Dos, tres, cuatro, cinco hectáreas lo sembrábamos entre treinta hombres o cuarenta. Pero para ir a sembrar, ¿dónde va a empezar? Va a empezar... vamos a suponer que va a empezar conmigo. Entonces ya los invitaba, “a todos aquellos que van a ir con nosotros a hacer el sembradío de maíz, que pasen”. Mi ñora hacía una cazuela así de grande de piques, de frijol o tamales, atole, entonces los invitaban yo. Y allá en el altar poníamos el bulto de maíz. Luego de ahí, una vela a medio costal y nuestro copalero. Hay que estar hincadito ahí, rezándole a San Juan Bautista que llueva y que se dé todo lo que vamos a sembrar, maíz. Todo lo que vamos a sembrar, que se de todo. Le echábamos flores, de ese de concha, al maíz. Le echábamos pedacitos de pan. Luego de ahí compraba un litro de

⁵⁵ Good, “Circulación fuerza”, 2016, pp. 42-43

aguardiente, dos cajetillas de cigarro. Eso para empezar. Ya todos hacen su espeque, sus palos así como ese que tengo. Nuestro sembrador, un palo de ulin. Y otros, los que no llevan este fierro, cortaban un quebrache por ahí. Entonces lo clavábamos y ahí estaba. Ya tenía yo que pasar, soy el dueño, están afilados mis trabajadores. Uno aquí, el otro por aquí así. El otro más allá. Y el otro más allá. Entonces, de allí, ya paso con mi botella, “órale, ¿no tomas?, ¡agarra la botella!, no toma. Échale ahí un traguito”, y luego yo le echo y le pasa la botella. El que no tome, le daba de tomar la tierra. Le dábamos de tomar la tierra pa’que todo se dé y nos de lo que nosotros queremos. “¿no fumas?, aquí está tu cigarro”. El otro por igual y el otro por igual. Le encuentra un pedazo de pan. Ahí está. Así sembrábamos nosotros. Y los trabajadores que van tienen que pasar a mi casa para darles de comer y hacer los piques, que le decimos nosotros de frijolito. Y los hacían grandes para que las mazorcas sean grandes. Bueno, entonces la patrona ya buscaba a sus compañeras. Ya están invitaos las mujeres también. Este lo va a llevar a donde estamos. A donde está la siembra. Uno lleva el atole. El otro lleva los platos. La otra lleva el mole. La otra lleva los frijoles. La otra lleva las tortillas. Tonces ya. Ya llegaron, ya están allá. Tenían el cálculo de llegar allá a las doce. Ya vamos a comer. Nos sentábamos a media milpa, aunque esté el solazo. Ahí teníamos que comer. Ahí nos sentábamos. Las cazuelas están ahí, todas las señoras. Una sirve el atole, el otro nos lleva la tortilla y el otro los frijoles. Un pollo o un gallo. Y ahora no. Ahora no matan nada. Nomás quieren tener. Y eso no. Y nosotros aquí, cada vez que vamos a sembrar, aunque sea un poquito de maíz, hay que matar un pollo. Y hay que ofrendar las cabezas, la pata, sus alitas, la molleja, en un cajete al altar. Ese es darle de comer la tierra y poner la ofrenda, pa’que se dé el maíz. Y sí se daba.⁵⁶

Este relato resulta importante porque da cuenta de todo el proceso ritual, desde tumbar el monte con ayuda hasta bendecir la semilla, preparar los alimentos para quienes ayudaban hasta darle de comer a la tierra. Si bien es un relato extenso éste permite conocer la experiencia de la ayuda mutua. También no permite conocer cómo percibe este ejidatario de la segunda generación a los “jóvenes” de las siguientes generaciones.

Como vemos, Felipe Hernández hace dos distinciones entre su generación y la siguiente que se sugieren importantes. La primera, asegura que los jóvenes de ahora no son creyentes y por eso ya no realizan los

⁵⁶ Felipe Hernández López, “entrevista citada”.

rituales. Esto quiere decir que existía aún un componente sacro en esta generación, aunque más ligada a la religión católica. En segundo lugar, menciona que antes se debía ofrendar y hacer sacrificios; ahora, las generaciones jóvenes solo “quieren tener”, asegura. Estas comparaciones resultan reveladoras para entender la propia definición que hace, desde su concepción, de las nuevas generaciones y con ello va delineando elementos del proceso de modernización.

A partir de este relato y de los discursos de los miembros de la tercera generación es posible vislumbrar un proceso de secularización de ésta, la cual profesa una religión pero ya no cree en rituales para sembrar. Su relación con la tierra está permeada por la razón y por el pensamiento lógico. Para la tercera generación el maíz crece sin necesidad de rezarle a una deidad o a un santo patrono sino con las técnicas adecuadas para ello.

FOTOGRAFÍA 4. FELIPE HERNÁNDEZ LÓPEZ SOSTENIENDO SU AZADÓN Y ESPEQUE.



Fuente: Fotografía tomada por Úrsula Mares, 16 de febrero de 2020. Tepetzintla, Veracruz. Esta imagen fue tomada en su casa, el mismo día en el que se llevó a cabo la entrevista. Para él era importante mostrarme cuáles eran las herramientas con las que trabajaba el campesino dentro del ejido y que quedara constancia de ellas, porque ahora varios usan máquinas. Así, con el azadón y el espeque, me quiso retornar a su tiempo histórico. Para mí fue relevante retratar sus manos y la forma en la que sostenía las herramientas de trabajo.

FOTOGRAFÍA 5. ESPEQUE O SEMBRADOR QUE USAN LOS CAMPESINOS EJIDATARIOS



Fuente: Fotografía tomada por Úrsula Mares Figueras, 16 de febrero de 2020. Tepetzintla, Veracruz. Esta imagen es parte de la anterior y es el detalle de la punta del sembrador. Este instrumento lo sacó durante la entrevista cuando estaba relatando la forma en la que sembraban el maíz y bendecían la tierra. De hecho, elaboró la recreación de la siembra con el espeque para que yo pudiera conocer los movimientos corporales que se hacían mientras se echaba aguardiente.

Ante este relato se podría pensar que tanto el pensamiento como el actuar de los campesinos de una misma generación serían similares, pero no es así. El actual ejidatario Eduardo Francisco, de 84 años, ingresó al ejido en 1960 y comenzó a sembrar maíz. Posteriormente introdujo la naranja y finalmente el plátano. Él asegura que nunca tuvo peones y que trabajaba siempre solo. “¿Pero usted ganaba mano?”, le pregunté. “Nunca”, respondió, “porque pus aquí el que gana mano le ayudas. Mañana, pasado y otro día te

echan la mano. Y eso, como que no checó. Por el mismo tiempo, mejor trabajo yo solo. Y si no, me busco un peón que vaya”.⁵⁷

FOTOGRAFÍA 6. EJIDATARIO EDUARDO FRANCISCO



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, 16 de febrero de 2020. Casa Campesina, Tepetzintla, Veracruz. Esta fotografía la tomé el mismo día en el que se realizó la entrevista con el Comisariado ejidal y con él. Para mí resulta importante brindarle un rostro a los relatos orales, aunque no pude hacerlo con todos.

Es interesante contrastar los relatos orales de dos miembros de una misma generación, pues si bien en conjunto cuentan con rasgos similares y que la experiencias de un miembro puede ser representativa de una generación, también existieron otras formas de pensar y actuar, indicativo de que hubo ejidatarios que no compartían la reciprocidad. Esto complejiza el estudio de las generaciones pues muestra que en su interior no son homogéneas y dentro de cada grupo generacional también hay tensiones y contrastes. Y aunque en este estudio no se pudo profundizar en ello es importante puntualizar la diversidad al interior de las generaciones.

⁵⁷ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

Experiencias de modernización

Lejos de estudiar una modernidad en términos de progresión lineal es posible vislumbrar distintas modernidades generacionales en el proceso histórico del ejido. En cada etapa los ejidatarios han construido modernidades propias a partir de las expectativas y experiencias de cada generación y de las posibilidades que tuvieron en su contexto. A veces la modernización se quedó en el plano de las expectativas y otras se tejieron con las experiencias en algunos planos de la vida ejidal; ya fuera a nivel económico, político, social, educativo o ideológico, como veremos en este apartado.

En el proceso histórico del ejido posterior al cacicazgo se puede hablar de dos modernidades: la que construyó la segunda generación y en la que nació la tercera generación (su tiempo histórico). Según las fuentes orales, para los ejidatarios la modernidad llegó al ejido en 1974 cuando dejó de ser colectivo, porque se parceló el terreno y a cada uno se le entregó un certificado de derechos agrarios. Este proceso hizo que se abrieran nuevos horizontes de posibilidad que antes no existían: la propiedad y el patrimonio individual.

La construcción del recuerdo de la parcelación es similar en la mayoría de los miembros de la segunda generación. Un ejemplo es el relato que hace Gregorio Hermelindo, quien asegura que la división parcelaria se hizo porque los ejidatarios se organizaron contra el acaparamiento de tierras y contra el pago de cuotas iguales para todos.

Después de ahí que trabajaron en común, después se pusieron de acuerdo los viejitos y dijeron: “no pues esto no nos conviene, que muchos como tienen billete se agarran grande y en la cooperación pues igual cooperan [...] por ejemplo, yo si tengo un pedazo chico para mí, me cobran tanto de cooperación y faenas, y la persona que tiene grande terreno, coopera igual. Entonces mucha gente se molestó, “no pues eso no está bien. Mejor vamos a emparcelar el ejido para que así no toque partes iguales”.⁵⁸

⁵⁸ Gregorio Hermelindo de la Cruz, “entrevista citada”.

Gumercindo Gabino, actual consejo de vigilancia del Comisariado ejidal y también miembro de la segunda generación, relata las experiencias de conflicto entre ejidatarios cuando se trabajaba en común. Él asegura que la razón de la parcelación fue para mitigar las peleas que se generaban entre colindantes. A veces se estaban peleando, explica, “por eso el comisariado ejidal tiene que llevar a la policía de la comandancia porque compañeros se están peleando, porque se están quitando su monte. Así pasaba antes porque era como comuneros, sí, así era. Por eso se organizó la gente para poder parcelar”.⁵⁹

La construcción de la memoria de esta segunda generación en torno a la parcelación muestra una necesidad de reivindicar el poder organizativo de los ejidatarios viejos. Sin embargo, estos relatos contrastan con el de Felipe Hernández, secretario del Comisariado ejidal en 1974 cuando se realizaron los trabajos de parcelación. Según él la división del territorio ejidal no fue por una organización de los ejidatarios contra el acaparamiento y por la búsqueda de una división equitativa y justa sino por la introducción de la secundaria agropecuaria. Aunque es posible vislumbrar que su relato está construido desde su postura de funcionario público que quiere hacer saber las obras que aportó a la comunidad ejidal. Se puntualiza esto pues en todo su relato este ejidatario le dio gran importancia a las acciones que realizó en los diferentes puestos en los que fungió como miembro de la mesa directiva del Comisariado ejidal. Para él una de las labores más importantes que dejó al ejido, y al pueblo de Tepetzintla, ha sido la parcelación del ejido y la secundaria, lo le significa un profundo orgullo.

La división del territorio ejidal vino de la mano con la educación, que fue semilla de lo que podríamos llamar la “segunda modernidad”, abanderada por la tercera generación. Ésta conllevaría rupturas con las estructuras de poder al interior de la organización ejidal, cambios de pensamiento y adaptación o abandono de las tradiciones. Además de la división parcelaria, el cambio de cultivos y de uso de suelo, a partir de la década de 1970,

⁵⁹ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

supuso otro cambio en términos productivos ligada a la expectativa de progreso. Posibilidad que se abrió después de 1964, con la muerte de Basilio R. Miguel.

Es precisamente en ese momento en el que inició el proceso de cambio en las relaciones sociales de producción. Esta segunda generación fue la que abandonó paulatinamente la práctica de “ganar mano”. En todas las fuentes orales, tanto de la segunda como de la tercera generación, se hace patente una de las razones principales por las cuales se abandonó el apoyo mutuo: “ya nadie hace milpa”. Aunado a esto, también contribuyó la desarticulación del sistema de reciprocidad comunitaria, que formaba parte de las relaciones sociales en la Huasteca veracruzana, en la que estaba inscrita la práctica social de “ganar mano”.

Según investigaciones de corte antropológico, la vida social en el mundo huasteco está permeada por el intercambio y la reciprocidad. En el trabajo colectivo *Equilibrio, intercambio y reciprocidad: principios de vida y sentidos de muerte en la Huasteca*, se exponen distintas prácticas en las que se existía la ayuda mutua en la vasta región y que en la primera década del 2000 seguían vigentes en algunas poblaciones. La reciprocidad se entiende como “la acción mutua de dar y tomar”⁶⁰ y en los pueblos huastecos comprende los campos de la economía, política, sociedad, cultura y religión. Según Ana Bella Pérez, se educa a los hijos en la Huasteca mediante “las relaciones de intercambio de trabajo, el apoyo mutuo y la cooperación en la producción agrícola. La mano vuelta es un recepto que se mantiene sobre todo para la construcción de las casas, yo te doy mi trabajo y cuando necesite me aportas el tuyo”.⁶¹ Asegura que existe una simetría en las relaciones en las que existe un compromiso moral de dar-recibir y devolver-recibir.

Si bien en algunas poblaciones de la región Huasteca aún persisten las relaciones de reciprocidad, precisamente este estudio muestra que en el

⁶⁰ Pérez, *Equilibrio*, 2007, p. 7 (nota al pie no. 7)

⁶¹ *Ibíd.*, p. 8

ejido de Tepetzintla se abandonó paulatinamente la práctica de apoyo mutuo entre ejidatarios que cultivaban el maíz. Fueron diversos factores dentro de los procesos de modernización ejidal los que determinaron en gran medida el cambio en las relaciones sociales de producción. Esto derivó en el trabajo individualizado (por falta de recursos para pagar peones) o remunerado (cuando los ejidatarios podían pagar peones) en torno al cultivo del maíz.

Las prácticas que implicaban un compromiso comunitario dejaron de ser factibles ante las nuevas condiciones que se presentaron desde las décadas de 1970 y 1980. La vida urbanizada y en proceso de “modernización” de la cabecera municipal, así como los cambios en el mercado regional y nacional, fueron algunos factores que dieron paso a la necesidad de obtener mayores recursos económicos por parte de los ejidatarios.

Asimismo, con la crisis a nivel nacional en el agro, que se hizo presente desde la década de 1970 y que se acrecentó en los siguientes sexenios, los campesinos debieron optar por otras formas de trabajo para generar ingresos. Quienes no pudieron pagar peones ni cambiar de cultivo empezaron a trabajar solos en sus parcelas, o las rentaron o la abandonaron para realizar otros oficios redituables, porque el maíz ya no lo era.

Mientras tanto, las parcelas que dejaron de sembrarse se volvieron monte; es decir, la maleza creció y los animales empezaron a habitar esos espacios. Por lo tanto, los colindantes que quisieron sembrar maíz poco podían producir pues las matas no crecen con sombra y las mazorcas se volvieron alimento de la fauna silvestre que habitaba las parcelas abandonadas. Esto también generó conflictos que menguaron el tejido social interno en el ejido. Los pocos ejidatarios que siguieron sembrando maíz produjeron de forma individual para autoconsumo y la reciprocidad dejó de ser una forma de relacionarse socialmente.

El abandono del ejido lo podemos observar en las siguientes imágenes que dan cuenta del estado actual de algunas parcelas del ejido que están “monte”. En un recorrido a pie por un camino dentro del ejido, realizado en

febrero de 2020, fue posible percatarse que son pocos los ejidatarios que aún siembran maíz. Es así que el objetivo al tomar estas fotografías fue documentar las condiciones en las que se encuentra tan solo un fragmento del ejido.

FOTOGRAFÍA 7. PARCELAS CON MONTE DENTRO DEL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2020

Instituto
Mora

FOTOGRAFÍA 8. PARCELAS CON MONTE DENTRO DEL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2020

FOTOGRAFÍA 9. PARCELA CON MONTE DENTRO DEL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2020

FOTOGRAFÍA 10. PARCELA CON MAIZAL DENTRO DEL EJIDO DE TEPETZINTLA



Fuente: fotografía tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2020. Esta parcela ejidal en un brecha cerca del camino hacia La Laja es de las pocas en las que aún se siembra maíz.

FOTOGRAFÍA 11. EJIDATARIO GREGORIO HERMELINDO EN SU PARCELA



Fuente: Fotografía tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2020. Parcela de Gregorio Hermelindo, uno de los ejidatarios entrevistados de la segunda generación. En la imagen se ven las matas de maíz que sembró, que ya han sido cosechadas y están secas. Él y su esposa, doña Reina, son de los pocos ejidatarios que aún siembran maíz y frijol, además de caña, de la cual sacan agua para vender. Desde hace 7 años ambos se asociaron con un

grupo de ejidatarios para trabajar en colectivo y promover el uso de insumos orgánicos a través de su grupo Tlalli Yeyetzin.

La búsqueda de progreso por parte de algunos campesinos ejidatarios, en el marco del proceso de modernización interno (ejido) y externo (región), produjo cambios en las relaciones sociales ejidales pues algunos optaron por la mejora individual, en detrimento de la comunalidad ejidal y el bienestar colectivo. Otros no tuvieron otras opciones más que trabajar solos o pagar algún peón. También los valores propios de la primera generación, como la gratitud, el sacrificio y la reciprocidad, fueron adaptados por la siguiente generación, que desarrolló algunas características distintas a su antecesora, a partir de sus formas específicas de vida; es decir, de su propio tiempo histórico. Además, los tiempos sociales de los ejidatarios en relación a la siembra del maíz, otrora compartidos y colectivos, se tornaron solitarios e individuales en los casos de quienes aún quisieron sembrarlo.

Para poder enfrentar los nuevos retos que implicaban los cambios externos que imponía el mercado regional y nacional, en los que ya no tenía cabida la venta del maíz (que aún podía ser parte de una subsistencia parcial de los campesinos ejidatarios en la década de 1970), así como para poner en marcha la modernización en las parcelas ejidales que se lo podían permitir y lograr sus expectativas de progreso, algunos miembros de la segunda generación modificaron sus relaciones sociales en torno al trabajo y el resto tuvo que adaptarse a los cambios sociales producidos desde la década de 1980.

La apertura de los nuevos horizontes para los ejidatarios campesinos tepetzintecos, a partir de la propiedad privada (que podía convertirse en un patrimonio o se podía vender), la posibilidad de diversificar los cultivos, así como de cambiar la agricultura por la ganadería, propició la idea de que la producción y el trabajo debían ser eficientes y competitivos. En parte basados en los discursos de la época en torno a las políticas agrícolas gubernamentales, pero fundamentalmente en experiencias regionales de cultivo de cítricos, pasto, plátano y de ganadería que aplicaron algunos

ejidatarios “modernizadores” en sus parcelas. Acciones encaminadas también por las oportunidades del mercado que se abrían en la región y la necesidad de otras ramas de producción.

Los ejidatarios entrevistados refieren constantemente a la falta de campesinos dentro del ejido, desde finales de los ochenta y principios de los noventa, y es precisamente por el cambio de giro que hicieron quienes cultivaban siembras consideradas como “tradicionales” para sembrar pasto o volverse ganaderos. Porque ejidatarios ganaderos ya existían, además surgió un nuevo ejidatario que fue el arrendatario, quien podía rentar la parcela que ya era de su posesión. Aunque según las fuentes orales, se sigue considerando ejidatario campesino a aquel que siembra cítricos o plátano, pero ya no al que siembra pasto, mucho menos al ganadero, al que renta sus tierras o al que paga a jornaleros para que siembren.

Así pues, en este proceso de cambio específico de las décadas de 1970 y 1980, las relaciones comunitarias y la reciprocidad parecieron no servir para lograr el progreso que esperaban, pues implicaba trabajar para ayudar a otro compañero y algunos ejidatarios campesinos empezaron a pensar que descuidaban su parcela y la producción propia. Frente a la precarización económica se avocaron a sacar adelante a sus familias con los medios que tenían a su alcance (parcela y mano de obra) y con ello se perdió la dimensión colectiva del trabajo. En la práctica de “ganar mano”, el tiempo que se “sacrificaba” (individual) y que se “ofrendaba” (colectivo) al compañero ejidatario y al maíz, pasó a ser un tiempo dedicado a la producción para beneficio propio. La competitividad e individualismo (y el egoísmo, según la visión de miembros de la tercera generación) empezó a formar parte de las nuevas relaciones sociales de producción entre los ejidatarios de la segunda generación.

Al revisar el proceso de cambio, aquí se sugiere que el apoyo mutuo entre ejidatarios campesinos vivió un proceso de “secularización” en el marco de la expectativa de modernidad de la segunda generación. El “ganar mano” era parte de un sistema de reciprocidad de las comunidades nahuas de la

Huasteca veracruzana y conllevaba un componente sacro. Se podría considerar entonces como practica “tradicional” en los tiempos históricos del ejido, entendiendo con ello que su “época” era una forma de vida distinta a otras. En el proceso de transición, cuando la segunda generación iniciaba su vida ejidal, los ejidatarios modificaron el sentido de “ganar mano”.

El apoyo mutuo se tornó “moderno”, particularmente en el transcurso de las décadas de 1970 y 1980, en tanto que se modificó su componente sacro y se tornó como una herramienta de trabajo más ligada a la practicidad para enfrentar los embates económicos. El cambio pasó de la sacralidad a la practicidad, aunque siguió conservando su dimensión social y su carácter colectivo. Además, continuó reproduciendo valores basados en las relaciones horizontales entre iguales, a diferencia de la relación establecida por ejidatarios que pagaban a peones por sembrar maíz.

La percepción de los campesinos ejidatarios de la segunda generación era que si “ganaban mano” ya no debían gastar dinero en pagar peones. Esto derivó en una práctica más parecida a la solidaridad entre obreros, por poner un ejemplo, pero sin la dimensión política que ésta conllevaba. Los campesinos ejidatarios de la segunda generación no cuestionaban el orden establecido dentro de la institución ejidal ni usaban el apoyo mutuo como una herramienta de autodefensa en la lucha de clases. Principalmente porque todavía en las décadas de 1970 y 1980 la mayoría de ellos seguían siendo campesinos, aunque con otros oficios para poder subsistir. Sin embargo, frente a la situación de precariedad que muchos de ellos empezaron a padecer vendieron sus parcelas ejidales.

Hay que puntualizar que no es lo mismo el apoyo mutuo que la solidaridad. El primero tiene una dimensión de reciprocidad y de compromiso, mientras que la segunda no necesariamente implica alguno de esos elementos sino que es una voluntad de ayuda horizontal en la que no se espera algo a cambio. Sin embargo, el estudio de Durkheim sobre el cambio social y la solidaridad puede ayudar a entender el fenómeno de la transformación del apoyo mutuo.

Para este sociólogo al no haber una división tan amplia del trabajo en las sociedades tradicionales, pues las ocupaciones laborales eran similares, podían mantener una “solidaridad mecánica”, con experiencias y creencias que se compartían entre los miembros de dicha sociedad. Con el advenimiento de la industrialización y la modernidad, la división del trabajo se atomizó. Este nuevo orden implicó que las relaciones sociales solidarias se modificaran, lo que se convirtió en “solidaridad orgánica”, en la que los individuos generaban dependencia del otro. Esto quiere decir que las creencias compartidas fueron sustituidas por la dependencia mutua.⁶²

En el caso del ejido, durante la etapa del cacicazgo prácticamente todos los ejidatarios eran campesinos con creencias religiosas, valores y un mismo trabajo que los unía. A partir de la división laboral y del cambio de uso de suelo los ejidatarios que siguieron sembrando maíz, frijol y otros cultivos empezaron a depender entre sí para ayudarse. El “ganar mano” ya no se basaba en la creencia divina y en la ritualidad agrícola, sino en la necesidad económica. Para seguir sembrando maíz, y vivir de él, dependían de otros campesinos ejidatarios que estaban en las mismas condiciones de desigualdad. Posteriormente el apoyo mutuo desapareció para dar lugar a las relaciones de “generosidad” en las que se le brinda trabajo pagado al necesitado.

La división jerárquica y la desigualdad (después del cacicazgo) se hizo visible en el ejido a finales de la década del ochenta e inicios del noventa con el ingreso de maestros y otros profesionistas con posibilidades económicas, quienes compraron las parcelas de aquellos campesinos que ya no pudieron sostenerlas. Con ello se desarrollaron relaciones sociales de producción alejadas de la ayuda mutua y la solidaridad, parecidas más bien al altruismo o “generosidad”, que es vertical al ser un intercambio desde arriba hacia abajo.

Ejemplo de lo anterior es la experiencia del profesor Evencio Cruz, ex presidente municipal (1982-1985) que se incorporó al ejido en 1987 y pagaba

⁶² Giddens, *Sociología*, 2001, pp. 36-37

a peones para sembrar maíz en su parcela ejidal. Relata que además de usarlo para autoconsumo vendía algunos cuartillos a las personas del pueblo. Su expectativa al ser ejidatario y contar con una parcela era cultivar puro maíz y, según su discurso, brindarle trabajo a los ejidatarios campesinos y a otras personas que necesitaran trabajo.

Lo que yo quería era cultivarla, para darle trabajo a la gente que necesitara. Porque entre los campesinos tienen sus parcelas pero también se van a ganar su salario. Entonces yo dije: “yo tengo mi trabajo y tengo un trabajo acá, voy a hacer una milpa y le voy a dar trabajo a esta gente también”. Eso es lo que me movió. Y hasta la fecha veo una gente y trato de ayudarlos.⁶³

Esto nos permite dar cuenta del cambio en las relaciones sociales de producción del maíz dentro de algunos sectores del ejido ya desde finales de la década de 1980. El apoyo mutuo entre campesinos ejidatarios era un acto de reciprocidad y gratuidad en colectivo; constructor de lazos sociales y espacios de cercanía. Es decir, se salía de los valores modernos y capitalistas que fomentan la descomposición social y el individualismo. En contraposición, algunos ejidatarios que pagaban a peones para que sembraran maíz (y otros cultivos) en sus parcelas se asumieron como agentes de combate contra la pobreza y la necesidad. Con ello empezaron a reproducir valores basados en relaciones jerárquicas y de poder, así como prácticas con carácter asistencialista.

El componente monetario empezó a dominar los intereses y necesidades de ejidatarios campesinos, por lo que las relaciones sociales en torno al maíz fueron mediadas por el dinero y ya no por el compromiso comunitario ni la reciprocidad. Aunado a esto, a partir de la parcelación inició el proceso de individualización en la producción de los cultivos, en general, y del cultivo de maíz, en particular, y el abandono paulatino del apoyo mutuo.

Según fuentes orales, a finales de la década de 1980 e inicios de 1990, aún existían casos aislados de ejidatarios campesinos que seguían “ganando mano”. Mientras Evencio Cruz fue ejidatario (1987-1999) asegura que supo

⁶³ Evencio Cruz Malerva, “entrevista citada”.

de algunos casos contados en los que se practicaba el apoyo mutuo. De hecho, a diferencia del relato de Felipe Hernández, quien relata que se “ganaban mano” entre 10 y 15 ejidatarios en la década de 1960, Evencio Cruz recuerda que a finales de los ochenta y durante la década del noventa la ayuda se practicaba entre dos o tres.

Cuando yo estuve algunos todavía practicaban eso. Le llamaban “te voy a ganar mano”. Sí, “¿cuándo vas a sembrar?”, “voy a sembrar el jueves”, “¿crees que terminemos en un día?”, “no, en dos días, como namás tú y yo”, “pero ¿y si invitamos a otro?”, “Bueno, a ver”, “Sembramos primero mi parcela, ahora vamos a sembrar tu parcela”. Bueno, sembraban la otra parcela. Otra vez los tres van a sembrarle la milpa al otro camarada. Y así se ayudaban. Era una ayuda mutua. [...] ya nada más algunos, muy retiraditos. No era todo el ejido que se ganaban mano, eran contados, allá. Pero ya después eso fue muriendo por la patria. No sé qué factor influyó, porque se fue olvidando ya. Ya también los tiempos fueron cambiando.⁶⁴

Por otro lado, resulta necesario aclarar que el trabajo individualizado que se acentuó en la década de 1980 fue, en algunos casos, decisión propia de los campesinos ejidatarios porque, según sus experiencias, aseguran que trabajaban mejor. En otros casos fue producto de la precarización económica; al no poder “ganar mano” tampoco podían pagar peones.

Para la década de 1990 fue producto de lo que aquí consideramos como una “segunda modernización” con la introducción de los fertilizantes y herbicidas químicos. A partir del noventa la producción de maíz decayó a tal grado que los campesinos ejidatarios que no producían su maíz empezaron a comprar el grano que se vendía en el tianguis y que provenía de otros municipios. Como vemos, el abandono del cultivo de maíz repercutió en las relaciones sociales de producción entre ejidatarios campesinos y en su propio consumo.

El ejidatario Eduardo Francisco relata que su expectativa al ser ejidatario, a inicios de la década del sesenta, era utilizar las tierras para sembrar maíz. Ese era el futuro posible que le habían dejado las generaciones predecesoras, “esa es la semilla que sembramos todos aquí”,

⁶⁴ Evencio Cruz Malerva, “entrevista citada”.

asegura, “porque antes no había ni pastizales, todos los que trabajábamos en el campo sembrábamos maicito, frijol, todo eso, platanares. Y en eso pasábamos la vida, manteniéndonos”.⁶⁵ Posteriormente relata que poco a poco las personas se dejaron de ayudar, “ya fue decayendo todo”, dice, “pues yo me imagino en vista de que ya no hubo campesinos, y a hasta la fecha. Ahorita las parcelas sí las están utilizando, pero a base de pastizal. Tienen algunos animalitos ahí. Y eso está pasando en Tepetzintla”.⁶⁶

FOTOGRAFÍA 12. PARCELA EJIDAL CON PASTIZAL



Fuente: fotografías tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2020. Esta parcela es tan solo una muestra del cambio de uso de suelo en el ejido. Un gran parte de los ejidatarios siembra pasto para vender o rentan sus parcelas para el ganado. Esto les ha resultado más redituable que otros cultivos.

El maíz, entonces, tenía un vínculo con el pasado del que se desprendió la segunda generación, cuando se les abrieron nuevos horizontes de posibilidad vinculados al progreso. Como veremos en el siguiente

⁶⁵ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

⁶⁶ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

apartado, el maíz cumplía una función social y simbólica importante en el tejido comunitario; era el eje central de los rituales agrícolas.

En la primera generación, el maíz y las prácticas en torno a él construían experiencias que anclaban a los ejidatarios al pasado y generaba expectativas hacia “futuros pasados”, al decir de Koselleck. La apertura de nuevas posibilidades, la educación y los distintos procesos de “modernización” alteraron las cosmovisiones en torno al maíz y a la tierra, esto provocó un impacto en las relaciones sociales de trabajo ejidales que se habían tejido en ese marco. Las relaciones comunitarias y simbólicas hombre-tierra-maíz cambiaron sustancialmente. El apoyo mutuo y la colectividad se transformaron en individualización, relaciones mediadas por el dinero y en algunos casos competencia por alcanzar “el progreso”. Esta búsqueda por mejorar las condiciones socioeconómicas llevó a la diversificación de experiencias ejidales en el uso de las parcelas ejidales: cambio total o parcial de cultivos, uso de suelo para pastoreo, ganadería, producción de maíz y frijol a pequeña escala, abandono o venta de las parcelas.

Fue esta segunda generación, denominada aquí como de “transición” hacia la modernidad, la que transformó sus relaciones sociales en torno al cultivo del maíz, de la ayuda mutua a las relaciones sociales de producción jerarquizadas y condicionadas por la necesidad económica. La expectativa de progreso y la búsqueda por alcanzarlo generó competencia desigual entre los campesinos ejidatarios. La posibilidad de producir para ganar y mejorar económicamente empezó a permear poco a poco la vida ejidal y a impactar en las relaciones sociales que se diversificaron, al igual que los usos de las parcelas. Para muchos ejidatarios era mejor tener ganado, pastizales o cítricos que sembrar maíz.

Con la parcelación ya no solo contaban con una propiedad sino con un terreno que podían vender o heredar y en la cual podían sembrar cultivos más redituables que les proporcionaran bienestar económico. La posibilidad de progresar o “ir más arriba”, como expresan los ejidatarios entrevistados de

la segunda generación, era ya algo tangible. La expectativa de progreso se abrió para dar paso a la experiencia vivida. Fue entonces que se dio el *boom* de la ganadería y los críticos, lo que conllevó a generar producciones excedentes que provocaron la baja demanda de los productos. Este cambio no necesariamente resultó benéfico, en algunos casos la experiencia hacia la modernidad y el progreso llevó a que los ejidatarios sufrieran grandes pérdidas de cosechas, como en el caso de la naranja o del plátano. Un ejemplo fue la experiencia de Eduardo Francisco, quien dejó de sembrar maíz y empezó a probar con la siembra de naranja, pero no pudo venderla.

Sembré un parte de naranja. Pero como en vista de que, no sé en qué consistió, no tuvo precio, no tuvo validez. Ahí donde colindo con un señor de La Laja, tiene naranjal, le digo “Agustín, ¿no has vendido tu naranja?”, “nombre, están pagando quinientos pesos la tonelada”, dice. [...] Nunca aumentó, al contrario, ya no hubo venta. En Álamo ya no consumieron. Bajó la fruta. Como ha visto con una mata de limón cuando pasa de madurez, se baja todo. Entonces dije, “no, ya no voy a seguir”. [...] Lo que hice, sembré plátano. Sembré platanar. Pero también el platanar de manzano, por primera vez, unos racimotes así. Sembré al menos como medio ciento. Cincuenta mata de plátano de manzano. [...] Pero en eso se fue drenando la mata de plátano. Le pegó una enfermedad. El “panamá” creo que se llama la enfermedad del plátano. Aunque tenga su racimito ya empieza a amarillar la hoja. Y ya los mamones, las crías, van creciendo, ya se enferman, empiezan a amarillar. Esa planta hay que trocearla y en medio del tallo está negro con blanco, negro con blanco, el corazón lo tiene muerto.⁶⁷

Frente a esa situación los ejidatarios tuvieron que buscar otros cultivos u otras formas de subsistencia que se vincularon con otros mercados, otro vendieron sus terrenos. Como vimos, Eduardo Francisco cambió del maíz al cítrico, después al plátano manzano y finalmente a otro tipo de platanar para vender hojas e insertarse en el mercado de la producción del zacahuil, un nuevo negocio en expansión con ventas no solo en Tepetzintla sino en los municipios aledaños.

Así se fue perdiendo. Le metí puro plátano bárbaro huasteco de hojas cuadradas que su fruta no tiene validez pero aquí se utiliza la hoja. Lo ocupan para el zacahuil. Y como aquí en este municipio hay

⁶⁷ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

mucha gente que ha agarrado ese negocito de vender zacahuil y llevan a Tuxpan, a Tampico. Van a vender zacahuil. Tonces ellos compran la hoja.⁶⁸

Aunque estos cambios se desarrollaron de manera paulatina, a lo largo de las décadas del setenta y ochenta algunos ejidatarios campesinos siguieron sembrando maíz y frijol porque no contaban con las posibilidades económicas para comprar ganado o cambiar al cultivo de cítricos. Pese a ello, los pocos que sembraban maíz lo empezaron a dejar, Eduardo Francisco explica que era muy difícil sembrar maíz si alrededor de las parcelas ya no había milpas.

Maíz dejé de sembrar porque allá donde tengo mi parcela ya no hay milpas. El daño es demasiado. Yo sembraba dos hectáreas de maíz. ¿Qué tanto le podría cosechar? Dos o tres carguitas. Mapaches y venados, ardillas, papanes, papan reales, todo eso. Y por más que yo le daba cuidado, una noche, a la otra noche ya estaban adentro. Así que no, lo dejé. Lo que hice, ¿sabes qué? Le sembré pasto. En mi parcela, en lo de cinco hectáreas, tengo mi pastizal. Le mande hacer la presa.⁶⁹

Ahora bien, a pesar de haber sido la generación de las transformaciones hacia la modernidad ejidal,⁷⁰ hubo miembros de ésta que se resistían a realizar ciertos cambios y mantenían tradiciones en las estructuras organizativas o en las costumbres de sus padres. Para ellos era importante mantener las faenas y conservar la relación con el gobierno municipal. De hecho, los ejidatarios contaban con gran poder político en el municipio. Cuando apoyaban a un candidato a presidente municipal se organizaban entre todos los ejidos del municipio de Tepetiztla para que esa persona llegara al Ayuntamiento. Evencio Cruz, ex presidente municipal y ex

⁶⁸ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

⁶⁹ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

⁷⁰ Entendida como un proceso que conllevó distintos cambios que van desde el uso de suelo, transformación de pensamientos y valores, cambio en la relación con la tierra y el maíz, división del terreno ejidal en parcelas, formulación de nuevas expectativas y posibilidades, cambio de giro en los ejidatarios, relaciones sociales de producción basadas en el dinero, la individualización del trabajo, el uso de insumos químicos para los cultivos y el uso de herramientas como bombas y máquinas para desherbar.

ejidatario, asegura que fueron los ejidatarios quienes lo colocaron en la presidencia municipal, que ejerció de 1982 a 1985.

Se pusieron de acuerdo que todos me iban a sostener. Me dieron el voto. El Comité Regional Campesino quería ser presidente municipal y no lo quisieron apoyar. Todo el sector campesino se va conmigo y me sostiene. Todo el pueblo me apoyó. La gente también cooperaba para los viajes. Entonces fui presidente municipal del pueblo. Me brindaron el apoyo. Entonces la relación con los ejidos estaba bien. Todos los ejidatarios apoyándome.⁷¹

Algunos miembros de la segunda generación también continuaron realizando la bendición de la semilla, según lo inculcado por sus padres y abuelos. Su principal ingreso provenía de su parcela ejidal, por lo cual mantenían arraigo a la tierra, además de otros trabajos que realizaban para complementar los ingresos familiares. A diferencia de la tercera generación cuya fuente principal de ingresos provenía de otros oficios, lo que generó un cambio en la relación con la tierra y, por tanto, la gratitud que la segunda generación sentía hacia su fuente de alimentación.

La “segunda modernidad” se puede ubicar temporalmente a inicios de la década de 1990, cuando los miembros de la tercera generación se integraron al ejido.⁷² Su llegada supuso un proceso de ruptura con las viejas políticas establecidas en la organización del ejido y sus relaciones con el gobierno municipal; así como transformaciones en las costumbres practicadas por sus padres y abuelos. Aunado a esto, a mediados de la década del noventa, comenzó la venta de fertilizantes y herbicidas químicos que prometían ayudar al campesino a producir de manera más práctica y eficaz.⁷³ Esto provocó también una ruptura en las relaciones de trabajo y la

⁷¹ Evencio Cruz Malerva, “entrevista citada”.

⁷² Algunos miembros de la segunda generación también se integraron a inicios de la década del noventa. Aquellos que salieron de Tepetzintla durante muchos años para trabajar en las ciudades y regresaron pensionados, con 60 o 70 años, para vivir de su parcela ejidal heredada o comprada. Pese a ello, mantenían un arraigo con la tierra y las costumbres de sus padres y abuelos en relación a la bendición de la semilla de maíz, pero ya no practicaban el “ganar mano”, porque en su ausencia las relaciones sociales de producción ejidales en el cultivo de maíz ya habían cambiado.

⁷³ Esto formaba parte del Programa Nacional de modernización del campo, según el Plan Nacional de Desarrollo gubernamental implementado en el sexenio de Carlos Salinas. Una de las estrategias de este programa era entregarle insumos a los campesinos a precios

contaminación de la tierra. Everardo Morales relata su experiencia con los químicos y explica la diferencia con las prácticas de su papá.

El usar químicos como apoyo era una de las tareas que sí la realizábamos. Como apoyo. Ahora lo usamos al cien. O sea que antes era de apoyo. Por ejemplo, para fumigar. Pero para limpieza con el machete y el azadón. Hoy no. Hoy compran químicos para quitarle la plaga y para meterle a la hierba. Ahorita la gente que siembre, pues le conviene. Lo limpias en dos días. Con peones te haces dos semanas. Conviene echarle líquido que meterle peón. O sea, es un ahorro, pero no sabes lo que le están metiendo a tu tierra. Antes se trabajaba, yo me acuerdo con mi papá, con el azadón y el machete. Yo me acuerdo que antes, para la plaga, usábamos el mentado DDT. Pero no lo usábamos como se usa hoy. Antes venía en polvo. Y antes usábamos un trapito y a las plantitas. Ahí vamos de bolsita en bolsita. Sacudiendo la bolsita y cayéndosele encima.⁷⁴

Por su parte, Fermín Longinos complementa el relato de su compañero al explicar los beneficios laborales y económicos para ellos al usar químicos, así como una de las razones por las cuales el trabajo de siembra se tornó individual.

Llevaba más tiempo [sembrar] y es más cansado. Ora no, ora nomás te pones la bomba y sale todo el líquido como loco. En una hora, dos, ya está listo la fumigada. Y con un trapito, ¿aquioras? [...] Si estás pagando un peón, que no se le paga mucho, ciento cincuenta pesos. Y si no tienes capital, ¿cómo le haces? No tienes capital para el peón, ¿qué tienes que hacer? Le tienes que entrar tú. O sea que te vas a aguantar.⁷⁵

accesibles. Para lograr esto se articularon distintas empresas y programas como Fertilizantes Mexicanos (Fertimex), la CONASUPO y sus bodegas rurales (Boruconsa) para distribuir los fertilizantes químicos. Con ello se pretendía promover la eficiencia productiva y estimular la competitividad agrícola. Posteriormente, en 1994, nació el Programa de Apoyos Directos al Campo (PROCAMPO) que lejos de alentar la producción de granos sirvió como programa de asistencia social usado por los campesinos para comprar alimentos y ropa.

⁷⁴ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

⁷⁵ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

FOTOGRAFÍA 13. MACHETE COMO HERRAMIENTA DE TRABAJO AGRÍCOLA



Fuente: fotografías tomada por Úrsula Mares, 18 de febrero de 2018. Esta fotografía fue tomada en la parcela del ejidatario Gregorio Hermelindo. El machete sigue siendo una herramienta indispensable para los pocos campesinos ejidatarios, como lo menciona Everardo Morales, porque no cuentan con los recursos para comprar máquinas para desherbar.

Aunado a la introducción de químicos para los cultivos, en esas mismas fechas el INEGI realizó las nuevas medidas de las parcelas para que no hubiese conflictos entre colindantes y para señalar puntualmente cuánto abarcaba cada una. Después de un año de labores, aproximadamente en 1998 se le entregó a cada ejidatario un Certificado de derechos parcelarios con las medidas exactas de su terreno.

Ahora bien, la construcción de la memoria que hacen los miembros entrevistados de la tercera generación es integrativo y dignificador. Aseguran que sus padres eran ignorantes o tenían “otro tipo de razón” diferente a la suya. Hacen referencia al campesino no es términos individuales sino como gremio, como un colectivo. Cuando relatan acciones pasadas del ejido, de las que ellos aún no formaban parte, se integran en el relato a esas acciones,

probablemente porque sienten que siempre han pertenecido a dicho grupo por ser hijos de ejidatarios. Ejemplo de ello es cuando Fermín Longinos habla de los conflictos entre colindantes y la organización por obtener el certificado de derechos agrarios.

Entonces dijeron ellos: “Aunque nos cueste trabajo, aunque nos cueste recursos económicos, pero vamos a pelear y para que nos manden ya un documento donde consta que somos dueños”. Desgraciadamente sí llegó ese documento, pero como comentaba aquí el secretario, no contó con sus respectivas medidas, llegó globalizado se podría decir. Entonces llegó nomás así “Fulano de tal, cuenta con esto”. Y créame que allá adentro de las tierras había compañeros que, no sé si éramos egoístas entonces, no respetábamos a donde llegaba el otro compañero, venía y se metía más allá o sí no el otro más para acá, viceversa. No dejaba de haber polémicas en el ejido.⁷⁶

Los integrantes de esta generación, además, construyen en sus relatos ideas de poder caciquil, abuso de poder e injusticias en el proceso histórico del ejido. Por ello aseguran que es necesario luchar por la igualdad, justicia y dignificar a los campesinos ejidatarios. Es decir, rememoran las experiencias pasadas y mantienen un diálogo con ellas para justificar las nuevas acciones y valores que, según ellos, requiere el “gremio campesino”.

Por respeto, yo siento que en lo particular, tenían algo como ser agradecidos, pero hoy la ley te dice que una cosa es ser agradecido y otro que entiendas si realmente te están apoyando. Esto es recíproco, al menos yo así lo entiendo, como ser humano esto es recíproco. Aquí tiene que haber reciprocidad. Si no te reciben, ¿cómo vas a querer entrar? Legalmente, guíate sobre la ley y te dice “esto pasa”. La gente de antes estaba cerrada y quizá por religiosidad, por creencia, decían vamos a guardarle un respeto. Bueno, no decimos que no somos respetuosos, yo no respeto esas razones, pero también quiero creer que somos iguales. La igualdad antes que nada y si no, no tengo por qué estar ahí como mis padres lo hicieron, como mis abuelos lo hicieron, porque eran analfabetas y no entendían nada.⁷⁷

⁷⁶ Comisariado ejidal, “entrevista citada”. Con este relato podemos ver que reafirman su pertenencia al “gremio campesino”. Particularmente lo notamos en la frase “no sé si éramos egoístas”, cuando Fermín Longinos habla de los conflictos entre colindantes. Empero, en el tiempo en el que eso sucedió él no formaba parte del ejido sino que se integró después. Aun así él se asume como parte del colectivo ejidal porque actualmente lo es y porque su padre lo fue. Su legitimidad radica no sólo en un documento legal expedido por el gobierno sino en la continuidad genealógica local.

⁷⁷ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

En sus relatos hablan del ejido como producto de una lucha de sus padres y abuelos, y de la parcela ejidal como un patrimonio que se debe respetar. “Para mí la parcela es un tesoro”, asegura Fermín Longinos.

Yo amo a la tierra, es un tesoro de mi padre, porque me dejó, el me lo regaló. Así lo digo al cien por ciento y le digo a cualquier compañero, él me lo dejó porque según él, me vio más cambiador; porque tengo cuatro hermanos, pero a ellos no les gusta la agricultura. Entonces mi papá, con todo el orgullo, me lo regaló. Y hoy en día le sigo demostrando. Incluso él no deja de ir, él va, pero él ya no es dueño de la parcela, él ya se destituyó de todo aquí. Por eso le decía, yo llegué aquí por él. Eso es lo que pasa, el interés de cada ejidatario de tener noción de trabajar la tierra. Y lo que decía usted hace ratito, “¿vive de ahí?”, a lo mejor no, o a lo mejor sí, eso ya es un albur. Si le voy a echar ganas al cien por ciento pues sí me va a dar para comer. Hoy en día no está para saberlo, se vende mucho la hoja de plátano aquí en Tepetzintla para hacer el zacahuil. Es muy vendido.⁷⁸

Asimismo, estos ejidatarios miembros de la tercera generación y de la mesa directiva del Comisariado ejidal se asumen como herederos de esa lucha y como campesinos al servicio del ejido, cuya labor es mantener el patrimonio de sus padres, así como defender las causas justas, después de una historia de abuso de poder e injusticias dentro de la organización ejidal.

Derrocamos los dinosaurios, pero es triste, yo así lo veo, es triste porque ellos hicieron mucha retención de documentos de los compañeros. Compañero que les caía mal o que era político, tantito que quería hablar o se quería defender, no salía su certificado parcelario. Ellos iban a Jalapa, no sé cómo le hacía, pero iban a hablar con el director del RAN o de propiedad agraria “a esta persona me le retienes sus documentos porque es que allá anda mal”. Claro que como allá no los conocen, no llegan hasta acá, entonces a ellos los tomaban en cuenta, pero aquí ya se estaba formando un cacicazgo (sic), y déjeme decirle: en mil novecientos noventa y seis, noventa y siete, noventa y ocho, fue cuando paramos todas las cooperaciones. En ese tiempo, en el año noventa y seis hacia atrás les pedían mucha cooperación aquí en el gremio campesino. [...] Que para un trabajo que vaya a haber y equis cosa. Y todo lo tenía que solventar el campesino ¿Cómo le hacían para dar su cooperación? Quién sabe. Hoy en día ya no. Desde que ya entramos

⁷⁸ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

nosotros, se puede decir, otra generación, vamos a llamarle así, porque derrocamos los dinosaurios.⁷⁹

Los miembros de esta generación también recuerdan la ayuda mutua que practicaban sus padres con sus compañeros ejidatarios. La construcción del relato, más que nostálgica hacia la reciprocidad extinta pareciera de reivindicación del poder organizativo y de unión entre los campesinos. Everardo Morales y su explicación es muestra de ello.

Fíjese que eso se ha perdido. Nosotros le decíamos que se daban la mano hace tiempo y le digo, se ponían de acuerdo y se sentía bonito porque cuando llegaban y la milpa acá, la milpa allá, pues grande, y los animales llegaban y no se acababan la milpa, pero hoy siembro yo y se acaban la milpa. Lo que decía el compañero, que ese era el apoyo que se recibía entre compañeros. Hoy no. Hoy cada uno hace lo que quiere, lo que puede.⁸⁰

Este relato resulta revelador al expresar que el ejidatario campesino se ha quedado solo frente a las circunstancias marcadas por la economía de mercado en las que el campesino tiene que salir adelante solo y como pueda. Al preguntarle la razón por la cual él creía que se había perdido el “ganar mano” y la unión entre los ejidatarios, opinó que fue por “falta de comunicación”. Aunque en su relato muestra el cambio de la relación social entre los campesinos ejidatarios en el que la competencia y la envidia empezaron a ser visibles.

El mal entendimiento entre el gremio campesino, y pues también ¿por qué no? yo lo entiendo así, dicen “a aquél cuate le fue bien, yo

⁷⁹ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁸⁰ Comisariado ejidal, “entrevista citada”. A partir de este relato es posible ver que existe una necesidad de repensar la organización de los ejidatarios, ya sea desde la institución, desde la racionalidad, pero también desde la cooperación moral del ejidatario como individuo. Si antes se pensaban los ejidatarios como un colectivo ahora se asumen como una suma de individuos racionales que no necesariamente deben regirse socialmente bajo los usos y costumbres sino desde las leyes, desde la igualdad, la libertad, la conciencia y el compromiso personal. Sin embargo, como ya vimos, hay tensiones la interior de la organización ejidal pues algunos miembros de la segunda generación apelan a las tradiciones, mientras que estos miembros de la tercera generación apelan a las leyes y a la racionalidad del ejidatario. Ambas generaciones están conscientes de la necesidad de una organización unificada para mejorar el funcionamiento interno, pero parten de puntos de enunciación distintos. Esto no refiere a una pérdida de valores sino de un cambio de principios bajo los cuales se rigen estas generaciones de ejidatarios y que, además, coexisten en un mismo espacio social.

también voy a sembrar igual, pero ya no con él”, o sea con otro. La discrepancia que a veces se da. Entonces es ahí donde no se acerca, en vez de decir “bueno, vamos a sembrar” y lo hacían antes.⁸¹

Para Fermín Longinos la pérdida del apoyo mutuo tiene que ver con razones monetarias. Se fue perdiendo el apoyo comunitario, asegura, “porque ya empezaron a entrar aquí gente de dinero, vamos a llamarlo así, y ya fueron invirtiéndole dinero de acuerdo a sus posibilidades”.⁸² Ante lo expresado por su compañero, Everardo Morales reflexionó y coincidió en que el dinero fue factor importante en la pérdida de la comunalidad y reciprocidad. Ambos sitúan la pérdida de la ayuda entre ejidatarios en la década del noventa, con la llegada de maestros y otras personas que no eran campesinas.

De hecho lo que decía él y sí es cierto, ya que llegaron gente con dinero. Antes yo le daba la mano a él, él le daba la mano a él y él me daba la mano a mí. Ya nos uníamos y terminábamos. Luego llega el que tiene dinero y “no, no ¿sabes qué? ya lo contraté”. Y él se va a ir porque yo no le voy a pagar, él quiere comprar algo y no tiene dinero, entonces prefiere no darme la mano e irse con el que le va a pagar. Es una lana que va a entrar.⁸³

Después de relatar las experiencias de ayuda mutua que vivieron sus padres y abuelos, los miembros de la tercera generación reflexionan sobre la situación actual del ejido y de los ejidatarios. Aseguran que es necesario volver a realizar ciertas prácticas del pasado, como el uso del machete y azadón, en lugar de los herbicidas, y construir de nuevo las relaciones de reciprocidad para “ganar mano”. Una vez que lo han pensado, Everardo Morales expresa:

La gente que sembrara, uniéndonos otra vez como se unían. Sí porque, por lógica, al menos yo no sigo porque en los cuatro puntos cardinales tengo potreros y si yo hago milpa, la milpa es para los animalitos del monte. Pero si ya hay diez o doce que se unan a hacer milpa, sí nos conviene a todos. Meterle el azadón y el machete es

⁸¹ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁸² Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

⁸³ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

mucho mejor, ya sabemos que eso le da un beneficio a la tierra. No erosionamos la tierra. No contaminamos la tierra.⁸⁴

Fermín Longinos también hace un diálogo con la experiencia de “ganar mano” y los horizontes de posibilidad del ejido si se pierde la transmisión de los conocimientos y las prácticas de sus padres y abuelos.

Y déjeme decirle que ahí se pierden esas historias, esas costumbres, porque si él tiene un hijo ya no le enseñó, ahí se acabó todo. Pero si él siguiera sembrando, a lo mejor su hijo fuera viendo el ejemplo. Entonces para mí es bonito. Hoy en día quieren echar a andar la mano, Benito me ha dicho. ¿Por qué no nos apoyamos unos con otros? Y no pagar peones.⁸⁵

Así entonces, al construir diálogos con las experiencias que han vivido sus padres en el proceso del ejido han repensado la unión y el apoyo mutuo entre ejidatarios como una posibilidad de su presente. En la última entrevista realizada a los miembros del comisariado ejidal, Everardo Morales hizo una última reflexión sobre el apoyo mutuo y externó: “yo creo que el volver a retomar y el volver a recordar, el volver a hacer lo mismo, te lleva a algo. O sea, unificar los trabajos. Yo creo que eso es importante”.⁸⁶ Mientras que Fermín Longinos también explicó su sentir y su expectativa de regresar a la unión entre ejidatarios.

⁸⁴ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”. Es interesante este relato pues muestra una conciencia de estos ejidatarios del desgaste de la tierra y la contaminación causada por fertilizantes, pesticidas y herbicidas químicos que se empezaron a usar en el ejido a partir de la década del noventa, los cuales eran promovidos y entregados, muchas veces, por el gobierno. Si bien en el ámbito académico se empezó a abordar el tema del “conocimiento ecológico local” desde la década del ochenta y a inicios del dos mil hubo programas promovidos por organizaciones nacionales e internacionales en torno al tema, es difícil saber si dichos estudios, discursos y programas incidieron en el despertar de la “conciencia ecológica” en la tercera generación de ejidatarios (y parte de la segunda). Pero es posible vislumbrar, a partir de sus relatos, que al poner en relación las experiencias de cultivar de sus padres y abuelos con las suyas, se percataron de una gran diferencia entre la abundancia de cultivos en el pasado y la actual calidad de la tierra que no permite que se den los cultivos. Además, por supuesto, de la disminución de las lluvias. A partir de esa revisión de las experiencias de antaño es que consideran retornar al uso del azadón, en lugar de los herbicidas. No se tiene conocimiento de que desde la institución ejidal se realizaran políticas a favor de los conocimientos tradicionales en torno a la ecología local pero sí acciones desde la pastoral indígena. En ese espacio se iniciaron labores de recuperación del mito del nacimiento del maíz, por ejemplo. Aunado a esto, en este marco temporal se formó el grupo Tlalli Yeyetzin, que promueve el uso de insumos orgánicos desde hace 10 años.

⁸⁵ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

⁸⁶ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

La cosa es apoyarnos mutuamente, darnos la mano, ¿para qué?, para que nuestras tierras produzcan. Por decirles un ejemplo, bueno yo así lo creo y lo siento, no creo que no pueda perder dos, tres días, como dicen, ahora sí, no me voy a morir de hambre para irte a ayudar, o yo a él. Aquí por lo que yo veo, es tener noción de trabajar la tierra, ese es el punto clave para mí. No tengo dinero, pero tengo ganas de producir la tierra, échenme la mano, sale vamos. Y esto lo quiere renacer Miguel Santiago con Benito. Y te digo porque a mí me han invitado, “nomás avísenme y vamos”, “¿de veras?”, “sí”, ahorita han dado faena en camino a Texizco, ajá. Y ya ves que pidieron el apoyo aquí. Si uno fuera, ahora sí que, poner un poquito de grano. Pero yo veo que a veces es el egoísmo.⁸⁷

A partir de las condiciones de *lo que es*, los miembros de la tercera generación vuelven la mirada hacia *lo que ha sido* para construir nuevas prácticas adaptadas a las condiciones que los ejidatarios viven actualmente. Esto es lo que Walter Benjamín llamó el poder de la emancipación desde la modernidad.

El tiempo de los ejidatarios de esta generación retorna a ciertas tradiciones y prácticas de la primera y segunda generaciones, acaso como un eterno retorno hacia *lo que fue* a partir de nuevas transformaciones y otras experiencias vividas. En los momentos de ruina dejadas por la modernidad, el ejidatario regresa a una expectativa olvidada: el maíz. Pareciera entonces que la modernidad solo es la producción de herramientas para hacer la vida más práctica dentro de los tiempos cíclicos.

d. La muerte de *Chicomexochitl*: el maíz como eje del apoyo mutuo ejidal

El municipio de Tepetzintla cuenta con 17 comunidades, habitadas en su mayoría por población mestiza bilingüe (náhuatl y español) con raíces nahuas cuyas creencias, costumbres y tradiciones se relacionan a la vida agrícola y siguen vigentes en la mayoría de ellas. Como territorio de origen nahua los habitantes de la cabecera municipal, así como la primera generación de ejidatarios, también formaban parte de ese grupo étnico y

⁸⁷ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

compartían algunos elementos culturales y concepciones del mundo con otras poblaciones aledañas. Sin embargo, el proceso de urbanización y modernización del centro tepetzinteco, así como su posición geográfica entre la llanura costera y las montañas, incidió en las formas de vivir y pensar de sus habitantes. De modo que los sistemas de creencias ligados a la religiosidad popular se desarticularon y se diluyó la práctica de la lengua náhuatl, a diferencia de las comunidades que continuaron con ciertas tradiciones y costumbres ligadas al ciclo agrícola.

El cultivo de la tierra ha sido parte fundamental de los pueblos nahuas de la Huasteca veracruzana y han construido un vínculo sagrado con ella. Por ser concebida como “entidad viva” se piensa que requiere atención y respeto. Además, está “regida por entidades sagradas que le pertenecen y administran”. Es por ello que en este marco de sacralidad, “la noción de patrimonio se sujeta a un sistema de valores colectivos alejados de los preceptos de ‘propiedad individual’, que no puede pertenecer en términos estrictos a los hombres”.⁸⁸

Esta concepción patrimonial ligada a lo sacro y arraigada en la primera generación de ejidatarios de la cabecera municipal de Tepetzintla (la mayoría con raíces nahuas), se transformó y cobró otro sentido, en parte, cuando el terreno ejidal dejó de ser colectivo y se dividió en parcelas. La relación otrora sagrada con la tierra que habían construido los primeros campesinos ejidatarios y que formaba parte de su cosmovisión, fue transformada por la segunda generación cuando vivieron la experiencia de la propiedad individual; particularmente cuando se abrió la posibilidad de “progreso”.

La concepción de la tierra se transformó de un espacio sagrado y vivo al cual cuidar y pedir permiso, a un espacio que posibilitaba el sacar provecho para beneficio propio. Este cambio formó parte de la desarticulación del sistema de reciprocidad comunitaria que formaba parte no solo de los habitantes de Tepetzintla sino de la mayoría de la población de la Huasteca veracruzana meridional. Aunque este cambio se dio con ciertos

⁸⁸ Gómez, “Maíz cosmovisión”, 2017, p. 442

matices, se dejó de pedir permiso a la tierra antes de sembrar pero algunos ejidatarios siguieron bendiciendo la semilla de maíz, por ejemplo. En este marco, cada generación de ejidatarios fue adaptando o cambiando el sistema de creencias y de valores colectivos a partir de sus propias ideas, experiencias y horizontes de posibilidades.

Ahora bien, distintos estudios antropológicos han abordado la ritualidad agrícola en los pueblos indígenas y campesinos de la Huasteca veracruzana y coinciden con la importancia del maíz en su vida y cosmovisión. Según los estudios de Arturo Gómez en esta región, el maíz es concebido como generador de vida, planta primigenia y eje cósmico. La mitología, señala, “ubica su aparición en el mismo tiempo que los humanos: es divinizado y señalado como una entidad terrestre que vivió junto a los hombre pioneros, víctima de sacrificio y cuya muerte provocó la aparición de la planta con mazorcas”.⁸⁹

Este antropólogo señala que la importancia del maíz sigue vigente en los pueblos indígenas de la región Huasteca meridional de Veracruz por ser la base de la alimentación. Es “el elemento que articula la cosmovisión y el proceso ceremonial de los pueblos indígenas; en el calendario ritual ocupa la mayoría de las celebraciones que se vincula con el ciclo de su cultivo”.⁹⁰ El maíz es entonces el eje de la ritualidad relacionada con el ciclo agrícola que comprende desde la preparación del terreno, la petición de lluvia, la bendición de la semilla a sembrar, el cuidado de las plantas, la cosecha, hasta su almacenamiento.

Por su carácter sagrado, en torno al maíz se han construido relatos míticos que “se han conformado como porta voces de la ideología de los pueblos y como verdaderos recursos didácticos de enseñanza-aprendizaje que, mediante la oralidad, transmiten mensajes al campesino para amar su trabajo, respetar a su entorno natural y atender la sabiduría tradicional respecto a las técnicas de cultivos”.⁹¹ Además del mito nahua de la Huasteca

⁸⁹ *Ibíd.*, p.443

⁹⁰ *Ibíd.*, p.439

⁹¹ *Ibíd.*, p. 450

sobre el nacimiento del maíz, por pertenecer a la estructura cósmica, cuenta con un dios tutelar que lo protege en el panteón nahua.

Chicomexochitl, en náhuatl (*Siete flor*, en español) es el personaje mítico que da origen al maíz y es también el tutelar al que se le ofrenda para que salgan buenas cosechas de la semilla.

Es la advocación infantil de este cereal representado en forma de semilla; así, es considerado como el maíz niño. Su cualidad como simiente le permite ser un símbolo relacionado con el potencial germinal y con las representaciones de las fuerzas creadoras y generadoras de vida. No resulta extraño que en esta región aparezca como un héroe civilizatorio inventor de las técnicas agrícolas y creador de la música y la danza.⁹²

En el panteón nahua, *Chicomexochitl* pertenece al plano celeste y es divinidad que rige las actividades agrícolas; su función es cuidar las siembras de los campesinos.

Su relación con el número siete hace que sea mágico y próspero. Por sus cualidades de fertilización se le asocia con las flores, símbolo de lo sagrado en el mundo náhuatl. Es identificada de manera directa con el maíz y el vocablo *Chicomexochitl* se maneja como sinónimo de dicho fruto. Se piensa que habita en la sexta capa del cielo y en los cerros, sitios desde donde observa el ciclo agrícola y cuida las plantas. Esa divinidad es recortada en papel de color blanco, sin embargo, cuando prefieren señalar los diferentes tonos del fruto, usan además el amarillo, negro y rojo. Lo ilustran como un humano, con las manos hacia arriba y con los pies flexionados, notándose sus rodillas. Se le reconoce por sus tocados de mazorcas y cortes verticales que simbolizan plantas. En la parte central del ícono aparecen otros emblemas de mazorcas y plantas de maíz.⁹³

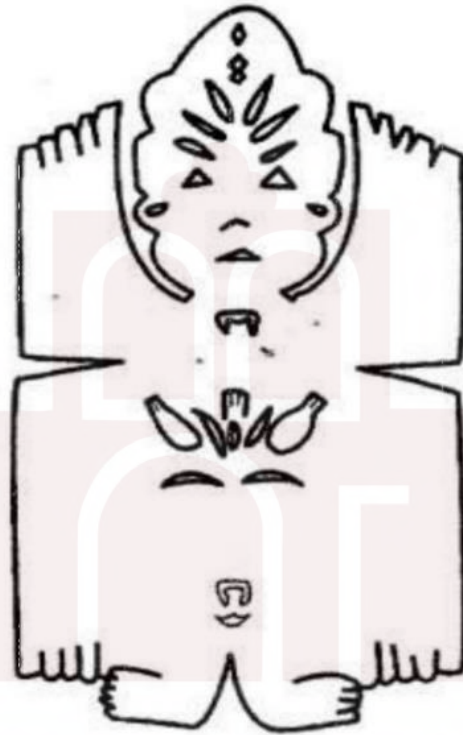
Como divinidad tutelar requería de una serie de rituales y ofrendas regidas por el calendario de siembra y cosecha para conservar el equilibrio cósmico. Hasta inicios de la década del dos mil, los rituales mantenían el culto vivo en los pueblos nahuas de la Huasteca meridional veracruzana, y “aunque las otras religiones no lo reconocen, las divinidades autóctonas amparan a los indígenas; a ellas se hacen múltiples ritos, plegarias, oraciones, ofrendas y penitencias, que después de haber recibido sus

⁹² Camacho, “Mito”, 2008, p. 51

⁹³ Gómez, *Tlaneltokilli*, 2002, p. 52

peticiones vuelven para agradecerles con majestuosas ceremonias y comidas”.⁹⁴

IMAGEN 1. REPRESENTACIÓN EN PAPEL DE CHICOMEXOCHITL



Chicomexochitl (Siete Flor), patrono de las cosechas en su advocación de maíz.

Fuente: Gómez Martínez, Arturo, *Tlaneltokilli, La espiritualidad de los nahuas chicontepecanos*, México, Programa de Desarrollo Cultural de la Huasteca, 2002, p. 83

Uno de los ritos en torno al maíz es la bendición de la semilla, llamada en náhuatl *xinachtlacualtitzli*. Algunos autores aseguran que en los pueblos nahuas de la Huasteca meridional este ritual se hace con las dos semillas de la alimentación base: maíz y frijol. Sin embargo, a partir de las fuentes orales

⁹⁴ *Ibíd.*, p.75

se puede saber que en Tepetzintla los campesinos ejidatarios han practicado este ritual únicamente con la semilla del maíz.

Otra variación, por ejemplo, es la de Chicontepec pues la ceremonia de la semilla se articula con la comunidad y con la integración de los más viejos, a diferencia de la que han realizado los campesinos tepetzintecos que se reduce al núcleo familiar. De hecho, el acto de la bendición de la semilla en Tepetzintla la lleva a cabo el mismo campesino sin ayuda alguna. Resulta entonces interesante conocer el proceso ritual que se realiza en Chicontepec y observar las variantes del rito tepetzinteco.

Xinachtlacualtiliztli significa ofrenda a la semilla, suplican y piden permiso a la tierra para que las plantas germinen, crezcan y den buenos frutos y para que los animales roedores y plagas no les afecten. El rito es conducido por las personas mayores de la familia. Son ellas quienes colocan las semillas al pie del altar doméstico, encienden algunas velas, sahúman, ofrecen café con pan, refrescos y aguardiente. Después, las semillas con todas sus ofrendas son trasladadas al sitio donde se va a sembrar. En medio del terreno colocan una cruz de *chacah* (palo mulato) decorado con guirnaldas y flores de *sempoalxhochitl*. Al lado disponen las simientes y las ofrendas y rezan a la tierra y a las deidades protectoras de las plantas. Riegan porciones de alimentos y bebidas en las cuatro esquinas. Las personas que sembrarán consumen el resto de las ofrendas, finalmente todos alistan su coa y cogen parte de las semillas para iniciar la plantación. Al mediodía ofrecen un plato de adobo de gallina o guajolote en el altar doméstico, y después las mujeres se trasladan con el guiso al terreno de la siembra para que todos coman. A los plantadores se les invita *axocotl*, bebida hecha con maíz precocido y fermentado con panela.⁹⁵

En su estudio sobre los nahuas del municipio de Chicontepec, colindante con Tepetzintla, Arturo Gómez asegura que el proceso histórico de esas poblaciones hizo que el panteón nahua se prolongara. Aunque deidades menores se perdieron o fueron sustituidas por santos católicos asociados a la agricultura. A partir de sus acercamientos etnográficos, se sabe que la fuerte presencia de rituales en los poblados chicontepecanos ha hecho que se transmita el conocimiento del panteón nahua a las nuevas generaciones. En ese sentido, “el tiempo y la modernidad no han acabado

⁹⁵ *Ibíd.*, p.115-116

con los substratos de la antigua religión, algunas deidades autóctonas continúan existiendo, adaptadas de acuerdo a sus necesidades y sus ritos se nutren con nuevos elementos que la sociedad moderna ofrece”.⁹⁶

A diferencia de la ritualidad agrícola de los pueblos nahuas de Chicontepec, en la cabecera municipal de Tepetzintla ese conocimiento vivió procesos, en algunos casos, de adaptación entre generaciones, y en otros casos, de abandono. Algunas deidades del panteón nahua fueron sustituidas por los santos católicos como San Juan Bautista y San Miguel, aunque prevalecieron prácticas como el baño a los santos.⁹⁷ Los rituales agrícolas que se realizaban en colectivo en torno al maíz se dejaron de practicar paulatinamente en el ejido por el abandono de este cultivo y por el proceso de transformación del sistema de creencias entre generaciones, entre otros factores. Asimismo, se dejó la práctica de “ganar mano” como forma de apoyo mutuo para la siembra del maíz, inscrita en un sistema de reciprocidad comunitaria que se desarticuló a partir de las nuevas formas de socialización que se construyeron en el proceso de modernización ejidal. Es así que con la pérdida de la lengua, el abandono del cultivo de maíz y de los modelos comunales, solidarios y recíprocos se dio el proceso de muerte de *Chicomexóchitl*, concebido aquí como una representación metafórica del sistema de prácticas sociales y creencias de la población ejidal tepetzinteca en torno a la tierra, la milpa y al maíz.

Es necesario señalar que aunque entre los ejidatarios se dejaron de practicar los rituales agrícolas colectivos, desde el 2011 la asociación cultural Huitzitzilin, de Tepetzintla, hizo un esfuerzo por recuperar la fiesta la elote tierno, *Elotlamanalistli*, que se celebra el 29 de septiembre (día de San Miguel), en la que ha convocado a los campesinos (propietarios y ejidatarios), a mujeres ancianas (como vemos en la imagen de doña María,

⁹⁶ *Ibid.*, p.76

⁹⁷ Si bien las deidades del panteón nahua se sustituyeron por santos católicos hubo un proceso de resignificación en el que perduraron prácticas ligadas a la ritualidad agrícola de origen indígena en la cabecera municipal de Tepetzintla. Un ejemplo de ello es que el 24 de junio, día de San Juan Bautista, se llevaba dicho santo al arroyo de Terrero para “bañarlo” y cambiarle las ropas. En el imaginario indígena esto se relacionaba con el inicio de la temporada de lluvias y con la siembra de temporal.

madre el ejidatario Everardo Morales, secretario del actual Comisariado ejidal) y a músicos que interpretan el *xochipitzahuac* (son sagrado) y los sones del maíz para llevar a cabo el ritual agrícola.

FOTOGRAFÍA 14. DOÑA MARÍA EN EL *ELOTLAMANALISTLI* DE LA CABECERA MUNICIPAL DE TEPETZINTLA



Fuente: Archivo personal de Antonia Vera Baltazar, septiembre 2013. En el ritual del *Eotlamanalistli* son las mujeres de mayor edad quienes representan a las mazorcas viejas. Ellas deben llevar tres mazorcas y una vela en medio, envueltas en una servilleta y atada con un listón. La corona de flores que portan las mujeres en la cabeza forma parte de la ceremonia, que se considera de carácter especial. Las tres mujeres ancianas se colocan en la puerta de la iglesia para bendecir y recibir con pétalos de flores al maíz nuevo recién cosechado (representa a los hijos de las mazorcas viejas) que llevan los campesinos que participan en la celebración. La vela simboliza la luz para los elotes nuevos. Antiguamente, en esta ceremonia solo bailaban las mujeres consideradas como doncellas, pero en la

actualidad todos los que participan bailan al son del *xochipitzahuac* y los sones del elote. En la fotografía, doña María representa un maíz viejo y porta la servilleta con las tres mazorcas y la vela para iluminar el camino de los elotes nuevos. Además, viste la blusa tradicional de Tepetzintla y era nahua hablante. Fue ella quien le enseñó a su hijo, don Everardo Morales (3ª generación), la importancia de la tierra y el maíz. Le mostró, también, cómo realizar la bendición de la semilla. Sin embargo, actualmente él no siembra maíz en su parcela ejidal.

Durante la segunda entrevista a los miembros de la mesa directiva del Comisariado ejidal se abordó el tema de la lengua náhuatl que hablaban los padres y abuelos (integrantes de la primera y segunda generación de ejidatarios). Everardo Morales y Fermín Longinos recuerdan que, a finales de los setenta e inicios de los ochenta, ellos tuvieron compañeros en la secundaria agropecuaria que eran de comunidades de Tepetzintla y de otros municipios cercanos a la Sierra de Otontepec que sí practicaban el náhuatl y hasta el otomí. Sin embargo, pese a que sus padres lo hablaban, a ellos ya no les quisieron enseñar. “O sea aquí se ha perdido el náhuatl”, explica Fermín Longinos, “pero yo veo ese lugar, acá por Tlachichilco, sí lo hablan; entonces no se ha perdido el náhuatl. Pero acá nunca lo traducimos, porque mi papá también habla el náhuatl. Él todavía vive, pero él nunca me lo enseñó, a mí nunca me lo enseñaron. La costumbre siempre fue hablar como ahorita que hablamos”.⁹⁸

Como ya se vio en el capítulo anterior, Tepetzintla era habitado por población nahua, que compartía prácticas socioculturales y un sistema de creencias con otras poblaciones de los municipios de la Huasteca meridional y con grupos teenek de la Sierra de Otontepec. El maíz forma parte de la cosmovisión nahua, lo que da origen a procesos ceremoniales durante el calendario ritual vinculado al ciclo de cultivo. Anteriormente, las familias campesinas de la cabecera municipal de Tepetzintla se organizaban en torno al cultivo del maíz y la elaboración de la milpa, área de labranza donde se

⁹⁸ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”. Desde la inauguración de la escuela primaria en la cabecera municipal de Tepetzintla, a finales de la década del treinta e inicios del cuarenta, se privilegiaba la lengua española en detrimento del náhuatl. Proceso que se dio en el marco de los programas de alfabetización gubernamentales que discriminaban las lenguas indígenas.

combinan diferentes vegetales y era soporte de la identidad y territorialidad local.

Empero, la posición geográfica de Tepetzintla, entre la llanura costera y la región de montaña, le confirió especificidades como área de transición; particularmente a la cabecera municipal. Es por ello que para los miembros de la tercera generación esta área es una “puerta abierta a la Huasteca”.

Porque era la entrada de por aquí. Casi la mayoría de petroleros gringos y toda la gente que entró, entró aquí por Cerro Azul. De aquí para allá, en las comunidades, no, porque hasta aquí llegaba la carretera, el camino. Hasta que llegó la carretera empezaron a entrar hacia allá. Pero antes no entraban para allá. Es más, la transportación la hacían por medio de burros, caballo, mula. Petróleo, agua, azúcar, refrescos, sí, todo eso. Por eso yo digo que era una puerta abierta, porque aquí llegaban a comprar y de aquí se llevaban las cosas para allá. Lo digo porque mi mamá es de una comunidad de hacia allá, y en su comunidad sí hablan el náhuatl. Los niños, los sobrinos, todavía hablan náhuatl. Vas y llegas y hablan náhuatl. [Tepetzintla] era el centro comercial, se puede decir, de las comunidades.⁹⁹

Con esta fuente oral es posible percatarse de la situación diferenciada entre la cabecera municipal de Tepetzintla y de sus comunidades alejadas. Así como de otras comunidades que pertenecían a diferentes municipios, pero que acudían a la cabecera a comprar los días de mercado. Algunos tepetzintecos ancianos y adultos relatan que muchas personas llegaban a la cabecera desde comunidades de Chicontepec a los miércoles de plaza, ya fuera para vender sus productos o para comprar. Como la carretera no llegaba hasta las comunidades usaban mulas o bajaban a pie.

La posición de cercanía con los pozos petroleros de Cerro Azul (perteneciente a Tepetzintla hasta 1964) y la construcción de la carretera (1955) fueron algunos factores que incidieron en el proceso de urbanización de la cabecera municipal, lo que conllevó diversas transformaciones a un tiempo más rápido y diferenciado que el de las comunidades alejadas. Si en algún momento la población tepetzinteca del centro habló la lengua náhuatl,

⁹⁹ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

compartió prácticas rituales agrícolas en torno al maíz y mantuvo un sistema de reciprocidad, en un punto inició un proceso de desarticulación y abandono paulatino de cada elemento identitario nahua y de la cosmovisión que compartía con algunas poblaciones nahuas y tének de los municipios de la Huasteca meridional. Actualmente, tanto los habitantes de las comunidades de Tepetzintla como los de la zona de montaña siguen sembrando maíz, practicando rituales agrícolas y la lengua náhuatl, a diferencia de los de la cabecera municipal.

La milpa es entidad sagrada y el maíz motivo de culto para la población nahua, “por lo que su cultivo forma parte de una serie de festividades a lo largo de las fases de la planta, que incluyen la preparación de la tierra, las peticiones de lluvias, la siembra, los cuidados, los primeros frutos, la cosecha y el almacenaje. En estas celebraciones se reúnen familiares, amistades y la comunidad”.¹⁰⁰ Son momentos rituales que integran a la comunidad, “en los rituales agrarios todos participan como un grupo plural, la comunidad que pide y agradece por la colectividad; se dice que todos comen de un mismo maíz (mítico), por eso muestran un trabajo unificado, el esfuerzo colectivo figurado en las ofrendas”.¹⁰¹ Las ceremonias que se hacían (y aún se practican) en las comunidades en torno al maíz integran una serie de rituales vinculados a la geografía sagrada (cerros, agua, cuevas) y sus tutelares, así como a santos, símbolos de la religión católica y otras entidades sagradas. Cada ritual “explica el origen de la vida y cada una de las divinidades a quienes se les agradece o se les solicita bienestar forman parte de la explicación del universo, la vida, el mundo y la muerte. La cosmovisión de las comunidades es un elemento insustituible para explicar su identidad”.¹⁰²

La familia huasteca es la base de la comunidad, está compuesta por personas que comparten lazos consanguíneos y afectivos. Juega un papel determinante en la reproducción de los cánones de su cultura y de las relaciones sociales. Existen tres dimensiones que componen a las familias.

¹⁰⁰ Gómez, “Maíz”, 2017, p. 440

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 439

¹⁰² Argüelles, *Maíz identidad*, 2008, p. 51

En la dimensión social la familia se compone de “abuelos, padres, hijos, sobrinos, primos, tíos, cuñados y suegros, además de los padrinos, compadres, ahijados y expertos indígenas que constantemente acuden al hogar para ayudar en trabajos que implican la colaboración de varias personas, para compartir alegrías y desavenencias, así como para procurar la salud y la suerte”.¹⁰³ La dimensión natural está compuesta por la milpa, las huertas y los animales. En la espiritual, la familia vive bajo el manto protector de sus dueños en el plano celeste (*Toteko* y *Chikomexochitl*) y los señores de la tierra (Tepas o *Tlalchanej*),¹⁰⁴ y de los santos que sean de su devoción.

Por su parte, el ámbito comunitario tenía un marco de acción mayor que el de la familia, porque era el espacio social en donde participaban varias familias. En la comunidad encontrábamos “el actuar de agentes políticos y socioeducativos tales como las autoridades locales o expertos indígenas que sólo tienen presencia en determinados eventos”.¹⁰⁵ Según las fuentes orales de esta investigación, era el espacio familiar en donde se llevaba a cabo la bendición de las semillas, pero “la fiesta para agradecer por los frutos obtenidos era únicamente mediante la organización y participación del grupo sociocultural de la localidad”¹⁰⁶; es decir, era espacio social comunitario. Como tal, era el espacio social de integración que fortalecía la identidad, otorgaba sentido de pertenencia y permitía la confirmación o el cambio cultural. Era, pues, la alternativa de “garantizar la producción material y los bienes requeridos para vivir”.¹⁰⁷ Un sistema de vida compartida colectivamente que se abandonó en el desarrollo histórico del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla.

Según las diversas fuentes orales de los ejidatarios de ambas generaciones, la siembra del maíz fue la más importante desde que se fundó el ejido hasta finales de los ochenta e inicios de los noventa, periodo en el que se dejó de sembrar en su mayoría. Los campesinos habían construido

¹⁰³ *Ibid.*, p. 55

¹⁰⁴ *Ibid.*

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 56

¹⁰⁶ *Ibid.*

¹⁰⁷ *Ibid.*

un tipo de relación social de apoyo mutuo en torno al cultivo de esa semilla, como lo fue el “ganar mano”. Práctica de reciprocidad que en el ejido se hacía exclusivamente en la siembra del maíz y que formaba parte de una serie de rituales agrícolas que iniciaban con la bendición de la semilla, el desayuno a los compañeros que ayudarían a sembrar, el darle de comer a la tierra y la comida que la familia del ejidatario ofrecía a los que le ayudaban a sembrar.

Everardo Morales, ejidatario de la tercera generación, recuerda que su tío le platicó que “todo el tiempo se produjo maíz en el ejido de Tepetzintla, todo el tiempo. Porque lo que había era maíz”.¹⁰⁸ De hecho, Felipe Hernández, ejidatario de la segunda generación, relata que en su niñez no solo había maíz en abundancia sino que se usaba para hacer trueques con otros alimentos.

Y había mucho maíz. Como teníamos maíz con mi papá, “¡hijo, en tal parte están haciendo tamales, ve a ver si te reciben el maíz por los tamales!”. Ya voy. “Oyes, doña María”, se llamaba la señora, “¿tiene tamales?”, “sí”, “¿sí cambia con maíz?”, “sí”. Porque no había dinero. No había dinero, puro cambio. ¿Quieres un pan, un huevito del pollito? Vas y cambias un bulto de pan, te dan un huevito. Así era antes. Todo lo que querías, a cambio. ¿Quieres frijol? ¿Aquél tiene y tú no tienes? Llévale maíz y te da un litro de frijol. Todo eso. Puro cambio.¹⁰⁹

Eduardo Francisco, también de la segunda generación, se integró al ejido en la década de 1960 y recuerda que en sus inicios como campesino ejidatario él sembraba puro maíz “para su beneficio”; es decir, para autoconsumo y venta.

En esa época había varios comerciantes que venían a comprar aquí maíz por tonelada, por fanega. Vamos a ponerle, una fanega son cien kilos. Una tonelada son veinte kilos. Entonces el que tenía maíz suficiente vendía por tonelada. ¿Cuánto valía? Cincuenta pesos la fanega. Venía un comprador de Cerro Azul, se llamaba Fausto Virgen, él venía a comprar. Cincuenta pesos la fanega y traía su báscula. Ahí lo vendíamos. El que sembraba platanar, también

¹⁰⁸ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

¹⁰⁹ Felipe Hernández López, “entrevista citada”.

venían unos compradores de Tampico, Tamaulipas, a comprar. ¿Cuánto valía el kilo de plátano? Cuarenta centavos.¹¹⁰

Venancio Hernández, ex ejidatario y expresidente municipal de la segunda generación, junto con su esposa Santa Ordoñez, recuerdan que cuando se integraron al ejido en la década de 1960 pudieron terminar de construir su casa con la siembra del maíz. “Nosotros una ocasión sembramos y sacamos siete fanegas”, relata él. “Y lo entregó, porque la casa ya estaba hecha pero le faltaba techo, no tenía lámina. Costó cuarenta y cinco pesos cada lámina. Lo compramos en Tuxpan”, apunta su esposa.¹¹¹ Ahora aseguran que todo ha cambiado, “muchos campesinos ya no trabajan la tierra. Las tierras las tienen en potreros, siembran pasto, tienen su ganadito”.¹¹² Sin embargo, al relatar su experiencia como ejidatario se hace presente que ellos fueron parte de ese cambio, aunque no lo dicen explícitamente. “Nosotros sembrábamos frijol, sembrábamos maíz y ya después, como no la podía trabajar, le metí pasto y ya la empecé a trabajar vendiendo pasto. Así la pasamos”.¹¹³

La práctica de “ganar mano” está directamente ligada con la siembra del maíz, pero a finales de la década de 1980 inició un proceso de disminución del cultivo en el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla. Algunos ejidatarios sugieren que fue porque “dejó de haber campesinos”;¹¹⁴ otros suman a la explicación la introducción de químicos que dañaron la tierra y la necesidad de usar fertilizantes para que los cultivos crecieran. Aunado a esto se encuentra el cambio climático y la escasez de agua. Otros explican que dejaron de sembrar maíz porque ya no les convenía.

¹¹⁰ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

¹¹¹ Venancio Hernández y Santa Ordoñez, “entrevista citada”.

¹¹² Venancio Hernández y Santa Ordoñez, “entrevista citada”.

¹¹³ Venancio Hernández y Santa Ordoñez, “entrevista citada”.

¹¹⁴ En su estudio sobre las comunidades teenek (huastecos), Anath Ariel apuntaba que desde la época virreinal se estableció la ganadería extensiva en la Huasteca veracruzana, lo que marcó las relaciones sociales entre los grupos sociales que habitaban –y aún habitan- la región. Esto lo describe como “el despojo del patrimonio agrario indígena” pues el maíz quedó relegado frente a los ganaderos que usaban los terrenos para pastoreo. Además, es una actividad que requiere más tierras y menos manos de obra. Esta actividad se fue extendiendo en la región a lo largo del siglo XX y se introdujo en el ejido de Tepetzintla. Ver Ariel, *Huastecos*, 2009.

Argumentan que por el abandono de las parcelas colindantes los animales se empezaron a comer sus cultivos.

En el relato de Fermín Longinos se pueden percibir algunos de los cambios que ha habido de la generación de su padre a su propia experiencia como campesino ejidatario.

Ahorita la milpa, la planta hay que fumigarla, si no, no se te da. No produce. Me platicaba mi papá que en su época una milpa no la fumigabas. Un terreno era fértil. Contaba con mucha humedad. Me decía mi papá que hoy en julio, junio los ríos que tenemos allá atrás estaban en abundancia de agua. Ahorita si vamos a allá, no encuentra ni una gota. Yo voy observando de que hoy ya no se nos quiere dar y en esos años que sembraban los campesinos: cien por ciento el maíz, setenta por ciento el frijol, un veinte por ciento la calabaza y el pipián, el plátano cincuenta por ciento.¹¹⁵

Aunado a esto, Everardo Morales explica por qué los campesinos eligieron cambiar drásticamente de los cultivos al ganado.

Lo que decía mi compañero ahorita, siembras cuatro hectáreas y nomás alcanzas a recoger lo de una. Antes sembrabas poquito y cosechabas eso mismo. Sembrabas, nosotros decíamos, un cuartillo y eso es lo que sembrabas para ti nada más. Siembras cuatro y recibes dos nada más, lo demás se echa a perder o no se da. Entonces dijeron “bueno ¿para qué? el ganado sí me da. Vamos a meterle al ganado” Y empezaron así. Algunos compañeros hasta estaban rentando las parcelas ¿sí? Yo no la trabajo y me van a pagar, ahí hay más lanita. No trabajo y me están pagando ¿sí? Yo tengo diez vacas, las tengo en mi ejido pero ya se acabó el pasto, te rento tu parcela, ya está, te voy a pagar, vas a ganar tú y voy a ganar yo. Entonces ese fue el movimiento que empezaron a hacer, porque no hay producción, y si hay producción a veces no se vende.¹¹⁶

En contra parte, Fermín Longinos explica la razón por la cual se dio el cambio de los cultivos como el maíz a la ganadería. En su relato encontramos los que podría considerarse como la experiencia colectiva de los ejidatarios al sembrar maíz sin reciprocidad, sin maquinaria y sin recursos para pagar peones. Relata, también, las experiencias con el cultivo de cítricos y, de alguna forma, justifica el abandono del maíz, y del campo en

¹¹⁵ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

¹¹⁶ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

general, por las dificultades actuales que, según su experiencia, conlleva la siembra.

Porque nosotros aquí el ejidatario nunca contó con maquinaria, nunca, nunca. Es por eso que el ejido, o el campesinado, o el ejidatario está marginado cien por ciento. Por eso decía Everardo que muchos compañeros fuimos cambiando el sistema a la ganadería porque cuatro hectáreas sólo no las vas a poder limpiar, vamos a ser honestos ¿sí? Y a muchos se nos ocurrió limpiar la parcela de una vez y sembrarle zacate estrella, le llamamos nosotros. Eso es para mantenimiento del ganado, y fuimos cambiando, se puede decir así, y fuimos ahorrando. El que no podía comprar una vaquita, rentaba su parcela a otro compañero que tenía su ganado. Así es el ejido. Hoy en día en el ejido ya nadie hace milpa. Desgraciadamente ya nadie hace milpa pues no tenemos la maquinaria y para limpiar con mano de obra cuesta. Si no tenemos recurso para limpiar, pues no podemos limpiar todo el terreno. Yo en mi caso todavía siembro maíz, tengo milpa, pero el cinco por ciento. El noventa y cinco por ciento del ejido nadie crece milpa, nadie. Yo sí quiero culparlo, vamos a decirlo así, a la política de hoy en día, aquél que tenía ganado, ahora ya no cuenta con el ganado. En aquellos años casi era el cien por ciento que manejaban con el ganado, pero ¿qué vino a pasar hoy con el ganado? Uno, cuesta trabajo para mantenerlos, y luego no hay mercado. Pasa como con la producción del maíz, no hay mercado. Entonces yo he ido observando que el campesino, el ejidatario, fue cambiando de trabajo. Ya ahorita el que fue pudiendo, fue vendiendo su ganado y ahorita los campesinos, los ejidatarios estamos trabajando, claro que no todos, vuelvo a los mismo. Entonces el ejidatario ahorita está sembrando cítrico ¿ajá? Yo he observado muchos compañeros que perdieron su pasto o lo están perdiendo porque van despacio, entonces están sembrando el cítrico, que es la naranja. Yo también en mi casa tengo esa idea, todavía no lo he hecho, por ejemplo, lo tengo todavía en milpa porque para ser cítrico hay que tenerlo limpio y poder trazar. El pasto no, el pasto no, porque si se levanta el monte nomás lo chapeas con el machete y ya el pasto se levanta y ya viene el ganado y lo trina y lo deja limpio. Pero el cítrico no. El cítrico ahorita, como me estoy dando cuenta, lleva recursos para limpiarlo porque solo no puede. Si son cuatro hectáreas de cítrico, pues para uno solo es muy grande. Hay que comprar las plantas, hay que trazar y si no sabes trazar, vas a pagar una persona que sepa trazar, después vas a sembrar la naranja y limpiarlo para que produzca la naranja porque en el monte no quiere. Y ya cuando está en producción viene una plaga que se llama seca palo.¹¹⁷

¹¹⁷ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

En el proceso histórico del ejido, después del cambio del maíz a la ganadería, algunos ejidatarios que tuvieron recursos optaron por producir cítrico en sus parcelas porque, aseguran, ya no hay mercado para el ganado y tampoco cuentan con apoyo del gobierno municipal, estatal o nacional. Everardo Morales argumenta, desde su punto de vista, la razón por la cual se da el abandono de las parcelas en la actualidad: “Oye, sí trabajo, pero si no me compran ¿de qué sirve que este sudando el lomo? Si no hay producción, no hay dinero, no hay nada, no hay ganancia. O sea, prefiero que el monte esté ahí”.¹¹⁸

El abandono del cultivo de maíz en el ejido ha sido tema de reflexión en las dos entrevistas realizadas a los miembros del Comisariado ejidal, integrantes de la tercera generación. La relación sagrada que las poblaciones nahuas habían construido con esa semilla y que desplegó la primera generación, sufrió una transformación con las generaciones sucesoras. Se ha hablado ya del proceso de cambio del maíz a otros cultivos y de las prácticas en torno a éste; pero al final queda la pregunta sobre la importancia del maíz. Semilla que se bendice y que contaba con un ente protector como lo era *Chicomexochitl*. Único cultivo, también, en torno al cual se practicaba la reciprocidad.

La importancia del maíz para los ejidatarios la explica Eduardo Francisco al decir que es su primer alimento. Por su parte, al recordar a su abuela y al hacer un diálogo con el pasado, Fermín Longinos asegura que ella le explicaba que por el maíz estaban vivos.

Si no hay maicito, no estamos vivos. Así lo entendían ellos, nuestros abuelos. O sea, era su creencia. Yo le quiero recalcar eso. Era la creencia de ellos, porque yo le entendí que era el sostén de la casa de toda la familia. Porque mi abuelita también me decía, yo le preguntaba, “oye abuelita, ¿porque bendices la semilla, abuelita?”, “con esto estamos vivos. Este es el que comemos todos”. Aquí Tepetzintla es cien por ciento maicero. Toda la gente pobre, toda la

¹¹⁸ Comisariado ejidal, “entrevista citada”.

gente que tenga dinero, primero van al maicito. Quiero creer que mi abuela tenía razón con lo que me decía.¹¹⁹

Frente a ese recuerdo, al hacer conciencia de la situación actual del ejido y del abandono del maíz, Fermín Longinos relata en tono de nostalgia el que ya no haya milpas en el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla.

Desgraciadamente muchos de nosotros ya no hacemos milpa. Se nos hace más fácil sacar el dinero de la bolsa e ir por el sostén de nuestra familia. Si yo estoy joven, tengo mi parcela, puedo hacer milpa, y es triste cuando dice el señor “es que ya no hay milpa”. La tierra es la que nos da de comer. ¿Cómo? Trabajándola, sembrándola. Es lo que me decía mi abuelita, el maíz es el sostén de la vida, tons hay que ofrendarle, hay que hacerle su fiestecita.¹²⁰

Al final de las entrevistas los miembros de la tercera dialogaron con los saberes e ideas de la primera generación: sus abuelos. Con ello es posible afirmar que las tres generaciones han concebido al maíz como la base de la alimentación. En las reflexiones que llevaron a cabo los miembros del Comisariado ejidal con las experiencias de sus abuelos ya no se establecieron diferencias y rupturas, sino que se buscó generar una simultaneidad entre el pensamiento “tradicional” y su presente en el que el maíz sigue siendo la base de la vida.

La tercera generación habla desde lo que se puede considerar como las ruinas del ejido, provocado por la búsqueda de modernización de algunos miembros de la generación que le antecedió y que generó un proceso de transformación en el territorio ejidal y en las relaciones sociales entre ejidatarios. Ni lograron tecnificar la agricultura ni hacer la más productiva. Con el cambio de la milpa al monocultivo hubo tal excedente de cítricos y plátanos que dejó de ser económicamente rentable. A partir de la posibilidad de venta de parcelas se produjo, de nuevo, el acaparamiento de tierras por parte de aquellos quienes podían comprar más de un fragmento dentro del ejido. El proceso de modernización dejó a la mayoría de los campesinos ejidatarios fuera del ejido. Por ello, los miembros entrevistados de la tercera

¹¹⁹ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

¹²⁰ Comisariado ejidal y Eduardo Francisco, “entrevista citada”.

generación enuncian su relato y su postura parados en las ruinas del ejido. Vuelven la mirada a las experiencias previas a la catástrofe para retomar la comunalidad. Más las condiciones históricas actuales no son las de antaño. La urdimbre de los lazos sociales para rehacer comunidad en el ejido tendrá otras especificidades. Un elemento importante a considerar es que, mientras la segunda generación buscó el progreso, la tercera generación busca la permanencia, la continuidad en el ejido.

A partir del relato de Fermín Longinos es posible percatarse que aunque existe la expectativa de retornar al cultivo del maíz por parte de la tercera generación, éste es concebido desde cierto pensamiento racional. Esto quiere decir que, aunque estos ejidatarios reconocen la importancia que le dio la primera generación al maíz, no mantienen una relación sagrada con la tierra ni con la semilla. Se puede afirmar esto pues se aprecia una diferencia entre la visión de Fermín Longinos, al decir que la tierra les da de comer pero solo si se trabaja y se siembra, a diferencia de lo que le decía su abuela, quien le platicaba que el maíz “es el sostén de la vida” y por ello había que ofrendarle y hacer su fiesta.

Para este miembro de la tercera generación no es importante ofrendar pero sí lo es trabajar. Desde su visión solo así se puede hacer producir la tierra. Podríamos aventurarnos a pensar que el elemento sagrado en torno al maíz queda eliminado en la experiencia de siembra de este grupo de ejidatarios “modernos”. Sin embargo, sí pretende recuperar, por ejemplo, la práctica del apoyo mutuo, a través de la organización entre ejidatarios, para reiniciar el cultivo del maíz porque “es lo que les da de comer”.

Así entonces, las experiencias y visiones en torno al maíz se han modificado en cada generación. Los primeros ejidatarios hacían milpa y practicaban el apoyo mutuo en el cultivo del maíz, además de llevar a cabo los distintos rituales agrícolas ya mencionados porque era una semilla sagrada. La segunda generación sembraba el maíz y continuó con la práctica de “ganar mano”, bendecir la semilla y darle de comer a la tierra, pero fueron los miembros de este grupo de ejidatarios quienes transformaron su relación

con el maíz y parte de la cosmovisión que en torno a él había construido la primera generación. La búsqueda del progreso abrió un horizonte que llevó a imaginar un nuevo futuro a la generación de “transición” que ya no estaba anclado al pasado sino que prometía otras posibilidades.

Actualmente, aunque la tercera generación vive una especie de decadencia y abandono en el ejido, vuelve la mirada hacia las experiencias de las generaciones predecesoras y establece diálogos para recuperar elementos que pudieran servirles para su propia experiencia en su ciclo de vida ejidal. Quizá, como ave fénix, *Chicomexochitl* murió para renacer de sus cenizas, cumplir así la vida cíclica del ejido y retornar al maíz. Aunque sea a modo de expectativa.



Instituto

Mora



Instituto

Mora

CONCLUSIONES

En 1980 Angel Palerm señalaba que desde las ciencias sociales se hacían predicciones pesimistas sobre la desaparición del campesinado en el mundo a partir del desarrollo del sistema de producción capitalista, el cual convertiría a los campesinos en parte del proletariado rural o en empresarios burgueses agrícolas.¹ Décadas antes, desde inicios del reparto agrario, hubo posturas como las de Antonio Díaz Soto y Gama, en las que se aseguraba que el ejido terminaría por ser absorbido por las economías agrícolas capitalistas y, con ello, el mismo campesinado.

Actualmente, en el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla queda un aproximado de diez por ciento de campesinos. La mayoría de las parcelas fueron abandonadas y han dejado de trabajarse. Las que se cultivan son naranjales o pastizales para ganado; apenas algunos maíces se logran ver en pocas parcelas. ¿Se podría considerar como vaticinio aquellos pensamientos planteados por Díaz y por Palerm?

Desde Kropotkin el apoyo mutuo se ha considerado como una estrategia de supervivencia en la sociedad. Al revisar el proceso histórico del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla es posible aplicar esa premisa a partir de los inicios del proceso de modernización ejidal en 1974. El “ganar mano” en la década del setenta fue una práctica entre campesinos para sembrar maíz sin generar gastos adicionales, como el pago de peones, que sí requerían otro tipo de siembras como la naranja o el plátano.

Con el cambio de modelo económico nacional, después del desarrollo compartido impulsado por Echeverría, las políticas agrícolas se centraron en el sector empresarial y en tecnificar el campo. Con la crisis ya presente en los ochenta comenzaron las importaciones de alimentos y el Estado abandonó a los ejidos. En ese marco, los campesinos ejidatarios de Tepetzintla tuvieron que generar estrategias para enfrentar el embate económico, pero también se abrieron las puertas de nuevas oportunidades,

¹ Palerm, *Antropología*, 1980, p. 225-254

como cambiar a monocultivos para insertarse en el nuevo mercado regional. Para el sector que no pudo sembrar naranjas, plátano o comprar ganado por falta de recursos, el apoyo mutuo fue la solución para continuar con la siembra y lograr cubrir sus necesidades de subsistencia.

Durante la segunda mitad de la década del setenta e inicios del ochenta, el apoyo mutuo funcionó como estrategia para sobrevivir a los nuevos cambios económicos dentro del ejido. No obstante, transcurrida la década de 1980 esa práctica de reciprocidad dejó de ser sostenible. Sin compradores de maíz y con nuevos gastos que asumir debieron buscar un ingreso monetario. Si en la primera generación los campesinos ejidatarios eran productores, la segunda generación se tornaron consumidores. Con la introducción del agua, la luz y el gas los gastos incrementaron. Además, sus hijos también se convirtieron en consumidores. Consumían educación, alimentos, televisión y ocio.

Todo proyecto de modernización genera tensiones. Los distintos actores sociales ejidales debieron aprender a actuar frente a las políticas agrícolas nacionales y a los cambios del mercado regional. O entraban al proceso o se convertían en sujetos marginados de la modernización. A nivel local, la posibilidad de progreso llegó como promesa de mejora socioeconómica después de décadas de control caciquil. Además, las circunstancias posibilitaron que las expectativas se materializaran. Pero no fue una transformación homogénea, quienes se integraron a los nuevos mercados regionales contaban con recursos, a los demás les quedó buscar otras formas de subsistir. Eso atomizó a los ejidatarios y abrió una brecha entre ellos.

El grupo con recursos para cambiar de giro determinó, en parte, las características del desarrollo ejidal y, de alguna forma, la naturaleza de las nuevas relaciones sociales que se iban construyendo. En la medida en la que los cambios en busca del progreso avanzaban comenzaron a disolverse las relaciones recíprocas. En el ejido se redujo la proporción del número de campesinos mientras surgían otros tipos de ejidatarios como los

arrendatarios, los ganaderos, los que cultivaban cítricos y plataneros. La figura tradicional del campesino se desdibujó. El sujeto “campesino” inició un proceso de complejización al atomizarse dentro del escenario de pauperización.

Si en 1974 existió una promesa de futuro y se construyó un imaginario en torno al progreso éste se borró con la crisis en el campo. El triunfo de la modernización no se logró sostener. En muchos casos, las aspiraciones económicas de progreso de los campesinos ejidatarios sólo quedaron en esperanzas. En ese marco inició la venta de parcelas y la venta de la fuerza de trabajo por un salario. Eso redujo paulatina y considerablemente el número de campesinos dentro del ejido, por lo menos desde la concepción tradicional del “ser campesino”.

Para sobrevivir al proceso de modernización, los campesinos abandonaron el apoyo mutuo. Existe una idea generalizada de que la mejor manera de superar la adversidad es en comunidad y que la reciprocidad puede fungir como arma de unión. Sin embargo, las circunstancias sociales y económicas no permitieron el uso de “ganar mano” para tales fines. Los cambios que se generaron y el establecimiento de nuevos órdenes hicieron que, quienes no contaban con recursos, tomaran decisiones en las que ellos mismos se transformaron. La estrategia de supervivencia del campesinado ejidal sin recursos, consciente o inconscientemente, fue la de transformarse y amoldarse.

Para enfrentar los embates de la precarización económica, los campesinos ejidatarios se modificaron a sí mismos. Se adecuaron y flexibilizaron a las nuevas circunstancias y tomaron decisiones en busca del beneficio propio para después retornar a su ser campesino. Eso se puede considerar también como una forma de resistencia: el cambio y la transformación para sobrevivir. Se recrearon y resignificaron. Si hay algo que muestra este estudio de caso es que el campesino tiene poder de permanencia y por ello es posible argumentar que no ha desaparecido.

El apoyo mutuo no siempre fue necesario para que el campesinado ejidal sobreviviera. La transmisión de lo vivido (las experiencias) a los hijos, de los recuerdos, de los aprendizajes, del sentido que tiene la tierra y la siembra, también ha fungido como estrategia de continuidad. Aunado a eso, los campesinos ejidatarios cuentan con una parcela como patrimonio que pueden heredar y en donde cada generación puede desplegar su “ser campesino”, que también se va modificando y va proponiendo nuevas formas de ser. La tercera generación ha construido un sentido de pertenencia y de solidaridad con quienes le antecedieron. En los diálogos construidos con las experiencias vividas han retomado aprendizajes y también generado nuevas expectativas. El retorno al maíz es una de ellas.

La tercera generación, heredera de las experiencias vividas (que son sus armas de conocimiento acumulado para tomar decisiones y proyectarse hacia nuevos horizontes), tiene una lectura política en la que se repliega hacia el interior para reorganizarse ante la falta de apoyo del Estado y del gobierno municipal. Después de revisar las experiencias de sus padres y abuelos, volver a formar redes de apoyo les resulta fundamental en la actualidad.

Es precisamente el momento de crisis lo que los ha llevado a repensar las experiencias pasadas. Históricamente es en esas etapas de conflicto en las que las sociedades buscan respuestas. Después de experimentar el trabajo jerarquizado y el individual han decidido retornar a las práctica de “ganar mano”, bajo una nueva modalidad, y unirse con otro tipo de ejidatarios. Por ejemplo, con aquellos que no trabajan directamente la tierra sino que mandan a sus peones para que sean ellos quienes “ganen mano” a su nombre.

Las características del apoyo mutuo, así como sus usos, han cambiado en el desarrollo histórico del ejido de Tepetzintla. En la primera generación, “ganar mano” era entre iguales (campesinos) y conllevaba un componente sacro, en tanto que formaba parte de los rituales agrícolas en los que se ofrendaba al maíz, a la tierra y a las deidades. Formaba parte de las

relaciones de intercambio con la divinidad a cambio de alimentos. En la segunda generación, permaneció la ayuda mutua entre iguales; es decir, en una relación social de producción horizontal. Su función era para continuar sembrando maíz sin generar un gasto económico.

El apoyo mutuo que se ha buscado restablecer en la actualidad, a partir de las revisiones de las experiencias pasadas (usos de la historia del campesino ejidatario) ya no es entre iguales, se incluyen campesinos y peones. El objetivo es para volver a trabajar la tierra del ejido y recuperar la producción de maíz criollo para autoconsumo y dejar de comprar el maíz que llega de otros lugares a Tepetzintla. Se practica entre campesinos de la segunda y tercera generación, pero únicamente los que ya están jubilados.

Los mismos ejidatarios han elegido reconstruir redes de apoyo mutuo para enfrentar la individualización que ha fragmentado los lazos sociales ejidales. Por supuesto, debemos regirnos por el principio de heterogeneidad. No todos los ejidatarios han decidido retornar a la práctica de reciprocidad. Para algunos campesinos ha funcionado mejor el trabajo individualizado para hacerse cargo de sus parcelas y siembras sin ayuda alguna. Esto muestra que las relaciones sociales de producción en el ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla se han tornado porosas.

Este trabajo permitió vislumbrar la complejidad del fenómeno de reciprocidad que se retrae, se expande o se transforma según los contextos históricos y las necesidades sociales de los campesinos ejidatarios. El apoyo mutuo no siempre fue la solución para que el campesinado permaneciera y generara continuidad. Esto también nos permite darnos cuenta del cambio de valores en un sector de la sociedad específico como lo es el campesinado ejidal. De un compromiso con la comunidad en la que vivían, de la responsabilidad social, de ofrendar el tiempo y las manos, la segunda generación modificó paulatinamente los valores comunitarios.

El apoyo mutuo es un acto de compromiso social y de ética que conlleva beneficios pues se asegura la satisfacción de necesidades en un grupo. Sin embargo, también genera conflictos. La búsqueda del bien

colectivo limita las aspiraciones individuales y eso provoca tensiones al interior del grupo social. Además, las condiciones que hacían posible la vida en comunidad y practicar la reciprocidad se modificaron. Pero, como se revisó en el tercer capítulo, en la actualidad los ejidatarios están gestando nuevas formas de apoyo mutuo a partir de sus posibilidades vigentes y basadas en experiencias previas que funcionaron de cierta forma en un tiempo histórico específico.

Si bien las experiencias y expectativas analizadas en torno al apoyo mutuo se enmarcaron en una temporalidad específica, de 1974 a 1995, este estudio salió de dichos límites para poder conocer el diálogo de miembros de la tercera generación con esas experiencias. Con ello comprender cómo ellos mismos, junto con algunos miembros de la segunda generación que se integraron la ejido en la década del noventa, y a partir de las expectativas heredadas de progreso y las experiencias vividas en torno a la reciprocidad y a su abandono, reelaboraron sus posibilidades y han empezado a construir otros horizontes y nuevas expectativas.

Esto nos hace comprender que, a partir del diálogo con las experiencias vividas de la segunda generación y los relatos que de ellas transmitieron al colectivo ejidal, los campesinos ejidatarios de la tercera generación han podido dilucidar y establecer las diferencias entre las expectativas de progreso y las experiencias que tuvieron sus padres y otros ejidatarios, la cuales muchas de las veces fueron contradictorias.

Finalmente, lo que ha hecho que se construya la historia del ejido de la cabecera municipal de Tepetzintla ha sido, en gran medida, las decisiones colectivas de sus ejidatarios ante las posibilidades que les daban las circunstancias locales, regionales y nacionales, que en el desarrollo del tiempo fueron tejiendo. Así es como han forjado el caminar de su historia.

HEMEROGRAFÍA

Excélsior, ciudad de México.
El Financiero, ciudad de México.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Vladimir, *La lucha agraria en Veracruz*, México, Liga de Comunidades Agrarias, 1989

Ariel, Anath, *Huastecos a pesar de todo, Breve historia del origen de las comunidades teenek (huastecas de Tantoyuca, norte de Veracruz)*, traducción de Ari Zighelboim, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Programa de Desarrollo Cultural de la Huasteca, 2009

Argüelles, Jazmín, “El maíz en la identidad cultural de la Huasteca veracruzana”, Bolivia, *Tesis de Maestría en Educación Intercultural Bilingüe*, 2008.

Bartra, Roger (et.al.), *Caciquismo y el poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, 1976.

Barraza, Mario Héctor, “La reforma agraria en el gobierno de Luis Echeverría Álvarez”, México, *Tesis de licenciatura en Historia*, UNAM, 1987

Bauman, Zygmunt, *Vidas desperdiciadas, La modernidad y sus parias*, España, Ediciones Paidós, 2003

Benjamin, Walter, *Sobre el concepto de la historia*, Obras I, vol. 2, traducción de Alfredo Brotons Muñoz, Titivillus, edición digital, 2012

-*Parque central*, Obras I, vol. 2, traducción de Ronald Kay, Chile, Ediciones Metales pesados, 2014

Cadena, Edel, “La modernización en la teoría social”, *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales*, UAEM, núm. 4, octubre 1993

Cahuich, Martha, “Horizontes de expectativa y embates a la experiencia católica solidaria en la diócesis de Cuernavaca”, en Necochea G., y Pensado P. (coords.), *El siglo XX que deseábamos, Ensayos de historia oral en torno a experiencia y expectativa*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013. (Colección historia. Serie Fundamentos)

Camacho, “Mito, música y danza: el Chicomexochitl”, México, *Horizonte*, núm. 2, febrero 2008.

Cárcar, Ana Isabel, "Las Reformas agrarias en México y los proyectos de desarrollo rural en un municipio del estado de Veracruz", España, *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 38, núm. 3, 2013

Cassio Luielli y Mariscal, Jaime, "La crisis agrícola a partir de 1965" en Cordera, R. (comp.) *Desarrollo y crisis de la economía mexicana*, México, FCE, 1981

Collado, Carmen, "Autoritarismo en tiempo de crisis, Miguel de la Madrid, 1982-1988", México, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, año 19, núm. 37, julio-diciembre 2011

Cruz, José Luis, *Lo que los abuelos me contaron de Tepetzintla*, México, s/e, 2017

Eckstein, Salomón, *El ejido colectivo en México*, traducción de Carlos Villegas, México, FCE, 1978

Escobar, Antonio, *Las estructuras agrarias, Pueblos de indios y propiedades privadas*, México, Nostra Ediciones, 2010.

Falcón, Romana, *El agrarismo en Veracruz: la etapa radical, 1928-1935*, México, COLMEX / Centro de Estudios Internacionales, 1977

Fernández y Fernández, Ramón, *Propiedad privada versus ejidos*, México, Escuela Nacional de Agricultura, 1958.

Giddens, Anthony, *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, 4ª. Edición.

Gómez Martínez, Arturo, *Tlaneltokilli, La espiritualidad de los nahuas chicontepecanos*, México, Programa de Desarrollo Cultural de la Huasteca, 2002.

- "El maíz en la cosmovisión y la ritualidad de la Huasteca", en *Pensamiento antropológico y obra académica de Félix Báez Jorge, Homenaje*, México, Universidad Veracruzana, 2017

González, Soledad y Patiño, Alejandro, *Memoria campesina, La historia de Xalatlaco contada por su gente*, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994.

González y Lomelí, *El partido de la Revolución, Institución y conflicto (1928-1999)*, México, FCE, 2000

Good, Catharine, "La circulación de la fuerza en el ritual: las ofrendas nahuas y sus implicaciones para analizar las prácticas religiosas mesoamericanas",

en *Convocar a los dioses: ofrendas mesoamericanas. Estudios Antropológicos, históricos y comparativos*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2016

Hardy, Clarisa, *El Estado y los campesinos: la Confederación Nacional Campesina, CNC*, México, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo / Editorial Nueva Imagen, 1984,

Hayasi, Laureano, “Modelo de desarrollo compartido 1970-1982”, México, *Sistema de pensiones en México y sus alternativas*, UNAM, 2015

Hewitt, Cynthia, *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*, 3ª edición, México, Siglo XXI, 1982.

Jedlowski, P (2000). “La sociología y la memoria colectiva”, en Rosa, A., Belleli, G & Bakhurst. *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Jelin, Elizabeth, “Memorias en conflicto”, *Puentes*, agosto 2000.

Jiménez Castillo, Jesús, “El discurso político de la modernización, Un estudio de las ideas políticas en el Porfiriato y su repercusión en el Estado de Veracruz”, *Tesis de doctorado en Historia*, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, 2007.

Knochenhauer, Guillermo, “La modernización del agro en México”, México, *Comercio exterior*, vol. 40, núm. 9, septiembre 1990

Koselleck, Reinhart, *Futuros pasados, Para una semántica de los tiempos históricos*, traducción Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993

Kropotkin, Piotr, *El apoyo mutuo, un factor de evolución*, 2ª edición, traducción de Luis Orsetti, España, Pepitas de calabaza, 2018

Lerner, Victoria, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, UNAM / Archivo Histórico de San Luis Potosí, 1989.

Loaeza, Soledad, “Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968”, en Velásquez, Erik (et.al.), *Nueva historia general de México*, México, COLMEX, 2010

Maldonado, Serafín, *De Tejeda a Cárdenas: el movimiento agrarista de la revolución mexicana, 1920-1934*, México, Universidad de Guadalajara /Lotería Nacional, 1992

Marías, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1949

Martín, Marco A., “La teoría de las generaciones de Ortega y Gasset: una lectura del siglo XXI”, Chile, *Tiempo y Espacio*, año 17, vol. 20, 2006

Martínez, Bertha Beatriz, *Evolución legislativa de la Ley Federal de Reforma Agraria*, México, Textos universitarios, 1975

Mauss, Marcel, *Sociología y antropología*, España, Editorial Tecnos, 1979

Moguel Julio, y López, Pilar, “Política agraria y modernización capitalista”, en García de León, Antonio (et.al.), *Historia de la cuestión agraria mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores / Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, volumen 9, 1990,

Molano, Mario Alejandro, “Walter Benjamin: historia, experiencia y modernidad”, Bogotá, *Ideas y valores*, vol. LXIII, no. 154, abril 2014

Morett, Jesús, *Alternativas de modernización del ejido*, México, Editorial Diana, 1992

Necoechea, Gerardo, “El análisis en la historia oral”, en Mario Camarena y Lourdes Villafuerte (coord) *Los andamios del historiador. Construcción y tratamientos de fuentes*. México, Archivo General de la Nación, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, pp. 301-316.

Necoechea, Gerardo, “Introducción. Experiencia, expectativa e historia oral”, en Necoechea G., y Pensado P. (coords.), *El siglo XX que deseábamos, Ensayos de historia oral en torno a experiencia y expectativa*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013. (Colección historia. Serie Fundamentos)

Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, Obras completas, Revista de Occidente, vol. V, 1951

-*El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Alianza Editorial / Revista de Occidente, 1983

Palerm, *Antropología y marxismo*, México, INAH / Centro de Investigaciones Superiores, 1981.

Paré, Luisa, “Caciquismo y estructura de poder en la Sierra Norte de Puebla”, en Barta, Roger (et.al.), *Caciquismo y poder político en el México rural*, Siglo XXI, 1976.

-“La política agropecuaria”, México, *Cuadernos Políticos*, núm. 33, julio-septiembre 1982

Pérez, Ana Bella (coord.), *Equilibrio, intercambio y reciprocidad: principio de*

vida y sentidos de muerte en la Huasteca, México, Consejo Veracruzano de Arte Popular, 2007

Serna, Ana María, *Manuel Peláez y la vida rural en la Faja de Oro: petróleo, revolución y sociedad en el norte de Veracruz, 1910-1928*, México, Instituto Mora, 2008.

Solá, Pere, "El mutualismo y su función social: sinopsis histórica", España, *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, social y cooperativa*, núm. 44, abril 2003

Touraine, Alain, *Crítica a la modernidad*, México, Fondo de Cultura económica, 2000.

Warman, Arturo, "La colectivización en el campo: una crítica", *Cuadernos políticos*, número 11, enero-marzo 1977

-“Frente a la crisis, ¿Política agraria o política agrícola?”, México, *Comercio exterior*, vol, 28, núm. 6, junio 1978

-*Ensayos sobre el campesinado en México*, 4ª edición, México, Editorial Nueva Imagen, 1985.

Wessman, James W., "Campesinos, capitalistas y el Estado, La cambiante política agrícola mexicana y el 'Proyecto húngaro'", traducción Pastora Rodríguez, México, *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad* 12, COLMICH, vol. III, otoño 1982

ARCHIVOS

AGA Archivo General Agrario sede Xalapa

AGEV Archivo General del Estado de Veracruz